La vida sale al encuentro

José Luis Martín Vigil

ESCUELA NAVAL MILITAR

MARÍN

22 de marzo. Jueves Santo.

R. P. Luis Urcola

Vigo

Mi queridísimo Padre:

Bueno, esto ya está. Se lo mando ahora, desde vacaciones, porque prefiero no estar yo ahí cuando lo lea. Lo he hecho todo como usted me pidió y no ha quedado línea de mis apuntes privados que no haya pasado a estas páginas.

Como no he cambiado nada, tendrá que perdonarme por algunas cosas que verá aquí, y que, a pesar de conocerme usted como nadie, le van a ser una sorpresa. Me refiero, sobre todo, a algunos juicios míos y a ciertos descubrimientos que hice.

Pongo todo; de cumpleaños a cumpleaños. Verdaderamente, parece mentira que hayan pasado tantas y tales cosas en un año.

Desde luego que pueden escribir la novela que dice usted; pero esto, Padre, no se puede publicar porque no vale nada; se lo digo de veras. Fíjese también que aquí lo digo todo… y para más, estando yo todavía en el Colegio, me moría de vergüenza. Tampoco después puede ser… Bueno, es un lío. Usted verá lo que hace.

Yo ahora, en Semana Santa, bien.

Pida infinito por su hijo.

IGNACIO

LIBRO PRIMERO

Militia est vita hominis super terram.

¿No es milicia la vida del hombre sobre la tierra?

JOB, 7-1.

NOVIEMBRE

Aquel día había cumplido yo los quince años.

Mes y medio de escaramuzas colegiales, ya me llegaban para estar deseando salir de Vigo y volver a Marín, a casa. Basta decir que Azufre andaba ya contando los días que nos faltaban para Navidad.

Pues aquella tarde estaba yo todo tranquilo, charlando en recreo, junto al chalet de la División, cuando vino volando hacia mí Nano, el hijo del director de la Escuela Naval, que es incondicional nuestro, y me dice todo apurado:

—¡Se están metiendo con Cheché unos de Quinto!

—¿Dónde? —le apremié yo, zarandeándolo.

—En el campo de la Segunda.

¡Hay que ver a qué marcha salí yo de allí! Según llegaba corriendo, ya abarqué la situación de un golpe de vista. Tres idiotas de la Segunda División (yo para entonces ya estaba en la Primera) se pasaban uno a otro, por el aire, el bastón de mi hermano; y el pobre Cheché, a la pata coja, pretendiendo recuperarlo.

No me vieron llegar. Caí como un tigre sobre el primero, y volviéndolo de un tirón de izquierda, le encajé, en corto, un directo al ojo, que creí sacarle el puño por la nuca. Me fui entonces a los otros como un jabato. Ellos se las piraban a vela llena, y uno de los dos, un Freire, tiró el bastón para correr mejor. Yo, la verdad, es que entonces no pensé nada, pero en cuanto agarré el bastón, allá le fue como un venablo. Eso, el que le pegara en la cabeza con la contera, no lo pude calcular yo. Entonces vino el revuelo, porque había sangre y ya se sabe. Lo vi que sangraba, pero estaba yo de buen humor para amedrentarme. Cogí en brazos a Cheché y me lo llevé al banco de piedra que está allí cerca. Él no decía nada, pero su misma resignación me destrozaba a mí. El que no haya pasado por esto, no lo puede comprender… Ahí tengo a Guillermo, que es tan hermano mío como Cheché y aún estoy esperando el día en que me sienta yo preocupado por él.

Allí vino Pancho inmediatamente con el bastón, que lo recuperó en medio del barullo formado en torno al herido. No hablamos nada. Tampoco necesitaba yo de oírlo para saber que a Pancho lo tenía de mi parte. Lo que es Pancho para mí, se ha de ver de sobra más abajo. Me acerqué al estanque, que está al lado, para lavar la contera del bastón. Cuando se lo devolví a mi hermano, pasaban por allí hacia la enfermería el herido, el padre Urcola, que era mi inspector, y el tropel de curiosos que nunca falta. Eso ya lo noté yo, que me miraba al pasar de una manera acusadora; y el Padre, con una cara de abrigo. Pero debían saber que a Cheché no lo dejaba yo tocar el pelo de la ropa. Creo que entonces hubiera sido yo capaz de matar a quien intentara abusar de él.

Mi hermano Mito (Guillermo) tan idiota como siempre, aprovechó la

oportunidad para decirme, al pasar las filas de la Segunda, después de merendar:

—¡Apañaste!

No sé cómo me contuve.

Luego en el estudio vino lo que tenía que venir. Me llamaron a la Prefectura. No lo digo por presumir, pero entré sin miedo alguno. Yo, cuando por dentro siento que tengo razón, ya se puede hundir el mundo.

—Espera aquí.

Esto lo dijo el padre Prefecto, secamente, sin mirarme, y siguió escribiendo, con una cara de esas que se guardan para las ocasiones. «Teatro», pensé yo. Por fin, cuando se hartó de tenerme allí de pie, se encaró conmigo, que parecía quererme clavar en la pared con la mirada, como si yo fuera una mosca o así.

—¿Sabes cómo dejaste a Freire? —dijo casi sin mover los labios.

—Sí.

—¿Sabes que le han tenido que dar tres puntos?

—Sí.

Había un placer en aquellas afirmaciones rotundas en que yo omitía el «padre» que se suele añadir, «si, Padre», para mostrar más entereza y decisión.

—¿Y qué? —siguió él recalcando las palabras—. Te parecerá muy bonito, ¿no?

Yo desde luego estaba muy caliente todavía, y es que tocarme a mí en mi hermano era tocarme en el alma, ¡vamos! Así le solté aquello:

—Pues no… Me parece poco para lo que merece.

—¡Cómo! —dijo él.

—¡Es lo que siento!

Yo creo que mi decisión le tuvo que desconcertar.

—Esta bien. ¡Vete! —dijo secamente y en un tono en que bien leí yo la amenaza.

No volví a la sala de estudio. Me fui por el bosque, procurando no ser visto. Era demasiada tensión la que llevaba dentro, para encerrarme entre cuatro paredes. Cuando yo luché en casa, hasta conseguir que mamá dejara venir al colegio a Cheché ya supe a lo que me arriesgaba. Pero me partía el alma verlo siempre arrinconado, retirado, como ser inferior; como si la

invalidez de su pierna hubiera de extenderse a todo. Yo sabía que él podría triunfar en muchas cosas, porque en talento nos metía en el bolsillo a todos los de casa, y ya se vio en el Colegio. Quise incorporarlo a la vida de los demás chicos. Que fuera lo más posible como los demás. Una enfermedad la puede tener cualquiera, y la parálisis que le cayó a los siete años le puede caer a cada uno de los tres idiotas del bastón. Por una cosa así, nadie es menos que los demás; y abusar de la desgracia de otro, a mí que no me digan, es una canallada. Desde luego, si mamá sabía algo de esto, ¡menudo disgustazo! Y lo que más pena me daba era aquella resignación que Cheché tenía. Muchas veces pensé que él hubiera sido como yo, que me rompo la cara con cualquiera; porque Mito también es de mi estilo, y él, cuando era pequeño, antes de aquello, tenía un genio…, que me lo pregunten a mí, los mordiscos que papé. Pero cuando quedó con la pierna así, y después de dos años de sufrir, cambió a lo que entonces era; que es como una cierta tristeza dulce, que todo lo acepta, todo lo aguanta… como si él no tuviera derechos. Eso era lo que me destrozaba a mí, porque de sobra sabía yo que debajo de aquella mansedumbre suya tenía que sufrir de verse inútil, en medio de los otros. Claro que peor era estarse en casa muy animado, sin curtirse como se curte cualquiera en el Colegio. Pero todo esto, para rato lo iba a entender el Prefecto. Ni yo me iba a poner a dar explicaciones. Esto a Pancho, pase, y quizá al padre Urcola, pero para de contar.

Subió Mito a mi camarilla.

—¿Qué pasó?

Tenía que enterarse de todo el hombre.

—Nada.

—¡Dímelo, Iñaki!

Así me llama cuando me quiere sacar algo. Iñaki me lo llama papá mucho, porque él es vasco.

Yo, más que nada por quitarlo de delante, le dije en dos segundos cómo estaba el asunto, añadiendo:

—De esto, ni palabra a casa.

Mi preocupación, al día siguiente, era doble. Por una parte estaba el asunto de la Congregación; por otra, las notas. Lo primero ya venía de muy atrás. Cuidado que ya había peleado yo por ser congregante. No me cuesta nada reconocer que mi fama en el Colegio me era un obstáculo bárbaro para ser admitido. Yo, lo que le decía al padre Espiritual, era, sencillamente, que el amor a la Virgen no lo miden las notas del colegio. Luego me he convencido mucho más de cómo se equivocan los juicios de los hombres, aunque sean

jesuitas. Es verdad que está bien que en el colegio se exija cierto nivel disciplinar y escolar para admitir a uno en la Congregación Mariana; pero yo, que, lo sigo reconociendo, no llegaba ni con mucho a aquel nivel, sentía sinceramente un deseo enorme de ser caballero de María. Entonces ya se puede ver lo bien que vendría para mi intento tener un lío con la Prefectura, en vísperas, como quien dice, de la Inmaculada, que era la fecha en que pensaba yo colarme. Lo segundo, aunque menos importante, me fastidiaba más si cabe. El sábado habría notas; yo quería salir el domingo a comer a casa de tía Luchy, que venían del Colegio de Placeres Patri y Karin, y no era aventurado suponer que el señor Prefecto me volaría la salida en vista de los acontecimientos.

Fue por la tarde. Era la segunda vez que recibía aviso del padre Espiritual y ya no podía dar una disculpa. Fui a su cuarto todo desanimado. Allí fue ella. Lo que menos me podía yo imaginar. No me hizo preguntas ni me pidió explicación alguna.

—Espera y no te vayas —dijo.

Luego se largó, dejándome solo en su cuarto, sin tener idea de lo que era aquello. Así, lo que vino después me cogió totalmente desprevenido; porque se abrió la puerta y apareció, no el Padre, sino Freire. Ni más ni menos. Cerró y me vi frente a él, que traía la cabeza vendada como un soldado. Yo, lo confieso, al verle así, toda la animosidad que le tenía, que no era poca que digamos, se me escurrió como arena entre los dedos. Y encima él va y me dice:

—Ayer obré mal con tu hermano… Quería disculparme contigo.

Yo, imaginaos, me sentía todo confundido.

—Bueno —dije—, el que fue un animal he sido yo.

—Eso no importa nada —y sonreía al decir esto.

—¿Te duele mucho la cabeza? —pregunté, solícito.

—¡Bah! —respondió—. Olvida eso.

Una actitud así, que la encontré tan noble, tan caballerosa, me ganó por completo, y le di la mano como a un buen amigo.

—Ven —le dije—. Ven conmigo.

Fuimos al cuarto del Rector. Cuando nos vio entrar del brazo se quedó viendo visiones. Ya sabía yo por dónde atacar cuando le hablé:

—Padre, sabe Dios lo que le habrán dicho; pero, ya ve, éste y yo somos amigos.

Estuvo muy cariñoso con nosotros y dijo que las impertinencias de los

pocos años se soportaban mejor cuando tras ellas había corazones grandes.

Fue un acierto del padre Urcola ponernos como nos puso al empezar el curso en la mesa. De Panchito no voy a decir nada ahora, pero todo lo que se diga es poco; y si hay un amigo en el mundo, ése es él. Luego estaba Azufre, que es mucho Azufre. La de apuros que habremos pasado juntos desde hace ocho años. Aún hoy, que han ocurrido tantas cosas que no se podían entonces prever, Azufre no es para mí como los demás. Qué sería entonces, cuando en todo follón, en toda gresca que se armase, allí estábamos los dos a medias. Azufre, con decir que era el más guerrero de la División, ya está todo. Desde luego, Pancho, sin ser ningún santito, eso tampoco, no estaba tan loco como Azufre. El cuarto de la mesa era Bandeira, Jaime Bandeira, de La Coruña. De él todo lo que diga de buena persona queda corto; siempre el primero del curso, de la Junta de Congregación, dignidad, etc.; y todo ello, que aquí está lo mejor, sin ser un cobista de esos indecentes que hay. Gracias a la confianza que él merecía, estábamos juntos en una mesa Pancho, Azufre y yo, porque de otra manera ya podíamos volvernos micos.

Yo, lo que tenía era un miedo enorme a un cuatro en conducta, porque ya es sabido un 4 así te cuesta estar castigado toda la tarde del domingo, y entonces no podría salir. Hay que tener en cuenta que aún no se había celebrado mi cumpleaños, pues se reservaba para aquel domingo, en que también vendrían de Marín papá y mamá. Además, a mí siempre me encantaron aquellas salidas a casa de la tía Luchy. Es verdad que Patricia y yo nos llevábamos mal; aunque esto, digan lo digan, era por culpa de ella, que se gastaba conmigo unos aires de protección que no los iba yo a aguantar. Con Karin, la alemana, siempre fue distinto. No lo digo por lo de ahora, entonces yo no tenía ni idea; pero la verdad es que ella siempre me comprendió mucho mejor que Patri. Como nosotros tres no teníamos hermanas, ellas eran eso para mí. Además, Patri es la prima doble, ya que tía Luchy es hermana de mamá, y tío Ignacio, hermano de papá: y Karin lo mismo, pues mis dos tíos son como padres para ella, después de lo que pasó en la guerra.

Cuando al acabar de comer me mandaron ir a ver al padre Prefecto, me temí cualquier cosa. Por eso fue mayor la sorpresa al oírle que me habían quitado el cuatro por habérselo pedido Freire y Cheché que le fueron juntos, sin saber yo nada. Excuso decir el peso que se me quitó de encima y las ganas acrecentadas de que llegara el domingo.

En éstas, vinieron las notas del sábado. Yo, la verdad, iba tranquilo. Sin embargo, al llegar a mi vez, empecé a no tenerlas todas conmigo.

—Ignacio Sáez de Ichaso.

Me puse en pie, dando con el codo a Héctor, que lo tenía al lado, para que apuntase mis notas.

El Prefecto fue leyendo. Buenas no eran, es verdad; pero tampoco escandalosas: dos cates y medianejo en conducta. De todas formas, aquello era jugar con uno. ¿No me había levantado el cuatro? Pues al terminar de leer, va el tío (con perdón) y dice:

—Hay actos que no pueden quedar sin sanción… Usted no pida mañana permiso para salir. Y dese por contento.

Si me cae un rayo, no me parte como me partió aquella frasecita. ¡Hay que fastidiarse! Ahora ya veo en qué poca agua me ahogaba entonces; pero es que ahora han pasado muchas cosas y he aprendido lo que entonces me era imposible sospechar. La vida curte. Pero lo cierto es que yo aquella tarde estaba, lo que se dice, desesperado. A ver; para un respiro que vas a tener, te lo amordazan… y por una bobada. Si Freire me había perdonado el estacazo, ¿qué tenía que meterse el padre Prefecto? Se puede decir que no cené. Toda la mesa estaba de pésame, porque nosotros cuatro, verdaderamente, vivíamos todo en común. Cuando subimos al dormitorio, caí sobre la cama, sin examen, sin desnudarme. No tenía ganas de nada. Lo que se dice de nada. El padre Urcola apagó las luces y yo seguía tirado. Después de un rato me llamó y le seguí a su cuarto, que está allí mismo, dentro del dormitorio.

—Ignacio —dijo sin mirarme— mañana irás a casa. Lo he arreglado con el padre Prefecto.

Yo, fue sentir un calambre por dentro, porque a mí las cosas que me emocionan, me repercuten como si el cuerpo me fuera una caja de resonancia. Quise mostrar al Padre mi agradecimiento, pues aquello era una delicadeza estupenda conmigo; pero él, y esto es muy del Padre, me cortó con cierta sequedad:

—No, chico; ¡las cosas como son! No has merecido tú mucho esta intervención. Tienes que aprender a encajar lo adverso. Quizás hubiera sido preferible dejarte rabiar mañana. Una cosa así, no lo olvides, no es para desesperarse teatralmente… Ya te enseñará la vida. Vete.

Le besé la mano, con cariño y respeto, y me fui. La vida, ¡vaya si me enseñó! Y también antes quizá de lo que él se figuraba. En eso salió profeta.

No fue una sorpresa para mí esta actuación del Padre. Ni era el primer favor que le debía yo. Y no es que tuviera lo que se dice «enchufe» con él, aunque pudiera creerse o esperarse dado lo que él conocía a mi familia, especialmente a mamá, de toda la vida; porque favores, se los debía cualquiera en la División, que hay que ver cómo se mata por todos; y lo que pasa es que él aprieta de una manera especial, que te está ahogando a lo mejor, y todavía le das las gracias.

Aquella noche tardé yo muchísimo en dormirme. Primero fue manipular y

limpiar los zapatos y tal. Todo para la salida, que son cosas que se hacen con ilusión. Después, como no tenía sueño en absoluto, fui a la camarilla de Pancho y lo desperté sin compasión. Cuando se despabiló lo suficiente, lo invité a fumar un pitillo, cara a la ría. Hay que tener en cuenta que a aquellas horas que eran, todo el mundo, empezando por el Padre, estaba durmiendo, como está mandado. Fuimos a los lavabos, que hay unos ventanales que dan mismo sobre la ría. Verse no se veía ni jota, con la vista que hay desde allí. Estábamos los dos en pijama con el albornoz encima, aunque no hacía lo que se dice frío. Le conté la entrevista con el Padre y se alegró de veras de mi salida. Hablamos mucho. Él ya conoce de sobra a Patri y Karin que, además, están con su hermana internas en Placeres. Lo que me fastidiaba a mí, y en eso coincidíamos plenamente los dos, era el plan idiota en que se ponían algunos de Preu. Yo sabía muchas cosas, precisamente por Pancho, porque delante de mí algunos se callaban. Como las niñas solían venir cuando el coche de tía Luchy se presentaba en la portería a recogernos, algunos de Preu las empezaron a conocer de vista, y de ahí nacieron las idioteces. Pancho, que entendía más que yo de estas cosas, lo confieso, me decía con desprecio que ellos estaban «colectivamente» enamorados de Patri y Karin. La verdad es que eran lo suficientemente idiotas para estar rondando por la portería durante una hora, con el fin de verlas desde lejos un momento. Yo esto, la verdad, no me lo explicaba. Ellas serían como para gustar, no sé; pero se necesitaba ser idiota para perder tiempo en esas tonterías. Pancho sabía que el principal promotor de todo eso era Fontela, uno de dieciocho años que, por cierto, no jugaba a nada, y mejor le fuera darle unas patadas al balón, aunque le salieran callos. Yo ya había notado algunas indirectas, eso sí; pero en esa materia estaba tan despreocupado que cuando lo entendía, ya se había pasado la ocasión de decirle a alguno cuatro verdades. Pancho me dijo que no les hiciera caso, y que era más de hombres romperse la tabla del pecho en un partido, que estar una hora merodeando por la portería para ver de lejos a unas niñas «aunque tengan perfil griego»; así dijo él.

Cuando me fui a la cama, aún no me dormía, y pensé bastante en Pancho. Yo a Pancho, no sé, pero creo que lo quiero como a un hermano por lo menos. Es decir, más que a Mito, desde luego. Su padre, que murió en la mar, era compañero de promoción de papá; y papá trata a doña Mercedes, la mamá de Pancho, como a su hermana, que bien lo merece, porque es una santa. Pancho y yo, ni se sabe cuándo empezamos a ser inseparables. Ya de pequeños, en Ferrol, éramos famosos, porque es como si Dios lo hubiera hecho a propósito el que no coincidamos en nada de lo físico. Todo lo que tengo yo de rubio, demasiado, lo tiene de moreno, que el pelo yo le digo que le da betún; y yo los ojos claros, él como la boca de una mina; y sin ser demasiado, yo más ágil y más delgado (en esto mamá pone el grito en el cielo), él más ancho y más fuerte. Bueno, pues en Ferrol, que siempre nos veían juntos, nos llamaban la

gente «el Imperio inglés». Yo de Gales, él de Karachi o así. Lo cierto es que yo sin Pancho no me arreglaría, y eso, cualquiera que lea estas páginas hasta el fin, lo comprenderá perfectamente.

Nos vinieron a buscar cerca ya de la una. Esta vez me fijé yo muy bien. Fontela, con otros dos, estaban dando vueltas entre el chalet y la portería. Cuando yo pasaba, él, que se había plantado allí con las manos en los bolsillos como una farola municipal, me dijo por lo bajo:

—¡Qué suerte tienes, niño!

Yo me acordé a tiempo de que lo que importaba era salir, y me conformé con decirle:

—¡Parvo!

Cuando entramos por el jardín de tía Luchy, en la Gran Vía, ya vi yo a papá y a mamá que nos esperaban en las escaleras. Papá de uniforme. Yo creo que desde que lo destinaron, hace dos años, de Segundo a la Escuela Naval, no se ha vuelto a vestir de paisano. Es por dar ejemplo a los alumnos. Eso seguro; si sabré yo cómo es papá. Él me abrazó primero y me tiró de las orejas. Mamá estaba guapísima. Patri presume de ser igual que mamá, pero ya quisiera. Parece mentira que mamá tuviera los años que tenía, ya que había cumplido treinta y seis. Me abrazó con mucho cariño, pero sin besarme, por la pintura. Yo creo que cuando se tienen hijos, las mujeres no se debían pintar. Luego llegó tía Luchy y a poco nos fuimos a comer.

No podía faltar en la mesa alguna metedura, como suele ocurrir cuando estamos todos juntos. Fue Mito. Y lo soltó en seco; sin más ni más.

—Ignacio se peleó.

Yo me volví a él con toda la agresividad que se podía esperar del fastidio que me producía:

—¿Te importa a ti algo, idiota…?

—¿Qué fue eso? —interrumpió papá.

Yo, que estaba viendo sufrir a Cheché con aquel asunto desgraciado, corté:

—Ya te lo contaré a ti solo.

—Entonces —era la que faltaba, claro—, dijo Patri:

—Pues a mí me lo contará Guillermo.

Bueno, si llegamos a estar solos…, pero papá y la tía aplacaron aquello y todo se pacificó, aunque yo quedé de cierto mal humor. Mamá empezó a hablar del traje que se había puesto Karin, que estaba monísima. Eso lo decía mamá. Desde luego mamá la entiende a ella mucho mejor que a mí. Luego

dirán que yo soy el predilecto de mamá. Cuando sirvieron los postres, salieron a relucir los regalos. No era sorpresa, porque ya estaban pedidos. Eran dos raquetas Swan, que estaban muy bien. Una para mí y la otra para Mito, que cumplía el mes siguiente. Patri y Karin ya las tenían, y bárbaras. Como tío Ignacio está ahora agregado en Washington, tienen lo que quieren de lo mejor. A Cheché le regalaron los «nocturnos» de Debussy, en discos, que algún día ya diré lo que era la música para él. Aún tuvo que decir Mito otra idiotez: que Cheché no cumplía años entonces. ¡Se necesita ser imbécil!

A las cuatro nos cambiamos para jugar la partida tradicional de tenis: Patri y Mito contra Karin y yo. Nosotros siempre tenemos en casa de tía Luchy un cuarto reservado y allí queda ropa de Mito y mía para el tenis, porque tienen una cancha que está muy bien y jugamos mucho. Perdimos Karin y yo, como de costumbre. Karin jugaba mejor que Patri, eso no se podía dudar, pues bastaba verlas mano a mano. Yo tengo que confesar que, a tenis, me ganaba Mito. No sé cómo se arreglaba para darlas todas como las daba; porque yo devolvía mucho, pero él además las colocaba de miedo. A mí, perder, nunca me importó. Es elemental saber perder. Pero me daba rabia que perdíamos, como quien dice, por mi culpa. Cheché cantó, una vez más, superior. Y como todo se acaba, a las siete estábamos otra vez en el colegio.

El sábado se tuvo la Junta, que era decisiva para la admisión de congregantes. A ella asistían con el padre Espiritual todos los componentes de la Directiva de la Congregación. Estaba yo en el estudio de la noche, el último, y calculaba: «Ahora ya está decidido si me admiten o no». Cuando el Padre me señaló para ir a duchas, aún estaba yo in albis, porque no había venido ni uno de los de la dichosa junta. El agua estaba calentorra para mi gusto, y todavía algunos bufaban: «fría, fría» para que el Padre la diera más caliente aún. No hice más que echarme el albornoz, así chorreando, y subir para el dormitorio, que allí tenía la ropa, cuando al llegar a la camarilla me encuentro a Pancho esperándome y diciéndome con grandes gestos que sí, que sí. Yo lo entendí tan bien, que asimismo como estaba le pegué un abrazo como para dejarlo todo mojado. Se había venido en cuanto llegó Jaime y supo lo mío; y todo para decírmelo a mí.

Cuando bajamos a cenar, ya era público que me habían votado. Fue una lluvia de enhorabuenas. Jaime, que hizo por mí lo indecible en la Junta, me decía: «Bueno, chico, que te hagan pronto, no sea que…», y los cuatro nos reíamos en plan.

Aquel domingo fui a visitar a los pobres con el padre Espiritual. Verdaderamente, me quedé asustado de cómo viven. Yo nunca lo había imaginado así. Aquello no eran casas, sino cuevas, y a mí me daba vergüenza aparecer por allí, vestido como iba, pues de los pies a la cabeza tenía que excitar la envidia de los chicos aquellos vestidos con colgajos de tela sucia. Vi

que estábamos todos bastante cocidos y nos movíamos sin naturalidad, a no ser Héctor, que con la manera suya de ser, que se hace querer de todo el mundo, se ponla a jugar con los niños y se le agarraban con una confianza que me daba envidia. Yo, vergonzantemente, le di a un chaval de aquellos mi bufanda y mis guantes. Le hubiera dado el abrigo, y no lo hice por respeto humano, aunque no se crea. Yo había ido creyendo que se trataba de repartir unas monedas como al salir de misa en las iglesias. ¡Sí, sí! Consecuencia de aquello fue la promesa que le hice luego al padre Espiritual de dar la tercera parte de mi paga semanal para los pobres, que como me dan diez duros, pues son dieciséis con seis período. Y lo he cumplido siempre en el Colegio. Ni es una gran cosa, viniendo como me viene dinero, muchas veces, por otros capítulos.

Por la tarde fuimos a Balaídos, que jugaba el Celta. Al dejar los autobuses del Colegio, tomé por mi cuenta, como siempre, a Cheché, pues es un lío de gente para entrar, y aquí la gente es como es; igual le dan un empujón y ¡Adiós! Todo fue sin novedad, y el partido pasable. Yo, la verdad, ganando el Celta, ya voy satisfecho, y eso que no soy de Vigo, que conste. Pero lo grande fue a la salida. Era lo que me faltaba a mí. Para llegar a los coches, tenemos que atravesar por delante de todo el largo de la tribuna, por medio de la gente. Yo llevaba bien cogido a Cheché, que iba pegado a mí, con su bastón. En esto, llegamos a la altura de dos señoras, así como del tiempo de mamá, de buena pinta, me fijé bien, que esperaban al borde de la acera a que llegara su coche, supongo; lo cierto fue que al pasar nosotros, una de ellas, que ya me venía mirando según nos acercábamos, de repente me coge por la barbilla y le dice a la otra:

—¡Ay, Carmiña mira qué azul de ojos…!

Imaginarse yo. Y la tal Carmiña acariciando a Cheché.

—Mujer, ¡qué cielo! ¡Igual que el peque! ¡Mira!

Bueno, A mí, un color me venía y otro se me iba. Igual que si fuéramos dos muestras en venta, vamos. El coraje con que yo me arranqué de allí no lo sabría explicar por escrito. Los ojos azules, así de azules, eso ya lo odiaba yo, por la manera de llamar la atención; pero una cosa así aún no me había pasado jamás. ¡Horrible! Y es que mamá dirá lo que quiera de mis ojos de mar y tal, pero a mí me llevan los demonios de que se fijen en mí por eso. Mito, siquiera los tiene más corrientes, pero yo, como mamá. Para una mujer, que se pagan por eso, pase; pero para un hombre… Papá tiene ojos grises. Quizá al ir pasando tiempo se me pondrán a mí grises. ¡Vaya si lo prefería! Bastantes tortas tengo dadas en los primeros cursos del Colegio cuando a todo el mundo le daba por llamarme «felino».

DICIEMBRE

Era el día señalado para la proclamación de dignidades. Venían Patri y Karin, y naturalmente papá y mamá, aunque de mí poco podían esperar. Mito trabajaba de protagonista en el drama que se estrenaba en el teatro García Borbón, donde se suelen tener siempre estos actos. Yo a declamar no le tengo miedo a Mito. Las cosas, como son. Lo que pasa es que para rato me meto yo entre pecho y espalda todos esos ensayos que hay que tragar para salir a las tablas. Ya por la mañana en el Colegio hubo bromitas a propósito de las niñas. Todo ello por culpa de Fontela, que lo que es si espera algo va arreglado. Cuando entramos en el teatro me subí al palco con toda la parentela, que estaba allí porque fui de los últimos en llegar. Sólo hice saludarlos, pues me había comisionado el Padre para el control del telón, que no había más que tocar un timbre y se bajaba. El teatro estaba espléndido y con un llenazo hasta arriba. Salió todo maravilloso. Yo, que estaba entre bastidores, en un sitio de lo bueno, vi a muchas señoras llorar por culpa de Mito, cuando se moría, que estuvo bestial. Luego actuó el coro. A mí me interesaba por el solo que tenía Cheché, solo de tiple, que había que oír lo que era Cheché afinando. Desde luego lo aplaudieron a rabiar. Pero aún faltaba lo grande. Mientras tanto, ocurrió un desgraciado suceso mío. Aún no me lo explico del todo. El padre Garde, que es el director del coro, saludaba con una reverencia profundísima, en la boca misma del escenario. El sitio en que lo hacía era, desde luego, estratégico. Fue en la última pieza, un coro popular a seis voces, cuando al verlo saludar, se me vino la idea. Era como una tentación, y conste que la vencí. Pero se pusieron a repetir aquello, y a mí la idea se me convirtió en una obsesión. La ovación fue mayor, si cabe, que la anterior. Mi dedo estaba sobre el botón del telón de boca. El padre Garde saludaba profundamente, y yo imaginaba… Entonces fue ello. Sería una sacudida nerviosa, yo creo que no quería; mas, de repente, comprendí aterrado que, ya era inevitable. Lo vi antes que nadie, cómo el telón grande de los anuncios se deslizaba silencioso, como llovido del cielo. Todo fue rapidísimo. Una exclamación general acompañó aquel deslizarse del telón. Estaba el padre Garde en lo más profundo de su reverencia, ignorante de lo que se le venía encima, cuando, al modo de una grotesca guillotina, y entre el regocijo de los colegiales, le cayó sobre el cuello aquel enorme bastidor donde se anunciaban medias de señora, conservas, tabletas Okal… Yo no sé cómo aparecí subiendo al palco en que estaban los de casa. De mí nadie podía sospechar, porque salí de allí ahumando. Cuando me asomé, aún duraba el regocijo, y es que fue un número extra de lo más cómico. No hay que decir nada de cómo tenía yo los nervios. Se me tuvo que notar, pues un detalle así a Patri no se le pasa. Y ya se vio después.

Empezó la proclamación de dignidades a toda solemnidad. Patricia, con toda intención, dijo entonces: «Ahora te nombrarán a ti». ¡Bueno estaba yo, sí! Pero Karin desvió la cosa, diciendo: «Nombrarán a Cheché». Él por lo pronto, se había quedado abajo, cerca del escenario. Como Patri vio que por ahí no pinchaba, dijo mirándome con unos ojos que pone la mar de inteligentes:

—Nacho, tú fuiste el del telón.

Me cogió tan de improviso, que no pensé que sería un farol que se tiraba.

—¿Qué me dices a mí? —respondí—. Pregunta a los hombres que están abajo.

Pero para decir esto, no fui capaz de guardar la serenidad, y papá que a mí me las pesca al vuelo, dijo mirándome fijo y serio:

—Ya hablaremos de eso.

Mamá, por una vez en esta clase de asuntos, vino en mi ayuda.

—Bien; dejad ahora esas cosas…

Se lo agradecí; vaya que sí. Mientras tanto, fue saliendo el príncipe, que hicieron a Alonso Louzán, y estaba bien. Luego los demás: Jaime Bandeira salió de edil de estudio y me alegré infinito. Vi a Panchito que me hacía señas trágicas desde el patio de butacas, como diciendo: «¡Ay, que no salgo!». ¡Será caradura! Luego fueron los de Segunda, y a Mito no lo hicieron nada, claro. Al hacer la pausa, mientras subían al escenario los de esa División, ya estaba yo que botaba de nervios. Se adelantó de nuevo el padre Prefecto. A Karin le brillaban los ojos, que la tenía yo al lado. El Padre leyó:

—Tercera División. Brigadier… —yo ni respiraba—. ¡Señor don Francisco Javier Sáez de Ichaso Falcón!

Bueno; aquello se caía de aplausos; sobre todo cuando Cheché, con su bastón, ascendía por las escaleras del escenario. Patri entonces se volvió hacia mí y me pegó un abrazo de los de no te menees; y los de Preu, ya me di cuenta, mirando y haciéndose señitas. Ya estaba Cheché en el escenario, ante la mesa de las autoridades, y los suyos de Tercera seguían aplaudiendo como fieras. Allí con doce años que tenía, que ni los representaba, parecía más pequeño aún. Entonces bajé como un rayo a buscarlo al escenario, para traerlo al palco. Lo abrace levantándolo en el aire, que lo sentía entre mis brazos como un pájaro. Cuando íbamos por el patio de butacas, Pancho me abrazó a mí, diciendo el tío de él:

—¡Enhorabuena, brigadier!

—¡Eh, que soy yo…!

Se reía Cheché, dándole a Pancho con el bastón.

—Te nombraron a ti, pero lo goza éste.

Y me zarandeaba a mí muy cariñoso. La ocasión la aprovechó por los pelos para decirme al oído: «No te quitaron ojo cuando los abrazos…». Pero esta vez ya lo sabía yo.

Nada más comer, en casa de tía Luchy, papá me llevó con él para preguntarme había del asunto aquel.

—¿Fuiste tú, Iñaki?

A papá no es fácil mentirle, porque él, a una mentira, le da una importancia que asusta.

—Sí —dije—, fui yo.

Se lo reconocí desde el primer momento. Claro que también le expliqué lo raro que fue hacerlo, que casi se me escapó. Él quería que yo fuese a pedirle perdón al padre Garde. Yo le expliqué cómo nadie tenía por qué enterarse, y lo que me jugaba yo, que era la entrada en la Congregación, y él era el primero que quería que fuera congregante, ya que él lo había sido desde los once años, en Chamartín.

Todo en vano.

—Es preciso que aprendas a hacerte responsable de tus propios actos… que sepas aceptar las consecuencias, aunque sean duras…

Por ahí ya sabía él que me cogía. Se lo prometí.

Salí en bicicleta con Karin, para bajar la Gran Vía, que es algo divino. Con ella jamás discuto y es facilísimo hablar. Bajaba Karin como si fuera a reacción; hay que ver cómo es ella de lanzada. Claro que yo metí lo mío también. Del tenis que jugamos luego es mejor no hablar.

Todo el día siguiente fue estar dándome ánimos a mí mismo. Así hasta el estudio de la noche, que ya no lo podía dejar para más tarde. Me levanté como lo haría Abraham cuando marchó para matar a su hijo Isaac. Estaba ya ante la puerta en que se leía «P. Garde», y pasándolas de a kilo. Por fin me arranqué y tiré para dentro.

—Hombre, Ichaso, tú por aquí… ¡Qué alegría!… —imaginarse—, si te pensaba llamar para ayudarte un poco en estos latines, que para un marino se hacen cuesta arriba, ¿verdad?…

Yo, en aquel instante, quería morir.

—Padre, ayer en el teatro pasó una cosa muy desagradable…

Yo no sabía cómo hablar, porque se me habían olvidado todas las fórmulas que me había confeccionado en el estudio. Pero él con esa paz suya que le

hace tan querido de todos, repuso:

—Bueno, desagradable… según para quién, ¿no? ¡Bien que se reían los chicos! Y tú, almirante, te divertirías también…

Yo no aguantaba más y estallé.

—Padre, ¡fui yo el que hizo bajar el telón! —y seguí ya lanzado—. Ahora usted me puede chivar, o me puede suspender en Latín, o lo que quiera… No me importa, con tal que me perdone, porque soy un animal.

Se puso serio él, pero lo que añadió tras una pausa fue maravilloso:

—Hijo, me ofendes más suponiendo eso.

—¡Es que fue una burrada lo que yo hice…!

Él me puso entonces una mano sobre el hombro.

—Eso ya pasó, y tu presencia aquí para hablar con franqueza te redime.

—Pero usted, ¿me perdona así, sin más?

Sonrió.

—Pues naturalmente; ¿qué tiene de particular?

Aún me dio caramelos. Un detalle así no se debe olvidar, creo yo.

Llegó la Inmaculada, que era día grande para mí. La víspera ya estaba yo que no me aguantaba. Saltos, respingos, patadas… Bueno, en estudio, pero es que ni pegar golpe; y las horas como meses de calabozo. Lo que tenía era miedo. Miedo, porque no lo acababa yo de creer todavía que aquello iba en serio. Hice no sé cuántas visitas a la Capilla donde está la Virgen del Colegio. No voy a poner aquí la de cosas que le dije, porque eso hay que vivirlo. Por la noche, en la Hora Santa, lo de menos fue atender al padre Espiritual que nos hablaba. ¡Qué cosa, hombre! ¡Lo feliz que me sentía y los ideales que me venían! Ganas de hacer algo grande, era lo que percibía dentro de mí; algo noble, alto, puro… ¡Si me llegué a despertar por la noche y me encontraba pensando en la Virgen! La de cosas que le dije, ¡madre! medio dormido y medio despierto. Lo que es las lamentaciones, pensaba yo, iban de lado ahora.

La ceremonia fue emocionantísima. Detrás de la bandera y los acólitos entramos los nuevos congregantes. Cada uno llevaba a su lado al que iba a hacerle de padrino. Yo escogí para esto a Jaime. Tenía que ser un congregante, y nadie como él. Cuando avanzábamos hacia el altar, pasé mismamente al lado de Cheché, que estaba al borde de un banco, y me apretó la mano al vuelo, muy significativamente. «Estar escrito en el libro de la Congregación, es estar escrito en el libro de la vida». Iban leyendo esto y yo estaba en el Cielo, mirando aquella Virgencita, que llevo viéndola desde los ocho años y que

sabía ya de tantos apuros míos, de tantos sacrificios… y de tantas promesas también sin cumplir. Habló el padre Urcola, maravillosamente. Hay que oírlo cuando se pone en plan. Yo, hablar como él, no lo oí a nadie. Más retocado, más exquisito, sí. Basta escuchar al padre Sanchiz, sin ir más lejos. Pero así de viril, con esa energía represada que pone él en las palabras, eso ni parecido. Nos vio como marinos que juran bandera para embarcar en una navegación difícil, llena de peligros, pero que debe terminar en un puerto único, el Cielo. No sé si enfocó las cosas por el lado del mar pensando en mí, pero lo juraría casi. Alguna vez me miró de pasada, al hablar, y creo que nos entendimos al enlazarse nuestros ojos. Yo sentí, al oírle, esa vaga tensión interior que te cosquillea en las raíces de los pelos; igual mismo que lo sientes en los desfiles, al pasar la bandera, por ejemplo.

Cuando cayó sobre mis hombros el cordón azul, y cuando comulgué, sentí sensiblemente la fuerza enorme con que deseaba conservar mi pureza como hasta aquel momento; y esto, por más que los golpes de mar menudeasen; que eso, que habían de arreciar, ya lo estaba sospechando yo, aunque no podía imaginar hasta qué extremo.

Para que aquel día fuese completo, el padre Urcola, que como Inspector de los mayores era el que corría con todo lo referente a deportes, y, por cierto, entrenaba bárbaramente, me llamó para decirme que jugaría con el Colegio a balonmano. Era la semifinal del Campeonato Escolar, y a mí me ponían de extremo. No es por hablar; pero yo, de ver y jugar en Marín, no tenía nada absolutamente que aprender de algunos que los habían sacado antes, en aquel puesto y en otros.

Salimos con las camisetas blancas de franja azul, en que se lee «Apóstol» (Colegio del Apóstol Santiago). Cheché estaba en la banda, precisamente por donde yo tenía que jugar. A mí, el verlo me animaba de miedo. En el primer cuarto de hora, hice lo que quise. Al tipón aquél, que lo pusieron para cubrirme, me lo mareaba yo de mala manera. Así pude mojar dos de los tres goles que encajaron en los primeros quince minutos. Entonces fue cuando empezaron a agarrar y tal. Y lo peor era el despiste del árbitro. Me ponía los pelos de punta. Cuando ya me zafaba derecho hacia puerta, a pesar de la agarrada, entonces pitaba falta a favor nuestro, que resultaba en contra. La ley de la ventaja, para el gato. A mí me iban acogotando entre dos, desde el segundo gol. No se puede evitar que te vayas calentando. Ya era la quinta vez que me tumbaban y tenía las rodillas bien de sangre, que no son exageraciones mías; y el señor del pito, en la higuera. No fue premeditado por mi parte, pero cuando, en una nueva escapada, el tío aquel me zancadilleó de nuevo, yo perdí el balón, sí, pero le fulminé de un puñetazo con toda mi alma, que me dolió luego la mano varios días. Entonces, todo fue cuestión de segundos, el otro me abrazó por detrás, como un pulpo, y el que me había echado la zancadilla me

dio a placer en la cara abriéndome una ceja, que sangraba yo como un conejo. Esto, lo de recibir alguna vez, es una cosa inevitable, si no quieres convertirte en una niña. A mí no me hubiera importado demasiado de no haber sido en el Colegio, y delante de Cheché. Claro que aquello se cortó allí mismo, y a mí me llevaron inmediatamente a la enfermería. Ya me estaban curando, y Pancho a la puerta, cuando viene Cheché llorando el hombre. Es que la sangre asusta mucho. Todos estamos llenos de sangre, pero en cuanto asoma un poco al exterior, ¡la que se arma! A Cheché lo consolé yo, que ya estaba tranquilo del todo. No hay como unos puñetazos para calmar los nervios. Bajó conmigo hacia el chalet, pues me iba ya a vestir. Sereno, desde luego que lo estaba; pero fastidiado, también. Tenía que ser precisamente el día de mi admisión de congregante. Era echar a perder el día. Se lo iba diciendo a Cheché:

—¡Soy imbécil, hombre!

Entonces él dijo algo asombroso.

—Qué más da, Nacho; la Virgen ya sabe que sólo tienes quince años. ¿Qué importa un golpe? ¡La cosa es no querer mal a nadie!

Una salida de las suyas, que a veces hablaba tal como una persona mayor. Asustaba en ocasiones ver cómo pensaba.

Llegábamos los dos a la puerta del chalet, cuando salía el otro vestido ya, pues lo hacen en el sótano de las duchas. No había un alma allí y tuve un arranque. Sonaba todavía dentro de mí aquella frase de Cheché, «no querer mal a nadie» … Lo cierto fue que me fui a él y le tendí la mano.

—Tienes que perdonar… —empecé algo cortado—; son cosas del juego y yo aún no me domino bien…

—Chico, pues yo soy mayor que tú y… ¡ya ves!

Señalaba el esparadrapo que me hablan puesto sobre la ceja.

Allí nos hicimos amigos, aunque ya me olvidé del nombre. Pensé: «Qué curioso, me gano amigos a puñetazos».

Cheché me dio agua para duchas y me acompañó mientras me vestía. Hablamos. Me dijo que los inspectores a él le eran estupendos. Yo le dije que cuando cogiera al Padre, ya vería lo que era un inspector.

El partido quedó en un empate. Cuando estábamos comiendo, ya le noté al Padre que tenía la cara larga. Yo lo sentía, pero el dispararme en ciertas ocasiones, era cosa que no lo podía evitar. Azufre, decía: «¡Bestial, hombre! ¡Estuviste bestial!». Que me llamaría el Prefecto, eso ya me lo tenía tragado. De la Prefectura salí para el estudio de los castigados. Total, unos quince de todo el Colegio; de los mayores, sólo Azufre.

A mí lo que me cayó encima, al verme allí una tarde de fiesta, y qué fiesta, fue un murriazo fenomenal. Empecé a dudar de mí y, lo que era peor, de que le hubiera agradado a la Virgen mi entrada en la Congregación. Hay que ver la tristeza que me cogió, que ahora, después de las experiencias que llevo pasadas, me parece de risa, pero entonces no era broma, no. Hasta tentaciones me venían, lo que hubiera parecido más imposible en aquel día. Pedí ir al padre Espiritual, y como si hablara a la pared. Era como para ponerse a dar patadas. Me derrumbé sobre la silla, sin abrir el libro y pensando mal de estos inspectores de los pequeños, que parece que no te pueden ver. Todo el fervor de aquel día se esfumó completamente; igual que una vela que, en cuanto deja de soplar, te cuelga como un trapo.

¡Vaya tarde de la Inmaculada! En la Bendición, distraído. Luego una película siglo XIX y el Padre no se quiso poner junto a mí. En la cena, medio dormido y triste hasta decir basta.

Cuando, al día siguiente, me sacó el Padre del estudio, aún estaba yo la mar de desolado. Entramos en la Sala de Juegos, que no había nadie. Me quedé apoyado en un billar, y él se paseaba mirando al suelo la mar de concentrado…

—¿Has caído en la cuenta —dijo sin alzar los ojos del disgusto que me diste con tu «heroica» actuación de ayer?

Había amargura en aquel «heroica».

Como yo no decía nada, siguió él:

—En el Colegio, delante de todos los Padres… De sobra sabes qué alma pongo yo en estos Campeonatos, porque sé lo que valen para vosotros. Pero sabes también que no gustan a todo el mundo… que hay quien piensa que en ellos os deseducáis, cultiváis el animalito que todos llevamos dentro… —hablaba con ironía indiscutiblemente— y ahora me sales tú y das el espectáculo… ¡Qué! ¡Necesitabas demostrar que eres un hombre valiente!, ¿no?… Y eso, claro, ¡se demuestra a puñetazos…!

A mí lo que me mataba era ver lo verdaderamente que él lo sentía.

—¡Padre, perdóneme! —le dije sinceramente.

—No, si a ti a pedir perdón no hay quien te gane, lo reconozco; pero sólo con perdones no vamos a ninguna parte.

Dio unos pasos y siguió:

—Debes saber también que empeñé mi palabra, como quien dice, con el padre Espiritual; porque te ponían obstáculos infinitos para admitirte en la Congregación. Respondí de tu sinceridad, de tu esfuerzo por mejorar, porque quise realizar lo que tantas veces tengo prometido a tu madre, que haría de ti

un hombre. Y mira con lo que sales, qué a propósito para rodear tu elección de congregante: te encargo del telón, y das el espectáculo sin pizca de reflexión. Te pongo en el equipo, y armas el escándalo sin asomo de dominio…

Aquí ya se me saltaron a mí las lágrimas. Es que aquello no era reñirme. ¡Si era sentirlo él más que yo! Mil veces que me hubiera reñido, castigado, aun pegado quizá, y creo que lo hubiera aguantado con la cabeza alta, pero es que aquello era distinto. Y conste que él no se ablandó, ni esto, por mis lágrimas.

—Y ahora, para el sábado, tendré que ponerte un cuatro en Urbanidad, con lo que a mí me encanta eso.

¡Lo que es la vida! A mí lo del 4 me alivió. Como lo digo. Aquello ya era algo, como que podía restablecer las cosas en su justa proporción.

—Sí, Padre —me apresuré a decir—. ¡Si yo quiero ese cuatro! ¡Si lo merezco…!

Debía ya tener tal pinta para entonces, que yo creo que el Padre se conmovió, aunque imperceptiblemente. Miró por la ventana y comentó como consigo mismo:

—Lo fastidioso es que tienes un corazón que no sé dónde te cabe.

—Padre —se me vinieron las mismas palabras de Cheché—, es que sólo tengo quince años.

Aquí él sonrió y yo añadí:

—Eso me lo dijo ayer Cheché y me parece que está bien.

Nos reímos un poco con las salidas de Javier, y el Padre remató:

—Bueno, pero el cuatro queda en pie.

—Desde luego, Padre.

Preferí no contarle nada de cómo me arreglé con el chico de los puñetazos. Sonaría a disculpa.

Se lo conté todo al padre Espiritual y le gustó.

Cuando llegaron las notas, iba ya más tranquilo que un bacalao por Terranova. Y es que no hay como la incertidumbre para poner nervioso, y en mi caso, por desgracia, no había incertidumbre. El padre Prefecto hizo la comedia consiguiente; me llamó lo que quiso. Claro que ya lo esperaba preparado. Tanto, que, antes de entrar, había estado bromeando con el Padre sobre el asunto. Lo único que me dolió fue que mezclara la Congregación con todo aquello, y que tocara mi devoción a la Virgen. Eso, creo yo que me lo podía haber respetado. De los dos cates que me arrearon, para variar, prefiero no hacer comentarios, aunque habría mucho que decir.

Cuando me vi encerrado en el estudio, con el padre Olmo delante, me dispuse a pensar, que es como yo me bandeo en esta clase de tardes. Primero fue acordarme del lance de los ojos, aquel del último partido a que asistí con Cheché. Me entretuve un rato revolviendo la Química en busca de un color como el dicho de mis ojos. Aquí se ve las idioteces a que se llega, en esos bobos castigos a unas horas inverosímiles del domingo. Lo más aproximado que encontré fue el S04Cu. Luego me puse a pensar en lo que harían en Placeres Patri y Karin. Yo a Karin la quería mucho, por cómo se portaba conmigo y por su padre, que fue como yo quería ser.

Es maravilloso cómo Dios dispuso las cosas para que Karin entrara en nuestra vida. Su madre se murió al nacer ella, la pobre, y su padre, el teniente de navío Von Schröeder, que mandaba un submarino, no regresó de una salida al Atlántico en los últimos meses de la guerra. Este Schröeder que ganó la EK 1, o sea la Cruz de Hierro de primera clase, tenía una amistad de lo más íntimo con el tío Ignacio, que desde que salió de la Escuela Naval, se puede decir que ha estado siempre en puestos de enlace y contacto con marinos extranjeros, porque hay que ver cómo le da al alemán y al inglés. Pues el padre de Karin nadie sabe cómo fue el no volver. Descansa en el fondo del Atlántico, a muchas brazas de profundidad, en esa tumba inmensa y anónima propia de los héroes que es la mar. Debía de mediar un acuerdo, porque a Karin se la trajo el tío Ignacio, a pesar de las reclamaciones de sus familiares, que tenía tíos y primos. Se quedó en casa con Patri y creció como prima, o mejor, como hermana nuestra. No hay distinción entre Patri y ella. Como siempre hemos vivido tan unidos nosotros, yo con ella tenía una confianza enorme.

En éstas andábamos cuando sonó la campana que nos liberaba por una hora. Volvieron los del partido. Ganó el Celta y Cheché sin novedad. Pancho tuvo la buena idea de una cajetilla de «Chester» que estaba yo a dos velas de tabaco.

Cuando nos encerraron otra vez, mientras los demás se iban al cine, yo, que aún estaba medio abstraído en el ambiente del pasado, de lo que había estado recordando antes, me volví a zambullir. Nunca había hecho tal revisión de recuerdos, pero cuando te encierran así, ¿qué hacer? La otra persona que tenía para mí una significación especial era Cheché. Yo no sé si, de haber sido normal él, lo hubiera mirado yo como a Mito, pero con lo que llevaba pasado y estando como estaba, me era imposible no quererlo a él más que a nadie. De antes de la enfermedad apenas recordaba otra cosa sino que era como Mito. Yo no distinguía especialmente, y cuando llegaba la ocasión, los breaba por igual. De entonces, precisamente, eran los recuerdos de los buenos mordiscos que recibí, que parecía mentira, luego, pensar que Cheché me hubiera mordido alguna vez. Pero vino la parálisis, y se acabó. A Mito y a mí nos llevaron a casa de tío Ignacio, con Patri y Karin. Cuando volvimos, él ya estaba

inutilizado. Tuvo que ser tremendo para Cheché el quedarle la pierna como le quedó que era como tenerla estrangulada y no recibir nada, hasta quedársele delgaducha, débil… bueno, completamente enclenque. Yo tardé en comprender que él no volvería a saltar y correr como nosotros. Si me llega a pasar a mí, no sé, pero creo que me habría sublevado. Él se resignó. Entonces fue cuando se hizo aquel cambio en Cheché, y le vino aquella dulzura y conformidad, que a mí me admiraba y, a veces, porque hay que decirlo todo, hasta me desesperaba. En todo aquello tuvo que influir una barbaridad fraulein Martha; porque ella se pasó todo el tiempo con él y había que ver cómo se entendían y lo que ella llegó a querer a Cheché, que aun después de volver a Alemania (un año hacía), seguía escribiéndole y enviándole, de vez en cuando, discos; porque ella fue también la que le metió por la música buena, y ¡vaya afición que pescó! Lo cierto fue que Mito y yo, desde entonces, nos quedamos sin fraulein y sin saber alemán, ya que olvidamos lo poco que habíamos aprendido; y esto lo digo porque, desde la enfermedad de Cheché, ella fue exclusiva para él. Y conste que no me quejo de una cosa así. Lo que después fue que, con el resurgimiento que hay en Alemania, su familia, bueno, los supervivientes, volvieron a recuperar la posición de antes; y como por otra parte yo peleé tanto porque Cheché viniera al Colegio, entonces ella se volvió a su casa, a Colonia. A Cheché, encima, hay que tener en cuenta que le hicieron la mar de operaciones; todas para ver si la pierna podía quedarle mejor. Pero todo fue fastidiarlo y atormentarlo, que aunque él no se quejara, porque fraulein Martha le metió de aquella manera el ser valiente y el sufrir por los pecadores, no hace falta mucha imaginación para figurarse lo que tiene que ser que te anden así, hurgando en la pierna y tal.

En casa, por el influjo de Cheché aunque parezca mentira, todos nos hemos hecho la mar de aficionados a la música. Bueno, todos no; porque ahí está el bobo de Mito, que si lo quitas del jazz y de esos ritmos negroides, ya está bostezando. Precisamente entonces teníamos una hucha de pesetas rubias para juntar dinero para discos; la cosa era echar nosotros y mamá, que es la que guardaba la hucha. Bueno; pues todavía estábamos esperando que Mito introdujera allí la primera peseta.

Yo con Cheché ya tenía entonces oída mucha música. Y no es que coincidiéramos. Ya se verá. Yo soy muy especial para eso. A mí la música me arrastra. Quiero decir que yo soy capaz de hacer qué sé yo qué, tras oír un rato ciertos compases…

Desde que Cheché quedó así, tuve una preocupación constante. Era como tener una piedrecita en el zapato. Como si fuera yo el que sufriera la inutilidad de aquella pierna. Lo que me sacaba de quicio era cualquier abuso o choteo por aquella deformidad. Eso ya se vio aquí. Yo para entonces sentía la misión de sacarlo adelante. Por eso hice lo que hice por traerlo al Colegio. Por los

veranos me lo llevaba a diario en el balandro, porque es que se pudría en casa… o con la chacha, que no sé qué es peor.

Aquella tarde, allí recostado en la silla del estudio, no era yo el que estaba, era sólo mi cuerpo. Mi espíritu volaba muy lejos. Figurarse el sobresalto cuando oigo a mi alrededor una carcajada general y veo plantado delante de mí, a dos palmos, nada menos que al padre Barros.

—¿En qué estás pensando? —inquiría, imperativo.

—¿Yo?

La verdad es que debla tener en mi cara una expresión de idiota, la del que está despertando por la mañana. Luego me dijo Azufre: «Estabas con la mirada helada, clavada en la pared, y todo inmóvil… tú que siempre andas en ebullición».

Cuando se presentaron en escena los exámenes escritos, pasó lo de siempre: que te cogen desprevenido. Yo tenía miedo, no lo voy a disimular; sobre todo por las Letras, porque las Ciencias, y en especial las Matemáticas, se me dan de lo mejor. No en vano papá me machaca por los veranos. Y es que para entrar en la Escuela Naval no se puede prescindir de las Matemáticas; en cambio, no sé qué va a hacer un marino con el Latín y el Griego. Me preparé a fondo. Quiero decir que tomé mis medidas para que la Filosofía no me jugara una mala pasada. Tenía todo lo principal en una chuleta, que no se le podía negar el mérito: ¡Hay que ver el tiempo que me llevó hacerla!

En Matemáticas tuve la dicha de poder sacar del apuro a Panchito, que le tocaron mis problemas y me pidió auxilio por correo aéreo. Claro que Pancho me hizo un buen servicio en Literatura, en que pudimos ponernos juntos, y con lo que ha leído ya en su casa, no tiene enemigo en esto.

Lo que yo quedé temiendo fue el Latín sobre todo, y un poco las Ciencias Naturales.

Al ver todos los exámenes ya por popa, volví a sentir aquella alegría que brota de saber que entre ellos, sean como sean, y la llegada de las notas, nadie te quita tu docenita de días, que vamos, menos mal…

Me fui al cuarto del Padre (me gusta dejarle para lo último), que se volvió en la silla hacia mí.

—¿Ha venido mamá?

Tuvo que notar mi contrariedad, porque añadió inmediatamente:

—Estará en casa impaciente porque lleguéis…

Y es que a otros fácilmente los vienen a buscar sus padres; digo, a los que no van en expedición del Colegio, como Pancho por ejemplo; pero a nosotros,

ha de ser la dichosa chacha, que para eso valía más que viniera Falo solamente, que ya no nos caemos por la ventanilla.

—Ni siquiera sé si estará en casa, Padre; usted no conoce a mamá…

Ya me di cuenta yo de que había dicho una bobada, porque él se sonrió, añadiendo con un tono muy suave:

—Bueno… propiamente tú no habías nacido cuando nos conocimos… —pareció vacilar—. Espero que algún día empezarás a caer en la cuenta del fondo que hay en Patricia… quiero decir, en tu madre.

Yo no tenía nada que añadir a aquello, y fue él quien siguió:

—Vas a tus primeras vacaciones de congregante. No son las más comprometidas estas de Navidad; pero el enemigo no duerme nunca. Tienes quince años… No te puedo decir en qué forma atacará, pero atacará, no lo dudes. Confío en que serás valiente… si llega a ser preciso. Malos son los líos en que te metes; tu vagancia congénita, habría que decir tus cabezonadas… ¡pero mientras tengas acerado el filo de la voluntad, y aun prestos los puños para defender tu alma en lo esencial, como lo has hecho hasta ahora, todo es posible para ti!

Aún me dijo muchas cosas más, que yo se las oía con esa tensión que me invade cuando él me habla.

—Bueno, Padre —le dije al fin—. Usted pida por mí.

Ya arrancaba el coche y aún hablaba yo con Pancho por la ventanilla, porque teníamos un proyecto fenómeno para vacaciones. Los dos estábamos de acuerdo en que había que realizarlo antes de la llegada de las notas, pues nos daba la experiencia que, después de recibidas, no había nada que hacer.

La llegada a casa siempre era lo mismo. No se puede decir que se nos estuviera esperando. Papá por la Escuela; mamá qué sé yo; en Pontevedra, o de visita. Luego, cuando aparecían, también como siempre. Papá a interesarse por las notas, y qué tal de exámenes; mamá que si adelgazábamos, o qué facha traíamos. Desde luego mamá prefiere un par de kilos más a un sobresaliente en conjunto.

Por lo pronto tienes que tomarte un baño y tal. Luego, después de cenar, es como un rito casi, viene el llamamiento de papá. Fui el primero. Entramos en el despacho. A eso le llama él «cambio de impresiones». Yo, francamente, le dije cómo me había ido en estudios, en conducta… No soy capaz de mentir, la verdad. Eso, lo del honor (y la mentira va contra el honor), nos lo tiene inculcado desde pequeños como si fuéramos guardiamarinas ya. Así brotó aquella pregunta que no podía faltar:

—¿Puedes afirmar, en conciencia, que has obrado siempre como un

hombre de honor?

Yo, la verdad, no era ningún modelo entonces (ni es que lo sea ahora); pero eso, el obrar lealmente, y el no hacer una mala jugada a nadie, dándome yo cuenta… creo que, vamos, eso lo tenía. Por tanto contesté, mirándole a los ojos:

—Sí.

Entonces fue él quien apartó la mirada para decirme suavemente:

—Vas entrando en una edad difícil. Supongo que ya te dirán algo de esto en el Colegio. Cada vez se alzan más las olas. Vienen tentaciones que le traen a uno de orza todo el día, ¿comprendes?… Y hay que aguantar. Clavarse a la capa, cara al temporal, o como sea; pero la bandera a tope, ¿eh?…

A mí, papá me encanta, porque no se mete, y yo lo entiendo de sobra. Él comulgaba a diario, sin fallarte ni un día. Mamá, no; siempre se levantaba tarde.

Cuando nos fuimos a acostar, nada de muelles en la cama, sino unos jergones de tiras de madera con una flexibilidad mínima; o sea, una cama de monje; es decir, me supongo yo que serán así las camas de los frailes. Papá decía que eso era muy sano. Mamá decía «horrible», y nos compadecía. La cama de Cheché, eso sí, era corriente. Los ascetas éramos Mito y yo.

Otra de las «gracias» de papá, estando en casa, era la ducha. Tenía que ser temprano, o sea que no te podías quedar en la cama. Y tenía que ser fría, así, lo que se dice fría. Otra cosa por la que mamá ponía el grito en el cielo, pero no le valía. La verdad es que estábamos acostumbrados desde qué sé yo qué tiempos. Entras allí medio dormido, y al primer salto, que te los hace dar el agua fría como de canguro, estás ya más despierto que un serviola. Cuestión de unos minutos, pero te deja más templado que un copazo de ron. Al principio, cuando empezó esta práctica, venía papá por si trampeábamos. Luego ya no fue necesario.

Con el mal tiempo que hacía, no tuve más plan que ir por la Escuela a la mira de ver a Juan Ángel, hermano de Nano el del director, el que me avisara en el Colegio, cuando le quitaron el bastón a Cheché. Juan Ángel era ya para entonces aspirante de 2.º y con el número 1 de su promoción. Aunque él me lleva a mí sus cuatro años, me encanta, porque es un tío de primera, y siendo como es, de lo más significado de la Escuela, a mí me trata como a un amigo, y como si fuera mayor.

Lo encontré cruzando por el patio de Bazán, con los libros bajo el brazo. Cuando me vio, echó el lepanto al aire y vino todo contento.

—¡Nacho! ¡Cómo creces, chico!…

Y me zarandeaba con una mano.

Luego me preguntó por Patri y Karin. Él las conocía de venir ellas a Marín o de ir él a Vigo. Patri hablaba bastante de Juan Ángel, del tipo de Juan Ángel, del trato que tenía, de su personalidad. Mientras fuera de Juan Ángel, no me parecía mal a mí.

Por la tarde, que seguía lloviendo, fuimos Cheché y yo a oír música. Lo primero fue poner los discos que le enviara la fraulein. Era un álbum con lo mejor de la Pasión de San Mateo, de Juan Sebastián Bach. Cheché, encantado. Bach era su autor predilecto. A mí confieso que me emocionó el himno final con coro. Había unos cuadernos muy buenos, de papel satinado, con todo el guion alemán, y Cheché me iba traduciendo. Él leía alemán como yo las páginas de un libro. Luego oímos unos discos que compró mamá. Finalmente, como no podía por menos. Cheché quiso oír la mejor música del mundo, según él: el Aria en Re mayor, de la suite número 3; de Bach, claro. Siempre discutíamos. No es que a mí me disgustase aquella aria en sí, y además interpretada por un violinista súper, como Yehudí Menuhin; pero veía yo en aquella música una tristeza y como una resignación que me parecía ser la causa de que a Cheché se le pegara tanto, y eso me fastidiaba el plan. Yo le decía que aquello era musiquilla, y que valía sin comparación cualquier nocturno de Debussy, la marcha de Fetes, por ejemplo, que a mí me llena de electricidad.

Mi única sombra, por entonces, era la pierna de Cheché. Muchas veces ya había pensado yo en Lourdes; pero en casa me parecía que no tenían bastante fe para ello. Él disimulaba mucho, pero era indiscutible que tenía que sufrir. A veces nos veía jugar, o saltar del trampolín, y notaba yo que le brillaban los ojos. A ver, él salía a mí en todo; y si yo no pudiera jugar a nada, prefería morirme. Y luego, delicado de tantos tratamientos, que ni lo dejaban bañar. Siempre inferior a los demás. Cuando llegó al Colegio, se ponía colorado si alguno se le quedaba mirando para la pierna; lo vi yo. Y eso que siempre llevaba pantalón largo, que, no andando, no se notaba.

A veces pensaba lo que yo daría por sacar a Cheché de aquello. Desde luego, ser pobre, o no ser de casa y trabajar de marinero… o renunciar a la Armada y estudiar Filosofía y Letras, que sería lo último… En fin, daba una pierna mía, vaya que sí, porque yo me arreglaría mejor. Bueno, basta de esto.

Sentía yo una barbaridad que no estuviera en Marín el Grumete. El Grumete era hijo de la chacha mía, así de mi edad y hermano mío de leche; imaginarse. Para mí era como ser de la familia. Cuando yo no había nacido, ya estaba en casa la chacha, que empezó mismamente cuando papá y mamá, recién casados, pusieron piso en Ferrol; y, lo que son las cosas, allí conoció a uno que había sido repostero de papá en el España y entonces iba a la pesca.

Así no duró ella en casa, porque a los dos meses se casaron, y con tan mala suerte, que antes de nacer el Grumete, fue el galernazo aquel que no volvió el barco del marido. A poco de aquélla, papá, que los quería mucho, la trajo a casa para ser chacha mía, y el Grumete quedó con su tío el Borrasca, que es de Marín. El crío empezó de muy pequeño a ir a la mar, y de ahí vino lo de Grumete, que nadie lo conoce por otro nombre. Es mucho más duro que yo, que si me quisiera arrear, no me veía delante, aunque a crecer le gané yo. Ahora que, eso sí, conmigo venía como un perrito, como si él hubiera nacido para servirme a mí, cosa que bastante tengo luchado contra ella. A pesar, cuando salíamos, siempre me ganaba, ¡qué mano tiene! A mamá nunca le gustó que saliera con él. Mamá tenía ideas absurdas. Pero papá me dejaba todo lo que quisiera ir con él.

A media tarde del 24, cogimos el coche todos, camino de Vigo, para pasar la Nochebuena con los tíos de allí. Además acababa de llegar de América tío Ignacio, que yo llevaba mucha ilusión.

Fue fantástico las cosas que contó. Los regalos, que no se veían por ningún lado, ya me sospeché que los reservaban para Reyes, aunque nadie dijo palabra entonces.

La cena, colosal. Yo me reservé para los postres. Cuestión de táctica. Luego hubo de todo. Mamá tocó el piano, que no suele querer, y es divino oírla. Tocó Sentimiento, que parecía Iturbi. También tocó Patri, pero no le hice ni así de caso. Cheché cantó, como un ángel, lo de los pájaros de Millet, fantástico. Tío Ignacio y papá, ayudados algo por mamá y tía Luchy, hicieron una pantomima que era partirse de risa. Yo a tío Ignacio le pedía por favor que parase, porque veía que se me rompía algo por dentro. Cansados de reírnos, se puso música y bailamos un rato. Primero bailábamos, yo con mamá, que es quien nos había enseñado ya hacía tiempo; Mito con tía Luchy, y papá y tío Ignacio con las niñas. Luego ya cambiamos, éramos cuatro por cuatro, y yo todo el tiempo bailé con Karin, porque baila de miedo, vamos. Quizá no llegue a mamá en eso; pero se deja llevar mejor. Lo que me fastidió fue que Patri y Mito, que baila como si se hubiera tragado un sable, empezaron a hacer señas maliciosas. A mí aquello me descomponía, porque era sacar la vieja historia de Patri, sobre que Karin y yo nos gustábamos. Claro que como yo, a veces, también me sabía dominar, pues no hice caso. Además no quise bailar con Patri porque siempre reñíamos. Es que no se dejaba dominar por mí para nada. Se creía ella que porque me llevaba un año ya me podía proteger o algo así.

Me gustó mucho bailar aquella noche. Y era el ritmo lo que me arrastraba. No me explico por qué hablaban tanto contra el baile. Mucho peor me parecían a mí las conversaciones y las películas. Claro que yo de aquélla, solamente había bailado así, en familia. Una vez en Salinas oí de un chico mayor que era un cochino bailando, y que escandalizaba. Recuerdo cuánto

pensé yo sobre aquello, sin entenderlo.

Se leyó el Evangelio, como todos los años y luego a Misa todos… menos Cheché, que me lo metieron en cama al pobre.

Así fue aquella Nochebuena. Totalmente diferente de la que acaba de pasar. ¡Quién lo iba a decir!…

Volví a Marín de mal humor. La Navidad, que la pasé en Vigo, vaya. Anduve con Héctor, y con Héctor siempre te diviertes. Hasta me presentó algunas amigas, porque él conoce a todo Vigo. Va el hombre por Príncipe, a la hora del paseo, como un ídem. Pero luego en casa, al cenar, hubo lío. Patricia se creía ser mayor, y, al fin y al cabo, era una colegiala. Antes de cenar, estaba yo con Karin, contándole lo de mi pelea y todo eso que a ella le encanta. Ya en la mesa, mientras papá y mamá hablaban con los tíos, ella, que estaba a mi izquierda, me decía por lo bajo: «¿Ya te declaraste?». Yo estaba tan ajeno, que ni entendía a dónde iba. Pero Mito, que parece el aliado natural de Patricia para todo, y buenos mimos que le pone ella, decía por el otro lado: «Sí, sí». Cuando al fin caí en la cuenta, que fue sólo con ver la cara que estaba poniendo la pobre Karin, les dije:

—¡Sois idiotas, vamos!

Todos los mayores se quedaron mirando, y precisamente entonces, Patri a remachar el clavo.

—Y vosotros sois novios.

—¡Tú lo que eres es una cotilla y una cantinera!

Era yo que estallaba; pero ya papá me fulminaba a mí.

—¿Qué modo de hablar es ése?

Y todas las miradas pegadas a mi cara, como moscas.

—¿Qué voy a hacer yo, si todos se meten conmigo?

Se sonrió Patri muy significativamente, para remachar:

—Es que los dos son novios, ¿sabéis?

Antes de que le contestara como se merecía, se adelantó tía Luchy.

—¡Tú a callar, mocosa! —dijo, y eso estuvo bien.

Yo veía a Karin, roja, como una manzana, y le dije con toda mi alma:

—No hagas caso, bobiña, que Patricia se cree que todo el mundo es como ella.

Todos empezaron a tomarlo a broma, y Karin y yo el hazmerreír de la

familia. Mamá decía sonriendo:

—Pues ya me gustaría, no creáis.

Entonces Cheché que lo seguía todo muy atento, tuvo una feliz intervención.

—Karin es novia mía —dijo, y todos se lo celebraron.

A mí es que me daban ganas de vomitar con todo aquello. Y todo por la imbécil de Patricia. Así me acosté yo de mal humor, y así volví a Marín por la mañana para comer en casa.

La sorpresa estuvo al llegar. Me dice la chacha:

—Nachiño, ya te vino.

—¿Quién me vino? —pregunté yo, que a veces estoy más despistado que un pulpo en un garaje.

—¡Quién va a ser, hombre!

—¡El Grumete! —grité y ella se reía.

Me dijo que estaría durmiendo, pues venía muy cansado; en casa del Borrasca, claro, y que había venido solo, pues el tío se le quedó en Corcubión reparando, como que era el patrón.

Yo todo fue marear a mamá. Ya se sabe que al Grumete, es tradición, lo visto yo; es decir, se viste con ropa mía, creo que desde que nació. Es una cosa que a mí me gusta mucho, y además, con la manía de mamá, que es el vestir bien, a mí me sobra ropa siempre.

Mamá hizo un paquete en que me metió de todo. Yo le decía:

—Mamá, que es Navidad. Esta vez tiene que ser más…

—Bueno —dijo ella condescendiente—, ya sabes que le doy lo que quieras… pero también sabes que no me gusta mucho que vayas por ahí con él.

—Siempre me lo dices, pero, la verdad, no veo por qué.

Ella, mientras envolvía aquello, apuntó:

—No es para ti, Ignacio. Cada cual tiene su esfera y no le hace bien salirse de ella… sobre todo si se sale para abajo.

—Mamá, que mal corazón tienes…

Se lo dije en un tono que no la podía ofender.

—¡Hijo! —y me miraba casi asustada—, si lo digo para tu bien…

—Pues, ¿por qué va a ser él peor que yo, y no al revés?

De sobra sabía dónde apuntaba mamá; por eso seguí:

—¿Crees tú que no hay muchos chicos de corbata impecable que hablan como fogoneros?

Ella, que terminaba de atar el paquete, me levantó la cara, cogiéndome la barbilla.

—¿De veras no te hace daño? —dijo mirándome adentro.

—¿Te suelo yo mentir, mamá —pregunté a mi vez—, cuando hablamos en serio?

—No —concedió ella.

—Pues es mejor que muchos del Colegio… Qué importa que eche algunos tacos; también yo suelto alguno, y no soy malo por eso.

—¿Así que tú echas… —dudó un momento— tacos, Nacho?

—Hombre, algunas veces…

—¡Huy que poco me gusta eso! —se lamentó, haciendo un mohín de los que imita Patri.

Yo le hice unos mimos, de esos que ella va echando ya de menos en mí.

—No creas, mamasiña, que ya procuro quitar eso.

Y aproveche la ocasión para decirle que me tenía que dejar ir a La Coruña para primeros de mes, sin decir nada de que me iban a convidar.

Cuando preparaba la «bici» para ir a despertar al Grumete, llevándole el paquete de ropa, me viene Lupe, la doncella, para decirme que él me estaba esperando en la cocina.

Al Grumete me lo llevé al cuarto. Lo vi, cómo estaba de curtido y morenete, que yo, aunque le gano por los veranos, luego en el Colegio lo pierdo todo. Deshicimos el paquete y le iba enseñando cuanto habíamos metido, que era más que nunca, pues como estaba creciendo de prisa yo, razón de más.

—Es demasiado, Iñaki —así dice él.

—¿Por qué demasiado?… ¿Qué soy yo más que tú?…

—Tú le eres un señorito.

Y el hombre lo decía en serio. Bueno; lo tiré para atrás, sobre mi cama, y salté sobre él (él, que si quiere, a mí, deshace).

—¡Cómo vuelvas a decir eso, te mato!

Se reía dejándose zarandear. Luego hablamos infinito de la pesca y del cabotaje, que esto último es lo que hace ahora por el Cantábrico, a bordo del Lealtad, un pailebot de dos palos, sólo a vela, que yo daba un ojo de la cara por poder navegar con ellos. Y el tío Borrasca de patrón.

Llegó carta de doña Mercedes. Se la vi al cartero, pero iba dirigida a papá, y tuve que esperar a la comida. Digo esperar, porque ya me suponía que allí vendría algo de lo que tramáramos Pancho y yo.

En la mesa me pasó papá un sobrecito azul, que debió venir en la carta que dije. Era de Pancho. Estaban todos esperando que lo leyera en alto. Imposible. ¡A quién se le ocurre escribir así!: «Nacho, ven por lo que más quieras; te necesito. ¡Es horrible lo que me pasa!…». Como me estaban mirando todos, tuve la mala pata de ponerme colorado.

—¿Qué hay? —preguntó mamá, con esa curiosidad de las mujeres.

—Nada —contesté, y con demasiada acritud para acallar sospechas.

—Sí, mirad cómo se pone colorado, ¡que lo lea, que lo lea!…

Para Mito era un motivo de diversión.

—A ver —dijo mamá, alargando hacia mí la mano.

Yo, que de pura furia había estrujado el papel, con toda rapidez me lo eché a la boca para tragarlo.

—¿Qué es eso, grosero?… ¡Ya te estás despidiendo de ir a La Coruña! —dijo mamá, muy contrariada.

Todo se me torcía. Desesperado, tiré la servilleta y me levanté para irme de la mesa.

Ya casi salía cuando oí.

—¡Ignacio, a tu sitio!

Era papá, y lo decía con esa voz que saca a veces, que yo le digo «de puente de mando», y que, cuando la oyes, comprendes que no hay nada que hacer. Me senté de nuevo violentísimo, y mordiéndome las lágrimas que me salían a más no poder.

Empezaron ellos a hablar de cosas indiferentes, lo que aumentaba mi coraje. Algo me aplaqué al no sentirme solo, cuando la mano de Cheché se posó ocultamente sobre mi pierna. De todas formas, estaba trinando allí.

Retiraron los postres, que ni los probé, ni nadie me hizo caso, y papá dijo, volviéndose hacia mí:

—Ahora puedes irte.

Cuando salí del comedor, iba desesperado. Me tiré boca abajo sobre la cama y allí, a llorar a mis anchas. A Cheché lo sentí que venía y se sentaba a la cabecera, sin decir nada. No sé cuánto duró aquello. Pero nada cambió hasta que adiviné que entraba papá.

—Sal, Javier —dijo.

Me tuve que poner de pie frente a él, tragándome las lágrimas. Me habló con suavidad.

—Te quiero más hombre; mas dueño de ti. Huir de la mesa llorando, en el momento difícil, es como arriar la bandera… Y no digo nada de tragar el papel… No, no vengo a preguntarte qué te decía Pancho —cortó cuando iba yo a hablar—. Pero ¿tanto desconfías de tus padres?… ¿Crees que no puedo yo comprender que te interese reservar lo que te dice un amigo?… ¿Tan mal me conoces?…

Yo era no aguantar. Sé resistir cuando me atacan con castigos, pero así me desarbolan. Me abracé a él, que sentí en la cara el frío del botón de ancla; pero él no me abrazó.

—Mira —añadió con cierto cariño—. No se trata de esto.

Y me apartó suavemente.

—Se trata de ir desatracando… de irte poniendo en franquía… Ya no eres un niño, ¿no es eso?

—Papá —dije yo entonces—. Pancho me decía…

Aquí me prendió él los labios con dos dedos como pinzas.

—No, no me lo digas, hombre…

—¡Gracias papá!

Aquella manera de tratarme me daba la vida.

—Irás a La Coruña —siguió él, y yo, imaginarse.

—Irás, aunque te confieso que te hubiera dejado aquí de buena gana, pero no se lo puedo negar a Mercedes.

—¿Y mamá? —insinué, para atar todos los cabos.

—A mamá le pedirás perdón.

Quedé tranquilísimo, porque lo de mamá era tirado.

—¿Puedo entrar? —pregunté a la puerta de su cuarto.

—Pasa.

Estaba ante el espejo, retocándose para salir.

Me quedé detrás de ella, de modo que nos veíamos en la luna.

—Mamá —dije suavemente—, yo hice mal en la comida, ¿verdad?

Ella, sin dejar de mirarse, remachó con viveza:

—Mal, no; ¡muy mal!

—Tienes razón.

Al decir esto, bajé los ojos y me quedé callado.

—Si a ti no te pareciera mal —seguí después—, papá me dejaba ir a La Coruña.

—Él verá cómo os educa.

Lo dijo como ofendida, pero aquí me tiré yo a fondo.

—Mamasiña no digas eso —y le eche los brazos al cuello—. ¿Quién me enseñó a mí a comer, y a saludar, y a hacer el nudo de la corbata… y a rezar…?

Mamá se me volvió y me tomó la cara entre las manos.

—¡Qué galleguito eres, Nacho!

—Y tú, mamá, qué guapa estás… Si pareces una chica del Colegio de Placeres… Mi hermanita mayor…

Sonrió echando la cara para atrás.

—Qué cosas se te ocurren, criatura…

—¿Quieres —supliqué— que olvidemos lo de la mesa?

No hubo más que hacer y quedó todo arreglado. Entonces empezó a excitarse en mí la curiosidad por saber qué mosca le habría picado a Pancho.

A la mañana del 31 salí tempranito para coger la autovía en Pontevedra. Hasta Santiago fui mirando todo lo que se podía ver con la amanecida. Es que me encanta este paisaje. Mamá había dicho: «¡Qué galleguito eres!». Pues sí. Mamá y toda su familia son de Oviedo; papá y toda la suya, de San Sebastián; pero yo nací en Ferrol y soy gallego, y no quiero ser más que gallego. Asturias, desde luego, es preciosa. La conozco bien, sobre todo la costa; así desde tierra como desde mar, pues lo crucé varias veces, con papá, cuando mandaba el Jorge Juan. En San Sebastián, la Concha es bárbara, y buenas regatas que se tienen. Pero como las rías bajas de aquí… A mí que no me digan; como esto no hay.

A las once estaba en La Coruña. Pancho me esperaba; menudo abrazo. Me llevaron en coche a Ciudad Jardín, donde está su casa. Por el camino, ya me

cortó todos los intentos. Decía «ya te contaré, ya te contaré». Doña Mercedes salió a la puerta para recibirme a mí, figurarse. Yo le besé la mano, pero ella me besó en la frente. Iba como siempre, con su traje negro y sin pintar, porque nunca se pinta. Desde luego ella es una santa. Yo tenía oído que, si no fuera por los hijos, hubiera profesado; se lo oí a mamá. Como que vivía sólo para ellos. Yo a mamá la quiero mucho, la verdad. Pero más me gustaría si no tuviera que alternar tanto, y lo que menos me gusta, cuando baila con otros, como en Salinas lo vi una vez.

Me pusieron, como de costumbre, en la habitación de Pancho, armando allí una turca para mí, pues ya se sabe que nos gusta estar juntos. Tampoco al quedarnos solos le pude sacar cosa alguna; decía que era largo, que por la noche. Además llegó Jaime Bandeira y salimos los tres. Y lo cierto es que lo encontraba muy raro a Pancho.

En la mesa vi a su hermana María Celia, que hacía horrores que no le echaba el ojo, pues pasaba el verano fuera. Con catorce años que tenía, estaba guapísima. Yo, bobo de mí, me encontraba a punto de azararme, porque no sabía qué decir delante de ella, con lo que teníamos jugado juntos. Doña Mercedes, con ese tacto que tiene, fue quien me sacó de apuros, haciéndome hablar muchísimo durante la comida. En cambio Pancho no abría la boca y su madre le dijo:

—¿Estás enfermo, Pancho?

—Que va —contestó él con rapidez.

—Hijo, no comes nada —se lamentó ella, pero sin forzarlo.

Yo tenía una impaciencia enorme porque llegara la ocasión de hablar en plan; pero hube de esperar hasta la noche. Fuimos por el Náutico, revisamos los barcos, nos metimos en el cine… Total, que Pancho no era Pancho, y a mí aquello ya me empezaba a preocupar. Cuando vi que no seguía la película y le quise apretar, sólo dijo: «Ten paciencia». No me podía imaginar qué sería. Ser, tenía que ser algo gordo. Me preguntaba yo qué se le habría atravesado en la cabezota. Tal como es él, se me hacía imposible que se preocupara de tal forma… Cuando el padre Prefecto se enteró que nos habíamos largado al cine, en el Domund, o cuando le abrió la cabeza a su hermana con la que se armó entonces, «mala suerte», decía, y se quedaba impasible. La verdad, no entendía yo aquello. En la cena, con el pretexto de que le dolía la cabeza (sí, sí), se fue al cuarto. Yo hice todo lo posible por distraer a doña Mercedes y a la nena, y hasta me olvidé de Pancho. Las hice reír de miedo. Imité a los Padres del Colegio, y a papá, que éste me sale clavado. María Celia me pareció saladísima. Contó cosas de las Madres, para tirarse por el suelo. Luego tomamos las uvas. Entonces me acordé del pobre Pancho y sentí remordimientos de estar pasándolo yo en grande. Me despedí, y después de

besar la mano a doña Mercedes, hice una reverencia a María Celia y tomando una de sus coletas, que las llevaba colgando por delante, la besé. Mucho se rieron ellas.

Entré en nuestro cuarto despacito, por lo tarde que era, pero la luz estaba dada, y a Pancho lo vi sobre la cama, en bata, asomando por debajo el pijama. Estaba totalmente dormido. Me quedé mirando para él, porque tenía una cara de niño triste, que no sé si me daba risa o lástima. Lo desperté, claro.

—Te estaba esperando —dijo sentándose en la cama.

Se desperezó. Se puso en pie, y añadió:

—Anda, desnúdate que vuelvo pronto.

Vi que se iba al cuartito de la ducha, que tiene allí mismo.

Me acababa yo de meter el pijama, cuando le vi volver, secándose la cabeza, que la había metido en el agua para espabilarse, sin duda.

—Abrígate —dijo, y me tendía un albornoz.

Yo me lo puse en silencio.

—Siéntate —y me señalaba la cama.

Cuando los dos estuvimos sentados, como en un vagón del tren, pensé yo que ya era demasiada solemnidad aquélla.

—Ahora te vas a reír de mí —afirmó él la mar de serio.

—Si andas con tantas ceremonias para hablar conmigo, desde luego.

Como se quedaba callado, le increpé yo:

—Tú, ¡qué dijiste!, ¡qué dijiste mil veces, aquí y en Vigo y en Marín!: Que yo era tu mejor amigo… ¡Niega eso!

—Lo dije —reconoció él.

—Pues, chico, ya estás desembuchando lo que sea.

Entonces levantó él la cabeza; me miró y volvió a enchufar la alfombra, según decía:

—Tú y yo nos reíamos de algunos, porque andaban con esas tonterías de gustarse… porque pasaban el tiempo hablando de Fulanita o así…

—¡Natural! —contesté yo, sin adivinar a dónde apuntaba él.

—Pues entonces, ¡ahora ríete de mí! —dijo con énfasis.

—No tiene ninguna gracia, por ahora.

Y él, con una desolación tremenda:

—¡Estoy enamorado!

—¿Que estás tú enamorado? —era lo menos que yo podía esperar.

—Sí, estoy enamorado… ¡y es horrible!

Aquí se tapaba la cara con las manos. Yo, que no sabía qué hacer, pero que todo aquello me fastidiaba, lo zarandee como para despertarlo.

—Pero bueno… tú…, ¿por qué estás tú enamorado, y por qué es horrible?

—Prométeme que me escuchas todo hasta el fin —contestó él— y te lo cuento.

—Hombre, prometido —concedí inmediatamente.

—Fue nada más llegar —empezó—. Iba yo por la calle todo tranquilo, te lo juro; sin pensar en nada de estas cosas. Entonces me llamó María Celia por detrás. Me volví… ¡Bueno, tú no lo creerás! Pero con ella iba una niña… Yo no te lo sé explicar, pero, en aquel momento, conocí lo que es el amor.

Hablaba con gran excitación y los ojos le brillaban, que si siempre le brillan, cómo sería.

—Sentí una impresión extrañísima —siguió—. Fue un escalofrío que me sacudió de pies a cabeza…

Aquí yo le interrumpí.

—Tú estabas enfermo aquel día…

—Estaba perfectamente bien, ¿no te digo?

—Entonces —le apreté yo—, ¿estás loco o qué?

—Tú dijiste que me escucharías hasta el fin —me reprochó él.

—Bien, sigue.

Hizo una pequeña pausa y continuó sin mirarme.

—Yo quedé como atontado. Pasaban por mi cabeza un montón de pensamientos. Te parecerá que soy idiota, pero en aquel momento es que sentía lo que es el amor. Eso sí, un amor sano y puro, ¡claro! Después me fui por las calles medio idiotizado, hasta dar en la orilla del mar, junto a Riazor. Hacía un frío que pelaba; no había un alma allí. No sé cuánto tiempo estuve, pero al darme cuenta que en aquel sitio no hacía nada, me volví casi por el mismo camino. Recorrí varias calles, y al ver lo solo que estaba, decidí meterme en casa. Vino una visita, y con su rollo de siempre, acabó por ponerme más idiota todavía. Luego ya el día siguiente, y ¡horrible! Además no decía yo ni pío. No hablaba casi y a lo que me preguntaban respondía de mala gana. Me preguntaron si estaba enfermo, y les dije: «Por ahora no». Desde

entonces no hice más que pensar en ella y estar todo el día atormentado, ¿comprendes?

»La primera vez que vino a casa con María Celia, pasé un rato horroroso, en el cuarto de al lado donde ellas estaban. Tenía miedo de verla, porque me daba el escalofrío y se me notaba, ¡sabe Dios! Vino otra vez, y tampoco me atreví a entrar donde estaba ella, pero la vi por el pasillo… es como un ángel, ¡no sabes!

Yo, que no me explicaba aquella pasión en el hablar de Pancho, dije:

—Pues no me explico yo tanta cosa por eso…

—Es que estoy enamorado, ¿no te das cuenta?

Quise tomarlo a broma.

—Tú también exageras, Pancho; ya te ves casado y con veinte hijos alrededor y todos pidiéndote pan…

—No, Ignacio —contestó— no es broma esto; ¡ya verías si te pasara a ti!

Y se volvió a arrancar.

—Lo que me saca a mí de quicio es que ella no sabe nada de lo que siento yo; no puede tener ni idea, y por eso estoy desesperado.

—¡Desesperado por una niña cursi!

Es que no me lo explicaba, ¡vamos!

—Ignacio —me contestó—. ¡Si la conocieras!…

Resplandecía todo al decir aquello.

—Aunque tenga cara de cine, hombre… —salté yo—. Es mujer, ¿no? Y por tanto inferior al hombre. ¿No hemos hablado de eso tú y yo mil veces? ¿No me decías tú que son muy creídas… que son inferiores en deportes, en inteligencia… en política? ¿No decías que la culpa de la corrupción es de la mujer, que en el Paraíso la culpa la tuvo Eva, y que una mujer fue la causa de la guerra de Troya, que Brunilda fue la causa de la muerte de Sigfrido, y una mujer mató al Petrarca, con un amor imposible, y una mujer, Isabel de Inglaterra, echó a perder a los católicos ingleses…? ¿No lo ves?… ¡Siempre una mujer…!

Me salió el discurso con toda la fuerza con que me rebelaba contra el estado en que veía a Pancho; pero él contestó:

—No entiendes lo que es esto…

—¿No entiendo? —volvía yo al ataque—. Lo que yo entiendo es que están chaladas por nosotros, porque están para eso… Pero que estés tú hecho polvo

por culpa de una cría… ¡Si cuando seas mayor tendrás todas las que quieras!

Se puso a explicarme lo que sentía. En aquel momento yo odiaba a la niña aquella. Sería al estilo de Patri, seguro. Pero aquello era ya una exageración. Que le gustara a uno una chica, era natural. También a mí me gustaba María Celia, con aquella cara tan preciosa que tenía, y luego la cintura, que yo creo que me la abarcaba yo con las manos y sobraba. Con ella se estaba a gusto. Pero de ahí a ponerme yo como Pancho por culpa suya… ¡Qué más quisiera ella! Eso es lo que yo no comprendía.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunté yo entonces.

—Quiero que me la presenten.

—¡Ni hablar, hombre! —dije yo—. ¿Quieres envenenarte?

Pancho me oía con la cabeza hundida entre los puños.

—Estás así y ¿vas a estropearte más todavía? Lo que te hace falta a ti es todo lo contrario: librarte de ella. Yo no te lo sé explicar, pero el Padre …

¡Cómo reaccionó! Me agarró por las solapas y dijo:

—¡Nacho, ni palabra! —me miraba al fondo de los ojos—. ¡Prométemelo!

Le aterrorizaba. Yo le prometí que sería un secreto más entre los dos.

Entonces empezó a desahogarse: Que él no tenía padre y una cosa así sólo me la podía decir a mí; pero que nosotros no sabíamos nada de nada, y todo nos era un lío, etcétera… Y aquello ya fue de espanto porque se echó a llorar, escondiendo la cara entre las manos. Era desesperante. Es que no se me ocurría nada. Ni idea de lo que podía hacer. Me puse junto a él; echándole el brazo sobre el hombro. Me mataba discurriendo algo que decir, y nada, sólo estar allí. Lo sentía estremecerse bajo mi brazo, pero no lo acaricié, que me parecía indigno de Pancho. Pensé que yo entonces estaba allí por su padre y que aquel marino que nos miraba desde la pared se alegraba de verme así. Con esto deseé tanto hacer algo por Panchito, que me conmoví, contagiado por él, y se me saltaban las lágrimas. Me dejé empapar de sentimiento un gran rato. De pronto se incorporó Pancho y sacó un pañuelo de la bata. Yo fui a secarme los ojos rápidamente con la manga, pero él bajó mi mano y me miró a dos palmos.

—¿Lloras tú, Nacho? —dijo con un cariño bárbaro… y me abrazó.

Yo no sabía qué decir. Pancho se arrancó de golpe y saltó a su cama, exclamando:

—¡Hasta mañana si Dios quiere!

Yo me acosté, rezando por lo bajo el Rosario, hasta que me dormí en el

cuarto misterio.

ENERO

A mí me despertó el despertador, pero a Pancho lo desperté yo. Caí sobre él cual pantera, dándole un tirón de orejas brutal. Era lo mejor, porque daba no sé qué, después de la escena nocturna. Menuda pelea que se armó. Exacto como en casa cuando no estaba papá, que siempre iba yo contra Mito y Cheché. Con la fuerza de Pancho ya me tenía medio ahogado entre el colchón y las almohadas, cuando, de repente, siento que salta de sobre mí; salgo yo a flote, miro, y ¡Doña Mercedes! Me tiré de la cama más que al vuelo, quitándome el pelo de los ojos, que no veía, y arreglándome el pijama, porque detrás de la mamá de Pancho venía María Celia, con un salto de cama elegantísimo que me pareció, y el pelo suelto, y le tiraba a Panchito de las orejas. Es que era su santo, el primero de año porque Pancho es Manuel Moltó Buhigas, o Bujías, como le digo yo.

Él tuvo la mala sombra de decir allí mismo, así, de pronto:

—¿Veis a Ignacio? —y me señalaba—. Pues para mí es infinito más que un amigo. Es como si fuera hijo tuyo, y hermano tuyo…

Como se puede suponer, yo a ponerme colorado.

Fue un día fantástico. Cuando íbamos a comulgar, que fuimos juntos con Doña Mercedes y la nena, me dijo él en un aparte:

—Anoche me salvaste, Nacho.

—Si no hice nada, hombre…

—No estuve solo —dijo, como para sí.

La fiesta de la tarde, con muchísimos convidados, estuvo superior. La merienda… bueno, brutal.

Ya solos en la mesa, por la noche, él estaba más tranquilo. Además, habían llegado las notas trimestrales. Bien, tres suspensos que le venían. De todas formas, doña Mercedes no pudo decir nada, porque entre todos se lo hicimos imposible. Ya pensé yo que en casa, con papá no iba a ser tan fácil.

Cuando me iba, al día siguiente, vinieron Pancho y María Celia conmigo a la estación. Llovía. Los tres de gabardina, como íbamos, parecíamos tres chicos. Arrancar y empezar a preocuparme por mis notas, todo fue uno. Era inevitable.

En Pontevedra me estaba esperando Falo con el coche, para llevarme a casa. Lo primero fue preguntarle por las notas, pues Falo es de toda mi confianza. Él sabía que Mito había caído en dos, y que Cheché tenía sobresaliente en conjunto. Pero de lo mío, y ahí le dolía, no sabía una palabra. Lo cierto es que papá, en casa, estaba serio, y que Mito ya se había pasado la mañana encerrado. Con esto, yo a preocuparme más, naturalmente. Cuando llegué estaban ya en la mesa para cenar. A papá y mamá los besé; me senté, y en seguida me di cuenta de que aquello era una tumba. Mito ponía esa cara suya de circunstancias, que yo le digo filosófica. Cheché, como si él hubiera cargado todas. Se llegó a los postres y nadie decía nada. Yo aún tuve el valor suficiente para hablar, porque es que aquello también era por demás…

—Bueno —dije—, si han llegado mis notas será mejor que me las digáis.

—Pero ¿te interesa eso a ti?

Era papá quien contestaba, y en sus palabras ya entendí yo lo que podía esperar. Me miraba intensamente, y no tuve nada que decir.

—Mira, mira —añadió, al tiempo que me alargaba el Boletín. ¡Si también estoy orgulloso de ti, hombre!

Yo leí rápidamente: 4 en Latín, 2 en Ciencias, 3 en Griego, 5 en las otras, y un 6 en Matemáticas. Todos se quedaban mirando para mí.

—El dos de Ciencias, desde luego, es injusto.

Aquí se me disparó papá.

—¡Cállate mocoso! ¡No uses tú esa palabra!… Injusto… La única injusticia es que venga con esas notas quien tiene talento de sobra y no le falta nada en la vida; mientras tantos y tantos chicos, que se matarían a estudiar, se están partiendo el pecho de sol a sol, en el trabajo de cada día.

La verdad es que, en aquel momento, ni a levantar los ojos me atrevía. Hasta Mito bajaba la cabeza, que ya es decir. Cheché tenía las lágrimas a la puerta como quien dice. Y no era tanto por las palabras. En papá lo que hay que oír es el tono con que dice estas cosas.

Después de una pausa, que ya la sentí yo saturada de amenaza, dijo:

—¡Vosotros dos no me salís de casa hasta nueva orden! ¡A la cama!

Nos levantamos como corderos. Besé a mamá, sintiendo cómo me apretaba ella. Luego fui a él, que se dejó besar simplemente.

Bueno, papá también es de miedo. Yo reconozco que él es siempre intachable, que ya tiene fama de eso en la Escuela y en todas partes. También es verdad que es comprensivo, y gracias a eso me acababa yo de tirar el par de días en La Coruña; pero en las notas es un fiera bárbaro. Yo lo que decía era

que habría que ver cómo fue él cuando era como nosotros de años: porque a mí que no me venga, si no, a ver por qué salimos nosotros así…

Estuvimos tres días encerrados. Cuando salía papá, andábamos por toda la casa, en el cuarto de baño como un tren mixto. Mito me pedía tabaco a todas horas, pero yo lo tenía a ración: uno por la mañana y dos por la tarde. Como no bajábamos al comedor, que teníamos que comer en el cuarto, estábamos todo el día en pijama y bata. Yo me ponía el abrigo y salía a la terracilla de arriba, y con los Zeiss grandes de papá iba siguiendo todo el movimiento de la ría. También me entrené mucho otra vez al Morse, porque Cheché se lo dijo a Nano, y éste iba con un marinero al alto de enfrente y me hablaba con banderas, contestándole yo desde casa. Todo esto y oír música era lo principal. También venía el Grumete, que a él me lo metía la chacha por la cocina. Nos encerrábamos en el cuarto a fumar y a hablar de cosas de la mar y hacíamos planes. Él no solía querer fumar en casa, que le ofrecía yo. Seguramente se creería mamá que era él quien me ofrecía a mí. Le encargue «Chester» y «Black Kat», para mí y para Azufre, que siempre le llevo. Al Colegio conviene ir bien provisto.

La última noche de aquel castigo, me llamó papá después de cenar.

—Siéntate —me dijo en tono normal.

Estábamos en el despacho, separados por la mesa.

—¿Qué planes tienes?

Ya sabía yo a qué se refería, claro.

—Subir las notas —contesté.

—¿Has pensado lo que dices?

—Sí.

Lo dije sin vacilar.

—Si tú quieres —hablaba en tono amistoso—, es cierto. Puedes sacar el curso limpio… ¿Serías capaz de darme tu palabra de honor…?

—Soy capaz.

Realmente yo hablaba con sinceridad, porque papá lo merecía.

—¿Sabes lo que es una palabra…?

Y lo decía como si no estuviera cansado de oírselo explicar.

—Hombre, pues algo que hay que cumplir… aunque a uno le cueste todo.

—Bueno —se levantó—, lo pasado, pasado.

Ya me había puesto en pie delante de él.

—Empieza otra etapa. Ahora está a prueba tu honor… Tu honor de marino, ¿comprendes?

Yo estaba cuadrado como un guardiamarina.

—Tráeme a Guillermo —dijo.

—¡A sus órdenes! —terminé, sonriendo.

Me revolvió el pelo él. Lo veía yo complacido.

El día de Reyes, a las doce, salíamos para Vigo, y la verdad es que no apetecía, pues no había tiempo para disfrutar de nada. Únicamente Mito, que lo llevaba todo para el Colegio. Al volver de misa, ya me habían puesto a mí la mesa en su sitio del cuarto. Inmediatamente tomé posesión y lo trasladé todo allí. Era una satisfacción que, ya era hora. El tiratacos que me quitó papá y yo luego se lo quite a él; todas las fotos, que eran hasta decir basta; el diario del Primer Trimestre, que lo tenía que esconder sujeto con unas tiras que había pegado debajo de un cajón, porque Mito me lo leía; mis libros; la colección de sellos; los cargadores que birlé en la Escuela y el revólver que niquelé y me quedó como nuevo y no lo llevaba al Colegio porque era quedarse sin él… En fin, que lo metí todo y luego atranqué, poniendo las llaves en el llavero que llevo conmigo. Inmediatamente bajé para probar el motor de Cheché, que a mí eso de los motores no se me resiste, y el año antes pasé casi un mes en el Barrio Industrial de la Escuela, andando por los garajes. Era una monada de lo más apetecible en moto pequeña. Falo decía que daba más de los cincuenta, pero como llovía, papá no nos dejó probarla. «Cheché tendrá que aprender despacio» pensaba yo.

Llegamos a Vigo para comer. Ya sabíamos que había regalos. Las niñas estaban en la calle. Me esperaba allí, de América, un short gris plata «Jantzen», que es lo mejor; también una visera de plástico maravillosa, para balandro y tenis.

Cuando llegaron las niñas, que venían del Náutico, es que me fastidió: Patricia venía pintada. ¡Hay que amolarse! Veías allí a Karin como Dios la hizo, y para mí estaba mucho mejor, que no me digan. Todos los regalos de ellas eran así, para presumir. Pero lo peor fue después de comer. Yo tenía allí un par de trajes nuevos, hechos en Vigo, que me los hicieron entonces, porque al principio del curso, cuando hicieron ropa a Mito y a Cheché, yo, con lo que me fastidia ir al sastre, me zafé. También Patri y Karin tenían trajes nuevos en plan. Mamá y tía Luchy, que para eso de vestir son iguales, nada más terminar de comer, tuvieron la feliz idea de decir que había que probar. Las niñas, como mujeres, encantadas, Mito y Cheché no tenían problema, porque no tenían nada que probar; pero yo… y ¡hay que conocerme a mí! Era inútil resistir.

Ellas se fueron a su cuarto. Mamá vino conmigo al nuestro; «ponte esto y esto y esto», y me dejó allí. Eran cosas de esas que te dan dentera. Había que verme a mí aparecer en el comedor, a que me mirase todo el mundo, como a Patri y Karin; y vuelta para aquí… anda un poco… vuélvete. Y cuando estás ya para estallar, dice mamá:

—Ahora vete y ponte el otro con el suéter amarillo.

—Bueno, mamá, ya está bien ¿no? —dije yo, rabioso.

—¡Niño, no seas repugnante!

Estaba fastidiado, vamos. Me volví a desnudar y a vestir de un humor de perros. Y vuelta con ellas al comedor. No sé, pero se debían creer que yo era una modelo, y me ponían junto a Karin, y vuélvete… Y como si yo fuera de madera, comentaban:

—Qué bien está, ¿eh?…

—Qué mono hace este corte…

—Mira, este castaño cae muy bien con el rubio…

Y entonces ya vino lo último:

—Ahora poneos los trajes de baño nuevos.

Fue mamá la que lo dijo. Y tío Ignacio decía también que sí, porque había traído para Patri y Karin unos de nylon de la misma marca que el mío.

Aquello, y tal como estaba yo para entonces, ya fue demasiado. ¡Qué iba yo a venir al comedor así!…

—¡Yo no me cambio más! —grité fuera de mí.

—Bueno —dijo mamá intransigente—, no te pongas ahora tontín.

Y yo me vendí.

—¡No me pruebo más! ¡Y en traje de baño, menos!

No sé si era vergüenza; pero de veras que me daba no sé qué venir al comedor, medio desnudo, delante de todos… Era que una cosa es la playa y otra un sitio así, entre cuatro paredes. Sería una idiotez mía pero yo lo sentía así. Entonces vinieron las ironías y el forcejeo, hasta que Patri soltó aquella majadería que no sé cómo no la maté.

—Es que le da vergüenza por Karin… ¿sabéis?

Ya aquello no se podía aguantar. Me fui hacia Patricia como un toro, que ya se veía la intención que llevaba. Pero tío Ignacio, que estaba fumando de pie, me atrapó al vuelo según pasaba, con una mano; y así, sólo con el brazo

izquierdo, me estrechaba contra el pecho que yo no tocaba ya el suelo con los pies. Todo fue un relámpago. Vi delante de mí un uniforme azul y sentí el golpe, y ¡vaya golpe!, en la mejilla. Papá me acababa de abofetear.

—¡Qué ibas a hacer, cobarde! ¿Pegar a una mujer?

Así me increpaba papá con la mano alzada. No, yo creo que pegar no la hubiera pegado. No sé. Pero que él me pegara a mí, es que me dejó helado. Era la primera vez que lo hacía desde más de tres años, cuando salí con Cheché hasta mar abierto, que hubo que mandarnos un remolque, y aun para aquélla era yo un niño. Fue tío Ignacio el que me apartó de allí, y me acariciaba, pero yo estaba alelado. Eso sí, no hubo más pruebas. Mas cuando se fueron todos al cine, menda se tuvo que quedar en casa. No, si estaba escrito que Patricia siempre me tendría que fastidiar. Y todo era el afán de superioridad por un año que nos llevaba a Karin y a mí. Yo ya le tenía dicho que no sé de qué presumía, porque cuando papá y mamá se casaron, tío Ignacio y tía Luchy aún no se conocían, pues los presentó papá en la boda mismo. Fue fulminante, que a los seis meses, van y nada menos que imitaron a papá y mamá. Bueno, pues no sé por qué santo, yo me retrasé dos años y medio en nacer, y así pudo ella hacerlo un año antes que yo. Pero lo cierto es que los tíos se conocieron gracias a la boda de papá y mamá, así es que de no ser por nosotros, ella, Patricia, ¿qué? No sé de qué presumía.

Primero me dediqué a oír la radio. Luego, como me cansaba, empecé a revolver por la casa. Me colé en la habitación de ellas y me puse a husmear todo lo que tenían a mano. Fue una suerte bestial. Había allí un secreter de madera clara, muy mono, propiedad de Patri. Bueno, pues… ¡tenía la llave puesta! «Es la hora de mi venganza», pensé yo, y di comienzo a la investigación. Revisé todo, que eran bobadas lo que ella tenía allí. Así, hasta llegar a cierto cajón… Iba yo levantando papeles, cuando tropecé con un fajo de cartas (hasta entonces todo eran cartas de amigas, no interesaba), y en la tira ancha de papel rosa que lo envolvía, ¡maravilloso! estaba escrito: «Pecado mortal leerlo». Era la letra picuda de Patri. Yo, ver aquello y sentir una tentación fenomenal, fue todo uno. A mí lo de pecado mortal me tenía sin cuidado. ¡A ver quién era ella para dictar lo que es pecado! Estaba yo dando vueltas al paquetito, cuando levanté una punta y vi una firma. Me dio un salto el corazón. Lo que ponía allí era «Juan Ángel». Entonces también caí en la cuenta de que el papel era de la Escuela. ¡Qué fantástico! ¿Serían novios Patri y Juan Ángel, el hermano de Nano? Daba yo un ojo por leer semejantes cartas en aquella ocasión, pero algo me frenó. Se me ocurrió que era indigno hacerlo. Seré bobo, pero me dio lástima de Patri, que la tenía allí en mis manos. Digo que seré bobo, porque con la de ellas que Patri me tenía hechas… Pero yo hacerle a mi prima una faena así… No. Tuve un gesto entonces. Me dije: «Le daré un susto, pero no cometeré una acción innoble», y escribí con rasgos bien

fuertes y visibles: «Muy interesante», y puse el paquetito sobre la carpeta de piel. ¡Vaya susto que se iba a llevar! También encontré unos cuadernitos, muy iguales y como nuevos, que ponían «Diario», y eran de Karin. Ésos sí que los hubiera leído con gusto, pero por nada del mundo le hacía yo a Karin una cosa así. Con todo esto, me volví a la radio la mar de satisfecho a esperar acontecimientos.

Ya en la cena noté que Karin se ponía un poco colorada. Patri, yo me partía, no quiso bajar a cenar, pretextando dolor de cabeza. Lo único que sentía yo era que Karin se estuviera creyendo que me había leído sus cuadernos.

Como papá y mamá se iban para Marín entonces mismo, había que despedirse. Él, que no me había vuelto a dirigir la palabra desde la bofetada de sobremesa, me llevó consigo a otro cuarto y me habló allí.

—Tienes una cosa buena, Iñaki —los dos estábamos muy tranquilos—, no guardas rencor… encajas bien los castigos. Eso es el aceptar la responsabilidad de los propios actos de que te he hablado tantas veces.

Aquí se interrumpió papá, y yo no supe qué decir.

—Pero eres tan impetuoso —continuó—, tan apasionado, que no piensas. Te lanzas a ciegas. Reaccionas como el cañón… Y pones todo tu ser en cada movimiento de tu alma. No vayas a creer que me disgusta del todo tu carácter. Prefiero ese extremo al contrario; pero nunca está el equilibrio en los extremos; ahí ya llegarán tus conocimientos de Física, ¿no?… Lo que necesitas tú es un poco de freno, una brida; pero una brida empuñada por ti mismo. Los frenazos que pueden valer algo son los que tú mismo te impongas. Nosotros actuamos in extremis, para que no se pase de ciertos límites; pero tú tienes que actuar muchas veces cada día. Piensa un poco todo esto. Disponte a controlarte cuando puedas a ti mismo por ti mismo… Hazlo así y no tendrá que repetirse, nunca más, una escena como la de esta tarde, que, supongo que lo podrás comprender, es más dolorosa para mí que para ti.

Me da rabia que en ocasiones como ésta no sea yo capaz de decir a papá lo que quisiera, porque le sobra razón; pero no sé cómo expresar ciertas cosas. No supe más que sonreír, mirándole a los ojos, y decir que sí con la cabeza. Él entonces dijo:

—Dame un beso —y se inclinaba hacia mí.

Le besé y él añadió:

—No olvides que hay una palabra por medio.

De allí a un rato, que ya se habían ido, Karin me sacó fuera para decirme:

—Ignacio, lo que has hecho —de sobra me sabía yo a qué se refería— no

estuvo bien, ¿no crees?

—Tampoco lo estuvo decir lo que ella dijo.

—Tampoco —concedió Karin.

Luego de callar un rato, dijo suavemente:

—Patri está llorando en el cuarto.

Yo prescindí de ello para salir de algo que se me había ocurrido.

—Desde luego, no leí una palabra de tus cuadernos.

—Ya lo sé —se apresuró a contestar ella.

—¿Cómo lo sabes?

Se me quedó mirando para decir:

—Hombre, Nacho, ¡ni que te hubiera conocido ayer…!

Pero no fue sólo esto; porque concentró más su mirada sobre mis ojos, y añadió, hablando despacito:

—Mírame… Tú no has leído las cartas de… Juan Ángel.

Me fastidiaba confesar aquello, y que me calaran así.

De todos modos, bajé la cabeza y reconocí que no, que no las había leído.

—Estaba segura —comentó ella con aplomo—; tú no haces una cosa así.

Había en el tono con que decía esto, como alegría… y como cierto orgullo que me agradó.

—¿Se apuró mucho Patri? —pregunté yo.

—Y sigue apurada, porque no la puedo calmar.

La curiosidad me picaba a mí cada vez más.

—¿Qué decían, entonces, las cartas?

Karin desvió la mirada.

—Eso no te lo puedo decir, Nacho.

Yo, que me sentía entonces magnánimo, concluí:

—Bueno, dile que no he leído nada.

—¿Por qué no vas tú mismo? —insinuó ella—. ¿No ves que a mí no me lo va a creer?

—Está bien, iré.

Todo aquello, siendo como era yo el que tenía las riendas en la mano, me divertía lo suyo.

Di unos golpecitos en la puerta del cuarto de las niñas y me colé dentro, tras una especie de suspiro de Patri, que interpreté como permiso de entrada. Desde luego ella tomaba las cosas como en las películas. Estaba allí, echada sobre una chaise longue; cubierta con una manta de viaje, y unos ojos de llorar que ya me dio pena verla. Entrar yo y taparse ella la cara, fue todo uno. Me fui a sentar allí, al lado, y procuraba quitarle las manos de la cara.

—Vamos, Patri, escúchame…

No había modo, y ella a llorar más y más como una boba,

—… ¿no me vas a creer si te digo yo una cosa?…

Cada vez eran mayores los suspiros que la sacudían.

—… Si no leí nada, mujer, ¡nada, nada!… ¡Palabra de honor que no leí nada, que fue sólo una broma!

Aquí ya ella se destapó para ponerme las manos sobre los hombros.

—¿De verdad, Ignacio?, ¿dices eso de verdad?

Me miraba con unos ojos que me entraban como punzones y aún le resbalaban las lágrimas.

—Pues claro, tontiña, ¿tú crees que te iba a hacer una faena así?… Tú me haces mucho de rabiar…, pero, bueno, ¿no eres tú mi prima o qué?

Creí que me ahogaba cuando me cascó aquel abrazo. Le entró una alegría y una risa, que daba gusto.

—¡Eres un sol, Iñaki! —decía.

—Entonces, ¿por qué me provocas?

Así es Patri:

—Porque me encanta ver cómo saltas. Eres un cachorrito —me echaba para atrás el pelo, que siempre me ha de venir a tapar los ojos—, pero eres el primo que más quiero, más aún que a Cheché.

Este último detalle no me halagó nada. Además, en tal caso debió decir más que a Mito, pues todo el mundo sabía que ellos dos eran uña y carne.

—Oye —le dije francamente— ¿a ti te gusta Juan Ángel?

—¡Qué cosas se te ocurren, chico! —y se reía.

—Hombre —seguí yo muy astuto—, es que a mí me gustaría para ti.

—¿Tú dices eso en serio? —preguntó con mucha solicitud.

Yo tiré del lazo:

—¿Lo ves como te gusta?…

Se recostó sonriendo.

—Vaya, me gusta un poquitín… Así como una uña.

—Ya lo decía yo —concluí triunfal.

—Por favor, Nacho, de esto… pero ¡que ni palabra!

Menudo descubrimiento. Yo, si hubiera sido cualquier otro, bufaría. Quién era Patri para andarse metiendo en esos líos; pero Juan Ángel…; la verdad, me agradó, porque yo a Nano y a Juan Ángel los veo como una cosa distinta de la mayoría.

El día de entrada en el «Cole» no nos obligaba hasta por la tarde. Yo la mañana la aproveché bien. Me preguntaba qué sería del asunto de Pancho. Por lo pronto hice mis gestiones. Sabía por Pancho que ella había estudiado en Placeres, que de ahí era la íntima de María Celia. Entonces me agarré por mi cuenta a Karin y le empecé a hacer preguntas. De Pancho no dije nada, no se vaya a creer, pues era secreto. Lo que dije fue que un amigo mío era lo bastante idiota para haberse interesado por una tal Terete (Así la llamaban, fijarse). Bueno, pues la Terete resultó que se apellidaba Carreró Camba, es decir, que era hermana de uno de Segundo que estaba en el Colegio y yo lo conocía. Claro, Karin me dio datos. Al parecer había que reconocer que Pancho tenía buen gusto; rubia, probablemente sin necesidad de H2 O2,; ojos claros; rostro exótico y tal (sobre todo, tal); para el resto de la cara, dijo, bastaba con ver a su hermano, que ella lo vio en Placeres y eran clavados el uno al otro (me entraron muchas de volver a ver al crío aquel); bastante simpática entre las chicas; entre los chicos… ¿quién sabe?: guapa y lo sabía (imaginarse lo que saldrá de ahí); lo mejor, los ojos; lo peor, la boca, por un poco grande.

A las cinco de la tarde, aprovechando el coche de los tíos, que iban a llevar a Patri y Karin para Placeres nos metieron a nosotros en el Colegio.

Por la mañana la murria había crecido como una marea viva. Estaba yo invadido de ella. Cuando me vestía, pasó el Padre por allí.

—¡Cómo está la escuadra, Nacho!…

Yo vigilaba a Pancho y lo veía distraído. Hasta en la mesa se lo noté. En el recreo de después de comer nos fuimos a sentar los dos solos. Me contó la presentación, porque acabó por conseguirlo, igual que si yo hubiera hablado a la pared. Y me decía:

—Perdona, Nacho, pero me la presentaron.

No le dije nada de las averiguaciones que había hecho, porque era peor. Si acaso, exagerarle un poco lo de la boca podía ser bueno.

De la presentación, él contó lo siguiente:

—María Celia dijo que ella me quería conocer; imagínate. Fue en casa y yo estaba avisado. Más de una hora antes de que vinieran andaba yo que no me podía tener de pie. Dirás que exagero, pero me temblaban las piernas. Bebí agua dos veces, cosa que jamás la había hecho a las cuatro de la tarde, a no ser jugando. Cuando vinieron, que yo estaba en mi cuarto, me llamó María Celia. Fue terrible, pero me acerqué a ella y logré decir: «Tanto gusto». Me salió una voz que me pareció rara, pero me salió. Entonces mismo, me avisó mamá, que me esperaba Jaime y los otros. Salvé, porque yo estaba cocido. Pero fue inefable.

El bobo de Pancho casi ponía los ojos en blanco.

—¿Volviste a verla? —pregunté yo.

—No.

—Menos mal —comenté como para mí.

Luego fuimos por el campo de la Cuarta División para que yo viera a su hermano, pues Pancho también decía que eran idénticos. Y lo vi, que estaba jugando al fútbol. No le daba mal. La pinta era simpática, pero a mí no me decía nada: yo lo veía un chaval como los otros; y aquella cara, en mujer, no me la imaginaba.

También me habló Pancho de los sueños que se le ocurrían, quiero decir despierto. Todo eran fantasías. El hombre ya se veía de mayor y lo grave es que no como marino. Hablaba de poner una fábrica de gasolina sintética en La Coruña porque ella estaría allí. También decía que se imaginaba que se iban los dos de paseo por los Cantones, y que se sentaban en la orilla del mar y ella apoyaba la cabeza en el pecho de él (fijarse lo que diría la gente). Luego, porque yo le decía que eso no se podía, y lo decía porque era llamar la atención, me echaba un discurso de que su amor era un sentimiento noble, ideal y puro.

Lo que yo saqué en limpio de todo aquello fue que a Pancho tenía que curarlo, pues lo que le pasaba sería una especie de enfermedad, y como él no se lo quería decir a nadie, el médico pues, era yo.

Aquella noche todavía andábamos fastidiados. Era que en casa se estaba muy bien, y eso que a mí no me había sido todo gloria. A Pancho, no digamos, que yo no podía quejarme, pero él no se daba cuenta. Estaba yo en la cama despierto y ya pasaban las doce. Como el dormitorio nunca queda del todo oscuro, lo vi venir a mi lado. Era Pancho. Fue una mala pata. Me levanté y,

junto con Azufre, nos metimos en los lavabos, y ya allí, en un cuartito que llamamos «la jardinera», donde apenas había sitio para los tres, con una ventana que daba a la ría. Hablar, apenas hablamos. Sólo era fumar y estar juntos allí los tres, por encima de la dichosa disciplina. Se estaba bien, la verdad. Pero en el momento en que menos lo pensábamos, oímos unos pasos. Fue el tiempo justo para lanzar los pitillos por la ventana. Se abrió la puerta y nos deslumbró una linterna. Era el Prefecto.

—Muy bonito —dijo, triunfante.

¡Qué bonito ni ocho cuartos! No bastaba fastidiarte todo el día, y encima, de noche, habían de estar también sobre uno… Esto pensaba yo, mientras él parecía saborear la situación.

—¿No sabéis —dijo— que esto es causa bastante para una expulsión?

¡Vaya idiotez!, también. Pancho dijo luego que tanto mejor para él, ya que Terete estaba por entonces en La Coruña.

—¡Ya hablaremos de esto! —concluyó el Padre en tono de amenaza.

Nos metimos en la cama y aún se nos paseó por delante un buen rato como un sereno.

Lo que me fastidiaba a mí era que se metiera en todas partes. Además, lo nuestro no tenía nada de malo y yo tardé bastante tiempo en saber lo que podía pensar. Me dormí de un humor de perros.

En el primer estudio nos hizo salir el Padre. Este momento me lo temía yo. Si no fuera por el disgusto que tenía él…, pero, la verdad, yo, cuando nos levantamos a fumar, no había pensado en nada.

—No os voy a exagerar lo que hicisteis anoche… Y hasta comprendo vuestra murria. No había más. Ya lo sé. Hablaba paseando por delante de los tres. Nosotros estábamos ya a lo que él quisiera, creo yo.

—… Pero tengo que deciros dos cosas. Dos cosas claras como el agua. Habéis obrado conmigo de una manera poco noble. Habéis infringido un deber. Lo primero, lo que me afecta a mí personalmente, os lo puedo perdonar. Lo segundo, quiero que lo sepáis reconocer… Y, reconocerlo, es aguantar a pie firme lo que venga.

Hubo que ir a la Prefectura. Hubo que tragarse la bronca. Así es la vida. Cuando salimos de allí, Azufre al Prefecto lo llamo lo peor. Pancho ya se veía que andaba muy lejos del Colegio y que le tenía sin cuidado el castigo. Yo no dije nada, porque a mí las cosas que me dice el padre Urcola me pesan dentro y él había dicho que aguantáramos lo que viniera.

Empezaron de nuevo los entrenamientos. Se avecinaba el fútbol y el

baloncesto, además de la final de balonmano, que había quedado pendiente, y otros deportes. Y ésa fue la ocasión de ir viendo yo hasta dónde llegaba lo de Pancho. No daba una patada a un balón. Hablé con él. Tenía una depresión bárbara y estaba rezumando melancolía. Yo pensé que la cosa era más gorda de lo que me había imaginado. El síntoma de no jugar me parecía a mí de lo más fatal. Menos mal que Pancho en el fondo era seguro; de eso ponía yo la cabeza. Eso sí, el amor ese que le tenía inutilizado era una cosa ideal: cuánto me tenía dicho de que nunca se había juntado con su persona, la de ella, un pensamiento malo. Más me dijo; que si se enteraba de que ella era una mujer fatal, una sinvergüenza, se disgustaría enormemente, porque su amor era casto y puro, así decía él; pero lo que le pasaba era que al pensar que ella no sabía nada de lo que él sentía, eso le desesperaba. Dijo que si él entraba en el corazón de ella, como ella había entrado en el de él, aunque luego no la pudiese ver más en diez o quince años, que no le importaba. Todos mis esfuerzos para apartarle de su recuerdo resultaban inútiles. Además, allí estaba el hermanito, que verlo y acordarse de ella, era lo mismo… y lo veía a todas horas. Le dije yo:

—Bueno, Pancho, esto ya es demasiado… y el domingo empieza el campeonato de fútbol, ¡a ver que vas a hacer tú!

Él decía que ya jugaría; pero sí, la cosa era cómo jugaría, porque ahí estaba. Toda su preocupación era cómo la deslumbraría a ella. Yo pensé que para que ganara el Colegio lo mejor sería traerla a los partidos. Luego ya sabíamos perfectamente que tenía muchos seguidores, porque todos los de La Coruña hablaban de ella. En fin, un asunto desgraciado, porque era Pancho y ya me daba cuenta de que el hombre no lo podía evitar; pero si es otro, ¡que lo iba yo a aguantar! Tampoco pude conseguir que lo dijera al padre Urcola, o al padre Espiritual. Siempre me decía que él sabía que lo suyo no era malo. Yo entonces a pedir en la comunión que se arreglara aquello, porque no veía manera.

Tuve una conversación muy interesante con el padre Urcola. Le había dicho que quería hablar con él. Primero se interesó mucho por todo lo de casa. Poco a poco fuimos entrando en materia. Le conté yo muchas cosas mías, sobre todo del fumar.

—Fumar —me dijo— no es ningún pecado en sí, naturalmente. Eso ya lo sabes tú. Si te empeñas en seguir fumando, no te diré más que te atengas a las consecuencias disciplinariamente hablando, puesto que es cosa prohibida aún para los de Sexto. Eso sí te lo digo, en el fumar tienes una ocasión formidable para hacer conquistas. Esa posibilidad del pitillo, que la tienes, claro, a pesar de la vigilancia; y más tentadora precisamente por la vigilancia, se puede convertir, si quieres, en un potro de gimnasia para la voluntad…

Hizo una pausa, mirándome y siguió recalcando las palabras:

—… Si quisieras, Ignacio…

—Padre —contesté— yo quiero lo que usted me diga…

—Pero tenía que ser un querer sincero, un querer valiente…

—Sí, Padre, si usted le aprieta a uno que lo balda, ya lo sé; pero diga, que no tengo miedo.

Sonrió al oírme decir esto.

—Mira, tú quieres ser hombre… Todos queréis ser hombres, ¿no es eso?

—¡Bueno Padre, eso es lo natural!

—Conforme, pero ¿en qué consiste el ser hombre…? Ahí está la cosa.

Como yo callaba, él añadió aún:

—Puede ser que algún día te lo explique.

—Algún día no, Padre; ahora mismo.

—Ignacio —dijo meneando la cabeza—, ¡siempre el mismo!

Luego empezó a hablar como lo hace él en estas ocasiones, «vis a vis»; es decir, con toda el alma, que te habla no sólo la voz, sino los ojos, las manos, el gesto… porque la fuerza la pone él en los matices de tono y expresión, o sea en todo eso que no se puede transcribir; hay que oírlo a él…

—Mira en torno, Nacho, sin salir de la División… Unos más, otros menos, pero todos, hombreando un poco, cada cual a su manera; según su audacia y posibilidades. No lo dudes, ¿palabras un tanto fuertes… tacos declarados…, vocabulario grueso?: afán de ser hombre. ¿Ademanes de gánster…, andar cachazudo…, posturas de galería?: afán de ser hombre. ¿Fumar, fumar para los que miran…, fumar a destajo?: afán de ser hombre. ¿Alardear, yo vi…, yo leí…, yo hice…? afán de ser hombre. Lo vas a entender. Despierta en vosotros la virilidad, y está bien; pero despierta dando aldabonazos. En un momento queréis liquidar la infancia, que aún está presente en muchas cosas, créeme; y en el afán por ser hombres que os acomete, no vais a la raíz; no ponéis los cimientos, no. Miráis en torno y veis hombres hechos ya. Los veis y os lanzáis a imitarlos. ¿Pero que imitáis?… Imitáis cuatro exterioridades que os entran por los sentidos… los modales, el vocabulario, los pitillos. Y ¿eso es ser hombre?… Piensa esto: ¿Entonces, yo, nosotros, no somos hombres?

Esta última razón me metió en la cabeza más luz que todo el discurso anterior.

—Lo que pasa —prosiguió— es que la virilidad es algo más íntimo y

transcendental. El ser hombre es algo más recio, más difícil… y más hermoso también.

Había calor en sus palabras.

—Ser hombre es poseer con plenitud un equilibrio…; un equilibrio hecho de armonía interior y de control de sí mismo. Es ver ante sí, claramente, un rumbo rectilíneo y tener el pulso firme para seguirlo. Es mirar de frente a la dificultad, a la prueba, y tener el coraje suficiente para superarla. Es…

Yo le oía con el alma abierta de par en par. Me miraba a los ojos al hablar y yo sostenía su mirada. Estaba como electrizado, creo yo; pero me corría fuego por el cuerpo. Era una tensión continuada que se mantuvo hasta que él, al fin, se sonrió añadiendo:

—Y tú, Nacho, ¿eres ya así?…

—Padre —contesté yo, que estaba totalmente entregado—, ya sabe usted de sobra que no… Pero con su ayuda, podría llegar a eso, ¿no?

—No digas podría, hombre; llegarás… si lo quieres.

—¡Pues claro que lo quiero!

Volvió a sonreír.

—Supongo que te das cuenta de que no se llega gratis… Quiero decir que hay que luchar. Hay que pagar un precio.

—Padre, yo no tengo miedo.

Realmente, en aquel momento yo estaba dispuesto a cualquier cosa.

—Eso —comentó él— ya tendrás ocasión de demostrarlo. La vida tiene sus momentos cruciales… momentos en que cada uno muestra lo que es…

Estoy seguro de que el Padre no sospechaba entonces qué cerca estaba de lo que él insinuaba.

—Pues, ¿qué tengo que hacer? —inquirí yo, impaciente.

—¿Así que quieres empezar ya?

Como yo afirmaba con la cabeza, añadió:

—Bien. ¿Serías tú capaz de renunciar a fumar, por todo este curso, que es el último que lo tienes prohibido?

Aquello no lo esperaba yo y debí quedar un poco sorprendido.

—Realmente, sería difícil que lograras tú una cosa así —dijo él muy astuto.

Yo le vi la vuelta, y vi qué bien me conocía; porque, en efecto, reaccioné

como una lagartija que le pisan el rabo.

—¡Eso lo veremos, Padre! ¿Cuánto va?

—No se trata de ganar una apuesta. Ha de ser sin premio. ¿Me darías tú una palabra de honor, así, formalmente?

—¡Cómo ésta, Padre! ¡Ya la tiene!

Se echó a reír inclinando la silla hacia atrás.

—No, hombre… es más serio de lo que tú crees. Lo piensas bien y mañana, en frío, me das la respuesta. Ahora ya sé que serías capaz de meterte por la boca de un cañón cargado. Mañana me dirás.

Le besé la mano y salí de allí entusiasmado. Así escribí como escribí en el diario aquella noche: «Padre Urcola. Un Padre muy simpático y muy bueno. Todo un tío. Tan hombre como papá, que es lo más, creo yo. Listísimo. Se enfada muy pocas veces, pero cuando se enfada es de miedo. Yo es el cura que más quiero. Lo tomé ya desde el año pasado como un padre y lo seguiré tomando siempre así. Él me trata a mí como a hijo y eso se lo tengo que agradecer. Además es un santazo. No duerme apenas y el otro día me dijo Jaime que se daba cada latigazo…; bueno, es un santo. En cambio yo soy un sinvergüenza. Del Padre no sé cómo decirlo y demostrarlo, pero es un santazo». Y lo peor es que yo, de ganas de estudiar, seguía lo que se dice palmado. Hice un cálculo de lo que yo estudiaba al día. Lo hice en el estudio de Matemáticas y me salió igual a sen 30º = 0,5, o sea la mitad de lo que podría; y lo que podría, natural, no era todo el tiempo que dan para eso, porque pensar que uno como yo pueda hacer lo de Jaime, o lo del empollonazo de Fernández, que es estarse todo el tiempo chapando, eso es pedirle peras al olmo, como decía el otro.

Aquel domingo por la mañana, lo primero fue presentarme delante del Padre, en pijama aún que estaba yo, para cuadrarme y decirle:

—Padre, ya está pensado. ¡Le doy la palabra!

—La recibo, Ignacio, y pediré a Dios que tengas cuajo para cumplirla.

Ya era la segunda palabra de honor que tenía empeñada. No sabía qué iba a ser de mí, porque prometer es muy bonito.

Fui con los congregantes a la Casa de Caridad. Todo sin novedad hasta la vuelta. Pasamos por cerca del puerto y a no sé quién se le ocurrió entrar a tomar una cerveza en uno de aquellos tabernuchos. Todo empezó porque pedimos unas tapas y, en aquel momento, salía de dentro una tabernera de una pinta así… ya se entiende. Entonces el tío aquel del mostrador va y la llama. Viene ella, pintada como un telón de anuncio, y el desgraciado de él le dice:

—Guapa, que el chaval rubio —¡el chaval rubio era yo!— te quiere de tapa.

¡A ver si eso se puede escuchar tranquilo! Me puse colorado hasta las orejas, pero a mí hay teclas que no me las toquen. Tenía él allí una jarra con la cerveza, que no la había servido todavía; pues, en un segundo, la jarra le había ido contra la pared de enfrente, ¡y gracias que no le apunté a la cabeza! Salí de allí a toda velocidad y me volví solo para el «Cole». Solo y fastidiado de veras, vamos. Y luego una de pensamientos, todos venga a escarbarte en la cabeza, que era la muerte aquello.

Por la tarde se empezaba el campeonato de fútbol y jugaba el Colegio en la Florida, que es mismo al lado de Balaídos. Yo llevaba el botiquín, porque el Padre me deja a mí curar, pues las cosas así de primera mano, me las meriendo como si nada. ¡Con la de curas que he visto yo hacer en la pierna de Cheché!, y curar rasponazos y demás cosas de urgencia, siempre quiso papá que yo las supiera hacer; y bien tenía actuado en casa.

Pancho, a poco de entrar en juego, ya se vio que se entregaba a ganar. Es que era inevitable. Nadie se podía sustraer al entusiasmo con que animaban los cientos de colegiales que estaban allí como un solo hombre. El «¡Apóstol, ra!» sonaba como un trueno. Yo gozaba cada vez que Pancho tenía el balón entre los pies, porque aquello era lo que él necesitaba, hombre: jadear, sudar, romperse el alma entrando al remate… ¡Qué amor ni qué niño muerto! Todo el tiempo se mantuvieron a cero. Yo, en aquellos momentos, hubiera dado algo por estar en mi sitio de interior, junto a Pancho. A mi lado, que estaba en la banda con el botiquín, había una mesnada estupenda de la Tercera División, la de Cheché, a la que yo dirigía en los gritos de ánimo.

El segundo tiempo fue de orgía. Empezó metiendo Pancho uno, en jugada personal. ¡El delirio! Además las estaba dando todas. Yo pensaba por mis adentros: «Te caíste, Terete». Luego vinieron todos seguidos, hasta cinco.

Ya estaba todo terminado, cuando el defensa central de ellos se vengó de los caneos de Pancho; porque le puso una plancha de escándalo. Allá me tienes a mí como una flecha; él se retorcía en el suelo. Le sacamos a la banda, que vino el Padre. Un buen golpe en la rodilla y un raspón regular en el muslo. Tenía que dolerle de espanto, por la cara de vieja arrugada que ponía. Yo, a pesar de todo, estaba contento; preferí mil veces esto a lo otro. Por este lado no se perdía Pancho.

Le lavé todo aquello, diciéndole al tiempo:

—¡Vamos, Panchito!, ¿vas a llorar?…

Ya sabía yo por qué lo decía, que no soltó una lágrima; lo pincelé bien y quedó vendado con una cura perfecta. Cheché, junto a mí, me había estado

dando las cosas. Esto me trajo la asociación de ideas. Veía yo la pierna de Pancho, fuerte y morena, y mentalmente me estaba acordando de la pobre de Cheché, lo que iba de pierna a pierna.

Lo llevamos al coche del Colegio, y yo, aunque Cheché venía a nuestro lado, le decía:

—¡Esto, Panchito, esto es lo que tú necesitas! ¡Trompazos, lucha, goles… y no cursiladas!

Comprendo yo lo que me tuvo que aguantar Pancho, porque muchas de las cosas que entonces le decía yo, si se las dice otro, le hincha un ojo.

Por la noche, en el cuarto del Padre, a la hora de acostarnos, le hice otra cura. La venda del muslo la tenía pegada, ya lo vi.

—Oye —dije—, está pegado esto.

—¡Tira! —contestó; que eso es muy suyo.

Tenía él una mano apoyada en mi hombro, pues yo estaba arrodillado y él sentado en la cama del Padre. Yo tomé entonces el extremo de la venda y tiré en seco. No gritó; sólo me clavó los dedos fuerte. Le miré. Tenía los labios apretados y una lágrima boba que le resbalaba, como sin pedir permiso. Mirándole yo aún desde abajo, dije:

—Así hay que arrancar algunas cosas… ¿no crees?

Él me dio un buen coscorrón y dijo sólo:

—¡Bruto!

Pero se sonreía, aunque tenía la cara torcida de dolor.

Aquel día estaba de temporal. Ya por la tarde veía yo cómo volvían los pesqueros, que, aun por dentro de la ría que iban, saltaban que era un gusto. Tuvimos que cenar a oscuras, pues se fue la luz y las velas se apagaban a cada momento por el viento que se colaba. Allí se vio la de mecheros que había en la División. En el dormitorio lo mismo. Cuando empezaron a atizar los relámpagos, con unos truenos que se desencajaba el edificio, más de uno andaba pálido como una aparición. Yo sentía desde la cama los trallazos del granizo sobre los cristales. Pero lo que imponía era el viento. Aullaba como un lobo herido. De todas formas acabé por dormirme. El tiempo que estuve no lo sé, porque no miré la hora; pero un estampido formidable me sentó en la cama. Con un linternazo vi que eran las dos de mañana. Todo parecía temblar y estremecerse. Los aullidos de lobo se habían convertido en silbidos como de una caldera gigante… ¡Qué bárbaro! Miedo no sentí ninguno, palabra, aunque la cosa imponía lo suyo. Vi que el Padre andaba por allí de cama en cama con la linterna. Es que los había paralizados del susto. A Griñoncito lo tuvo que

meter en su cuarto, con diecisiete años que tiene, aunque haya crecido poco. Yo, así como estaba, bien arrebujado entre las mantas, empecé a acordarme de la gente de mar. Aquello fue lo que me obsesionó: los barcos que se encontraban entonces fuera de barra. Haber, tenía que haberlos. Pensaba lo que sería aquello; porque tenía que ser horrible las olas que vendrían como montañas con aquella barbaridad de viento. El Padre, que venía entonces reconociendo las ventanas, se acercó a mi cama.

—Qué, ¿tranquilo, almirante? —preguntó al verme despierto.

Él solía llamarme ya entonces almirante, porque sabe que voy de cabeza al Cuerpo General de la Armada.

—Sí, Padre —contesté, sentándome en la cama.

Me empujó hacia atrás, haciéndome volver a recostar y se vio que pensaba lo mismo que yo, porque dijo:

—Ignacio, hay que rezar por los que luchan ahora en la mar.

Eso fue lo que hice, y con toda mi alma, hasta que me volví a dormir.

El miércoles, a mediodía, llamó mamá. ¡Lo que menos nos podíamos figurar! ¡Me dio un sofocón horroroso! Papá había salido de noche para Comillas, con Falo. La tempestad aquella había sorprendido al Lealtad en el Cantábrico y el barquito, tan simpático que era, se había perdido a la altura de ese Comillas, que es en Santander. Sobre la tripulación, había un telegrama urgente de la Marina que daba esperanzas, pero en concreto nada. Mamá hablaba nerviosísima y yo le gritaba preguntando, mientras Cheché se me agarraba todo nervioso y Mito lo mismo, que se comía las uñas y esto es el síntoma en él. Entonces comprendí yo lo que quería al Grumete, porque el Grumete iba a bordo del Lealtad con el tío Borrasca. Ya no comí más. Me era imposible. El Padre, cuando supo lo que pasaba, no me forzó. Luego me llevó a la Capilla, y también vino el resto de la mesa, para rezar por ellos. A mí me destrozaba el pensar que hacer, no había nada que hacer. A aquellas horas el Grumete estaba vivo o muerto y nada más. ¡Y yo sin saber nada! Héctor me contó lo que ponían los periódicos, que hablaban de varios naufragios, pero del nuestro, todavía ni palabra. A la entrada de Vigo, como quien dice, un yate se había ido a estrellar contra los arrecifes de Cabo Silleiro, ahogándose la mayoría. También un barco de pareja la diñó diez millas al oeste de las islas Cíes. Era tremendo. El bobo de Fernández comentó en el recreo que si éramos lo bastante idiotas para querer ser marinos…; lo decía por Pancho y por mí. No le rompí la cara porque estaba demasiado preocupado. No, ¡sería mejor morirse de asco apergaminado en una biblioteca, y luego que te colocasen en un estante, como esos pellejos de cuando inventaron la imprenta! Por la noche vuelta a hablar con mamá. ¡Qué lío! Sabían por Noya que se habían salvado

cinco (eran seis a bordo), pero no decían aún los nombres. De papá, ni idea, y es que al parecer había averías y no se podía comunicar todavía. ¡Cómo estaría la chacha! Porque una madre es una madre. Estaba yo luego en la cama, que no me podía dormir. Se me acercó el Padre ya bastante tarde.

—¿No duermes? —preguntó.

—No puedo, Padre; tengo los nervios electrizados.

Se sentó un poco a los pies de la cama.

—Ya ves, Ignacio…, vida dura. Ahí se curten hombres. ¿Se te ha ocurrido pensar qué son al lado de eso las pequeñas asperezas de ciertas exigencias escolares?…

Se quedó callado, mirándome, para seguir a poco:

—Estoy pensando —hablaba despacio— si serías tú capaz de ayudar a la maniobra, sobre cubierta, en una noche así…

—¿Usted piensa que no, Padre?

Casi había ansiedad en mi pregunta.

—Yo deseo que lo seas.

Recalcó mucho aquel «deseo».

—¡Gracias, Padre!

—Hasta mañana si Dios quiere, Ignacio… y reza por él.

No pude hacer nada en toda la mañana siguiente. Dos composiciones para notas y las dos perras. Al terminar el tiempo de gimnasia, que tuve entrenamiento, me dejaron llamar a Marín. Precisamente estaba mamá para hacerlo en la comida. Me leyó el telegrama que, por fin, había enviado papá. De la sensación tan bárbara que me entró, dejé caer el auricular y salí corriendo para decírselo a todo el mundo. Claro que a los pocos metros me di cuenta y volví de nuevo a coger el teléfono: «¡Mamá! ¡Mamá!… ¡Oiga! ¡Línea, por favor!…». Nada, habían cortado. No había manera entonces de volver a comunicar, pero el telegrama decía: «Salvados Grumete y Borrasca. Abrazos a chacha. Papá». Subí corriendo al dormitorio de los pequeños, pues era el tiempo de aseo para la comida. Allí abracé a Cheché, que se ponía tan contento como yo. También vino corriendo Mito, y el caradura de él, una vez que yo se lo había dicho, salta:

—Ya lo sabía yo.

—¿De qué, hombre? ¿Qué vas a saber tú? ¡No seas cuentista!

—¡Si ofrecí yo la comunión por eso!…

Se necesitaba cinismo.

—¡Claro, te crees ahora que por tu cara bonita!…

Estaba diciendo esto, cuando vino el inspector de Cheché que se debía de creer que yo iba a armar jaleo allí.

Me fui al comedor, sin peinar, y en seguida se corrió la voz, porque ya estaba todo el mundo interesado. Nada más terminar la comida, pusimos un telegrama a la chacha, que lo redacté yo así: «Contentísimos salvamento. Ignacio, Mito, Cheché». Este telegrama lo pagó Cheché, porque Mito y yo estábamos pegados en cuestión de «chota»; ya era jueves.

Por la tarde, aprovechamos la vacación normal, jugó el Colegio fuera, para el Campeonato de fútbol. Yo no fui, por si se recibían más noticias. Además, Pancho no podía jugar aún de la patada del domingo, y se quedó conmigo en casa. También él tenía ganas enormes de saber cómo había sido todo. Me confirmé más y más en que la niña había ido desapareciendo de su horizonte, y yo pensaba todo contento: «Ignacio, 1; Terete 0.» Ganaba yo. Él no hacía más que preguntarme detalles del Grumete y de Borrasca. Le conté la historia del padre del Grumete y cómo murió en la mar. También las andanzas del Borrasca, que ya dejó en el mismo sitio a su padre y tres hermanos, todos pescadores. Pancho me preguntó de qué edad era el Grumete cuando se ahogó su padre. Yo le dije la verdad, que no era de ninguna edad, porque todavía ni había nacido. Ya me di cuenta que a Pancho le entraba la murria de su padre. Se pone triste. Le di una palmadita.

—Bueno —dije—, ya sé qué te pasa.

—Sí —fue lo único que contestó, cabizbajo como estaba.

Sacó una cartera de piel formidable que tiene, y la abrió. Era como un tríptico con las tres instantáneas de su padre. Todas de uniforme. Estupendas fotos. Los dos nos quedamos viendo en silencio. Luego comentó él:

—Me hubiera gustado una burrada conocerlo… No sabes lo que es no tener padre… Azufre siempre se queja, ya lo oyes, y otros como Fontela y muchos de séptimo se lamentan de las «exigencias del viejo»… ¡No sabes lo que es no tener quien te exija!…

Hablaba sin separar los ojos de las fotos. Luego siguió:

—Cuando murió, al principio del curso, el padre de Rey, ya vi como nadie lo sentía apenas. Yo lo sentí por el hijo, porque sé lo doloroso que es no tener padre.

Se calló él y yo repuse:

—Pero tu madre es una santa. Yo adoro a mamá, tú ya la conoces; pero si

fuera como tu madre, yo podría prescindir de papá.

—No —me interrumpió él—. Una madre nunca te puede ser un modelo, ¿no comprendes?…

No supe qué reparar a aquello. Me di cuenta del parecido enorme que Pancho va sacando a lo que se veía en las fotos.

—Es bárbaro lo que te pareces a él.

—Ya sabes tú —comentó, mientras se embolsaba la cartera— que mamá siempre me ha educado sobre ese tema: «Si lo viera papá…», «Tienes que ser como papá», etcétera —hizo una pausa aquí—. Yo es como si él estuviera siempre viendo, y hacer bien o mal me importa lo que más por él.

Nos quedamos pensativos los dos, después vino aquella confidencia suya.

—Oye, Ignacio…, sabes que yo nunca caí en una impureza… ¿Crees que me han faltado tentaciones?… Es por él ¿no sabes? —Y luego—: ¿Te parece a ti que será pecado eso… quiero decir, el que sea ése el motivo principal?… A veces sufro por ello.

Cómo iba a ser pecado. Ya se lo dije. Lo que sí es verdad es que quién iba a sospechar, fuera de mí, todo lo que había por dentro de Pancho. Bueno, algo sabría el padre Espiritual, que Pancho lo trataba mucho, aunque del caso Terete no le quiso decir una palabra. Pero fuera nosotros dos, a ver quién sabía que Pancho sufría algo.

Por fin el viernes, a la cena, habló papá ya desde Marín. ¡Emocionante! Dijo que me mandaba una relación con todo detallado. ¡Bárbaro! Del Grumete, que era un héroe a quien había que admirar. (Para que dijera mamá). Estaba en casa. Lo habían instalado en mi cama, con la pierna que la tenía magullada o rota, no sé. Cuando yo le conté a Cheché en el dormitorio, que vino él al mío, lo de la pierna del Grumete, bruto de mí, hablé como si se tratara de contárselo a Mito o a otro. Es que no me di cuenta hasta que preguntó:

—¿Quedará mal?

Yo me apresuré a decir que no, pero él dijo como para sí:

—¡Sería terrible!…

Y lo dijo con un tono… Entonces pensaba él que su caso era terrible… A mí era lo que me mataba. Y que no se podía hacer nada.

Ya se sabe el cuidado que tengo yo con Cheché en las aglomeraciones de fútbol. Bueno, pues imaginarse. La grada nuestra, que la llaman «Grada de gol», estaba llenita y todos sentados como Dios manda. En aquel momento se presentó por allí la que llamábamos nosotros «señora gorda», que ya la

conocíamos de siempre y había que verla: la cabeza era pequeñita, pero como decía Azufre, talmente estaba colocada sobre una mesa de billar, que parecía que podía rodar en cualquier dirección, horizontalmente, sin peligro de caer. ¡Qué volumen, señores! Pues va la frescales y empieza a hacerse sitio donde no lo había; precisamente en medio de los colegiales. Yo cuando miré que me avisó Azufre (Azufre no pierde nada que ocurra en su radio de acción), cuando miré, digo, lo que vi es que me estaba aplastando a Cheché…

—¡Señora! —le dije, y bien alto—, ¿por qué no se va a sentar usted encima de aquel guardia?

Hubo risas generales. Ella, que se puso furiosa, empezó a despotricar que si era aquélla la educación que nos daban a los niños de pago. Había pinchado en roca esta vez.

—¡Nos enseñan a ceder el sitio a las señoras —respondí—, pero no a los hipopótamos!

¡La que se armó! Ella, que ya se vio la clase de tía que sería empezó a decir cosas que se diría ser blasfemias y groserías, que no se pueden poner aquí. Yo estaba ya que le rompía algo en la cabeza, vamos; pero en aquel instante llegó el Padre junto a mí y con el mismo brazo que me atenazó me tapaba la boca, los dedos como mordazas. Yo me revolvía furioso, porque ella es que insultaba al Padre. Allí vi yo lo que él es, pues al tiempo que me inmovilizaba a mí con una fuerza que, ya, ya, contestó con una serenidad magnífica:

—Usted sabe… señora —y matizó de miedo la palabra—, que esta sotana que llevo y su sexo de usted me impiden la respuesta que merece.

Como la individua gritaba cada vez más, ya la gente empezó a protestar. En éstas llegó un tipo, que resultaba ser el marido, y se la llevó de allí con más trabajo que uno de esos viejos remolcadores, que ya están para que los desguacen. Hay que ver lo imbéciles que son las mujeres, pensaba yo; es que vamos, ¡daban ganas de quemarla, hombre! El Padre estuvo sublime, con un dominio de sí mismo que envidié. Cuando me tenía allí trabado temblaba yo de impaciencia por saltar; a él, en cambio, ni le notaba yo el pulso. Cheché se hubiera dejado aplastar sin chistar, cosa que también me fastidiaba, que él lo aguantase todo… «¡Y que abusen de un chico así! —me decía yo—. ¡No, si un día mato a alguien!».

Luego, en el Colegio, en un descanso del cine, el Padre me cogió por su cuenta.

—Te apasionas, Ignacio; te inflamas como la pólvora…

Yo como una tumba.

—Eres bueno, noble… sobre todo tienes un gran corazón; pero también tienes la santabárbara a flor de piel.

Me gustó aquella imagen, como todas las que él saca para mí, que son cosas de mar, más o menos.

—Hoy —añadió— tienes un atenuante; es verdad.

—Sí, Padre —lo cogí al vuelo—. Cuando tocan a Cheché, es que no lo puedo evitar.

—Sin embargo, debes pensar que tu eficacia, aun para eso, será mayor con un poco de dominio. Figúrate una masa de agua todo lo grande que quieras… ahí tienes las olas del mar; ¿para qué nos sirven? Cuando se mete al agua entre paredes de cemento; cuando se la domina; cuando se la encajona… entonces, precisamente, es cuando se hace eficaz y útil. No quiero yo frenar tu ímpetu; quiero dirigirlo. Control. Eso es lo que estás necesitando.

Cambió de tono, quitando tensión e intensidad, para añadir:

—No estuviste correcto, supongo que lo ves, y se podría imponerte un castigo; pero el mejor castigo esta vez va a ser el esfuerzo nuevo que vas a hacer para irte dominando.

No me atreví a decírselo, pero lo que yo sentía en aquel momento era un deseo íntimo de ser como él… Bueno, jesuita, no. Ser como él en el carácter y en la personalidad. Es que es fantástico cómo apenas castiga y cómo nadie se mueve estando él. Nadie le teme y todos lo respetan. Y es que sencillamente es como un padre, pero un padre al estilo de papá, y con más idea, claro. Lo contrario del padre de Azufre… Es que también hay cada padre de familia que me río yo. Lo digo por lo que se oye y por lo que se ve.

Lo fantástico fue aquella noche en la cena. Yo ni me acordaba para nada en aquel momento; pero viene el Padre y me da una carta. Era de papá. Ver la letra y recordar lo que me había prometido contar, fue lo mismo. Ya lo sé que leer en la mesa es de mala educación; pero ¡cómo se iba uno a contener en un caso así! Ni pedí perdón siquiera. Lo que fue es que me zambullí, olvidado de todo lo que había en torno. Luego me dijo Pancho que, mientras yo leía, los tres me miraban la cara, y que mi cara era emocionante el mirarla, por la expresión. No se atrevieron a interrumpirme; pero cuando eché la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, me comían a preguntas. A mí aquello me había emocionado brutalmente. ¡Qué novelas ni qué cuentos! ¡Aquello era la vida! ¡La vida palpitante! Era la misma diferencia que habrá entre el «hombre clásico» y cuando le abren a uno de veras, que se verá funcionar todo allá dentro. Se la pasé a Pancho la carta, diciendo: «leedla» pero ya había revuelo en las mesas vecinas y venía el Padre. Yo le dije entonces que si la quería leer que la leyera para todos, que no había inconveniente. Como todo el mundo lo

pedía, pues la leyó. Era así, copiada:

«Escuela Naval, etc. Querido Iñaki: Conforme a lo prometido, he hecho un esfuerzo para encontrar un hueco en mi escaso tiempo y poder enviar, lo antes posible, una relación de los sucesos referentes al naufragio del Lealtad, ocurrido, como sabes, la noche del 17.

»Recordarás el barco, supongo, porque lo viste conmigo el verano último, cuando fuimos por mar a la ría de Muros. Un pailebot benemérito, con cerca de treinta años de galopar sobre las olas. Dos mástiles y 98 toneladas. Matrícula de Corcubión, como verías. A bordo, el tío Borrasca, patrón, viejo lobo de mar; héroe de los tiempos azarosos de la navegación a vela, que jamás se ha avenido a pisar la cubierta de un barco que escondiera hélice tras el codaste. Con él, cuatro marineros, todos de las rías bajas; gente curtida desde la niñez y finalmente nuestro Grumete, quince años y ya más de tres en el mar.

»Estaban en el Musel con un cargamento de carbón destinado a Vigo. Uno de esos temporales de invierno en aquel mar, parecía haber anclado ante Gijón. Una mañana, cansados de esperar bonanza, decidieron zarpar y correr el riesgo. Pronto se dieron cuenta de hasta qué extremo el mar les iba dificultando la marcha. Careciendo en absoluto de motor, todo había de correr a cargo de las nueve velas con que podían contar. Cuando, a pesar de todo, se vieron a la altura de la Estaca de Vares comprendieron que el Atlántico les negaba rotundamente la entrada. Eran murallas de agua las que les venían encima. “Como jamás las había visto”, informaría luego el Borrasca. Anclaron, pues, en la rada aquella, dispuestos a esperar; pero no les bastó reforzar el fondeo en previsión de las circunstancias. En la madrugada del lunes 16, un golpe formidable de mar hizo saltar, a una, todas las amarras, dejando al Lealtad, de improviso, a la deriva. Corrieron todos a sus puestos, pero ya no había otro remedio que emprender sobre las olas el galope aquel, que los había de conducir a la tragedia. Borrasca se decidió a correr el temporal. Con poco trapo y todo el personal listo a la maniobra, empezó aquella lucha formidable. Tú ya conoces al hombre y puedes suponer que no se iba a entregar así como así. Era mucho lo que tenía luchado con las olas. No se podía pensar más que en un puerto, en aquellas condiciones, y aquel puerto era Gijón: el Musel. Y Borrasca se clavó al tifón para no abandonar la rueda hasta el fin…, y fueron veinticuatro horas. El oleaje que a veces le entraba por la popa, lo levantaba en vilo, o lo arrojaba al suelo; pero él atado a la bitácora, aguantaba firme en su puesto. Vela que entraba en faena, vela que acababa rasgada por el viento de huracán desatado que los barría. Anochecía tras un día agotador; pero el temporal se levantaba cada vez más formidable. Sin duda que recordarás lo que fue la noche del martes 17. Presienten a Gijón ya cerca y Borrasca se dispone a morir con tal de fondear en el Musel. Noche cerrada y silbidos del vendaval entre las jarcias, es todo lo que los envuelve, a una con el

agua gruesa de la mar que los empapa a cada instante. Son las diez de la noche, cuando tienen a Gijón por estribor. Allí están las luces inconfundibles, apareciendo y desapareciendo sobre las olas que se levantan negras, monstruosas, entre ellos y la salvación. Borrasca se dispone para la maniobra decisiva. Cuando calcula que ha llegado el momento crítico, grita con su vozarrón, acostumbrado a dominar los mugidos de la mar: “¡Orza a estribor!”, y cala el timón, poniendo a contribución sus brazos nervudos. Los marineros tratan de orientar el poco trapo que llevan, al viento. “¡Orza todo!”, truena Borrasca; pero, a pesar del esfuerzo general, el Lealtad no obedece. La maniobra está hecha, pero la proa no enfila el Musel. El barco bailotea entre bandazos. La angustia se clava en los corazones. Borrasca sabe ya que van haciendo agua. Sabe que queda un recurso, el último, y no duda. Se trata del bote salvavidas. Con el esfuerzo de todos, llega el bote al agua con uno de los marineros a bordo. Es cosa de segundos. Un golpe de mar hace saltar una argolla; se pierde un bichero y a la luz mortecina del único farolillo que sostienen en cubierta se ve al hombre agarrarse con ambas manos, desesperadamente, al calabrote que cuelga desde arriba, imposibilitado de amarrar la cáscara que baila bajo sus pies. Allí brilló la decisión y la raza del Grumete. No lo pensó. Intuyó la única solución y se dejó deslizar por aquel cable para ayudar al marinero en situación desesperada. No se lo mandaron, no. Se lanzó él, porque el mar exige heroísmo en la fracción de segundo necesaria. Entonces fue cuando otra ola, aquellas olas que parecían surgir repentinas de la noche, estrelló el bote contra el costado del Lealtad. El marinero desapareció junto con los restos destrozados, y allí quedó colgando el Grumete. Lo izaron con una pierna magullada, perdiendo sangre. El barco seguía su galope. Nada se pudo hacer por el infeliz que acababa a desaparecer. Bajaron ellos sus cabezas. ¡Adiós, Gijón iluminado, símbolo de la salvación que se esfumaba! A los pocos minutos los tragaba otra vez la cerrazón del temporal.

»Fue entonces cuando se convencieron de que iban a morir. Y también fue entonces cuando el tío Borrasca gritó desde el timón: “¡Rapaces, valor!; aínda nos queda a Virxen do Carmen. ¡Rezade!”.

»Al Grumete, después de curarlo como pudieron, lo ataron al mayor para que desde allí les alumbrase en la pelea. Y allí se estuvo, todos lo testificaron, sin una queja, sin desfallecer, consciente de que prestaba un servicio en aquellos momentos decisivos.

»Por la costa negra fueron identificando, en su loca carrera, Ribadesella, Tina Mayor, San Vicente de la Barquera… Faros de luz, pero que entonces, son palabras de un marinero. “Mesmo parescían as velas do noso enterro”.

»Horrible noche de huracán. Atenazados a los cables. Luchando por no ser despedidos, o manejando la bomba que prolongaba el martirio. El frío se les

clavaba en las carnes. El vendaval que los zarandeaba a ellos, también hacía sus estragos en tierra, luego lo vi; y muchas personas de la costa, sabedoras de las tragedias del mar, levantaban sus oraciones a la Virgencita del Carmen, que ya sabes lo que es para los marineros. También del Lealtad surgió la clásica promesa de una misa a la Virgen del Mar. Y Ella, ¡grábatelo bien!, Ella les oyó.

»Amanece frío y gris el miércoles 18. Ahora se ven las olas que corren alocadas, encanecidas de espuma hirviente. Parece imposible estar aún a flote tras una noche así. Borrasca calcula para sus adentros que les queda una hora de flotar. Doblan Cabo Oyambre y aparece por estribor una playa abierta, arenosa. Borrasca, que piensa que nada tienen que perder, invoca interiormente a la Virgen y vuelve a intentar, en pésimas condiciones, la maniobra que no se logró frente a Gijón. Su intención se dirige a encallar el barco sobre la playa misma, a pesar de estar batida por olas desatadas, que rompen levantando una neblina de espuma. Esta vez el Lealtad, trabajado y medio deshecho en su obra muerta y haciendo agua como una esponja obedece y enfila la playa. Son unos momentos de duro dramatismo.

»Desde una terraza del Colegio Máximo que tienen los jesuitas en Comillas, unos cuantos Padres jóvenes, como vuestros inspectores, están siguiendo con prismáticos aquella escena. Ven al Lealtad aparecer y desaparecer. Ven su bauprés apuntar al cielo cuando la ola lo levanta. Cayendo en la cuenta de que enfila la playa, salen inmediatamente hacia allá provistos de cuerdas y con un espíritu de arrojada caridad, por el que tuve ocasión de felicitarles en nombre de la Marina.

»Mientras tanto, Borrasca, envuelto el barco y arrasado por la espuma de las rompientes, consigue hundir la quilla en la arena. El peligro, sin embargo, arrecia. Las olas rompen por popa y barren la cubierta, escupiendo por la proa toneladas de agua. Son momentos críticos en que cada cual se ha encajado donde ha podido, para no ser arrebatado por la furia de la mar. El casco se estremece y a veces se diría que va a renovar su carrera, pero el cargamento de carbón es ahora un lastre que los salva, clavándoles en tierra.

»Una hora dura esta fase, no menos trágica, en que la mar parece no resignarse a perder una presa que podía considerar segura.

»Tres jóvenes jesuitas, ayudados por algunos pescadores que han ido llegando a la playa, están con el agua al pecho, entre la corriente, procurando recoger un cable que el Borrasca intenta largar desde cubierta; cosa que se logra cuando ata el cabo a un garrafón que bota y las mismas olas van sacando. Una vez obtenido este contacto con tierra, ya todo es relativamente sencillo. Tras hora y media de brega, están todos secando sus cuerpos ateridos en un club de golf, situado en aquella playa, siendo el Grumete atendido y

trasladado inmediatamente al hospital, por la mucha sangre perdida y el agotamiento del esfuerzo de aquella noche, pasada firme, al pie del cañón, como quien dice.

»El comportamiento de los Padres fue heroico, pues arriesgaron abiertamente sus vidas en el momento decisivo del salvamento.

»El barco se ha perdido, destrozado en unas horas por las rompientes.

»Un poco largo va esto, pero he querido darte detalles porque tienes mucho que aprender aquí. Ésta es la mar, Iñaki, y ésta la fibra de sus hombres. De esta raza son los marineros que mandarás el día de mañana. Pero antes necesitas hacerte digno de mandarlos. No lo dudes. No es en la comodidad y en el egoísmo donde puede fraguar el coraje que arda, sin extinguirse, ante los golpes de mar. Como comprenderás, estoy orgulloso de mi ahijado; ojalá pronto lo pueda estar asimismo de ti. Lo de la pierna quedará bien. Está en tu cama, con los mismos cuidados que hubieras tenido tú. Volverá a la mar. ¡Desertar es lo último! Abrazos a los tres. Papá».

Cuando el Padre terminó la lectura, hubo una gran ovación. Es que hay que ver cómo lo leyó el Padre también. Luego se la llevé a mis hermanos. Cheché se emocionó hasta las lágrimas y Mito estaba serio como nunca. Le impresionó. Yo, de excitado que estaba, no me acababa de dormir. Vi que el Padre tenía la luz encendida y entornada la puerta, como suele mientras corrige composiciones, hasta sabe Dios qué hora. Fui junto a él.

—Oiga, Padre —pregunte después que comentamos un poco—, ¿de veras cree usted que yo puedo ser digno de mandar gente así como el Grumete, por ejemplo?…

Él se me quedó mirando. Entendí que pensaba bien lo que iba a contestarme.

—Si conservas tu alma pura, de modo que entre Dios y tú no haya barreras, y tu corazón generoso sin atascarlo de egoísmo…, claro que serás digno. ¡El héroe, cualquier día serás tú!

Me penetró todo con aquellas palabras. Es como si tomara mi alma entre sus manos. Entonces siento un deseo bárbaro de su aprobación en todo. Nos seguíamos mirando a fondo; mi cara debía serle tan transparente, que se sonrió un poco, con esa ironía suya que no me ofende, pero es que nada. Besé su mano, tomándola con las dos mías, él dejaba hacer, y me fui de una arrancada.

Todos aquellos días anduve distraído, entre los Ejercicios que se avecinaban y todo el mundo de las cosas del mar. Esto último, con motivo de los acontecimientos. Yo tengo mucha experiencia en las rías, pero poca en mar abierta, a no ser las salidas con papá cuando mandaba el Jorge Juan y otras

menores. Por las rías, sí. Casi antes de lo que puedo recordar, ya me empezó a sacar papá a vela en snipe. A los doce años patroneé por primera vez en regatas de veras. Fue en La Coruña y con Pancho, en el barco de él. Lo más que pasé yo navegando, fue lo de hace dos veranos, cuando nos agarró una surada criminal, en una regata de travesía a un pueblecito de frente a La Coruña. Había que ver cómo íbamos, aunque no quisiéramos, para mar adentro. Salió una motora grande y luego otra menor, para remolcar a dieciséis balandros. Se vino la noche encima y se empezaron a romper las amarras. Allí Pancho y yo nos vimos en las últimas. Lo digo en serio, que la cosa se nos ponía muy fea. Tres veces perdimos el remolque, y sudábamos para encontrarnos con la motora; tanto ellos como nosotros. La última vez tuvimos ya que ir agarrados con las manos al último balandro. ¡Fue buena aventura aquélla! A casa llegamos a las dos. Menos mal que papá no se asusta y al año siguiente, que fue el verano pasado, gané dos copas en La Coruña con el Sur, que es el snipe de Pancho, patroneando yo, porque tengo más instinto marinero que Pancho, eso lo reconoce él y juntos formamos una tripulación la más compenetrada. Pancho no es nada orgulloso. Yo soy mucho más. Yo le obligué a quedarse él con las copas y luego doña Mercedes mandó a casa dos iguales y con la misma inscripción. También Mito navegó junto con Nano en el Anduriña II que es el nuestro, pero no nos olieron, y aún les dieron una copa por ser los más pequeños.

Yo a Patricia no la entendía del todo. Se va a ver. Por ejemplo, después de tratarme como me trataba, va y me prende del brazo, me lleva aparte y me dice con una sinceridad bárbara, que ya se veía que no era broma:

—Ahora en Ejercicios tienes que pedir por una intención mía.

Yo me volví para ella.

—Pero ¿cómo tienes esa cara…? —exclamé.

—¿No soy tu prima?…

Hace unos gestos entonces que no te puedes resistir. Es una comedia.

—¿Qué es?

—Secreto —contestó.

—Pero si no se sabe lo que es, no se pide con fuerza.

—Basta pedir con fe.

Era imposible para mí ganar a Patri por palabras.

Eché un anzuelo:

—Ya lo sé lo que es.

No picó.

—Bueno, ¿vas a pedir o no?

Quedé un poco pensativo y añadí:

—¿Qué vale que pida yo…?

—Sí, hombre, ¡tú tienes mucho corazón!

Era curioso lo de mi corazón. Todo el mundo a mentar mi corazón. Pues señor, yo no notaba nada de ser distinto de los demás.

No me lo dijo, pero a mí me daba la famosa víscera mía que lo que ella pensaba, cuando me pedía oraciones, era lo de Juan Ángel; y como eso a mí me caía bien, decidí que lo pediría. Además tampoco se me escapó el detalle de lo complaciente que estuvo luego Patri con Nano, enseñándole cosas y entreteniéndolo. Por algo sería, que si no, iba a andar preocupada Patri de un niño de catorce años.

Karin y Pancho jugaban al ajedrez. Ella juega a eso de miedo. Patri, natural, ni las ve.

A las cinco salimos para el Colegio, Pancho y yo, con mamá. Era inútil querer convencerla de que no la necesitaba. Tenía que preparar ella las cosas. Era una preocupación que me reventaba. ¡Tenía yo los quince años o no los tenía!, eso era lo que yo decía. Todo recomendaciones, aparte de hacerme ella el maletín… Que si el frío, que si comiera, que si no me cansara. Bueno, talmente parecía que me estaba despidiendo para irme con Byrd al Polo Sur. Luego habló largo con el Padre y me mandaba esperar fuera. Al Padre lo marea, y como tienen tanta confianza de toda la vida, la tiene que aguantar. Aún se preocupó ella de Pancho, porque llevando tanta amistad las familias le parecería obligado. Le hizo meter más ropa de abrigo. A todo esto salían y entraban otros del curso. Yo estaba allí fastidiado, pero mamá no hacía ni pizca de caso. La acompañamos al coche, dándole yo muchos recuerdos para el Grumete, que me dijo que iba muy bien. Me besó. Pancho le besó la mano, un poquitín colorado, por los chicos que había por allí.

—Adiós, Panchito —dijo ella—, adiós Nené.

—Nené —dije, nada más arrancar el coche—; ¿ves tú? Eso es lo que yo no aguanto, y no me importa porque lo oigas tú, pero es que igual lo dice ante otro cualquiera.

Nené era una reliquia de cuando yo era pequeño que mamá no acababa de tirarla por la borda.

—¡Bah! —dijo Pancho todo tranquilo—; a todos pasa igual.

—Sí, hombre, ¡para rato tu madre anda con esas bobadas!

—Pero es que la tuya es mucho más joven, que parece imposible.

No veía yo la lógica en esta salida de Pancho.

—Claro, bobo —me explicó—; cuanto más joven, más raro y fastidioso se le tiene que hacer el tener hijos grandes, ¿no comprendes?

Pensé si a mamá le daría vergüenza que yo creciera. Era como si yo la fuera empujando a ella. No entendí mucho aquello, pero a mamá la disculpé un poco.

Merendamos y algo nerviosos, el que más y el que menos, llenamos el autobús que nos llevaba a la casa de Ejercicios de La Guardia. Con nosotros venía el Padre que los iba a dar, uno desconocido, el Espiritual y el padre Urcola. Pancho se alegraba por el Espiritual; yo también, pero, sobre todo, por el Padre, que a mí es el que me entiende.

No vimos caballos salvajes, y eso que Azufre decía que los había por Cabo Silleiro. En cambio vimos en la carretera un guardia civil y Héctor gritaba: «¡Un guardia civil salvaje!». Luego ya todo lo que cruzábamos: mujeres, críos, gallinas, era salvaje.

FEBRERO

De los Ejercicios que hice, lo mejor es poner aquí, día a día, lo que fui escribiendo.

PRIMER DÍA

Estoy algo despistado. Esas meditaciones de que yo soy un ente contingente, que me perdone el padre de Filosofía, pero no me dieron ningún sentimiento. El silencio va bien. Mamá dijo: «No hagas tonterías de no comer». He visto que Jaime casi no prueba bocado, en cambio Fernández se pone como una pipa. Héctor, poquillo. Me fijo en todo porque comemos callados. Mi cuarto da al Miño y veo el embarcadero lleno de estas «gamelas», que son las lanchas que se usan en las rías y en Asturias no hay. Es entretenido. Estoy algo fastidiado de no poder fumar, con esta ocasión que es tan buena la que ahora tenemos. Los Ejercicios me gustaban más el año pasado, que cantábamos muchísimo y no se paraba; pero ahora, por ser de Sexto, dicen, te dejan en el cuarto mucho tiempo para meditar y es un poco rollo.

Vi una yola portuguesa con ocho remos; andaban de entrenamiento y le daban muy bien. Fue un momento estupendo. Les conté la ciaboga por minuto y era muy buena para el compás que llevaban, pero tocaron la campana para ir

a la Capilla, y se fastidió todo, porque no me iba a quedar, que no faltó tentación.

Le dije al Padre que me estaba aburriendo algo y quedó que pediría por mí.

Por la noche, el director empezó a hablar de los pecados y ya me interesó más. Yo pecados tengo muchos y he de hacer una confesión general, como un baldeo de esos que te hacen en los barcos y queda todo como para revista.

El padre Espiritual repartió un cuestionario y yo contesté así:

«—¿Qué disposición tienes al fin del primer día respecto a los Ejercicios?

»—Después de las meditaciones de la tarde, parece que me voy animando algo, porque la mañana de hoy fue un rollazo. Las cosas como son.

»—¿Es la primera vez que haces Ejercicios?

»—No, y el año pasado eran mejores.

»—¿Qué es lo que te ha hecho venir a Ejercicios?

»—Hombre, que eso está bien, y yo creo que conviene a todo el mundo. También un poco de ilusión de salir del Colegio unos días. Hay que decirlo todo. Pero esto último, menos.

»—¿Cuál es tu mayor dificultad para hacer bien los Ejercicios?

»—El no tener ganas de pensar, en el cuarto, cuando salimos de la Capilla, que yo me lo he pasado en la ventana. Pero voy a hacer un esfuerzo, porque para eso soy congregante.

»—¿Vienes decidido a sacrificarte y a vencerte?

»—Hasta ahora no lo había pensado, pero procuraré. Me perdonará, Padre, si le digo que yo pienso que eso nos lo tienen que dar los Ejercicios. Si ya estuviera decidido a sacrificarme y a vencerme, no venía».

Me puse muy contento al escribir esto. Vaya una lógica que tengo. Hay preguntas que están de más. Otras no.

«—¿Qué sacrificios piensas hacer?

»—No he pensado todavía. Cíteme usted algunos para escoger yo.

»—¿Sabes meditar?

»—Me parece que no sé meditar muy bien. No sé extenderme en una idea si no me interesa.

»—¿Te interesa saber meditar?

»—Si no me interesa tiene que interesarme, creo yo».

SEGUNDO DÍA

Llevo dos sin hablar palabra. Parece un milagro, porque el año pasado hablé lo que quise. Este director está genial. Lo de los pecados propios me ha ocupado bastante tiempo del cuarto. El sacrificio principal es no mirar lo que pasa en el río.

Ahora me he empezado a emocionar en cada meditación. Es que este señor te habla como un santo, y yo, en cambio, me veo como un animal.

¿Qué he hecho por Cristo?… Apenas encuentro nada.

¿Qué hago por Cristo?… Es ridículo, de insignificante, todo lo que se me ocurre.

¿Qué debo hacer por Cristo?… ¡Ahí le duele!

El Infierno es eterno. ¡Ojo! Yo no puedo ir al Infierno. Si voy al Infierno, voy porque me da la gana. Si voy al Infierno me estaría bien por idiota.

Por lo de ahora no me apetece morir. Cuando sea viejo me dará igual.

Ser impuro es ser un cobarde. Y además es un asco. Eso es; aunque alguno que yo me sé diga otra cosa. Madre mía, que yo nunca jamás haga un pecado de ésos…; para eso vale más morirse uno ya.

Ya no me aburro ni jota. Es indispensable que nos dejen un rato para pensar. Digo, sobre todo, cuando te hablan de cosas que te interesan, porque hay asuntos vitales, creo yo, para un chico que ya tenga quince años bien cumplidos. Más aún para otros, que los hay aquí mayores, aunque todo lo que sepan ellos me lo sé yo también.

Hablé con el padre Espiritual bastante. Dijo que mis respuestas le habían gustado por lo sinceras. A mí, desde luego, la sinceridad la considero como algo de cajón. Donde no haya sinceridad, yo digo que no hay nada que hacer.

Lo sensacional es que me ha dado un cilicio. Yo ya había oído hablar de ellos, pero no había visto ninguno. Éste no se lo devuelvo. ¡Vaya que sí!

El cuestionario fue como sigue:

«—¿Qué disposición tienes hoy?

»—He mejorado mucho con relación a lo de ayer. Voy prosperando.

»—¿Quedaste contento de tu trabajo de ayer?

»—No lo pensé mucho, la verdad, pero pude hacer más. Lo que pasa es que lo de ayer no se prestaba.

»—¿Qué pecado es en ti más importante, por la gravedad y el número?

»—Por la gravedad, me parece que los malos pensamientos y deseos. Ahí es la batalla desde hace un año. Por el número, la desaplicación, el desobedecer, el genio (de esto mucho, lo reconozco), el reñir con Patri y Mito, algunas bolas a los amigos, los pensamientos y deseos, etc. Por el orden que digo. Lo último poco, porque venzo; más bien dudosos. Es decir, si consentí, si no consentí.

»—¿Por qué pecas? ¿En qué ocasiones pecas más?

»—Porque me olvido; porque me canso; porque a veces soy idiota, o estoy amorfo como un saco de harina. También por debilidad, supongo. Pero más cuando me pinchan, cuando estoy aburrido, cuando estoy solo…; qué sé yo…; también si veo o si oigo algo que no está bien.

»—¿Qué es lo que debes hacer para no pecar?

»—Ya lo sé. Comulgar todos los días es lo principal. Ya pensaré más».

El pensamiento del Infierno, y que hay fuego allí, y que es eterno, esto sobre todo, no se me quita de la cabeza. Y que si caes a él, entonces sí que te jorobas, y no te vale decir: «mala suerte».

¡Ánimo Ignacio, que sólo falta día y medio! ¡Un esfuerzo!

TERCER DÍA

¡Qué importa que sólo falte un día! ¡Como si faltaran cien! ¡Aguántate, cuerpo mío! ¡Qué Hora Santa maravillosa la de ayer por la noche! ¡Y qué alegría la que siguió a la confesión, que la hice luego con el padre Urcola!…

Para que digan que los del curso somos esto o lo otro. Y ayer por la noche, cómo se quedaron todos en la Capilla, y muchos con los brazos en cruz, hasta que el Padre nos echó a la cama.

Pero ¿qué me importa a mí Sexto? Lo que me importa es que a mi alma la he sentido; la he visto ahora claramente, que antes no la miraba.

Y que me vengan todos esos animales, como algunos que yo conozco en Marín, y su madre va mucho con mamá, que te dicen que de ser bueno a ser cura, no hay más que un paso. ¡Bestias! Debían tener envidia del perro que ahora mismo me está ladrando, porque tengo la ventana abierta y se cree que voy a acercarme a sus dominios.

Estoy cansadísimo, pero son los mejores Ejercicios de mi vida. Estuve con el Padre, ya se entiende quién es. Me dijo que me estaba portando muy bien en todo. Le dije que tenía un cilicio que me había dado el padre Espiritual y le pareció muy bien. También le dije que si Dios quiere iría yo a donde él quisiera; porque no hay derecho a que Jesucristo murió por mí, y yo, en tantísimos años, ¿qué hice por Él?… Esto da coraje pensarlo y en la comunión

estuve llorando. Es que no podía más. Algunos me verían, pero no me importa nada. Con el Padre hablé mucho en poco tiempo. ¡Cómo me conoce él! Creo que yo no seré cura, porque me tira demasiado la mar, que es de toda la vida. Pero buena batalla tengo con llevar mi barco a flote hasta el matrimonio, que eso ya me lo han explicado, y luego ser como papá. Quiero decir cuando tenga hijos. He de reflexionar sobre mis mañas para que ellos no me la jueguen.

El cilicio ya lo he probado. Me lastimó lo que más al sacarlo; pero es mucho menos de lo que se creería. Si lo ve mamá se desmaya. Patri, ídem. Karin, apuesto que no.

Después de las confesiones, veo que muchos tienen la cara distinta. Azufre lo vi yo que bajaba las escaleras de diez en diez, creo, y a mí, al pasar, me sacó la corbata, pero no hablamos. Y eso que yo tengo la boca seca de ganas.

Las meditaciones de la Pasión me llegan al alma, hasta el punto de haber llorado estando solo en el cuarto con el Crucifijo.

Para mí, lo más grande que sueño ahora sería de ser marino teniendo que ir a varias guerras y sufriendo mucho por España. Luego morir mártir. Ah, pero antes casarme para educar por lo menos un hijo al estilo de papá, y mandándolo al Colegio, claro. Entonces a los cuarenta o así, terminar de aquella manera.

Lo que más confianza me da de lograr mis sueños, es que está la Virgen de parte mía. Eso no se puede dudar, con la experiencia que tengo de ello. He dormido estos días con el cordón al cuello, porque me da una devoción enorme el tener la medalla entre las manos y besarla todo lo que me dé la gana.

Bueno, la cosa está en no caer en pecado mortal.

Oh, Señora mía; oh, Madre mía.

El día que salimos de aquellos Ejercicios fue de maravilla. Para no creerlo.

Por la mañana hubo escalada al monte Tecla, donde hay una de las vistas mejores de Europa. Es un cono altísimo que se levanta como un vigía sobre el mar, o como una proa gigante zarpando para el Atlántico. Unos cuantos, con el Padre, subimos a pecho, sin dar las vueltas que tiene la carretera. Arriba, así en cabeza, sólo tres llegamos con el Padre: Jaime, Héctor y menda. Desde luego, aquello es colosal. Yo no sé describirlo, pero por dos cuadrantes del horizonte tienes el océano que se te hace inmenso, y lo miras como desde un avión. Por la otra banda te entra el Miño y lo ves retorcerse por kilómetros hacia Tuy. Portugal que empieza a la otra orilla, con montes y todo, no es más que una alfombra a tus pies. Los pueblecitos, con sus puentes, sus trenes, sus casitas, todas blancas, son tal de Nacimiento; y como están así, en las laderas que caen

hacia el río, entornas un poco los ojos y ves rebaños de ovejas que bajaran a beber. Las ovejas son las casas. Siempre que se sube allí, lo primero es quedarse callados y darse una ración de ojos algo suculento.

Toda la mañana anduvimos viendo aquello y luego llegó la comida. El cocinero estuvo genial. Al terminar, me sentía gordo y sin ganas de moverme. Es que habían caído tres platos de macarrones.

En cuanto a mí, me creía tener ya solucionada la vida; quiero decir la vida de la gracia y tal; pero eso le pasa a cualquiera, porque ¿quién te dice lo que va a venir?, y yo, ¿cómo podía sospechar nada entonces? La vida es un novelón.

El Padre me devolvió la «reforma de vida». Yo le pregunté: «¿Qué tal?». Miraba él por la ventana al contestarme:

—No te puedo decir nada todavía. Los Ejercicios fueron el entrenamiento. El partido empieza ahora. Mira, es como lo del fuego olímpico, ¿no sabes? La cosa está en que lleves la antorcha llameante sin que se extinga… Lo mismo si te aplauden al pasar que si te silban. Igual si templa el sol, como si nieva…

Entendía muy bien yo. Él había ido hablando sin dejar de mirar por la ventana, pero de pronto se volvió hacia mí clavándome los ojos, para decir:

—En todo caso, Ignacio, en el combate que va a venir… esto vir, ¡sé hombre!

No entendí bien a qué combate se refería para hablar con tanta pasión. Entonces fue cuando él me explicó muchas cosas, tomando pie de aquella frase que puse yo al principio del libro: Militia est vita hominis super terram. Al salir de junto de él me sentía yo capaz de todo. Tenía en las venas un entusiasmo bárbaro. En aquel momento me apetecía pelearme con alguien.

Fuimos a Balaídos a ver al Celta. Yo aproveché la ocasión, ya que Cheché se quedó en el Colegio, para asaltar a Pancho. Tuve que dominarme bárbaramente, porque me apetecía darle unas tortas. Después de tanto luchar, después de ir a Ejercicios, y va y me sale con que está como al principio y que no la puede olvidar. Lo ataco yo por la parte espiritual, y él, tan fresco, me dice que los Ejercicios no le hicieron nada, porque como su amor era un amor puro y sano, que no tenla nada que ver con cosas malas, pues no hubo ninguna contradicción. Mas, precisamente allí, con tanto tiempo, se acordó bastante de ella, y vuelta a decirme lo ideal de su amor. Yo aguantaba mecha, porque aquello me indignaba; pero pensé que era preferible dejarlo hablar y hablar, porque en estos casos lo que uno querrá será que lo escuchen. Además, enfadándome no iba a conseguir nada. Lo que me daba, luego, era una pena enorme de ver que por una chica estuviera así, que ni el golazo de Olmedo le emocionó lo más mínimo. Y lo peor era que la iba a saludar, porque venía a ver a su hermano, y con el cuento de la intimidad de ella con María Celia, pues

ya estaba armada. Me estuvo diciendo la de cosas que se imaginaba en tiempo de estudio (luego vendría a que le ayudara en Matemáticas), que no era de andar con ella por ahí, como dos bobos al estilo de Fontela y ésos, sino de hacer algo grande y ser famoso y a ella deslumbrarla.

A mí, tal como vi la cosa entonces, me pareció que aquello no tenía más solución que un dilema: que se muriera uno, o que se murieran los dos. Y como eso era improbable, se me ocurrió lo bien que estaría que ella le diera a él cucurbitáceas como las que nos suelen dar a nosotros en junio. Esto le dolería a Pancho, pero se le pasaría. Lo malo es que para chasco le iba ella a dar calabazas. En fin, que la cosa se ponía muy fea, porque Pancho diría lo que quisiera, pero todo aquello le perjudicaba. No digo yo porque fuera una cosa mala en sí, sino porque él no hacía vida, ya se veía y eso tenía que hacerle daño. A mí me pareció que él la consideraba a ella a estilo renacentista; es decir, que la ponía como el ideal de su vida…, soñaba con ella, pensaba en ella, y todo iba encaminado a la idea de destacar delante de ella; y no se daba cuenta que lo que él quería era una cosa totalmente utópica (palabra que aprendí del Padre por entonces), que sólo se le ocurre a uno que estuviera deslumbrado por alguna chica.

Para calcular la gravedad del caso, ya digo que había que tener en cuenta lo que es Pancho en serenidad y todo eso, que le castiga el Prefecto, y nada; le cargan en tres o cuatro, y nada; le esperan unos cuantos golfos para sacudirle, como el verano pasado en La Coruña y me dice frotándose las manos: «Vamos a aprovecharnos, que se ofrecen pocas emociones como ésta». Tan fresco, con el aplomo que tiene, que todavía yo que soy apasionado, pase. Y ahora se le cruzaba una mocosa, que ya me la figuraba del estilo de Patri, pero con dos años menos, ¡imaginarse!, y mirarle todo desconcertado, que había que verlo.

Se fueron los del Preu a Ejercicios y me alegré, porque viene bien para el ambiente. Lo que sentí es que el Padre se fuera con ellos y quedáramos solos con Peroné. Peroné era el padre Olmo, que así le había bautizado Héctor, por lo hueso. Pancho no tenía problema, porque con lo que llevaba encima, no se movía en el estudio, pero Azufre y yo…

Ofrecí la comunión por Pancho aquellos días. Estuve pensando una determinación; pero no se me ocurría nada, a no ser rezar, fuera de ir con él y distraerlo. En el estudio, si lo veía abstraído, le hacía la ofensiva por «correo aéreo», A mí el dibujo siempre se me dio bien. Digo el de muñecos, no el otro que nos diera clase don Genaro. Pues bien, le atacaba a Pancho por el ridículo. Le ponía lo que más, insultos y caricaturas que le obligaran a contestar. Claro que yo sabía bien que a él no le iban a parecer mal y de mí aquello. Lo que mejor me salía era lo del banco, que consistía en una pareja que son un quinto, con el gorro, y una criada, con la cofia, y debajo escribía, por ejemplo: «El ideal», o «La felicidad». Ya sabía lo cursilísimo que veía eso. Claro que si se

lo ponía otro que yo, le partía la cara. Casi todo el estudio se me iba en ello, pero lo hacía por distraerle a él; porque yo iba entonces como una seda y ya ni tentaciones siquiera tenía.

Pues entonces fue cuando me quisieron echar del Colegio. Fue así:

Era el estudio del miércoles por la mañana. Yo acababa de terminar el papel con la pareja, que me había salido como nunca, pues me iba perfeccionando. Además, para variar, esta vez el quinto tenía a la criada cogida por la cintura, porque me pareció más cursi todavía. También ponía: «Así, ¿no?». Siempre le iba el correo por encima de Griñoncito, que estaba empollando y ni se daba cuenta; pero aquel día el tiro fue bajo y le hizo un impacto en la cabeza. El condenado de él reaccionó igual que si le hubieran arreado un ladrillazo: pegó un respingo y, con el ruido que armó, todos volvieron la cabeza. Bueno, pues precisamente en el momento en que todo el mundo miraba, el animal del hombre ese se agachó por el papel. Claro; vino el Padre, le quitó el papel de la mano y lo fue desdoblando. Yo entonces, por primera vez, palabra, pensé en lo que aquello podía parecer. Había en el papel un corazón, como un acerico de flechas, y ponía alrededor: «Flechazo». En aquella angustia, tuve la alegría de ver la cara de Pancho, que, como si se le hubiera caído la máscara triste de aquellos días, me miraba con una de esas expresiones vivas de antes, preocupado por mí. Vi al Padre que daba la vuelta al papel, y entonces me acordé de lo que iba escrito por detrás: «Y luego hasta veinte hijos», que lo había puesto por lo de aquella noche en La Coruña. Él se quedó mirando aquello y fue después doblándolo cuidadosamente. Luego me miró largo a mí. Sabía que era mío, porque aparte de la letra, Griñón se me volvió cuando le di. La cara era inexpresiva, pero los ojos, no sé si sería aprensión mía, pero me pareció que gozaban con la presa. Todos se quedaron tan frescos. Sólo Pancho y yo sabíamos de qué se trataba.

En clase estuve imaginando lo que podía pasar. Llegó el siguiente recreo y, cuando iba a salir con todos, el padre Olmo me retuvo en el estudio. Cuando estuvimos solos, dijo:

—¿Era tuyo esto? —y me mostraba el papel doblado y bien sujeto entre sus dedos.

Yo, al fin y al cabo, no había hecho nada que me remordiera la conciencia; y ya así, frente a frente, como me suele pasar, me volvió la serenidad.

—Sí, Padre —contesté.

—Está bien, puedes irte.

No sé si se habría imaginado que se lo iba a negar.

Pancho me esperaba abajo.

—¿Qué habías puesto en el papel?

Se lo expliqué y él se apuró mucho. Era curioso, con la fama que tenía de templado para estos casos, y estaba mucho más nervioso que yo. Se lo dije.

—¿Es que te crees tú —repuso casi con furia— que voy a permitir que te veas ahora en un lío, todo por mi culpa?

—Yo fui quien lo pintó ¿no?

—Pero la culpa, toda la culpa, de que lo pintaras fue mía.

—Tú lo que tienes que hacer, Pancho, es cerrar el pico. No pasará nada.

—Ignacio —vi que estaba preocupado de verdad—, no entiendes tú qué alcance le pueden dar a esto.

La verdad es que me estaba ya inquietando Pancho, pero contesté:

—Nada, hombre; un castigo y a vivir… Además exageras, no me dijo nada.

—¡No entiendes, Ignacio, no entiendes! —insistió él.

—¡Hombre, no seas idiota también tú! ¿Me vas a dar lecciones a mí, tú que estás ofuscado por una niña?

—¡Deja a la niña ahora!

Pancho estaba preocupado de veras. Nos fuimos para el campo grande, pero no jugamos. Él me contagiaba de su preocupación. Se acercó Mito a pedirme prestado un duro. Se lo regalé.

En la merienda tuvimos consejo de guerra los de la mesa. Pancho insistía en que el asunto podía tener cola venenosa. Si estuviera el Padre, pero con Peroné… Jaime no dijo nada, pero se le notó que también lo veía malo. Cuando estábamos terminando, pasó el padre Olmo y me dijo, afectando indiferencia:

—Al salir, pásate por la Prefectura.

Hubo sensación entre nosotros cuatro. Pancho se mordía las uñas pensando.

Al entrar yo, estaba él escribiendo como de costumbre. Sobre la mesa, abierto, el papel dichoso.

—¿Es tuyo esto?

El tono tenía una decisión desacostumbrada. Había allí algo nuevo que faltaba otras veces, y ¡cuidado que había tenido yo que pasar por la Prefectura! Señalaba el papel como con asco.

—Sí, Padre —reconocí.

—¿A quién lo dirigías?

—A nadie.

Lo dije sin jactancia.

—Vamos a ahorrar tiempo —se puso en pie—. ¿Quién es el otro?

—No hay ningún otro, Padre.

Yo procuraba el tono más sencillo, pero sin perder la firmeza, porque yo, al fin y al cabo, no había hecho una cosa mala.

—¿Qué no hay ningún otro? —se me acercaba—. Y ¿esta porquería, muñeco? —y me metía el papel por las narices.

Como me quedé callado y él me apremiaba cada vez más furioso, dije yo haciendo un esfuerzo, porque estaba en una tensión enorme por mantenerme:

—Padre, ya he dicho que eso es mío y no tengo más que añadir.

Aquí él cambió de táctica. Lo noté perfectamente. Volvió al otro lado de la mesa y habló en tono serio pero normal:

—Está bien. En la mano te dejo la solución razonable y benévola de este asunto. Si prefieres callar, calla; pero piensa esto: esta prueba basta para tu expulsión, si la queremos apurar. Te queda una oportunidad al precio del nombre del otro. Tienes de plazo hasta mañana.

Luego, con menos solemnidad, añadió:

—De aquí te vas derecho a la enfermería; ya aviso para que te preparen un cuarto. Dios te libre de salir de allí. Te llevarán todo lo necesario. ¡Largo!

Cuando salí llevaba un torbellino en la cabeza. Había hecho un gran esfuerzo para mantenerme firme ante el Prefecto y ya no sé qué sentía, si angustia o rabia. Me di cuenta de que me miraba él desde la puerta y entonces colé las manos en los bolsillos, caminando con la mayor indiferencia aparente.

Cuando entré en el 3, que fue el que me dieron, caí sobre la cama y lloré como un bárbaro. ¡Hombre! ¡Es que a ver qué era aquello! Dejaba de fumar, iba a Ejercicios, luchaba por la conducta, se iban las tentaciones… y ahora, ¡mira qué premio!

Después del primer desahogo (que tuve que dar vuelta a la almohada para que no se viera), poco a poco, lo que podía haber en mí de miedo fue dejando paso a una decisión de hierro, de no traicionar a Pancho. Me juré a mí mismo que no me chivaría, aunque me dieran tormento. En aquel instante odiaba yo a Peroné y al Prefecto, y para colmo, ni el Padre, ni el Espiritual estaban allí

para echarme una mano.

Con aquella decisión de dejarme matar, que me parecía una cosa noble, me calmé un poco. Estaba oscureciendo. Me vi en el espejo. ¡Vaya cara! Me lavé y muy oportuno, porque entonces entró el hermano Enfermero, con Piño, el empleado de mi dormitorio, que me traía desde el pijama hasta los libros. Yo miraba por la ventana, cuando me vino una idea que había que poner en práctica inmediatamente.

—Hermano —dije—, ¿quiere traerme agua?

—Claro, hombre, todo lo que te pueda dar yo. —Es un buenazo.

En cuanto salió vi a Piño la mar de expresivo, que me decía:

—¿Qué fixeches, home?

No había tiempo para explicaciones.

—Oye, Piño, le dices a Pancho que yo estoy aquí.

—¡Toleas! —exclamó él—, ¡Matam'o padre prefeto!

—¡Piño, hombre, por lo que más quieras! —rogué yo con toda el alma.

—Ti comprometes a un, concho…

Ya volvía el Hermano, pero Piño avisaría; lo conocía yo bien.

Quedé solo. Fui oyendo todos los toques de la campana. A las nueve vino un camarero con la cena. No probé apenas nada. Hubiera fumado con gusto. Desde luego yo esperaba algo, pero no tanto. Llaman después de cenar, y… ¡Pancho! Me cascó un abrazo de los de gorila. No nos entendíamos, por preguntar los dos a la vez, y eran minutos contados. Me dijo cómo se había escapado para venir, y yo le conté lo mío, procurando quitarle importancia. Se puso furioso él y ya se quería ir inmediatamente al padre Prefecto a contárselo todo. Yo sabía lo que eso era para él, porque supondría descubrir todo el asunto de Terete, que él tenía tan secretísimo, y que ahora se fastidiaría por mí.

—No vas —le dije, y lo agarré significativamente.

Él se revolvió para escapar.

—¡Te lo juro, Pancho —dije con toda mi alma—, si haces eso no te vuelvo a hablar en la vida!

Estaba furioso él.

—¿Pero es que eres tan imbécil que te crees que voy a permitir que te echen a ti por mí?

—¡No me han echado todavía! —contesté con firmeza—. Además, con

que tú hables no se mejora nada. ¿No comprendes?… ¿Cómo van ellos a entender el fondo de todo esto…?

Se quedó pensativo, sin hacer fuerza, que yo lo tenía agarrado aún, lo que aproveché para convencerle. ¿Iba a entender el padre Prefecto que él se hubiera enamorado por haber visto de paso a una chica, y que desde entonces andaba cafetera por ella y todo lo que habíamos hablado y discutido los dos sobre el asunto, y que no hubiéramos dicho nada a nadie y que por ese motivo pintara yo aquellas caricaturas, y, en fin, todo…?

Era comprometido para los dos que permaneciera más tiempo allí.

—Dame palabra —le dije— de que no harás nada sin contar conmigo.

—Te la doy, Ignacio —me miraba con unos ojos…—, pero ¿la cumpliré?

—Pues claro —contesté, al tiempo que le daba unas palmadas, empujándole hacia la puerta.

No salí de la enfermería hasta media mañana. Que me perdonen los jesuitas, pero eso de no avisarme nadie para bajar a misa y quedarme sin comulgar, se hace sólo con el Chirri, el perro cebón ese, que anda por la cocina y da asco. A mí ya lo único que me importaba era por papá; por el disgusto que se tendría que pasar. De todos modos, estaba seguro de que él obraría como obraba yo, si se encontrara en mi caso. Y el Padre, lo mismo. Con saber eso me podía bastar a mí, creo yo.

A las once y pico me llamaron para la Prefectura. Entré con algo de nervios. Fue sencillo, a pesar de todo.

—¿Tienes algo que decir?

—Nada, Padre —contesté con la mayor naturalidad que pude.

—Supongo que has tenido tiempo para pensarlo.

—Sí, Padre —concedí.

—¿Y decides callar?

—No tengo nada que decir.

Me esforzaba por no estar arrogante, porque sería peor.

—Esta obstinación es un caso de rebeldía disciplinar, y el papelucho supone una falta de orden moral, de las que aquí no se toleran, sino que se sancionan tajantemente…

Hizo una pausa sin dejar de mirarme.

—Sólo queda avisar a su señor padre.

Aquel repentino empezar a tratarme de usted me trajo a la realidad de hasta dónde habían llegado las cosas. Algo atenazante se me ponía en la garganta. No quería que me echasen; dejar todo aquello… Las lágrimas se me subían a los ojos y con ellas un impulso a pedir compasión. Pero al mismo tiempo toda mi alma se rebelaba contra la injusticia de que me veía ser objeto, porque la conciencia me gritaba que yo no había hecho nada. También me sostuvo en aquel momento la sensación de un deber de amistad, por el cual estaba sufriendo todo aquello… una especie de gusto por ser víctima inocente a causa de la fidelidad.

Lo cierto fue que me mantuve, y que las lágrimas, que él las espiaba mirándome fijo a los ojos, no llegaron a asomar delante de él. Eso sí: cuando me vi solo de nuevo, vuelta a desahogar. Me desesperaba de no poder hablar con nadie. Había dicho lo de la expulsión de una manera que ya parecía definitivo, cosa que yo antes no la había creído. Había dicho también que era una falta de orden moral.

Lo que me preguntaba era por qué sería tan grave aquella falta. Hasta dónde llegaba su malicia. Me venía a la cabeza aquella insistencia de Pancho, que me asustó desde el primer momento, cuando me decía: «No entiendes, Ignacio, no entiendes». Analicé el papel como con lupa. Luego me empezaron a ocurrir interpretaciones de aquello, que algunas no se pueden decir aquí, y no quise pensar más, porque me era un lío tremendo. Yo sólo quería que viniera el Padre, pero no vendría hasta el día siguiente.

En tiempo de gimnasia volvió Pancho escapado. Preferí ya no decirle nada, pero él se echaba maldiciones, y hasta renegaba de la niña Terete esa, lo cual me alegró lo suyo. Todavía quería irse a acusar, pero comprendió que no me arreglaba nada a mí. Lo que sí dijo fue que los dos o ninguno. Esto lo juró, que si era preciso él se escapaba. ¡Cierto como el día! Hizo una cruz con los dedos y la besó, diciendo: «Por ésta». ¡Vamos, estaba loco! Yo, la verdad, aquello me consoló mucho. A ver quién me quería como él y me comprendía como él. Si no era Karin, no sé. Esto, el pensar en Karin, casi me enterneció. ¡Si ella supiera lo que yo estaba pasando! Pancho dijo que todos estaban pendientes de mí, y comulgó todo el curso para que se arreglara lo mío y Jaime, con las Dignidades, iría al Rector. A mí lo del curso es lo que me emocionó.

Comí solo. Bueno, me senté solo, porque el Hermano anduvo por allí muy solícito.

—No, Hermano, gracias, no tengo ganas.

Es que no me podía quitar de la imaginación a papá y si habrían avisado ya.

A media tarde vino Mito; confieso que no lo esperaba. El hombre, se veía

que estaba fastidiado de las que tenía que pasar yo.

—¿Quieres algo? —decía—. Tengo tabaco aquí…

—Gracias; ya no fumo.

—¿Por qué fue en realidad?

—Una bobada de un papel… no puedo decirte más…, de veras. Quieren que chive a uno; si no, me echan.

—Entonces ya sé que te irás.

Me alegré de que lo comprendiera.

—¿Sabes quién pregunta por ti y anda preocupado?

Viendo mi cara de despiste, dijo:

—El padre Garde.

El del telón, lo que son las cosas. Ese detalle no se lo olvido yo.

Fue un dormir de pesadilla todo él. Siempre me veía ante un marino dando una explicación, que se hacía angustiosa y nunca se entendía. Me despertó el Hermano. Me arreglé y por mi cuenta fui a misa a la capilla de los Padres, que es una muy pequeña y muy mona, donde yo le tenía ayudado muchas veces al padre Urcola. Estaba allí diciendo misa el padre Garde, que desde que me vio, a cada vuelta que se daba, me echaba unas miradas compasivas que me conmovían. Deseé que se le ocurriera pedir por mí. Comulgué y me volví al cuarto.

Allí me estaba yo solo como un bobo, todo desconcertado, cuando ocurrió aquello.

Hay cosas que lo mejor es no ponderarlas. Lo que pasó fue esto. Llamaron y yo dije: «Adelante». Se abrió la puerta de par en par; volví la cara y me quedé clavado sin creerlo. ¡Era el padre Urcola, con el sombrero y la cartera de viaje en la mano! No pensé más, sino que me abracé a él y no pude evitar el llorar; pesaba demasiado en mí tanta soledad. Resulta que a él le había mandado venir el padre Prefecto para tratar de lo mío. No me imaginaba yo que lo fuera a hacer, pero tengo que agradecérselo.

Tuve que explicarle todo desde el principio, y las conversaciones con el padre Prefecto; pero, claro, sin mezclar nada de lo de Pancho. Eso sí, con el Padre yo podía hablar de otra manera, así terminé:

—Padre, usted es la persona que mejor me conoce. En todo esto no ha habido nada, absolutamente, que sea como para confesarse, ni leve. Todo lo que hay en el papel no quiere decir nada malo. ¡Ésta es la verdad!

Él parecía pensar a gran velocidad, aunque creerme, estoy seguro que me creyó de la primera.

—¿Pero, cómo se te ocurre, chiquillo, andar pintando esas cosas?

—¡Padre! ¡Si lo saqué de la marca de un chocolate que hay en casa, «La Favorita» se llama, y lo trae así!… —Era cierto.

—Entonces —arguyó él—, ¿por qué no me dices a quién iba aquello?

Contesté con una pregunta.

—¿Qué me predicó usted sobre la palabra, y qué enseña papá sobre lo mismo? Si a mí se me confía un secreto, ya se entiende que va con la promesa mía de no descubrirlo. Además, todo el curso sabe que me piden nombre. Entonces, ¿tengo yo que ser un cobarde, un chivato de esos?

Yo hablaba con toda el alma, porque con el Padre me podía abrir sin miedo.

Tuve que explicarle también que el otro no podía decir nada, entre otras cosas porque me había tenido que dar palabra a mí. Era un lío.

—¿Usted cree que yo le miento, Padre?

Él, que me miraba al fondo de los ojos, contestó:

—Sería la primera vez, ¿no?

—Entonces, Padre, usted se fía de mí cuando le digo que no ha pasado nada malo; que no ocultamos nada vergonzoso o deshonroso, a pesar de las apariencias que, la verdad, ¡no entiendo yo del todo por qué son tan malas como para este escándalo!

Nos mirábamos los dos sin bajar la vista. Él estaba serio pero en el medio de sus ojos veía yo como una chispita de cariño. Luego dijo despacio:

—Te creo, Ignacio. Creo que no ocultas nada de que tengas que avergonzarte…, y creo que tú y el otro, que de sobra me lo imagino, sois un solemne par de chiquillos.

—Muchas gracias. Padre —dije al tiempo que me inclinaba para besar aquella mano que tantas veces había de enderezar el timón de mi vida.

—No te muevas de aquí… y, por lo menos, estudia.

En aquellas palabras había una promesa. Al menos me lo pareció.

Aún comí allí, pero nada más terminar vino Jaime, con cara de vacación, para decirme que, cuando tocaran a fin de recreo, bajara yo al estudio de la División. Querían ellos haberme hecho un recibimiento, pero el Padre les habló con mucha habilidad en el comedor, de modo que se entendió que no

convenía exteriorizar nada. También dijo que yo era buen chico, pero que no se creyeran que era canonizable y que teníamos que aprender a ser prudentes. Cuando terminó él de hablar (según Jaime), Pancho y Azufre rompieron a aplaudir, pero se quedaron sin postre, que los dejó el Padre. Ellos entonces dijeron que para los pobres, y pidieron por las mesas, que había galletas, sacando una barbaridad. En acción de gracias, decían.

Entré en el estudio con los libros bajo el brazo. El Padre, con cara de guardia, ni me miró. Nadie se movió, pero tuve el gustazo de ver las caras tan alegres.

Al salir a recreo, y antes de poder hablar con el Padre, me mandaron al padre Rector; estaba serio, pero hablaba con un fondo de afecto que no lo podía disimular, me pareció.

—Nos hemos fiado del padre Urcola, que ha respondido por ti. Vamos a olvidar todo esto. Pero tú, Ichaso, aprende a ser prudente.

—¡Gracias, Padre!

Se las di de lo más sincero. Pensaba yo cómo le iba a pagar al Padre tanto que iba haciendo por mí, y eso que entonces aún no había llegado el verano, que luego recordaba todo lo del curso y parecían cosas de las niñas de Cluny.

Por fin me encontré con Pancho, que me esperaba con Cheché. Éste se le veía radiante. Yo le alboroté el pelo y me fui con Panchito solos al bosque.

—¡Nacho —dijo él—, la que tú has pasado por mí, nadie lo igualaría!

Casi se ponía romántico.

—¡Como vuelvas a decir una tontería así, te hincho un ojo!

—No me salgas por la tangente. Te dejabas expulsar por mí. Dabas la cara por mí. ¿Crees tú que tengo yo alguien más, fuera de ti, que haga una cosa semejante?

—Tú hubieras hecho igual, ¿no?

—No se trata de potenciales ahora —hablaba con una decisión como jamás lo había visto—. Tú pídeme a mí lo que quieras. ¿Qué quieres que haga yo?… ¿Quieres que la mande a paseo? ¿Quieres que me quite de esas tonterías de gustarse?

Me estaba mirando con el alma en los ojos. Yo no desaproveché la oportunidad de darle un buen golpe a la chica dichosa.

—Mira, Pancho —dije—; lo que yo quiero es que no estés atormentado y bobo por una niña, aunque sea una Venus. Cuando seamos mayores, nos sobrarán.

Me estrechó la mano y añadió:

—¡Yo haré eso por ti!

Pancho la vio a Terete en la portería, que lo llamó el hermano de ella a visita.

Estaba completamente desilusionado. Decía que ella ya no era lo que él veía en sus sueños y que la había encontrado idiota, sobre todo por presumir así. Que parecía muy creída, etcétera.

Yo le dejaba decir sintiendo por dentro un gustillo indiscutible. Y pensaba para mí: «Terete te has caído con todo el equipo».

Fue la final de balonmano. ¡Hay que ver la que se armó! ¡Lo que es que no sabían perder! Todo el segundo tiempo aquello se convirtió en rugby. Pero la locura fue lo último. Claro que tenía que llegarse a ello, porque hay cosas que se van fraguando y luego quién las evita. Pero vamos con orden.

Cuando empezó el partido, los nuestros se pusieron a una banda y los de ellos a otra. Estaban la mar de optimistas los hombres. El primer tiempo no me pongo a describirlo porque no se crea que lo hago por presumir, pero fue un baño y les hicimos un 3-1 que pudo ser el doble. El gol que me anularon a mí, decían que por entrar en el área, fue una parvada, porque ya había tirado cuando entré. Al descanso me dijo Pancho que estaba jugando muy bien, y Pancho siempre me dice la verdad. En el segundo tiempo empezó el juego sucio y el señor del pito no era capaz de cortar aquello. A mí me mazaron a golpes. Pero lo peor era entre el público, porque ellos, al ver que perdían sin remedio, empezaron a llamar «cuervos» y así. Los nuestros del Preu querían zumbarles, pero ante todo estaba ganar el partido. Al terminar fue Troya. Nosotros, los que habíamos jugado, no podíamos con el alma, pero los mayores, los que no habían jugado, se fueron a ellos, los de enfrente. Ya fue el zafarrancho. En medio del campo se repartía leña para todo el que quisiera. Yo estaba a un lado, tirado en el suelo, que no podía conmigo. Cholo, el de Preu, era un molino dando. Todo fue muy rápido, porque los Padres y los profesores de ellos, con los guardias, se metieron a arreglarlo. Vi a Pancho, que sacaba a Mito del barullo, y éste con el pañuelo en los ojos. Me fui a ellos y le quité las manos a Mito, que sangraba. Era por encima de la ceja y con raspón como de anillo. Empecé yo a decirle que quién le metía a él en los líos de los mayores y que le estaba bien empleando. Él, callado, todavía temblaba de excitación. Yo iba a seguirle sermoneando, cuando Pancho, que lo limpiaba con un pañuelo, se vuelve hacia mí:

—¿Te quieres callar, imbécil?

Me quedé cortado con aquella intervención. Él remachó:

—¿Sabes que esto fue por defenderte a ti? —y siguió triunfal y duro—. Te llamaron… no lo puedo poner aquí, y decían tu número, el siete, y entonces saltó como un tigre, antes de que yo mismo reaccionara, que estaba allí.

Me emocionó que Guillermo se pegara por mí y quise saber quién era el tío que había dicho aquello.

—¡Ya tiene lo suyo encima!

Luego me enteré de que lo había tumbado él, Pancho, de un derechazo imponente.

Me metí en el autobús con los dos. En el Colegio llevamos a Mito a nuestro dormitorio, que nos íbamos a vestir, y yo mismo le puse esparadrapo, después de limpiarlo bien. Estaba la mar de emocionado con él, porque eso de pegarse con uno mayor por causa mía, era algo, creo yo. Luego de curarlo, que ya se le había pasado el coraje que traía al principio, se empezó a sonreír por mis cuidados y se le escapaba una ironía en los ojos, que ya me estaba apeteciendo a mí atizarle encima, pero me reí yo también. Verdaderamente que no estábamos acostumbrados a mimarnos mutuamente, no. Y no estoy muy seguro de que mi solicitud no me pusiera un poco en ridículo al principio. A Karin sí que la encantaría aquella aventura.

Empecé a tener ganas de que vinieran las vacaciones, porque quería verme en casa y por si me dejaban navegar un poco, que lo dudaba, pero si venía buen tiempo podía ser.

MARZO

La semana siguiente eran las fiestas Rectorales, que en el Colegio son de fantasía y tres o cuatro días de vacación. Además el día 17, o sea el primero de dichas fiestas, se celebraba el santo de mamá y de Patri, que entonces las señoras monjas no se podrían oponer a que ellas salieran.

El miércoles 15 teníamos que comprar los regalos. Papá ya había encargado que los hiciéramos, cargando al Colegio y luego a la cuenta. Salimos Cheché y yo, porque Mito, ya al empezar el recreo, estaba como una espingarda a la puerta de la Prefectura. Él a un lado y Nano al otro, como buenos amigos. No sé lo que habrían hecho esa vez.

Hacer un regalo a mamá era dificilísimo, y lo mismo a Patri, porque ¡a ver qué podíamos entender nosotros de artículos de señora! Primero fuimos viendo en muchos escaparates, ya que no íbamos a entrar en una tienda sin saber lo que queríamos. Libros y discos decía Cheché que no, por ser lo de

siempre. Todo era dar vueltas y no se nos ocurría nada. Volvimos a una gran tienda de señoras, digo yo, porque en los escaparates había maniquíes a medio vestir, que tampoco estaba aquello como para pararnos. A mí no me parecía entrar allí, pero Cheché, que para tratar es bastante decidido, más que yo, me empujó adentro. Todo eran mujeres. Muchas bastante jóvenes, y como de uniforme, que despachaban, y otras muchas señoras a comprar. Ni un hombre se veía allí, y era grande aquello, así que ya se puede ver cómo estaría yo. Vimos un mostrador que estaba libre y detrás una chica que envolvía algo. Era una de las de uniforme, que me pareció muy mona, así como de cine, y nos miraba con simpatía (sería por el despiste). Cheché, todo decidido, tiró para allá y yo detrás.

—Mire, señorita —dijo él sencillamente, que yo estaba cocido—, nosotros queremos hacer un regalo a mamá, que es su santo. Si usted fuera tan buena que nos ayudara…

Yo sólo oírle, ya me puse colorado; pero ella contestó muy risueña:

—Encantada, guapiños.

Yo más colorado, con lo que me mata eso.

—Veréis cómo encontramos algo que le encante.

Empezó a preguntarnos la edad de mamá. Cheché, lo que es la inocencia, dijo tan tranquilo:

—Pues será así como usted.

Ella levantó las cejas muy cómica.

—No, señorita —corregí yo—; mamá parece muy joven, es cierto, pero usted lo es mucho más.

—¡Muchas gracias, simpático! —y dirigiéndose a Cheché—: ¿Ves qué galante es tu hermano? Porque seréis hermanos, ¿verdad?

A mí se me escapaba el suelo, porque ella me miraba y me miraba. Eso sí, se portó muy bien con nosotros, y compramos para mamá una polvera preciosa en negro y plata, extraplana, que ella dijo se llevaban mucho; y para Patri, un pañuelo de seda de colores preciosísimo, parecido al de mamá, que se lo pone en la cabeza para el coche; también otro igual para Karin, pues yo dije que el verano anterior, cuando su santo, no le había regalado nada. Nos hicimos muy amigos de aquella señorita, que al marchar besó a Cheché y a mí me dio la mano, y ya no me apuraba nada yo.

—Mire, se lo agradecemos mucho —dije—, porque nos ha sacado de un apuro.

—Ya me doy cuenta, bobiño —y se sonreía muy simpática.

Le dije a Cheché que no había que decir nada de aquello; que lo habíamos comprado nosotros y bastaba.

A Pancho y a mí nos habían escogido para hacer un papel en la fiesta de la mañana. Era sencillísimo, porque se trataba sólo de figurar, sin tener que hablar. Nosotros representábamos al ministerio de Marina. Fuimos a la ropería para probar los trajes, que los traían de Madrid, de la Casa Peris, que es de lo mejor y hasta hacen películas. Los uniformes eran de veras, una gala de almirante, con sable y todo. Me emocionó a Pancho verlo de marino, pero yo estaría igual que él.

Luego, como ya se había corrido lo del «guateque» que teníamos al día siguiente en casa de Patri, había muchas indirectas. Me temía que yo todavía iba a tener que dar un tortazo. El ensayo, que lo hubo, fue pesadísimo.

Después de la misa, que fue solemnísima (pero de uno solo, ¿eh?) y comulgué, ya tuve que ir con los otros para vestirnos de uniforme. Era en el estudio de la Segunda, que se puede ver la portería, y empezaron a llegar coches y más coches, y yo vi el Mercedes de tía Luchy y se bajaban todas ellas; llamé a Pancho, pero no podíamos salir y quedaba lejos para que nos vieran. A papá y mamá no los vi.

A las once y media nos llevaron por el bosque para tomar posiciones. Atisbamos la tribuna y cómo estaba de atestada, ¡como nunca! Yo decía a Pancho que había dos mil sin contar colegiales. Luego empezó.

Había que verlo aquello, que simulaba Roma, porque hacían santo al padre Rector y estaba todo el Gobierno español, y escoltas, cardenales, religiosos, nobles pontificios, guardia suiza, banda de trompetas y tambores, monseñores…, qué sé yo, y luego el Papa, que lo hacía el pequeño de Ferrán, que los conocen en casa y estaba maravilloso. Éramos más de ciento cincuenta, todos vestidos, así que había que verlo, y los altavoces que simulaban de Radio Nacional, explicando todo. Yo entré en coche cerrado, con Pancho y dos de Séptimo que hacían de ministro del Ejército y ayudante, porque así entraba todo el Gobierno. Al llegar al sitio de la ceremonia, donde estaba el altar monumental y todo, nos recibía un cardenal y nos tocaban el Himno Nacional. La gente aplaudía. Pancho y yo saludábamos militarmente. Era emocionante y yo ya me creía de ser marino de verdad, que estaba todo electrizado. La llegada del Papa fue imponente, venía en el coche de Gálvez, un Dodge, de miedo. Mito habló por el micrófono vestido de arcipreste, o cosa así, que, ya ya; los que no lo conocieran se creerían cualquier cosa al ver la cara de angelito que pone cuando representa.

Mientras aquello iba pasando, yo buscaba con la vista a los de casa, pero costaba, por tener nosotros el sol por la proa. La primera que vi fue a Patri, que hacía gestos exagerados para llamarnos la atención. Le di a Pancho con el

sable diciéndole: «Mira». Papá estaba en la mesa del padre Rector. Mamá, con las chicas.

En el solemne desfile final, pasamos muy cerca. Nos aplaudían lo que se dice a rabiar. A Patri la oí llamarnos, pero seguí imperturbable, saludando militarmente.

Hacía tan buen día, que comimos en la terraza.

Yo había tomado ya todas las disposiciones necesarias. Después del primer principio vino una bandeja de plata con tarjeta mía firmada por los tres, y el paquetito. Mamá leyó en alta voz: «Muchas felicidades. Tus hijos que te quieren como no te das idea, Ignacio, Guillermo y Javier». Estaba conmovida ella y todos en silencio mientras desenvolvía, que lo hizo bien aparatosamente, y al ver lo que era, no se sabe cómo lo ponderó.

—¡Pero si esto ahora está de furor! —decía—. ¿Cómo lo supisteis?

Era nuestro secreto.

—¡Pupila que tenemos! —contesté por los tres.

Cuando estábamos en éstas, llegó Juan Ángel, que ya había avisado por papá de que no se le esperase antes, y como es de toda confianza, porque los Taviel de Andrade, que son ellos, entran por casa como por la suya, por eso ya estábamos comiendo.

A Patri le veía yo una luz nueva en los ojos, desde la llegada de Juan Ángel. No sé si sería ilusión mía, pero luego se vio que no.

A su turno volvió la bandeja de plata con lo de Patri. Hay que ver cómo alborotó. Desplegó el pañuelo, que tiene lo suyo de tela, y lo miraba al trasluz y por un lado y otro. Luego lo bajó mirándome, se levantó de pronto y vino hacia mí. Bueno, me pegó un beso en la sien que creí que me hacía un agujero.

La admiración fue cuando la bandeja volvió por tercera vez. Karin, sorprendida, que ni se lo imaginaba, se puso muy encarnada y yo expliqué por qué era aquello, que pareció a todos muy bien, en especial a mamá, que la quiere tantísimo a Karin. Patri le cogió el pañuelo, lo extendía y todos lo miraban, pero Karin me miraba a mí, y vi en sus ojos un cariño tan grande, que yo entonces daba la vida por ella. ¡Qué cosas te guarda el futuro!

Ya se hacía tarde y fuimos al Colegio. Nos llevó Falo y vinieron las niñas, aunque no suelen ir al fútbol, pero yo las animé por Pancho. Me senté en el coche junto a María Celia y me confirmaba en lo de que estaba monísima, como lo dije cuando estuve en La Coruña por Navidad.

Llegamos justo para empezar. Nada más ponernos en un sitio que busqué yo, empezó la aproximación de los idiotas; pero ahora se mantenían más a

distancia por estar Juan Ángel, que aparecía bárbaro con su uniforme de alumno, que iba de azul. ¡Lo que yo sentí que no nos viera a Pancho y a mí de almirantes! Él me decía con ese cariño con que siempre me trata: «Descuida, hombre, si de almirante te he de ver». Dice que yo sí que llegaré a almirante.

El Celta jugaba completo. Claro que era mucho para el Colegio y a mí ni hablar de ponerme. Sólo empezar, ya se vio la exhibición bárbara que daba el Celtiña. Pero no se vaya a creer, que el Colegio también bregaba lo suyo, todos muy replegados. Pancho, casi sólo adelante, se mataba el hombre; pero tenía enfrente a Lolín, que lo secaba cariñosamente. Desde luego que nadie se había hecho ilusiones de ganarle al Celta, pero era por la emoción de jugar con ellos. Así todo, el primer tiempo terminó con sólo 1-0 en contra.

En cuanto Juan Ángel se separó, que iba a hablar un poco con el padre Espiritual, que lo fue de él, Patri y María Celia empezaron a interesarse por los jugadores; pero era por los tipos, porque el juego les tenía sin cuidado. Decían, por ejemplo: «El cinco es fantástico», y el cinco era Moncho Durán, íntimo de Fontela; ¡menudo elemento! Luego: «El diez es guapísimo», y así. Estaba yo bueno, oyendo tales sandeces. Karin atendía al juego y no decía tonterías. Y me puse con ella, sin hacerles caso.

—Me hiciste pasar una vergüenza enorme —dijo ella—, con el regalo en la mesa.

—¿No te puedo regalar lo que quiero?

—Sí, desde luego; pero ahora Patri dirá…

La interrumpí:

—Patri es idiota, ¿sabes?… Además, tú eres mi hermana adoptiva.

—Eso es cierto. Toda mi familia de Alemania, es como si no existiera, al lado vuestro.

—Y encima tú eres, quizá, la única que me entiende a mí en toda la casa.

Y era verdad; que eso de que lo entiendan a uno cada vez es más difícil, sobre todo entre las personas mayores. No profundizan nada. Da asco ir por la calle, tratar con personas mayores tan idiotas, que no saben más que decirte: «¡Qué crecido estás!». «¿Cuántos años tienes?». «¿Qué tal la familia?». «¡Qué delgado estás!». «¿Comes bien?» (Y a usted qué le importa, señora). «¿Qué tal los estudios?», etcétera, etcétera. Qué idea tendrán de uno, digo yo.

Se fueron ellas con Juan Ángel, su hermano y los míos. Yo me quedé para esperar a Pancho y para ver perder al Colegio 4-1, porque ya se desfondaban.

Cuando Pancho y yo llegamos, que tuvimos que subir a pie la Gran Vía, estaba aquello en plenitud. Las amigas de Patri, todas mayores que yo, menos

María Celia; los del Colegio que dije, Ferrán y Gálvez, y otros que ya terminaran el bachillerato y algunos vinieron de Santiago. Ah, y los dos de Barahona, que son del «Insti» y bien nos habían gritado «cuervos» aquel día de la final, que yo los vi; también los dos Limias de Peniche, él y ella, donde fuimos Patri y yo alguna vez a comer y ella es boba; le pasa como al amor de Pancho, que es guapa y lo sabe, que es lo último. Las señoras estaban en la rotonda y para nosotros habían abierto todas las grandes correderas del bajo y quedaba muchísimo sitio entre el hall, el salón y la biblioteca, para estar y bailar; y el comedor para tomar algo, que estaba repleto de lo mejor. La llegada nuestra la celebraron mucho las chicas. Mamá me hizo llamar a mí para que me vieran aquellas señoras, algunas de las cuales me sabían de memoria ya. Fue el fastidio de siempre que hasta los ojos tenían que salir a relucir, que si eran los de mamá. Ésta, tampoco podía faltar, venga a decir: ¡Ay, Ignacio, qué facha, niño!, y estira de aquí y sacude de allá…

Nosotros llamamos a Patri a un lado para que viera los bombones que Pancho le traía, que eran de comer hasta decir basta. Luego le dije yo a Karin lo que queríamos; o sea merendar nosotros a gusto, y nos fuimos arriba y ella nos traía todo, y le ayudó la chacha. A Karin le hicimos reír hasta llorar contándole nuestras cosas. Estábamos allí como tres camaradas, y es que ella y él para mí lo más íntimo, sacando al Padre.

Cuando bajamos, todo el mundo bailaba, menos Mito y Nano que, como dos angelitos, se habían enzarzado en una partida de ajedrez, los dos contra papá. Cheché ponía los discos en el pick-up. Entonces vino lo fastidioso. A Karin en cuanto bajó, se la rifaban. Ella, sin hacer nada, siempre tiene un éxito loco. Patri con Juan Ángel y sólo de vez en cuando disimulando un poco con cualquiera. A María Celia se le había pegado uno de Medicina. Total, Pancho y yo ¿qué hacíamos? Pues van algunas mayores que yo y empeñadas en bailar conmigo; sobre todo la de Limia, que tenía diecisiete años y me habían dicho a mí en el Colegio que era una mujer fatal. Lo consiguió, claro. Y ya no me dejaba porque decía que jugábamos a ser novios por una tarde y otras bobadas así. Al principio bailábamos y nada; pero luego vino ello. ¡Fue horrible! ¡Ojalá me hubiera puesto malo aquel día!, decía yo después. Es que tenía ella una manera de bailar, que una cosa así, jamás la había visto yo. Luego fue una emoción que se me subía a las venas y sentí que me ponía algo colorado. Al fin ya eran nervios y unas ganas enormes de que terminara aquello. En cuanto pude, me escapé de allí y me subí.

Me entraba miedo de si habría hecho algo malo. Me cerré en el cuarto de baño, saqué la medalla de congregante y la besé muchas veces, diciéndole a la Virgen que por nada del mundo quería yo perder todo lo que reinaba en mí. Luego me fui tranquilizando algo, porque yo no tuve la culpa. No me atrevía a aparecer, por miedo a tener que verme otra vez en lo mismo. Me juré no

volver a bailar con ella, aunque tuviera que quedar como un cochero. Andaba yo por arriba dudando qué hacer, cuando venía Karin buscándome.

—Pero hombre, ¿qué haces por aquí solo?

Estaba extrañada, pero más todavía al oír lo que le dije:

—¿Me quieres hacer un favor? ¿Quieres bailar todo el tiempo conmigo?

Ella no lo podía entender aquello, por eso añadí:

—No te lo puedo explicar, pero tú me salvas a mí, ¿comprendes?

No preguntó nada. Es lo bueno que tiene.

Ya fue delicioso aquello. Yo pensé que si todas las chicas fueran como Karin, era tirado ser bueno. Lo vi a Pancho bailar con la de Limia, iba cocido el pobre. Le compadecí.

Desfiló todo el mundo. La de Limia, al darme la mano, dijo:

—¡Adiós criatura!…

¡La tía fresca!… ¡Qué se habría pensado de mí! ¡Vamos, que si no es por el sitio, que era mi casa, como quien dice, me hubiera oído!

Mientras estaban preparando la mesa, le estuve tomando el pelo a María Celia que, menos mal, Mito y Nano la libraron del mediquillo, que aún no había aprobado la Anatomía tan siquiera.

Se iba Juan Ángel, pues lo mandaba papá para la Escuela con el coche de casa. Patri, después de despedirlo, a Juan Ángel, me viene y me dice al oído: «¿Cómo te aprovechaste de Karin, eh?»; pero yo le largué una buena andanada: «Ya le diré a Juan Ángel lo fantástico que era el cinco». Salió corriendo de allí. ¡Qué sabría ella!

Cheché tuvo una carta de fraulein Martha que le venía con la felicitación para mamá. Había que ver cómo lo quería. Yo aún tenía dentro su poco de espina por lo de la tarde.

Por la noche fue una juerga con los que éramos. En un cuarto dormíamos Pancho en una cama y Cheché y yo en la otra. Como no teníamos pijamas, que no habíamos traído, nos dieron de Patri y Karin. Era para tirarse por el suelo de risa. Pero luego yo tardé en dormirme. Cheché ya estaba como un ángel, que no se mueve; todo lo contrario de Mito, que se atraviesa en la cama, porque él va como los árbitros, en diagonal, y no se hace vida. Volví a inquietarme.

Pensé en todas las veces que había bailado de veras en mis quince añotes; y días, no bailes, me salían nueve, sin contar con mamá; es decir, que ni uno por año. Y jamás me había pasado lo que aquel día. Vi que sería por cosas así

por lo que tanto se predicaba del baile y en contra siempre. Me dije que se lo tendría que contar al Padre, si no, no quedaba tranquilo. Cheché, en cambio, que lo sentía a mi lado como un pajarito, no bailaría nunca. A lo mejor le era una ventaja.

El segundo día de las fiestas estuvo muy bien. Sobre todo el circo; lo hubo por la tarde y fuimos con las niñas que hacían puente hasta el lunes.

Como era de suponer, había muchas chicas, lo que más colegialas, y para más, alguna de uniforme y todo. Y como era también de suponer, no faltaban acompañantes, poniendo una nota «destacada» en los paseos del Colegio, que estaban muy frecuentados… Me fastidió ver a muchos de Sexto, y peor aún algunos birrias de Quinto, ¡el curso de Mito y Nano!, acompañarlas en unos flirts (creo que se escribe así), ridículos y prematuros. Y encima se ponían colorados, como le pasó a Fernández, cuando al pasar a mi lado lo saludé, que menuda belleza llevaba a remolque, ¡hasta gorda era la pobre! Claro que para él ya le llegaba. ¡Qué asco!

El cine estuvo regular. Yo le dije a Pancho:

—¿Qué te pareció la de Limia bailando?

Él, que se define mucho mejor que yo, contestó:

—Si fuera yo su hermano, le rompía la cara.

Y estaba muy bien dicho.

Era domingo y San José. Yo quería comulgar, claro. Me fui a confesar y dije después de lo de siempre: «Bailé con una chica que bailaba mal sin yo querer». El padre Espiritual no comentó nada y yo comulgué tranquilo. Pero en la acción de gracias, me vino una cosa que no sabía si era escrúpulo. Yo había dicho que la chica bailaba mal, y me decía si él entendería lo que yo había querido decir. Otra vez a inquietarme; y para más, sobre si aquella comunión había sido buena. «¡Caray con la prójima —pensaba yo—, se podía haber quedado en casa!». Y también: «¡Para qué existirán las niñas, no dan más que quebraderos de cabeza!». Yo por culpa de los chicos jamás había tenido que preocuparme, y cuidado que andaba metido entre ellos hasta las cejas; pero ahí estaba Pancho, con lo que había pasado todo aquel trimestre; y ahora yo… ¡Y todo por ellas!

Se acercó el Padre para felicitar a Patri, que el otro día con mamá no se había dado cuenta de ella. Yo le presenté a María Celia.

—¿Hermana de Pancho? —dijo—. Entonces, María Celia, eres un ángel.

Vio nuestras caras de interrogación, y añadió:

—¡Pancho agotó toda la malicia de la familia!

Reímos todos.

—¿Y éste, Padre? —dijo Karin señalándome a mí.

—Éste, empatado con Pancho y todo el día juntos.

Aquí terció Patri, que ya llevaba demasiado callada:

—Entonces, Padre, no nos conviene tratar con ellos…

Tuvo él un buen golpe.

—No creas —dijo—, de tipos así solemos salir con frecuencia los jesuitas.

¡Menuda se armó!

—¡Ved, ved, la escuela jesuítica! —grité yo—. ¡El gancho!…

El Padre se fue riendo, porque lo llamaban a la Portería.

Por fin pude hablar con el Padre. Fue a la vuelta del partido. Al fin y al cabo, pensaba yo, él tendría que entender lo mío, porque bien que había bailado antes de ir para la Compañía.

Me escuchó muy atentamente. No me interrumpió ni una vez. Aún quedó un poco callado según terminé yo.

Luego habló:

—Estáte tranquilo y comulga sin miedo. Ya te hablaré despacio de esto.

Me hacía el efecto de que dudaba qué o cómo decirme. Sería seguro por lo que yo sabía de él, que hay que ver si se habían tratado mamá y él, y mamá contaba muchas cosas, aunque no tantas como podría, según descubrí más tarde.

Y después de aquellas fiestas, una semana como aquélla, te ponían los exámenes con tres días. ¡Mátate a estudiar! A Cheché lo veías y nada, como un señor; pero yo…; verdaderamente que había estudiado poco todo aquel trimestre. Lo único que tenía pasable eran las Matemáticas.

Por las noches me quedé a chapar todo lo que me dejaron y más. El mayor miedo lo tenía a Ciencias, y es que ese Padre, con su reconocida tontería, me había estado poniendo suspensos en todas las quincenas; y con lo que la nota media influía, poco me quedaba a mí que hacer. A Mito le tuve que explicar lo de la fórmula de Moivre. Había que ver lo que era estar pelado.

En clase nos distrajo el Padre un poco, hablando de cierta ironía de la vida: cuando todo nos es posible casi, no nos damos cuenta; y cuando caemos en la cuenta, a muchos casi todo les es imposible ya. «Un barco que zarpa —decía así—, tiene delante, en abanico, todos los puertos; pero cuando ya está llegando a uno, ha perdido la posibilidad de atracar en los demás; el

combustible es limitado; como lo son vuestras energías y vuestro tiempo. Necesitáis escoger bien: saber a dónde vais… y mantener en rumbo». Lo comentamos en la mesa. Pancho estaba emocionado. Jaime, yo creo que todo eso ya lo tenía pensado él. A Azufre era igual hablarle que no. Entonces decía que quería plantar en Sexto para irse con un tío que tiene en Córdoba y poder entrenarse a torear, que ahí sí se gana, decía él. Entonces lo que él tenía era vocación de ganar, no de torero; porque yo, escogía antes navegar sin sueldo, que vivir de rentas en Segovia. ¡Vaya que sí!

Una de aquellas noches, me llevó el Padre solo, por el frontón de abajo, casi a oscuras que estaba.

—Ya ves que no me olvido.

—¿De qué, Padre?

Uno de mis tantos despistes.

—De lo del bailar, hombre…

Me disculpé. Ya lo creo que me interesaba aquello.

—Sobre eso quisiera decirte algo que te valiera para siempre.

Paseábamos por la penumbra.

—No vamos a hacer castillos en el aire —siguió—; bailar has de bailar, pero no hay razón para que no puedas hacerlo con la conciencia limpia.

Titubeó un poco antes de continuar.

—Yo mismo…, bueno, ya lo sabes y ahora soy jesuita. Lo primero es distinguir de sitios, de modos… sobre todo de personas.

Me lo puso todo clarito. Él es como si cogiera un bisturí y fuera haciendo la disección hasta los últimos perfiles. Yo quedé tranquilísimo y me entró una alegría enorme. Es que no hay como saber bien las cosas. Lo que yo quiero es tener las ideas claras en todo.

Los exámenes fueron una catástrofe. Que yo iba mal preparado, eso ya lo reconocí aquí mismo; pero todavía se podía tener un poco de suerte. De lo único que no me quejé fue de Filosofía. Allí había que copiar de pura necesidad, y no sólo yo. Pues se presentó el padre Olmo, para reforzar la inspección, y nos dejaba operar, viendo así contrariados nuestros deseos altruistas de hacer una composición decentita. A bastantes los pescaron; pero mi felina habilidad triunfó esta vez de todos los obstáculos, que fueron muchos. No necesito poner aquí lo que se decía de peroné al salir a recreo. En fin, vale más no hablar de aquellos días desgraciados.

No quería yo saber nada de las notas, y hacía votos porque fueran a casa

cuando nosotros hubiéramos vuelto al Colegio, pues las vacaciones de Semana Santa son nada.

Apenas me despedí de nadie, porque era ridículo para tan pocos días. A Pancho buenas recomendaciones que le hice. Es que si volvía a recaer en lo de Terete, sería lo doble peor, pero me pareció que él estaba curado de aquello, porque la ridiculizaba. Así me fui tranquilo.

Cuando Falo frenó a la puerta de casa, en Marín, y entramos nosotros puertas adentro, fue sólo entrar, y la paz que había allí se cambió en una leonera. Mito se escabulló inmediatamente para casa de Nano, que no sé qué negocios se traían los dos. Yo estuve con Cheché oyendo los discos que había nuevos de compras hechas por mamá. Me interesó lo que más, una parte de El ocaso de los dioses, la Marcha fúnebre de Sigfrido, de Wagner, tocada por la orquesta de la Ópera de Berlín, con Karl Muck; superior. Cheché se sabía todas esas leyendas germanas y me contaba los cuentos de Wotan y cuando Hagen mata a Sigfrido por la espalda y luego se bate con Gunther. Había que oírlo a él contar así en confianza, porque su cara dejaba la pinta esa de bondad que tenía de ordinario y tomaba las expresiones de los dioses aquellos.

Después de cenar yo fingí que estaba cansadísimo. Todo fue para evitar preguntas. Gocé un poco en mi mesa y luego recé bastante para que las notas no aparecieran estando nosotros en casa.

ABRIL

Mi ilusión, que la había traído ya del Colegio, era ir a la mar; pero el tiempo venía lloviendo y frío.

No se podía ni insinuarlo. Ni siquiera podíamos sacar la moto de Cheché para que aprendiera a ir en ella, que ésa no se la podía tocar sin contar expresamente con papá.

Mamá me dijo que estaban en Marín los de Valcárcel, que estudian en La Coruña y en Navidades no habían aparecido. Ya sabía yo que la madre de ellos quería mucho que anduvieran conmigo. Lo que sentía era que el Grumete se hubiera ido ya, pero estaba en Muros con el tío Borrasca, y embarcaban otra vez pronto y no para cabotaje, sino para el bacalao; o sea que se irían al Gran Sol y más lejos.

Me vinieron a buscar los dos de Valcárcel, muy cariñosos. Me eché la gabardina y me fui al cine con ellos y otros del pueblo, como Rafa y tal. Del cine fuimos a dar unas vueltas. Parecía mentira lo distintos que eran los dos Valcárcel. El pequeño, Piti que le dicen, era como del Colegio y de mi edad.

Pero el mayor, Jorge, daba asco; había que ver cómo hablaba, y se atrevía a todo. Yo lo califiqué de la pandilla de Fontela y peor. A mí de las cosas que contó en aquel paseo, ya me vino intranquilidad. Hay que tener en cuenta que yo desde Ejercicios, sacando lo de la Limia, por lo que toca a la parte espiritual, andaba en buena vela; quiero decir que estaba en forma.

Por la noche tuve que pasar con papá al despacho. Como me repugna mentirle a papá, reconocí todo. O sea que le vine a decir que había trabajado poco. De todos modos, dudo que él se diera cuenta entonces de lo pequeño que era aquel poco. Yo, eso sí, le aseguraba que la palabra se la cumplía y que el curso se lo sacaba limpio.

Al ir a comulgar, me vi con Piti, lo que me encantó. Su hermano, ni hablar, claro. Era desesperante ver llover de aquel modo tan bien administrado, que el agua caía poco a poco, pero nunca se terminaba. La mañana, en vista de ello, pasé por la Escuela, llevando conmigo a Cheché y saludamos al director. Nos metimos por todas las puertas que encontramos abiertas, que eran muchas. El mayor rato lo pasamos en la sala de Artillería, apuntando los cañones; los hay de todas clases y tamaños. A mí el armamento siempre me hizo una ilusión bárbara. Me sentaba en un antiaéreo y Cheché era la dirección de tiro, y yo apuntaba rápidamente a donde él me mandaba. Aquello sí que eran juguetes. Luego tuvimos que irnos, porque lo iban a ocupar los alumnos. Vimos a Juan Ángel y quedó de venir a casa a tomar el café con nosotros… si podía. También saludé a muchos conocidos, que nos decían: «¡Qué hay, Polillas!», porque así nos llaman en la Escuela.

Tomó café en casa Juan Ángel; y por fin lo pude llevar a mi cuarto, que era lo que yo quería.

Él no sabía lo que yo conocía de él y Patri; por eso no me preguntaba nada, supongo. Lo que vi es que me miraba mucho, mientras hablábamos de cosas indiferentes, y en una de éstas, dijo:

—Tienes la boca clavada a Patri, Nacho.

¡Hay que ver cómo se venden estos mayores!

—¿Patri?… Es lo más estúpido que hay.

Lo dije con intención; y él contestó:

—¡Hombre, no tanto!

—Sí, Juan Ángel, sí. Es inaguantable, y además muy coqueta —figuraos si le tiraba yo con bala.

Lo de coqueta se lo dije porque es palabra que le tenía oído mucho a mamá, refiriéndose a la señora del Jefe de Estudios. Luego le seguía yo pinchando a Patri y él se revolvía entre disimular y defenderla.

Cuando me cansé de aquel juego, me tiré a fondo. Me incliné sobre su butaca para decirle sin más:

—Tú, Juan Ángel, quieres a Patri, ¿verdad?

—¡Chico —sonrió—, tienes una manera de torpedear!

—¡Dímelo, Juan Ángel! ¡Te doy palabra de que seré una tumba!

Se levantó él y dio unos pasos por la habitación la mar de serio, que casi me arrepentí yo de haber hablado.

De pronto se me cuadró delante, se me inclinó sujetándome por los hombros, y dijo con una firmeza tremenda:

—Pues sí, la quiero. Pero la quiero de verdad. Tú esto no lo puedes entender aún del todo. La quiero quizá más que a mis mismos padres —qué bárbaro, pensé yo—. La quiero, desde luego, más que a mi carrera… Te lo digo, Ignacio, porque me fío de ti, pues nadie lo sabe fuera de ella. Cuando tengas cuatro años más, me entenderás. Adiós, Ignacio.

Se dio media vuelta para marchar como si saliera huyendo, pero aún se volvió desde la puerta para decirme:

—Es un secreto lo que te acabo de decir: ¡No lo olvides!

Me quedé yo de una pieza. Lo de los padres podía ser una frase romántica, pero lo de la carrera a mí me impresionó. No veía yo qué podía tener una mujer para separar a un marino de la mar, y menos Patri. Eso sí, Juan Ángel me encantaba a mí para ella, aunque le llevaba cuatro añitos. Entonces se casarían dentro de tres años escasos. Bueno iba a estar aquello, Patri casada. Me daba la risa. Yo el secreto de ellos, que ya se lo había sacado a los dos, lo guardaría por encima de todo.

En el paseo, que al cine ya no fuimos por los días que eran, Jorge empezó a sacar lo que se dice conversaciones feas. Yo a ponerme nervioso; es que estaba violentísimo. Eché mano al bolsillo y cogí la medalla de la Virgen. Me estaba dando cada vez más rabia. Luego, como el tío no se acababa de callar, le dije que si no sabía hablar de otras cosas, y que no lo consentía delante de mí que dijera lo que decía. Él me llamó jesuita y otros nombres así, riéndose de mí, y que yo era todavía ropa tendida. ¡Qué me digan a mí lo que hay que hacer en un caso así! Pedí fuerzas a la Virgen, y soltando la medalla, le disparé el puño a la pura boca del estómago. No hace falta describir nada. Como él me lleva dos años, me vi en el suelo. Nos separaron. Piti, muy solícito, me sacudía el polvo de la gabardina, pero era barro lo que tenía; de todos modos, se lo agradecí. Antes de que me fuera de allí, ya se había arremolinado la gente y ya se sabía que se habría de enterar todo el mundo. En la cena hubo escándalo. Mamá se molestó muchísimo con doña María, que es la mamá de los

Valcárcel. ¡Qué se enterase doña María de la joya que tenía en casa! Yo no quise decir el motivo de la pelea, porque equivalía a chivarse, ya que Jorge se la cargaba si se enteraba su madre. De todos modos estaba contento por dentro y debía notárseme, lo que a mamá le desconcertaba. Era que, al fin y al cabo, la Virgen tenía que ver que esta vez había obrado bien.

Fui a la Escuela y pude estar un momento con Juan Ángel. Lo encontré en el Casino de Alumnos. Papá no quiere que yo entre, pero me colé allí. Está formidable aquello. A mí me gusta ir, por el ambiente marinero que se respira. Él estuvo cariñosísimo conmigo. Le dije yo que Patri era, al fin y al cabo, como mi hermana y que yo la quería aunque había que ver también la guerra que me daba; a ver si él la controlaba. Él se reía. Yo le dije abiertamente que a mí, él era como el ideal para Patri. Quedamos íntimos. Más que nunca. Juan Ángel es como Nano, o éste como él: alegres, aventureros; pero él fue Prefecto de la Congregación en el Colegio, y en la Escuela tenía el número 1 en su Brigada y había que oír a papá hablar de él. Entonces tenía el proyecto de ir a Vigo casi todos los días.

No sé si papá llegaría a sospechar por qué fuera el lío que había tenido con Jorge. Lo cierto es que no me riñó nada por aquello. Yo se lo hubiera dicho: me hubiera gustado. Pero no sé qué me pasa con papá en ciertas materias. Él no se mete; sólo da ideas generales y habla de dominar la marejada, de hacer buena proa a la mar, etcétera, cosa que yo se la agradezco, porque con el Padre hablo de cualquier cosa, y si tengo duda de una palabra, o de lo que se oye, pues se la pregunto. En cambio con papá, no lo sé explicar, pero es distinto.

Estábamos cenando y papá dio la noticia bomba. Cuidado que había yo andado detrás de comprar un barco nuevo, porque los había con características mucho mejores que las del Anduriña II nuestro y, claro, luego ibas a las regatas a verles la popa a ellos. Yo aquello lo había dejado ya por imposible, lo de comprar. Bueno, pues ahora que nadie pensaba en semejante sueño, va papá y dice:

—Cuando volváis del Colegio, tendremos un snipe nuevecito.

—¿Tendremos qué? —dije yo, que ya me había puesto de pie.

—Primero siéntate y domínate; ya os lo diré después del postre.

Estoy seguro de que lo iba a haber dicho y se volvió atrás por mi culpa. Yo cenaba igual que si tuviera corriente en la silla, que no podía parar quieto. Papá, como si nada, hablaba con mamá de cosas tan interesantes como la boda, que iba a ser, de un proto de la Escuela, el que daba Teoría del Buque. Yo me desesperaba de impaciencia.

Ya habíamos terminado y papá seguía impertérrito hablando con mamá. Tuve buen cuidado de no interrumpir ni decir nada, no fuera que lo dejara

entonces para el día siguiente. Papá, por fin, y muy cariñoso, se volvió a mí:

—Qué, ¿ya vale?…

—Hombre, papá —dije yo sonriendo—, ¿ya está bien, no?

Él gozaba.

—Pues se trata de lo siguiente: mientras tú me dabas la lata con lo de comprar otro balandro y yo aparentaba no hacerte caso, fui haciendo mis gestiones en Portugal, por medio de un amigo de allí. Lo cierto es que en Oporto están terminándonos un snipe a la última. Ya sabéis que ellos en esta clase de embarcaciones sacan unidades de primera, como se vio estos últimos años en La Coruña y Vigo; así que para el verano tendremos aquí el mejor barco de esta ría, con posibilidad de competir con cualquiera de las rías vecinas, sin que la pericia del patrón se vea limitada por las condiciones del balandro. Luego ya no habrá disculpa…

Me miraba sonriendo casi acusadoramente. Era verdad que yo al perder en La Coruña había hablado mucho de las ventajas de los portugueses por las velas, por el aparejo todo y el barniz que usaban ellos.

Le hice a papá preguntas infinitas sobre detalles muy interesantes. Me dijo que el casco sería todo encina y teca, y el mástil abeto noruego. El aparejo, flexible, que gana mucho, y todas las medidas reglamentarias para la clase snipe internacional; de peso, poco más de doscientos kilos, o sea lo mínimo.

Aquello era un verdadero sueño y yo me veía ya ganando regatas allí, en Vigo y en La Coruña. Entonces dijo papá:

—¿Y para quién va a ser de los tres?

No sospeché yo a dónde iba con una salida así. Yo, como mayor, sería quien lo patronease. Además, tenía más experiencia y Mito quería ser ingeniero; luego no había podido dudar un momento. Digo de Mito, porque Cheché, ya se entendía que era distinto. Como papá vio las caras, que la mía seria de sorpresa y la de Mito de avaricia, así me lo pareció, dio la sentencia que ya debía de traer pensada:

—El que saque mejores notas finales de los tres, será dueño y patrón.

Entonces Cheché ganaba.

—El siguiente será segundo y a las órdenes del primero. El último no tendrá parte alguna.

¡Ahí le dolía! En el segundo, porque Cheché se lo dejaría todo en las manos. Entonces la lucha era entre Mito y yo. Allí mismo me juré que no me lo dejaba pisar. Además, Cheché y Mito, ¿cómo iban a ir juntos? Era imposible, porque, a navegar, Cheché toda la vida había salido conmigo.

Tenía yo una ilusión lo que se dice loca.

Mito, ya en cama, dijo:

—¡Te ganaré, Ignacio!

—¡Me extraña, chaval! —contesté, seguro de mí mismo.

Tuve una sorpresa por lo inesperada. Había ido a la dársena, a ver por allí, y por si levantaba el tiempo. Pues viene Nano corriendo y me avisa que el padre Rojo, uno que fuera inspector mío, cuando hacía yo Segundo en el Colegio, estaba en casa y quería verme. Mito, que había sido gran enchufado suyo, estaba con él mientras Nano me buscaba. Ahora el padre Rojo ese estaba en Santiago y venía a predicar a un pueblo cerca. Tiramos para casa y yo muchas ganas no tenía, la verdad. La cosa era que cuando él estaba en el Colegio habíamos hablado mucho de que yo sería misionero, que entonces a mí me lo parecía, y él se lo tenía tragado. En casa estaba con él Mito, como dije. Estaban arriba. Ya mamá, al verme, empezó con que si tenía que peinarme, una lata. Hubo muchas exclamaciones cuando me vio, sobre todo por lo alto que estaba yo. (Ya está uno harto de oír eso). Yo lo que no quería era quedar solo con él; no por nada, sino para que no me preguntase algo de aquello que dije. Hubo que ir a ver la Escuela. A la puerta de la clase de Tiro Naval vimos que no había llave, como de costumbre. Mito se fue a buscarla, y Nano, que no se han de separar, se fue corriendo detrás de él. Así quedamos el Padre y yo, frente a frente, en la escalera de mármol, que no había un alma por allí.

Hablábamos, ya se veía de compromiso. Él vino a decir que dónde estaba aquel Ignacio de antes, porque me notaba muy cambiado. Yo estuve por contestarle que estaría en casa. No sé si se imaginaba que, después de cuatro años, se iba a encontrar con aquel imberbe que había conocido en otros tiempos. Yo, que me molestó aquello, dije que pensaba ser marino, para viajar por todos los puertos del mundo y gozar de la vida. No era cierto, pero se lo dije para espabilarlo un poco, con lo coitadiño que es.

Al fin pudimos ver la clase de Tiro, que es lo que más me gusta a mí de toda la Escuela. Me senté en la mesa móvil para explicarle al padre Rojo lo que sé, de haber visto a los alumnos operar allí. Luego el «teatro de piques», por donde se ven mover los barcos en silueta, que hasta cambian de rumbo y todo, para despistar al que dirige el tiro. En medio de aquello, ya se me pasó lo violento de antes y estuve amable con el Padre. Por dentro, yo sólo soñaba en ser especialista.

Miércoles Santo. ¡Buen tiempo! Desde que lo vi, que fue nada más irme a la ducha, ya me entró la obsesión de que tenía que navegar.

Esperé a que el sol se levantara más. Mientras, bajé con Juan Ángel al

trolebús, que se iba a Vigo. Estaba emocionado. Se acordaba uno de cómo andaba Pancho cuando lo suyo, porque era igual; sólo que Juan Ángel es mayor.

Cuando volví a casa, la cogí a mamá por banda. Tuve que emplearme a fondo.

—¡Mamasiña!… —le decía yo, echándole los brazos al cuello.

Pero ella se obstinaba:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Que no puede ser, Nacho!

—Pero mamá, me quitas lo mejor de las vacaciones…

Fijarse qué salida:

—Ah, ¿y el estar conmigo?

Qué paciencia hay que tener.

—Hombre, mamá, tú eres lo que más extraña uno en el Colegio —no era así del todo cierto—, pero si estoy todo el día contigo, ¿a que te estorbo?, ¿a que sí?

Por fin se lo saqué. Y conste que sacarlo para que Cheché viniera conmigo fue otra batalla. Pero ella ya vería que el pobre se tenía que apolillar en casa si no lo sacábamos.

Nos hizo vestir acorazados, que ni que fuéramos al Gran Sol también nosotros; porque íbamos completamente vestidos y encima un mono de esos de entrenamiento, que tenemos para ir a la playa, y aun un jersey azul de cuello alto. Ya lo dije yo, que Cheché parecía una morcillita. Cuando nos acabábamos de vestir, llegaron Mito y Nano. Allí se vio la debilidad de mamá, porque cedió en seguida. Claro, al niño de mi hermano se le antojó salir en cuanto nos vio a nosotros.

Fuimos a la dársena y a Cheché me lo llevaba a caballo. Ya había avisado a Falo y un marinero nos tenía preparado todo. Pasamos a bordo con un bote y nos dispusimos para zarpar, antes de que vinieran Mito y Nano, que cogían algún balandro de la Escuela. Yo tenía mi plan. Al Anduriña II le conocía yo la maniobra dormido. Izamos con brisa muy floja del SO., y, antes de salir de la dársena, ya vimos a Mito y Nano corriendo por el muelle.

Andábamos lo que podíamos, dado lo escaso del viento, y casi empopados. Yo me desesperaba, porque saldrían ellos y vendrían detrás de nosotros.

No estábamos nada lejos, cuando ya los teníamos sobre la estela. Traían el Aldebarán, que para mi gusto es el mejor de la Escuela. Ya sabía yo que no nos dejarían.

Yo, navegando, gozo. Entonces lo de las notas me parecía una pequeñez; se entiende la llegada a casa de ellas. Y las bobadas de Jorge y los malos pensamientos, como si no existieran.

Entramos por barlovento de la isla de Tambo, y, con una virada, nos desenfilamos del Aldebarán. Allí fondeé, sin atracar a tierra. Era mi plan.

—Mira, Cheché —dije—, yo quiero bañarme aquí.

Metió él una mano en el agua.

—¡Si está helada, Nacho!…

—No, tú no te bañas, yo solo.

Cheché me miraba, jugando aún con la mano en el agua.

¿Y si te da algo?

—Va —contesté con el jersey ya fuera—, me sacas tú.

Salió de mi bolsillo un bikini, que tengo yo para estas ocasiones y te cabe en un puño. Rápidamente me fui desenfundando y en un momento estaba ya al aire en condiciones. Me puse a proa, a hacer sobre cubierta un poco de gimnasia. No había tomado el sol en todo el invierno, claro, pero aún se me notaban las marcas del traje de baño porque en el verano nos tostamos como senegaleses.

En aquel momento aparecieron, doblando la isla, Mito y Nano, que quedaron como bobos al verme a mí. Chivar, ya sabía yo que no lo harían.

—¿Cómo no avisaste? —dijo Mito, todo exigente.

—Está fría para vosotros.

Ellos no habían traído bañador.

—Pues nos bañamos lo mismo.

Mito era muy capaz de hacerlo, aunque fuera desnudo, con lo carota que es. Pero ya le avisé que no se lo consentía. ¡Lo ahogaba, vamos!

Entonces me tiré yo por proa. Bueno; hay cosas que no son para explicarlas. Era frío hasta dolerte sobre todo los pies y las manos, que lo demás ni sentías si era tuyo. Ellos me gritaban:

—¿Qué tal está?

Yo ni contestaba. Es que no podía ni respirar. ¡Qué frigorífica! Con un par de brazadas, me puse a popa y subí por el timón. Luego dije, como siempre, que estaba buena; pero, sí, sí; buena para beber, pensaba yo.

Me daban los dientes como castañuelas, y Cheché decía: «Mira, se te pone

carne de gallina». Era verdad. Como no tenía toalla, él me empezó a frotar enérgicamente con la camiseta, porque me había quedado como la nieve. A todo esto se hacía tarde y teníamos que darnos prisa. Mientras me vestía yo, Cheché cogió la escota y la caña y salimos por donde habíamos venido. Ya vi en seguida que íbamos a tardar demasiado con el viento, que lo teníamos a fil de roda y además tan flojo. Terminé aprisa de frotarme, y toda la ropa que mamá me había hecho meter, y a mí me parecía exageración, entonces la agradecí. Tuvimos que puntear no sé cuánto. Era desesperante que te veías así, delante de la Escuela, y el reloj corriendo, y no acababas de entrar. Cuando llegamos a casa, que eran cerca de las tres, mamá esperaba a la puerta y nos mandó ir flechados a ponernos bien. Papá estaba incomodado.

Fuimos con papá y mamá a visitar los Monumentos, y por la noche, sin Cheché, a la procesión del «Encuentro», que era una marea de gente. Mamá estaba preciosísima, de mantilla, porque el pelo le lucía bárbaro; era como una Virgen rubia, que nunca la he visto. Yo iba del brazo de ella.

El Viernes había que ver lo tristísimo que estaba todo. Era como para irse a fondear al medio de la ría y tumbarse allí, en cubierta, a ver correr las nubes. Pero ni eso, ni salir con Cheché a la carretera a rodar un poco, ni nada.

La desgracia fue en la mesa, porque había abstinencia, aunque no era razón para aquello.

Trajeron un arroz que me dio sospecha. Yo fui el que lanzó la voz de alarma. Al segundo bocado, exclamé con indignación:

—¡Bacalao!

Mito botó en la silla como si lo hubieran pinchado. Ya se sabía en casa que Mito y yo no pasábamos por el bacalao. De memoria tenía que conocer eso mamá; pero como allí la cocinera ponía lo que quería, porque mamá ocuparse de esas cosas era soñar, así pasaba luego lo que pasaba.

Yo, resueltamente, una vez que pronuncié el nombre acusador, aparté el plato de delante de mí, echándome hacia atrás bien significativamente. Entonces va mamá y dice:

—Si no hay… —y revolvía el arroz.

—Perdona, mamá —dije—, pero pongo la cabeza. ¡Bata oler!

Papá, que estaba molesto con todo aquello, interrumpió nuestro forcejeo.

—¿Hasta cuándo vamos a andar con niñerías?

Aquí saltó Mito, triunfal:

—¡Mira, mira, si hay! —y levantaba en alto el tenedor con una pizca del dichoso pez estropajoso.

—¡Tú cállate, mico! —increpó papá.

Yo salí por Mito, diciendo con toda mi alma:

—¡Yo no lo como!

—Bueno, que os pongan otra cosa —dijo mamá, conciliadora.

—¡No, Patricia! ¡Hay que acabar con estos caprichitos!

Papá se obstinaba, pero yo sabía su punto flaco.

—¡Tampoco tú comes calamares!

Y era verdad que nunca los comía y le ponían pescado blanco, pero él se incomodó:

—¡Esto ya es el colmo! Tú te vas ahora mismo a tu cuarto. ¡No te quiero ver delante!

Me fui. Desde luego que no comí el arroz. Tampoco me subieron otra cosa, o sea que me quedé sin comer, pero lo prefería.

Cuando terminaron abajo, vino mamá con mimos. Yo dije lo que quise allí con ella, porque con mamá hablas lo que quieras. Luego vino Cheché a decirme que de parte de papá no saliera en toda la tarde. Entonces aquello era un arresto permanente. Y eso que no se sabía nada de las notas, que tenían que estar ya de arribada por poca vela que trajeran.

La tarde se me hacía infinita y no venía nadie. Decidí a la Escuela, cosa que mamá no quería por miedo a lo que diría papá; pero yo no iba a zafarme del castigo, porque me pensaba meter en la «boca del lobo», como lo hice. Le dije a mamá:

—Voy al despacho de papá. Si me echa, me vuelvo.

Ella dijo que sí.

—¡Adelante! —se le oyó al llamar yo.

Desde luego que no me esperaba, por la cara de sorpresa que puso.

—Si te da igual —le dije—, prefiero estar arrestado aquí que en casa.

Me miró detenidamente y sentenció:

—Puedes quedarte.

Era lo que yo quería, porque allí hay libros estupendos. Él se hundió entre sus papeles, que iba a publicar no sé qué sobre táctica.

Revolviendo en los estantes, que no hablábamos nada, encontré los programas oficiales para patrón. Tomé el de Patrón de Bajura. Yo estaba en condiciones de tener ese título; por lo menos saber, sabía yo bastante más de lo

que allí se pedía.

—Papá —pregunté—, ¿podía yo sacar el título de Patrón de Bajura?

Él, sin levantar la cabeza, dijo sólo:

—Mira la edad.

Era de veintiún años la mínima.

—Pero yo sé todo esto. Si no, pregunta, ya verás.

—No me distraigas —y seguía escribiendo.

Seguí viendo aquello. Me encantaría tener ese título, que puedes mandar barcos hasta de siete toneladas y salir a dos horas, a motor, del puerto, sin perder de vista la costa. El programa de patrón de embarcación de recreo era sin comparación mucho más fuerte, pero creo que lo sabía todo, fuera de lo de las correcciones de la aguja, porque lo de la maniobra, que era la mayoría, me lo sabía, como el Padrenuestro.

Luego veía yo libros estupendos de siluetas de buques, cuando dijo papá:

—Quédate hasta que vuelva. No tardaré.

Me vi solo y lo primero que hice fue sentarme en el sillón de él tras la mesa. Era bárbaro aquello. Ya me veía yo capitán de fragata, que hasta me parecía llevar las cocas en las mangas. Venía un guardiamarina muy tieso y yo lo tenía firme, delante de la mesa, mientras empezaba el rollo. No sé cuánto tiempo llevaba así, cuando llamaron a la puerta, pero de veras. Yo dije casi en mi papel de sueños:

—¡Pase!

Se abrió la puerta sí, pero no entró un alumno. Entró el director. El que se cuadró todo tieso fui yo.

—Hombre… hombre… vaya un Segundo más joven que tengo…

—No, señor; todavía no.

Volvió Juan Ángel de Vigo, y avisó que al día siguiente venían ellas a casa a comer. Me entró una alegría descomunal.

Llegaron a eso de las once y con un día que hacía de Resurrección, que no se podía pedir más. Yo hubiera querido salir a vela, pues había un oeste fresquete, pero ellas no traían ropa a propósito y Juan Ángel dijo que no.

Dimos una vuelta los cuatro por Marín, y Patri nos mataba de risa. Juan Ángel nos convidó a tomar algo, y yo a Karin le hice tomar cerveza.

—Si no tomas —le dije—, no eres alemana, sino de Redondela, o así.

Ella contraatacó diciendo que si tomaba vermut, que era francés. Así tomé yo una manzanilla, que no me gustó.

Al volver hacia casa, hice por quedarme atrás con Karin. No por nada, de veras, sino por Juan Ángel. Me dijo lo de la carta, que querían llevarla sus tíos a Alemania, pero que a lo más sería vivir aquí y allí, porque tío Ignacio no lo consentía. Yo, en verdad, prefería que se hubieran muerto todos los de Alemania, los de la familia, digo. No los necesitaba ella para nada. Además, ya era más nuestra que de nadie. Se lo dije.

—¡No seas bruto, hombre! —repuso ella—. Yo siempre seré hermana de Patri y vuestra, y no hace falta matar a nadie para eso.

—¡Sí! —dije—, ¡y para qué me sirve a mí una hermana en Alemania!

Pensaba yo por qué nosotros éramos tres chicos. Por ejemplo, en vez de Guillermo podría haber sido una niña. Entonces se llamaría Guillermina. ¡Horrible!

En la comida, papá tuvo un detalle fantástico, que ahí se ve lo que es él. A Patri le encantan los calamares y pusieron. Para papá, como ya lo tengo dicho, había merluza. Bueno, pues cuando llegó el momento, él, con la mayor naturalidad y según hablaba, va y se sirve calamares… Nadie dijo nada, pero yo lo vi muy bien; y yo sabía que en su vida los había podido tragar, pues tenla oído que hasta náuseas le daban. Me dio ira contra mí mismo, porque era por mi culpa aquello; eso ya se veía. Quería yo gritar, decirle que no hiciera caso… pero no me atreví. Él hablaba mucho, para disimular seguramente, y de vez en cuando se llevaba el tenedor a la boca, sin mirar, que me fijé bien. Luego que terminó todo, al salir del comedor, yo fui y me cogí de su brazo.

—¡Papá! —dije empinándome—, ¡desde hoy comeré bacalao aunque reviente!

Me acarició sin decir nada.

Aquello fue lo que se dice un día desgraciado. Empezamos por el «sistema métrico», como dice Mito. Es manía de papá, y todos los años dos veces; una al final del verano, y otra entonces. Es el día de pesas y medidas, o sea del reconocimiento médico. Es fastidiosísimo. Como ya se sabe que no hay remedio, se arma uno de paciencia y va como un corderito. ¡Hay que ver lo que es aquello! Fuimos al hospital de la Escuela. Primero vino la vista, que les vi todo, y más atrás de lo que ellos querían. Luego los dientes, como cuando se lleva un burro a vender, o para ver la edad. Luego me hicieron desnudar y venga de pesar y medir y auscultar. Esto último, tan atentamente, que ni que sonara música dentro. Por fin los «rayos»… Todo ello, como si no sintiera yo de sobra si estaba bien. Medí 1,64. Pesé 51. De pecho, 0,75. Sólo me faltaba saber la densidad y el peso atómico. Lo que me alegré fue que ya daba en todo

las medidas que piden para el ingreso en la Escuela, que en altura ya me sobraba.

Pero lo malo no fue el reconocimiento, no. Lo malo estaba en casa. Se va a ver.

Jugué un poco al tenis con Nano. Mientras, Mito estaba en el hospital. Ya era tarde cuando íbamos para casa raqueta en mano. Tan tranquilo estaba, que hasta iba silbando, lo recuerdo. En la puerta de casa, pero en la de fuera, estaba papá. Yo, sólo verlo, lo comprendí todo. ¡Las notas! ¡Fue mi ruina aquello! Eran cuatro los suspensos que me habían arreado, o sea uno más que en Navidad; pero en Navidad aún no tenía yo ningún compromiso. Yo quería que me tragase la tierra. Estaba allí delante de papá, que me envolvía todo con una mirada de reproche hasta hacerme daño. No me pegó. No me castigó. Guardó un rato de silencio. Luego dijo:

—Has defraudado a tu padre. Me has engañado con una palabra que clama al cielo ante estas notas…

Hablaba con un tono concentrado, intenso, como de ira medio amordazada. La cara no se la veía porque no me atrevía a levantar los ojos.

—Desde que eras un nene, vengo poniendo lo mejor de mí mismo en tu educación; camino a tu lado brindándote el mejor ejemplo de que soy capaz; me esfuerzo en inculcarte nobleza de alma, honradez, honor…

Esa voz suya, templada y llena, se iba levantando.

—… te rodeo de todo lo que puede desear un muchacho de tu edad; me domino ante tus estupideces de crío; te razono cuidadosamente todo lo que te exijo.

Cortó en seco, que ya gritaba, y arrojando el boletín que cayó a mis pies, concluyó:

—¡Y ésta es tu respuesta!, ¿no?

Las pausas me mataban también, porque, ¿qué iba a decir yo?

—Estás a tiempo de pensarlo. Si crees que por ahí vas a alcanzar el ingreso en la Escuela —hablaba ahora como a latigazos—, vete desengañándote. Y si se te ocurre que mi nombre te va a valer para entrar en el Cuerpo General, sin merecerlo, sábete que me insultas con sólo imaginarlo.

Esto ya me dolía a mí en medio del alma, y aunque me mordía desesperadamente los labios, la cara me quería estallar de lágrimas. Aún dijo:

—No, no estás tú cuajando en la clase de hombres que necesitamos en la Armada. Y si tengo que quererte como hijo, puedo despreciarte como aspirante.

Dio media vuelta y se alejó con paso enérgico. Nunca en mi vida me había visto yo tan hecho polvo. Fui corriendo a mi cuarto porque los ojos se me iban en agua. ¡Qué bárbaro! Claro que entonces no conocía otras tragedias que tiene la vida, pero aquello me dolió en lo más vivo.

No bajé a comer, ni se preocupó nadie de venir por allí mientras papá estuvo en casa. Yo le daba vueltas a todo lo que había dicho él hasta grabar en la memoria cada palabra. Las últimas frases, las que había dicho sobre la carrera, me dolían como banderillas de fuego. También me revolvía contra los Padres que me habían suspendido, y luego contra mí mismo, que había vivido alegremente aquel trimestre. No sé, era una desesperación.

Papá tenía que estar incomodísimo cuando nadie subía; pero lo que yo es tampoco tenía ganas de ver a nadie. Después que rabié lo que quise contra todo bicho viviente, no sé cómo, me quedé dormido. Eso fue hasta sentir golpes en la puerta, y era mamá la que llamaba. A ella ya sabía yo que no le habrían importado las notas, pero no quise responder. Luego fue ir pasando tiempo y yo me quedaba triste, allí tirado sobre la cama, como si todo se me hubiera hundido, que llegué a pensar si papá vendería el barco nuevo. Estaba cansadísimo de haber llorado, de rabiar, de todo. Ya sólo me quedaba tristeza. Entonces volvieron a llamar:

—¡Abre, filliño!

La chacha habla en gallego en tales ocasiones.

—¡Abrell'a chacha, santiño d'o ceo! ¡Ay, qué diantre d'home!

Con el murriazo enorme que yo tenía encima, ya fui y abrí. Me da vergüenza decirlo: Me dejé acariciar y mimar. Retrocedí unos cuantos años, es verdad, y hasta escondí la cabeza en el regazo de ella, como cuando era pequeño. Sentí vagamente lo indigno de aquella situación (¡si me viera Azufre!), pero era tan dulce ceder a la tentación de que le consolaran a uno…

Dijo ella entonces que yo tenía que merendar fuerte y que me iba a subir cosas. Así que ella salía, ya entró mamá. Yo estaba para aquélla más suave que gamuza. Ella, muy cariñosa, me acarició y luego me servía sin decir nada. Yo, eso sí, hambre la tenía buena. Al fin mamá me dio una carta sin abrir, lo cual era ya un avance. ¡La carta era del Padre! La pongo aquí.

Mi querido Nacho:

Espero que esta carta te llegue pisando los talones a las notas. De eso se trata. Ya me imagino cómo estarás cuando te entreguen estas líneas. Hay un peligro para mí… es el de caer en la tentación de consolarte. Sería una traición a lo que te debo como educador que he sido escogido por tus padres y desde luego aceptado por ti.

Voy a tu lado por la vida y te has acostumbrado a echar mano de mí en los momentos difíciles; pero si de veras he de ser algo para ti, tendrá que ser a base de sinceridad, y aun de cierta dureza viril, a tono con tus posibilidades de muchacho.

En conjunto, las notas son merecidas. Dan exactamente la respuesta a tu esfuerzo escolar. Esto debo decírtelo y espero que tengas la honradez de reconocerlo. Eso es, precisamente, lo que aún te puede salvar ante los ojos de quien te juzgue. No caigas en la vulgaridad de culpar a los profesores. Eso no es para ti. Encaja el golpe y ven dispuesto a cumplir, a pesar de todo, la palabra que diste y que aún se puede sostener. Tampoco te hagas el mártir; ni mucho menos vayas a consolarte haciendo escenas a tu madre.

A la hora de volver, no te cubras prometiendo utopías. Tu padre, reconócelo, tiene derecho a esperar realidades, y tú… tienes energía suficiente para ofrecérselas.

En fin, Nacho, ya sabes que cuentas con mi confianza. A poco que tú lo quieras de verdad, también me atrevo a comprometerme yo acerca del feliz éxito final de tu curso.

Mis recuerdos para toda la casa. Con el cariño de quien espera de ti UN HOMBRE,

LUIS, S. J.

Esto lo leí del primer tirón hasta tres veces. No sé qué tienen las cartas del Padre; ya el verano anterior lo había notado. Sólo su firma, me anima. Aquella carta y en aquel momento, fue como a uno que se ahoga y le hacen la respiración artificial. Leyendo sus líneas, sentía yo cómo lo quería al Padre. No me puse a saltar, claro, pero me volvió un poco el equilibrio, que papá, no digo que sin razón, me lo había quitado.

Yo, con lo que sé que mamá estima al Padre, bajé a buscarla, que estaba despidiendo a una señora y le dije:

—Mamá, ¿quieres leer esto? —y le alargaba la carta.

—No, guapo —contestó—, eso es cosa tuya.

Era una delicadeza de ella contestar así.

—Pero es que yo quiero que la leas tú, es del padre Urcola…

—Encantada, trae.

Se sentó a leer y yo la observaba cómo se emocionaba. Al devolvérmela, decía:

—¡Qué Luis!…

—¿Verdad que está bien, mamá?

—¡Si lo hubieras conocido!…

Ella iba por otro lado que yo, y así me sugirió aquella pregunta:

—Oye, mamá… ¿bailabas mucho con él?

—No te das idea. Ya había rumores de que se iba jesuita y me decía a mí Lolina, la de Altube, ¿no sabes?: «Parece mentira, si es el que más se divierte…».

Y me contó episodios estupendos de aquella época. Yo no podía adivinar entonces lo que se callaba, claro. Me hizo prometer no contarle nada al Padre y se me quedó con la carta para enseñársela a papá.

Yo en la carta no quedaba muy bien, pero lo de que el Padre tenía confianza en mí, era lo que yo quería que se viera en casa. Papá sobre todo.

Papá aún comió serio. Claro que también estaba Mito con lo suyo, que eran dos «cates», aunque estoy seguro de que a él no le dijo papá ni lo medio que a mí.

Cuando lo fui a besar, para irnos, comentó dándome la carta del Padre:

—No tengo nada que añadir a lo que te dice el padre Urcola. Espero, Ignacio, que procures no ser indigno de que una persona como el Padre se ocupe de tal forma de ti.

Después de besarme, añadió:

—Él es tu Estado Mayor. Míralo así.

Lo que son las cosas. Al ir a casa, cantábamos:

Paso o ponte de San Payo

camino da miña terra…

Y luego al llegar a la «capital»:

Pontevedra é boa vila

da de beber a quen pasa…

Y ahora íbamos callados como tumbas.

Yo en el Colegio, lo primero que hice fue visitar a la Virgen de la capilla. Le pedí perdón, y le pedí que me ayudase para la palabra y para el snipe, que no me lo pisara Mito.

Por la tarde el Padre nos sacó a los de Sexto y nos dejó libres durante dos horas casi. Pancho y yo fuimos al puerto. En el muelle de transatlánticos estaba el Higland Prince, inglés de la Mala Real, que lo queríamos ver. Se lo

dijimos al Jefe de Policía de la Aduana, que lo conoce papá, y nos facilitó el paso. Nos presentó a un inglés de uniforme, muy joven y simpático, que debía de ser sobrecargo en el barco, y nos acompañó.

—This way, boys?

Eso lo entendí yo, con mi poquísimo inglés. Pancho habla bastante.

Nos fue enseñando todo y realmente estaba bárbaro de limpio y ordenado. La gente que había por las cubiertas era de los más raro; como la vieja aquella con pantalones de hombre, y los ingleses de pipa y casco colonial, que se creerían de estar en África. Y cómo nos miraban. Yo ya estoy acostumbrado a que cuando iba con Pancho llamábamos algo la atención, pero no era para que nos mirasen así, pensaba yo. Entonces venía muy a pelo lo de «El Imperio inglés», como en los tiempos de El Ferrol. Hubo una señora que tuvo un detallón fantástico. Me empezó a hablar a mí y yo, claro, no entendía ni pum.

—Perdón, señora, no entiendo —dije yo en español.

—Oh, but it is not an English chap?

Eso sí que lo entendí, que me tomaba por inglés.

—Caray, Pancho, ¿es que tengo yo tanta pinta? Dile que mi padre es español y mi abuelo y mi bisabuelo, hasta Adán.

Luego él me tomaba el pelo.

A mí el que me estaba encantando era Héctor. Ya no me traía tabaco, que no lo necesitaba, pero sí el «Marca» y todo lo que quisiera. Era, sin duda, el mejor de los externos. Además, sus golpes eran famosos. Cuando el padre Barcia un día hablaba de los emperadores romanos y él estaba completamente en Babia, le cayó encima de repente una pregunta a quemarropa:

—¡Héctor! ¿Quién era Calígula?

Y él con el aplomo que tiene, como un rayo:

—¡La mujer de Nerón!

Bueno. Algunos se cayeron al suelo de risa. El padre Barcia, que se creyó que le quería tomar el pelo, le calcó un cero. A este Padre había que verlo lo gordísimo que estaba, que con el fajín que él tenía había para hacer una cinta métrica. Pues al salir de clase, dijo Héctor:

—¿Os acordáis de un filósofo que se llama Garrigou Langrange? —él pronunciaba Garrigú Langráns—. Pues el padre Barcia debe ser pariente suyo, porque es «lagrán barrigú».

Se puede suponer el choteo. Como cuando dijo de un seglar que antes venía a Matemáticas y tenía una nariz como un día sin pan, que se llamaba el

señor Pinueve, o sea, más que Pinocho.

Lo de estudiar lo tomé de veras. Hasta le dije al Padre que me pinchase todo el día, cosa que no hacía falta, porque estaba siempre recordándome la batalla que tenía que ganar. A mí lo del snipe, que no me lo pisase Mito, era cosa que me movía una barbaridad. Precisamente aquella tarde de vacación semanal, en que no había más que entrenamientos para atletismo, estuvimos juntos Pancho y yo durante horas, hablando de las regatas, que iríamos juntos. Si el barco nuevo era como decía papá, entonces se acababa el Anduriña II y aun el Sur de Pancho. Yo gozaba viendo a Pancho que había vuelto a ser el de siempre, con su serenidad y sentido común, que lo tiene mucho mayor que yo. A mí, además me venía muy bien por aquello de ser yo siempre un poco alocado. Él te escucha lo que quieras y luego da unos juicios concretos, con una firmeza y seguridad que yo a veces salto, pero él nunca se inmuta conmigo.

En el recreo de la noche me puse a contarle a Pancho cosas de Patri, de las que me ocurrían a mí con ella. Él se mondaba de risa… Estábamos solos en el frontón grande, que está casi oscuro a aquellas horas. Cuando más animada estaba la conversación, ¡zas!, el padre Olmo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Tenemos que hablar —contesté yo.

—¿Qué tenéis que hablar?

Era famoso. ¡Cómo que se lo íbamos a decir!

—Cosas nuestras —dije secamente.

—Ya arreglaremos esto. Id con los demás y menos secretitos.

Yo le iba a contestar fuerte, pero Pancho tiró de mí, apretándome significativamente el brazo. Es que a mí me hervía ya la sangre. ¡Qué le importaba a él y qué tenía que meterse! Estaba apañado si creía que le iba a hacer caso. ¡Claro, iba a ir yo con Fernández para que me hablara de la cosecha, o con Leiro, o alguno de sus enchufados! Lo que es de Pancho no me separaba ni él, ni el padre General. ¡Qué cosa, hombre!… Todo esto lo pensaba y lo decía yo a Pancho según íbamos con los otros. Pancho callaba.

Al día siguiente procuré andar con Pancho todo lo más posible. Además le veía preocupado y no le podía sacar nada de lo del día anterior. Estaba pensativo. Como si tuviera una sospecha. Por la tarde, con toda intención, le agarré del brazo para llevarlo a pasear por el mismo frontón.

—No debíamos venir —dijo él.

—¿Tienes miedo tú?

—Es por ti.

—¿Qué me puede pasar a mí —pregunté— que no te pase a ti también?

—Tú eres congregante y a lo mejor te arma un lío.

—¡Hombre, que me maten si entiendo yo eso!…

Pero Pancho no quiso explicar más. Y al poco llegó él. Estaría a la mira, quizá.

—Bien. Ya os previne ayer. Esto se verá en las notas… Y que no os vuelva yo a ver separados de los demás.

A mí me pareció necesario pedir una explicación.

—¡Bueno, Padre!, ¿y por qué no voy a poder estar con éste todo lo que quiera?

—No tengo por qué darte explicaciones. Una amistad sana, también tiene sus límites.

«Qué sabrá él lo que es una amistad», pensé yo. Aquello de «sana» no lo cogí entonces, pero dije muy decidido:

—¡Pues yo con éste andaré hasta que me muera!

—¡Tú harás lo que se mande!

—¡Si es justo! —corregí yo.

Él ya entonces se puso hueso. Me hizo presa en el brazo y allá fuimos a dar a la Prefectura. Salieron ellos dos, el padre Olmo y el Prefecto, dejándome a mí dentro… Luego volvió a entrar el Prefecto solo.

Me echó una peluca de abrigo por la manera de contestar al padre Olmo, decía. Después dijo que lo de la amistad ya se revisaría.

Cuando llegué yo al dormitorio, ya estaban todos acostándose. El Padre, serio. Me fui a los lavabos y estaba Pancho allí. Según se lavaba los dientes, me dijo por lo bajo:

—¡Estás loco, hombre!

Él lo dice con cariño. Yo respondí:

—¿Por qué vamos a aguantar una cosa así?

Dio una razón:

—¡Mucho viento, poca vela!… ¿No eres patrón tú?

El viento eran las malas pulgas del padre Olmo.

Le expliqué un poco lo de la Prefectura y luego en la cama me desvelé

pensando en todo aquello. Le daba vueltas y veía que tenía que haber una razón, y el no entenderlo me desesperaba. Cuando yo iba a su casa por los veranos, hablábamos muchísimo más; entonces, ¿qué había que pensar? Me dormí, que me vino una pesadilla donde Pancho se lo llevaban y yo apenas podía levantar los pies, con la angustia que tenía de ir detrás, y les gritaba «¿Por qué?, ¿por qué?», y los que lo llevaban tenían sotana.

Lo que yo decía era si había que aguantar una cosa así. Lo escribí entonces como fue. Eran las notas y yo había estudiado más que nunca. ¡Si, mátate! Me nombran; me levanto, y… empieza por caerme un 4 en Urbanidad que me sentí que se me hundía la tierra. En Aprovechamiento aprobadas todas, pero otro 5 en conducta de Ciencias. Y luego figurarse lo que había que oír. Hablaba de una falta de respeto y de otro asunto que él se sabía, y que los corazones demasiado pegajosos se manchaban fácilmente… Yo me sentí encender hasta las orejas, ¡que no soy nadie poniéndome colorado!, ¡me pulverizó! Fue como un fogonazo la luz. Así como desenfocado, vi algo de lo que luego dudé que fuera. Tenía que referirse a algo que yo me sabía de ciertas conversaciones. Por lo que tomaban el pelo, en Cuarto, a aquel Moral Valtierra, que luego lo lograron. Entonces ¡era horrible que pensaran así de mí!

Tras de las notas fui a una tanda de duchas y todo era dar vueltas a esa idea mientras me despachaba allí. Me pasó lo que jamás me había pasado; que, sólo pensarlo, me ponía colorado estando a solas como estaba. Y luego me indignaba, porque a ver con qué derecho se hacía aquello. Al padre Olmo, en aquel momento le odiaba.

Como el Padre tenía inspección, me fui al padre Espiritual. La verdad es que allí lloré, pero es que aquello no era para menos. Él me tranquilizó la mar y decía que no me preocupara nada y que con Pancho, «de suyo», así dijo, podía ir lo que quisiera. Desde luego, a mí el padre Espiritual me conocía de sobra. A Pancho lo conocía lo doble aún, porque yo hablaba mucho con el Padre, pero Pancho sólo hablaba con el Espiritual. Lo que no me aclaró nada, era si sospechaban de mí o no; que una cosa así ¡a mí que no me digan!, el sólo sospecharla, es como para partirle a uno un tintero en la cabeza.

En la cena había alegría porque al día siguiente se tenía Copa en Balaídos. Azufre se había librado, que no era poco, aunque hasta la hora del partido podían pasarle a él muchas cosas todavía. A Pancho le noté algo triste de mirarme a mí, porque yo estaba como una tumba en una pista de baile, o algo así. Y luego de noche, la cantidad de imaginaciones y cosas que me hicieron luchar y dormir mal, hasta que me eché al cuello el cordón de congregante que me tranquilicé.

El Padre tenía que estar enterado, pues había visto el 4. Era difícil cogerle a solas, porque nunca faltan quienes vayan a su lado con ánimo de hacer la

rosca, aunque no les vale. Tampoco tuve ocasión de hablar con Pancho, que por la mañana jugó partido en el Colegio.

En el primer estudio de castigados de la tarde, mientras los demás se iban a Balaídos a ver al Celta, yo empezaba otra vez a atormentarme. No sospechaba lo que vino. Me mandaron salir y era él, el Padre. Me llevó a su cuarto, sin hablar. Le seguía como un perrito. Allí me hizo sentar. Fue maravilloso que yo no tuve que hablar nada. Ni siquiera me miró mientras iba hablando. Clavaba los ojos en las Cíes que se perfilaban a lo lejos, y parecía ir discurriendo mientras le salían las frases.

—Mira, Ignacio…, te traigo aquí para ponerte en rumbo de nuevo. Ya comprenderás que he venido siguiendo todo esto… Te atormentas, como si ya la rosa de los vientos se hubiera deformado y no supieras por dónde se sigue. Este trance, como todos, lo vives con exceso. Fondeas en él y quieres bucear hasta el fondo… No creas que se te condena fácilmente. Si te tranquiliza, sábete que por ti y por Pancho, por vuestra amistad, no tengo yo inconveniente en poner la mano derecha. Es cierto que hay muchas clases de amistades… y que no todos los ángeles son ángeles de luz. Pero hay un tipo de amigo, por razón del cual dice la Escritura: Beatus que invenit amicum verum, feliz de aquel que encuentra un amigo de verdad; y al tal amigo lo llama en el Eclesiástico: protectio fortis, fuerte protección. Yo sé que Pancho es ese amigo para ti.

Cambió de tono para añadir:

—Siento mucho lo pasado; pero tampoco exageres tú. Al fin y al cabo, no llevas el alma tras un escaparate… Lo que el padre Olmo pretendió fue atajar un mal, no precisamente presente o real, sino posible. No andes tú ahora elucubrando, quiero decir, dándole vueltas. Que puede haber alguna amistad que llegue a ser inconveniente, no es ningún secreto para ti, o por lo menos no debe serlo. Hace bien poco que os decía el padre Espiritual en la Capilla aquellas palabras: «La inmensa mayoría de los jóvenes, se salvan o se pierden por sus amistades»… ¿recuerdas?… Vuestra amistad es de las que salvan. Ojalá cada cual encontrara un amigo como sois vosotros, el uno para el otro.

Yo iba sintiendo una paz y tanta alegría, que cuando él se volvió le cogí la mano para besársela.

—¡Qué burro soy, Padre! ¡Si no es por usted, cuántas veces me había escacharrado ya!

No contestó a esto.

—Al padre Olmo no tienes por qué guardarle rencor. Y si te crees con algún derecho a ello, le perdonas. No hay para ti nada tan fácil como perdonar.

Y ya, a tomarme el pelo con el tamaño del corazón.

En el estudio de los castigados, cuando volví, lo hice todo menos estudiar. Apunté lo que puse arriba. ¡Estaba contento yo! Cuando salíamos, el Inspector, que era el de Cheché y es un tío simpático, me dijo:

—La verdad, Ichaso, es que no diste golpe en el estudio, ¿eh?

Me sonreí para él y contesté:

—Es que, ¿sabe Padre?, yo los domingos no trabajo.

Después de la cena le conté todo a Pancho y le leí que había escrito de las palabras del Padre. «Lee eso otra vez», mandó. Luego que lo repetí, dijo: «Dame que lo copie». Tenía la chispita del buen humor en los ojos. «Y ahora chócala», añadió. Yo, inocente, le di la mano; pero él me dio un tirón que me hizo dar media vuelta, y cogiéndome por la espalda, me volteó. Salté del suelo para ir detrás de él, pero en aquel momento el Padre pitó y el muy hipócrita se puso a su lado con los brazos cruzados como los pipis. Y se reía de mí.

MAYO

Entré en mayo completamente en forma. La Virgen del estudio estaba preciosa. El padre Espiritual habló en la misa y nos puso en ambiente. Luego el Padre Espiritual, antes de la primera clase, nombró a la Virgen nuestra Inspectora y dijo que el estudio era acto de servicio a Ella. Yo para estudiar, en vista de todo y para no armar jaleo, me ponía al cuello la medalla de la Congregación.

El cura de Ciencias se puso la mar de pesado y Azufre empezó a molestar con ruiditos. Lo puso de rodillas, pero éste le protestó. Entonces el Padre va y le dice:

—¡No me incremente la voz, jovencito!…

La respuesta fue una carcajada general y él nos mandó a todos estudiar. Es que fue una frase fenómena.

Me portaba entonces bastante bien. Hice un cartel que decía, con letras grandes: «Vacaciones» y lo colocaba delante para estudiar de firme. A veces miraba a la Virgen y me daba no sé qué el letrero; entonces lo guardaba para estudiar sólo por Ella.

Lo que me parecía mentira era que estando en mayo me vinieran las tentaciones que me venían, que no cedían nada, y había cosas que me inquietaban. Más que nada era donde había algo de misterio, que allí era el

darle vueltas. Yo lo que quería era saber, y se veía que había bastante inexplicable para mí.

Habló mamá por teléfono y nos avisó que venían Patri y Karin, que por fin las monjas las dejaban y ya estaba bien, porque parecían querer formar niñas de clausura; eso era una buena noticia, pero había algo mucho más grande. Que el snipe nuevecito, ya estaba flotando en la dársena de la Escuela. Lo oí y no lo quería creer de lo que me gustaba. ¡Figurarse! Y decía mamá que era precioso. Luego se puso papá un momento y me dijo que le fuéramos pensando un nombre. Yo volví al comedor, que se me debía leer la alegría en la cara. En cambio ahora me es una tristeza escribir éstas. Azufre, en cuanto lo supo, ya empezó a echar nombres, pero eso había que pensarlo bien. Además los nombres que se le ocurrían a él eran imposibles. ¡Vaya nombre! Velocípedo, Supersónico… Pancho le tomaba el pelo y decía que en tal caso se llamaría Velacípeda.

Llegó el domingo, con la ilusión de salir a casa de tía Luchy. En la comunión me distraje pensando en el nombre que estaba buscando, pero luego, en cambio, le prometí a la Virgen no provocar nada a Patri aquel día.

Jugamos al tenis antes de comer, porque Mito y yo teníamos que volver los dos al castigo de las notas. Puse el alma que pude y perdimos. Yo lo sentía cada vez, pues Karin merecía ganar. Quedé agotado y ni siquiera podía culpar al árbitro, porque era Cheché y había que ver cómo contaba él.

Di una vuelta con Karin para decirle lo de Pancho, el lío que tuvimos, ya que ella se interesaba enormemente por todo lo nuestro. Volví a pensar que debía haber nacido chico y lo que sería tenerla en el Colegio. Me dijo ella que todos los días pedía por mí en la comunión, porque yo, decía, sería muy bueno o muy malo con el tiempo. Esto lo he pensado muchas veces después, y debe ser cierto, porque lo que es tentaciones no han faltado. Pero ella, ¿cómo lo podía saber?

Yo salí con el Padre y hablábamos. Le empecé a sacar de mamá. Al principio no obtenía nada; pero después, poco a poco, iban saliendo cosas. Cuando él terminó el bachillerato, no tenía idea de ser jesuita. A mamá la conocía ya desde que tenía once años y a los quince bailó él por primera vez en el Náutico; es que ni soñar en sotana, como se ve. Con mamá bailaba la que más, pues como tenían plena confianza por las familias y por todo, no le importaba si la pisaba.

Ya no quería contarme más y tuve que emplear todos los recursos para ir sacando cosillas sueltas que, reconstruidas, a todo tirar, me daban esto: él, cuando ya ingresó en Navales, el primer grupo, fue por el verano a Salinas y tan sin idea de vocación, que ya pensaba tener novia formal. Yo quería saber si la había tenido de hecho y quién sería, pero ya no dijo más. De aquel verano

no soltó prenda. También me dijo que por aquellos años había sido como yo no había de ser jamás. Desde luego, que él fuera algo pinta, eso lo sabía yo, porque en Salinas se le conocía bien. Lo que sí contó fue de la medalla de la Congregación, que él la tenía desde el Colegio y siempre fue con él, aun en los peores días de Madrid, y aún la tiene, que se la vi yo. En las Navidades que siguieron el verano aquel, fue cuando Dios, como él decía, lo torpedeó. Pero de eso me dijo que hablaría conmigo más adelante.

Yo tenía ya entonces una curiosidad enorme de saber de aquel verano, y si había una chica y quién era, porque me nacía una sospecha fantástica. Casi me asustaba yo.

Como estábamos en repaso, el Padre hablaba mucho en clase. En esas charlas aprendíamos más que en todo el resto junto. Sobre todo cosas prácticas. A petición de Jaime y otros, habló de la «Generación del 98», que a veces se oye discutir y no tienes ni idea. A mí me gustó, porque el año anterior, cuando tanto la atacaron en la clase de Historia, yo reaccioné en contra y siempre la defendía a la generación esa. El Padre fue distinguiendo y aunque les dio unos palos soberanos, y con razón, en muchas cosas, también reconoció otras. A cada uno lo suyo, creo yo. Luego, al salir, dijo Azufre que nosotros, Pancho, él y yo, éramos «la degeneración del 98». ¡Estaba loco!

Después de comer tuvimos una discusión de miedo con el padre Olmo, sobre los jesuitas. Azufre y yo éramos los que más atacábamos, sobre todo por la pobreza. «A. M.D. G. —decía Azufre—, a más dinero ganar». Él ya se incomodaba, Pero se trataba de saber lo que respondía, porque luego por ahí, éramos nosotros los que los teníamos que defender a los Padres, como el día aquel en que Pancho y yo caímos en un autovía con un señor que, en cuanto supo que éramos alumnos del Colegio, empezó a decir de la vida que se daban los jesuitas. Le tapamos la boca, desde luego; además, yo le dije que, si tan buena vida se daban, que ¡por qué no se metía él!… Era una lógica férrea.

También vi en un recreo de lluvia a Héctor, que jugaba al ajedrez con Cheché y no era la primera vez. Yo se lo agradecía, porque eso no lo hacía cualquiera de los mayores. Además, Cheché gozaba ganando a uno de la Primera división, que entre los de Tercero no había enemigo.

Hubo notas y se puede decir que me revanché. De Aprovechamiento, un notable en conjunto. De Conducta, 7 lo más bajo. El padre Prefecto no tuvo nada que decir y me alabó y todo. ¡Estaba admirado el hombre! Durante el primer turno de las duchas, me escapé para decirle a Cheché mi éxito. Lo dejaron salir a la puerta del estudio y él se alegró que daba gloria. Luego pedí permiso al Prefecto para llamar a casa.

—Desde luego —contestó—, y conste que se aprecia tu esfuerzo.

—Gracias, Padre.

Salí encantado. Era cierto que yo había tenido un poco de suerte, pero también lo era que yo había estudiado como un filósofo.

Papá, al teléfono, se le notaba feliz y me habló del «aparejo flexible», que estaba a la última, y que a ver si le dábamos pronto el nombre. Volvimos a discutir de ello. Mito quería ponerle Norte. Pancho decía que estaría bien Proa, pero luego se pasó a mi nombre, que yo voté por Barlovento. Éste me gustaba a mí, porque, al fin y al cabo, ahí está el problema de la regata, en ganar barlovento, en ceñir bien. Cheché dijo que le gustaba el nombre mío. Con eso ya no hubo discusión, porque, al fin y al cabo, el dueño iba a ser él. Así quedamos en ponérselo a papá en un telegrama.

Fuimos de paseo con el Padre y, cuando nos soltó para ir a donde uno quisiera, yo me quedé con él para que me contara lo prometido de su vocación.

Paseamos por el puerto hacia el Berbés, que me encanta a mí ir por allí, y él me iba contando todo. En las Navidades siguientes al verano aquel, estaba él muy lejos de pensar en ser jesuita. Me describía aquella noche, que ya había oscurecido, y tenía el proyecto de irse al cine, como todos los días. Cuando ya estaba en el portal para salir, vio que nevaba, y dice que, cosa rara, le vino un deseo de volver y pasar aquellas horas en plan hogareño. Se puso en bata, junto a la radio, cerca de un radiador grande, y pidió algo que leer. Entonces su hermana le trajo de la biblioteca que tenían un libro que ella misma confesó luego que lo había llevado con temor, porque era un librito de colegiales, Paso a paso, del padre Risco, que él lo había leído en Segundo, cuando estaba con los jesuitas, como yo ahora. Cuando vio el libro que le traían, no protestó, sino que le entró curiosidad de volver a leer aquellas páginas de cuando niño; él andaba entonces por los veinte años. Empezó a leer aquello inocentemente. Apenas había leído cinco o seis páginas, se sintió transportado, con una evocación fantástica, a los tiempos de colegial. Me dijo que le parecía que de las páginas aquellas salía y se condensaba en torno suyo el ambiente ya olvidado de sus años de congregante y dignidad en el Colegio, y que hasta olía el aroma del incienso y las flores de aquella capilla, en que él había hecho tantas promesas a la Virgen; que se encontró hundido en aquel pasado, y todos los sentidos parecían percibir las sensaciones de entonces, con viveza que le emocionaba por los recuerdos que le venían; porque él, de aquélla, se había olvidado mucho de todo lo que había aprendido en el Colegio, se entiende, en la parte espiritual. Bueno, pues estando allí, que dejó de leer y permanecía recordando sin moverse, con los ojos cerrados, no sabía cómo, se encontró con esta pregunta que se hacía a sí mismo: «Y yo…, ¿por qué no soy jesuita?». Recordaba cómo lo había pensado ser en el Colegio y cómo se había ido olvidando poco a poco de sus promesas a la Virgen, y cómo la carrera lo había deslumbrado… (pero la pregunta aquella, dice que se le mantenía como una

luz encendida en la cabeza, mientras pensaba). Luego se había ido enredando en muchas cosas. También había estudiado seriamente y había logrado pasar la fuerte oposición del ingreso en Navales… En los últimos meses se había ya enamorado perdidamente, decía él, pero la pregunta citada se la iba haciendo allí mismo, sentado en aquella butaca, como una exigencia cada vez más clara. Me insistió mucho en que no era un milagro ni nada extraordinario; pero que él sentía que era Dios el que estaba detrás de la pregunta dicha. Que no me creyera yo que aquello había sido una cosa espectacular, porque fue de lo más sencillo y simple. Era que Dios lo torpedeaba. Y también le vino en seguida la idea de que todo aquello era una solemne idiotez, «a aquellas alturas», decía él; pero lo cierto fue que al día siguiente se iba a comulgar como un clavo, después de una buena confesión. Ya no se pudo quitar la idea de encima. No me dio muchos detalles; pero dijo que lo malo era que aquello le había venido en el peor momento, porque había un obstáculo muy difícil de vencer; no dijo cuál, sino sólo eso, que era cosa muy seria y que le había dado muchísimo que pensar, y que le era dificilísimo de saltar aquella barrera, y otras comparaciones que dijo; pero que luego todo se arregló como él nunca había soñado. También dijo que había almas buenas en el mundo. Costarle, que no le costó mucho; que por su familia y por la carrera no tuvo mucho que sufrir, porque Dios daba gracia.

Habló mucho de todo esto y se le veía la emoción que aún le producía y él la dominaba; pero de más detalles y del verano aquel no dijo ni palabra.

Me alegré mucho de la procesión que tuvieron los de Tercero, de la que fue el alma Cheché, como brigadier de la División. Soltaron palomas y salieron muchos chicos con los trajes de Os filliños d’Apóstolo, que son de gallegos, y cantaron y bailaron ante la Virgen. Cheché me dio la sorpresa, porque apareció también vestido de gallego para cantar los solos y allí se plantó con el bastón y todo. Cantaba mirando fijo a la Virgen, que estaba alta, teniendo la montera en la mano.

Miña nai, miña naiciña

como miña nai ningunha

que me quentaba a cariña

c’o calorciño d’a sua.

Luego entraba el coro con lo de A San Adrián, a San Adrián.

Estuvo muy bien. Realmente esto de la Virgen era lo mejor que había en el Colegio. Lo que sentía en aquel mes de mayo no se puede olvidar nunca, y así se explica que Dios torpedeara al Padre por aquellos recuerdos.

Por la mañana tuve una sorpresa brutal. Desperté tan dormido de haber

estudiado de noche, que aunque me senté en la cama y me quité la chaqueta del pijama y la camiseta para ir a lavarme, aún no me daba cuenta de donde estaba. Entonces llegó Pancho corriendo.

—¡Ignacio, la Escuadra!

—¿Qué dices?

—¡La Escuadra! ¡Que fondeó por la noche!

Le brillaban los ojos a Pancho, eso ya lo vi. Entonces ya salí yo disparado. Subimos a las ventanas de los lavabos. A mí el corazón me golpeaba en el pecho como si no tuviera sitio. ¡Allí estaba! ¡En medio de la ría! Era la División del Ferrol. El sol, que salía por detrás de nosotros, los embestía, casi horizontal, y lucían todos como hojas de sable. Los fui señalando, que los conocía bien. Frente al Náutico, y en línea impecable, el Canarias, el Cervantes, el Cervera. A estribor de éstos, y extendiéndose hacia nosotros, tres flotillas de destructores, que los fui reconociendo todos y entre ellos el Jorge Juan, que lo mandó papá. Luego el Júpiter, de base allí, pero que desatracó y fondeó también en línea con los otros. Además tres cañoneros y un petrolero, que no lo pude identificar. Era maravilloso ver aquella formación en medio de la ría. Si yo no hubiera pensado desde la cuna que sería marino, lo hubiera decidido en aquel momento. Así estaba en aquella contemplación, que me los comía con los ojos, barco por barco, cuando oigo por detrás:

—¡Chiquillo!…

Era el Padre. Es que yo estaba medio desnudo y además descalzo sobre los baldosines, pero buena cuenta me iba a haber dado.

Todo el día estuve distraído, hasta en la misa. Durante la clase, que tenemos un ventanal detrás, que da a la ría, yo enfocaba con el espejito y vi por él cómo atracaba al muelle, para petrolear, el Cervantes, que se puso cerquísima de nosotros.

Con lo que me había impresionado la vocación del Padre, pensaba allí en el Estudio, que si no hubiera mar, yo sería jesuita; porque dirán lo que quieran, pero el sacerdocio es algo fenomenal; lo que pasa es que yo, sólo ver un barco, ya tira de mí como un carro de vacas. Es enorme.

Después de la comida subí a caballo a Cheché hasta la terraza. También estaban Pancho y Nano y hasta Mito. Yo pensaba a ver si se convencía, porque desde que vio hace años la Empresa Bazán, se había empeñado en ser ingeniero. Vino el Padre y yo le pinchaba.

—Vaya, Padre, que se acuerda de su carrera, ¿eh?

Pancho hacía lo mismo, y Héctor, que llegó entonces, mucho más.

—Confiéselo, Padre —decía—, que no lo pensó bien…

—¡Callaos, bobos!… ¡Si estoy ahora botando barcos vivos para un viaje mucho más trascendental!…

Luego pensé que a mi barco le viene cada golpe de mar… porque parece mentira, pero se le ocurre a uno cada cosa…

Por la noche fue el baile que daban en el Náutico a los oficiales. Era un sueño lo iluminado que estaba. Los barcos, con la marea, nos daban ahora la amura de babor y todas las luces se reflejaban en la ría. Los cruceros encendían los reflectores y parecían ir palpando, despacio, toda la costa. Estuvimos en la terraza mucho rato, pues el Padre nos dejó. Yo ya me hacía la mar de ilusiones, que hay que conocerme a mí imaginando. Me veía fondeado en mitad de la ría y mirando el Colegio desde un puente de mando; y a la noche, mandaba que le enfocasen los reflectores y me ponía a recordar muchas cosas; entonces rezaba a la Virgen del Colegio y en el bolsillo del uniforme aún llevaba la medalla de la Congregación, porque yo, hasta morir, sería caballero de la Virgen María, mi Madre.

En la función de la tarde, cuando la organizamos nosotros, cantamos el Magnificat y rezamos aquellas oraciones especiales, que hizo el Padre para la División y empiezan: «¡Señora!… Tus caballeros te ofrecemos la pureza integral de nuestros cuerpos jóvenes», etc. Las Divisiones de los pequeños, incluida Segunda, se quedaban bobos. Luego habló él sobre aquello, sobre la pureza integral. «No hay pureza —dijo— sin una movilización total del cúmulo de energías disponibles; sin incorporar a la batalla todos los recursos de la persona, alistados al servicio de un ideal, capaz de apasionarnos —se dirigía a nosotros los mayores, porque siguió—: Hasta hace poco, quizás, os escudaba la inocencia. En adelante, sólo os puede salvar la castidad armada».

No exaltó el pudor, sino el coraje para defenderlo. Hablaba como había que hacerlo, creo yo, desde el puente de un barco de guerra, a la tripulación que va a zarpar rumbo a una misión difícil y heroica.

—El que aún porta sobre sí —terminó—, como un precinto virginal, una total integridad, desenvaine la espada, porque verdaderamente merece la pena luchar… y morir si es preciso, en defensa de algo que nos asimila a los ángeles, a la Virgen, a Cristo.

Al oírle a él, me parecía ya imposible tener tentaciones contra la pureza.

El Padre, aquellos días, me dejaba usar un poco de cilicio. Sólo un ratito durante la misa y total apenas duele. Yo me acordé por Pancho, que me dijo que él usaba.

Tenía yo en la cartera entonces una foto de una artista de cine un poco así,

que no era muy decente, vamos; pero la cara era guapísima. La vio Pancho y me dijo que era mala. La rompí. Luego me dijo el Padre que había hecho bien.

Empecé a pensar que la Virgen quería una cosa de mí, pero me daba vergüenza preguntar. Yo decirle al Padre cualquier cosa, lo peor, creo yo, me quedaba tan fresco; pero una cosa que pareciera que yo era un santiño, no me salía. ¡Un santo yo, y a veces parecía que había un demonio en mí!

Fue de miedo cómo habló el Padre, de claro, estando solos los de la División. La referencia a las casas malas la entendí perfectamente. A mí me gusta que se digan las cosas como son. Al salir, nadie comentó nada; pero no viene mal, porque alguna vez se oye cada conversación… Yo pensé «O mucho cambio, o no entraré jamás en un sitio de esos».

Volví a sentir en la comunión el deseo que dije. Faltaban ocho días para que Cheché se fuera, porque los que tienen sobresaliente en conjunto por las notas medias, se van sin dar exámenes y quince días antes. Yo, pensando en casa, hacía el proyecto de explorar más a mamá sobre el Padre. También con Pancho estuve haciendo planes para las regatas del verano. Si yo las aprobaba todas, desde luego que iba con él a La Coruña en agosto. Pancho vendría a las de julio en Marín. A Mito tuve que dedicarle tiempo, haciendo yo el sacrificio, para explicarle lo de los módulos y argumentos en los números complejos. No sabía nada. Yo, al ver lo pez que andaba, sentía la tentación de alegrarme por el barco. El padre Sanchiz lo llamaba «Sr. Peláez», por lo pelado que andaba. Fue entonces cuando yo le dije aquello, que iba a ser como Hitchcock: «el mago del suspense».

Toda la tarde llegaban flores para el domingo, que era al siguiente. Tía Luchy me mandó un cesto fenómeno.

La misa fue maravillosa, que hasta hubo orquesta, con lo que dimos el golpe. Yo lo que más pedí en la comunión, fue la pureza, y después aprobar.

Para la procesión hicimos una alfombra de pétalos, ¡algo fantástico! Tendría casi cuarenta por seis. Y un dibujo muy fino. La Virgen estaba colocada en una barca, hecha toda de azucenas, que las había allí por cientos. Los ciriales en la procesión, los llevamos Pancho y yo. Salió todo de maravilla. Al pasar la Virgen por el bosque, le caían pétalos de los árboles; eso lo organizó Azufre, que escondió a unos cuantos en las copas más frondosas y él también andaba por las alturas. El rosario iba dirigido por altavoces; y nosotros, con Jaime que llevaba la cruz, fuimos los primeros en pisar por la alfombra, y daba pena.

A todo esto le estuve yo dando vueltas por la noche. Me pareció que la cosa estaba en divertirse, pero sin disgustar a la Virgen. Enfrente de mi cama estaba el busto de Ella, que lo dejan tenuemente iluminado por una bombilla

oculta; y como tiene la cara inclinada, parecía que me miraba, tal como mamá cuando yo era pequeño; te despiertas y está allí, inclinada, mirándote. ¡Fue una gran idea poner así a la Virgen en el dormitorio!

Teníamos a dos pasos los exámenes finales. Estudiaba yo entonces, lo que se dice como un lobo. Aquella última bordada era de miedo.

El 31 de mayo después de oír al Padre en misa, que estuvo colosal, vi claro lo que la Virgen quería de mí. Él acababa de hablar del coraje que había que poner en la vida para vencer. Todos entendíamos, supongo yo, a qué victoria se refería. Lo llamó «impulso que precipita a la acción por difícil que aparezca». Dijo también que era la suma de todas las energías juveniles, y que de ese potencial sacaba el muchacho la fuerza para atacar incontenible, o para defenderse inabordable. Bueno, cuando yo volvía de comulgar, ya no dudaba ni temía. Fue como jurar la bandera. Exacto, que hasta las palabras dije: «Juro por Dios y prometo por mi honor…». Hice voto de castidad para todo el verano. Tenía los ojos apretados y todo mi ser en tensión. Me sentí feliz como nunca. Luego, en el estudio, lo apunté en una estampa de la Virgen del Colegio y me la metí en la cartera.

Por la tarde quemaron los obsequios ante la Virgen. Según se veía subir el humo, yo volvía a sentir la felicidad de la mañana. Me daba cuenta con toda seguridad de que la Virgen me quería y a ver con qué se compara eso.

Por la noche hablé con el Padre sobre mi voto. No se inmutó, ni me riñó. Claro que él ya sabía toda mi vida por dentro como nadie.

—Todo el verano de un tirón, no —dijo—, es mejor cortarlo en tramos… Por ejemplo, hasta el 15 de agosto, que es Begoña, y luego hasta el 8 de septiembre, Covadonga, ¿comprendes?

Dijo que así era más prudente. Yo eso, lo de prudente, no lo entendí y sólo lo acepté por decirlo él. Luego ya tendría tiempo de cambiar de opinión.

Por la noche, como habíamos convenido para estudiar, vino Pancho a despertarme. Según él fue preciso que me destapara y me hiciera cosquillas en los pies, porque no había manera. A la luz de una vela repasamos juntos, en los lavabos, toda la física.

JUNIO

De los exámenes de curso no voy a contar nada. Pasé, claro. El día de la reválida había que ver cómo estaban los nervios. Andábamos por la piscina, antes de ir al Instituto. Entonces dijo Héctor que aquélla era la «piscina

probática», el que no se bañara no aprobaba, ¡fijarse!, y al Griñoncito lo tiramos al agua vestido.

En Matemáticas me empleé a fondo. Logré pasarle a Pancho un papel con el planteo, que no quería yo por nada del mundo dejarlo sin ayuda. Lo clavé. La condición para que tres rectas pasen por un punto, tirado. Y las representaciones gráficas yo las había aprendido con papá hasta de la segunda derivada y cosas así.

Lo peor fue por la tarde, en Latín. Me tocó un trozo de César que empieza: Uno erat magno usui res praeparata a nostris. Las primeras líneas me fueron un laberinto. Menos mal que yo sabía aquella aventura, cuando pasaban las galeras a puro remo en torno a las naves de los bárbaros y les segaban como a garduña las jarcias de labor, inutilizando así las velas. Lo que seguía era más fácil, desde reliquum erat certamen possitum in virtute, o sea que lo demás era cuestión de valentía, etc. A Azufre le cazó la traducción, que la tenía escrita, y se la rompieron.

Tuve mala suerte en Literatura. Las pasé moradas. Preguntaron autores como López de Gómara, Hernando del Pulgar, los Relatores de Indias. No quiero yo decir que sean raros o no, pero delante de toda la tropa importante que habíamos tenido que estudiar…

En lo demás no pasó nada de particular y quedé bastante bien, porque me lució mucho lo que había estudiado al fin que, eso sí, fue como jamás en la vida.

Precisamente después de la prueba de aptitud me dieron una carta de Cheché en que me preguntaba con mucha chunga: «Dime si copiaste, soplaste, apuntaste… o en pasiva». Luego hablaba del Barlovento, que ya tenía el nombre a popa y que no lo dejaba sacar a nadie, porque quería estrenarlo conmigo. Temblaba yo de impaciencia.

El Padre, aquella noche, después de cenar nos reunió a todos los Sexto, que nos íbamos al día siguiente, y primero nos estuvo tomando el pelo y nos hizo reír comentando los exámenes. Luego, poco a poco, se fue poniendo serio y entonándose.

—Vais a vacaciones. Estáis muy alegres y es natural. Sin embargo, ¿sería temerario suponer que a alguno las vacaciones le van a costar algo más que el dinero de su padre? ¿Seré un pesimista si anuncio que un tanto por ciento de los que me escucháis, no quiero dar números, va a sufrir daños, quizás irreparables en su alma?… —ya nos tenía a todos dominados—. No es que estéis unos cuantos predestinados para llenar el número de las víctimas. Ninguno lleva en su alma el estigma de un destino fatal a la derrota. El contarse o no entre el número de los que arríen la bandera, dependerá del valor

que cada cual le eche a la pelea. Ésta es mi última palabra, cuando estáis ya con el pie en el estribo. Me vais a entender perfectamente. Fijaos en lo que ocurre en el mundo cósmico. Contra las incursiones del mundo cósmico, de nuestros enemigos del mundo físico y químico, el hombre se defiende maravillosamente, ya lo sabéis, por medio de la piel o las mucosas digestivas y respiratorias. Biológicamente, estamos blindados. Pero no resistimos igual en el mundo psicológico que en el cósmico. Las fronteras de nuestro espíritu, que son los sentidos, están abiertas de par en par. Psíquicamente somos una ciudad abierta. Contra el placer de oír, de ver, de tocar lo prohibido, no contamos con una defensa natural que nos proteja. Nuestra conciencia resulta, como digo, una ciudad abierta en una guerra donde no hay derecho internacional. Una guerra total. A vida o muerte. Y eso, que siempre es verdad, lo es de una manera especial ahora, en vacaciones. Sales por ahí; oyes, ves… qué sé yo. Mirad: se presenta una bacteria, un microbio en vuestra frontera fisiológica, y sin falta de que intervenga la voluntad, se movilizan los anticuerpos, la sangre acumula defensas, se lucha en ti y por ti sin tú darte cuenta. Pero no ocurre lo mismo cuando la atacada es la conciencia; cuando la incursión se produce por las fronteras psicológicas. En ese ataque, que se dará, no lo dudéis; que se dará a fondo en el verano, nada se movilizará para la defensa sin intervención de la propia voluntad. Nadie luchará gratis, por ti. Toda la reacción, todo el esfuerzo, ha de proceder de la voluntad consciente. Ya comprendéis. La influencia del medio es muy sutil. No basta con un «seré bueno». Con esto vais a la ruina. Se precisa una movilización general. Cuando las cosas no marchan bien, nacionalmente hablando, se proclama la ley marcial; se declara el estado de guerra. Salen las tropas a la calle… Haga cada cual la aplicación que le parezca oportuna a su caso. Os hablo con claridad y vigor, porque conozco la clase de experiencia a la que vais.

Le salió todo esto de una alentada magnífica, de pie en la tarima y mirándonos de frente. Él habló más, seguramente, porque yo copié luego lo que recordaba que se me grabó. Finalmente y recalcando despacio, añadió:

—No olvidéis lo que os he repetido en otras ocasiones: no hay pureza sin una movilización total del cúmulo de energías disponibles; sin incorporar a la batalla todos los recursos de la persona, alistados al servicio de un ideal capaz de apasionarnos.

Aún nos habló luego más, al salir, en otro tono. Decía que no nos iba a pedir que no fuéramos a la playa; que había que ver las circunstancias de cada uno. También que el unum necessarium era la comunión. Mucho pensé yo después sobre todo aquello. A mí, desde luego, la playa me era una desventaja en algunos aspectos. Lo que no era yo capaz de hacer, era eso de un plan fijo, con horas para las cosas. Ya había yo oído hablar mucho aquellos días de batallas y de lucha, pero no podía tener idea de lo que se me venía encima. Y

eso, no sólo yo, estoy seguro de que ni el Padre se lo podía imaginar.

Por la mañana nos dieron las notas. Bueno. ¡Notable! Sin comentarios, creo yo. Me alegré lo que más por papá. Pancho aprobó. Él y yo quedamos en escribirnos.

A Azufre le di un abrazo por la pena que me daba pensar que se iba con un padre así como él dice.

Comimos en casa de tía Luchy. Nada más comer fui al Colegio, pues aún tenía que despedirme del Padre, que lo había dejado para esa hora. Subí al Estudio. No había un alma. Aquél parecía el campo de una batalla terminada, todo revuelto y lleno de papeles, tal como lo habíamos dejado nosotros. La impresión de abandono y soledad era tan grande, que me dio pena ver allí la imagen de la Virgen de la División. Entonces surgió la idea. Yo sabía que había un bordillo debajo de la peana, que en cierta ocasión escondiera yo tabaco allí. Saqué una hoja de carnet y escribí rápidamente: «Madre, esté donde esté, me acordaré de Ti, y ni hablar de caer, aunque me maten, porque te lo prometí, Tu hijo, Iñaki». Lo doblé bien y lo encajé allí. Me entró una alegría en aquella soledad, que di un par de saltos, procurando no hacer ruido. Subí otro piso y llamé a la puerta del Padre.

—¡Adelante! —se oyó.

El cuarto estaba completamente en penumbra, porque lo defendía contra el sol que lo flechaba a aquella hora.

Ya vi que yo era un sentimental, porque cuando me iba hablando, era una enormidad lo que yo sentía tener que dejarlo. Las dudas que le pregunté, pues todas me las resolvió. Me interesaba aclarar, algunas cosas sobre el hombre y la mujer, que yo tenía oído que el hombre se distinguía por el instinto de actuación social, y la mujer por el de actuación maternal; pero yo veía mujeres que actuaban socialmente como hombres, etc. Otra cosa que me había dado mucho que pensar era la cuestión de los hermanos gemelos, que eso empezó desde que la oí a tía Luchy decir que los había tenido la de Otero, que fueron un gemelo y una gemela, y yo era el porqué lo que saber, porque yo con los «porqués» cuando no los sé me atormento, y como tengo esta imaginación, pues ya se sabe…

Pasaban las cinco cuando avisaron de la portería que esperaba el coche. Él bajó conmigo y fue lo último que vi cuando salíamos del Colegio. Aún me dijo por la ventanilla:

—Esto vir, sé hombre, que esta frase lo dice todo.

Bien lo iba a necesitar yo, eso era verdad.

****

LIBRO SEGUNDO

Cadent a latere tuo mille, et decem millia a dextris tuis.

Caerán mil a tu lado y diez mil a tu derecha.

Ps. 90,7.

JUNIO

A Marín llegamos bastante tarde, porque había muchos encargos de mamá en Vigo y Pontevedra. Lo que yo quería, naturalmente, después de abrazar a todos, era bajar a la dársena para ver… Pero tienes que fastidiarte. Estaba para llegar de visita un vicealmirante, que quiere mucho a papá de la guerra, y venía con su señora. Era para despedirse, pues habían estado unos días en Marín, pero de paso querían conocernos a nosotros. Tienes que peinarte y demás lata. Mamá decía que les encantaban los niños, pero que ellos no habían tenido. Pensé yo lo bien que les hubieran salido a ellos los gemelos, y no a la de Otero, que, según tía Luchy, no le hizo ninguna gracia, tan joven.

Por fin llegó el vicealmirante con su señora; o mejor, la señora con su vicealmirante; porque, vamos, había que verla a aquella señora. Entró por casa como una fragata con todo el trapo al viento, llamando hijita a mamá y dándole palmadas en el hombro a papá. Cuando me presentaban a mí y me cuadraba ya para besarle la mano, ella me envolvió con un abrazo que, con lo gordísima que estaba, por poco me ahoga. Luego todo el mundo sabe lo que es una visita.

Bueno; pues aún había un poco de luz al irse ellos, y yo me iba ya a largar, cuando mamá (cuidado que le cargan a uno) dijo que teníamos que tomarnos un baño antes de la cena. Son las manías de ella al venir del Colegio. Como si hubiera que desinfectarnos. Y luego, vístete otra vez, porque papá ni hablar de que te presentes a cenar en bata. ¡Ah!, y el peine, que te lo tiene que pasar la chacha, uno de esos de púas apretadas que te rasca la cabeza. O sea que la primera tarde fue bastante fastidiosa.

El examen de conciencia acordamos hacerlo los tres a la vez, porque si no era un lío.

Por la noche me llevó papá al despacho. Abrió un fichero y sacó un carnet calendario. Pasó hojas hasta llegar a una de las Navidades últimas.

—Mira, Ignacio —y me lo alargaba.

Yo lo tomé y vi su letra allí: «Hoy, 5 de enero, Ignacio me ha dado su palabra de honor de aprobar la reválida». Nada más. Cuando levanté los ojos, vino y me tendió la mano.

—¡Cumpliste tu palabra, Iñaki! Tienes que perdonar que alguna vez haya pensado que no lo harías.

Me abrazó. Fue un momento estupendo aquél.

Después de comulgar, que fui y ayudé, pasé, al volver, por la dársena. Estaba allí. Lo reconocí a la primera, porque me sabía de memoria todo lo que flotaba en Marín. Le pegaba el sol de plano y estaba precioso, brillante como porcelana. Yo, verlo y tener que ir a él, fue la misma cosa. Agarré un bote, que estaba atracado a una rampa, y sirgando con el único remo que había allí, me planté al costado del Barlovento, donde amarré. Salté dentro y me ahogaba de emoción, palabra… ¡Aquello superaba todo lo que yo me había imaginado, y ni la foto que yo tenía, te daba la idea verdadera! Estaba todo trabajado, hasta los últimos detalles. La clavazón era toda de cobre; las cornamusas, guías y tensores, de acero inoxidable, me pareció; en los obenques tenía unos oyados, con sus correspondientes guardacabos, para poder amarrar allí la botavara en las empopadas, que así se evita el que trasluche. La bañera pequeñita, y la cubierta seguramente de Canadá, que es superior. En fin, yo iba de detalle en detalle, gozando con cada descubrimiento, por ejemplo el barniz tan formidable que tenía, porque veías la obra muerta y parecía más pulida que un «haiga». Por comentarlo todo con Pancho daba algo. Como ya me pedía el bote un marinero, desde el muelle, me tuve que ir y subí a desayunarme.

Aquella mañana empezó una temporada de felicidad. Fuimos todos a probar el Barlovento, porque prácticamente nadie lo había navegado aún. Papá me dejó patronear a mí, y conmigo de marinero a Cheché, pues, al fin y al cabo, era el amo allí. Mito y Nano, con papá y mamá salían a ver la prueba en el Bebeolas —nos lo regalara en Ferrol tío Germán el ingeniero—; un bote de mucho poder y muy marinero, que con el motor que le trajera tío Ignacio, un «Johnson Sea Horse», fuera de borda, navegaba de miedo; yo le apostaba a papá que, con mar bella, daba los veinte nudos; él decía que no. En seguida me compenetré con el barco nuevo. Salimos a la mitad de la ría con un nordeste casi fresquito, la cuenta para navegar sin compromiso. Papá, que llevaba la caña del Bebeolas, pasaba y repasaba por popa nuestra gritándome órdenes que yo procuraba ejecutar limpiamente. Aquello, además de una prueba de balandro, parecía una prueba del patrón que era yo. Así me hizo virar lo que quiso, por avante y por redondo; ceñir al máximo e izar y arriar la orza, y probar todos los vientos. Él sólo atendía a si flameaba la vela, o si abatía mucho… Mamá, en cambio, todo era ver si nos mojábamos o nos quemaba el sol. A mí, lo que más me impresionó, fue la ventaja del aparejo flexible: el mástil, que no era de abeto noruego como habían dicho, sino de cedro

americano, en la enfogonadura iba con cierta soltura de proa a popa solamente; y en la fogonadura, en cambio, iba completamente en banda, de manera que se podía caer un poco indistintamente hacia babor, estribor, popa o proa. Así, al ir en popa cerrada o en orejas, el foque, que tenía el estay muy suelto, te hacía una gran bolsa y tiraba avante que daba gusto. En cambio, al ceñir, dejaba que el palo cayera hacia popa, al cazar la mayor, y entonces el foque quedaba suficientemente tenso.

Cheché durante todas las maniobras atendió al foque, que no se le podía pedir más. Al fin atracó papá a nuestro costado. Se le veía la satisfacción en los ojos y me tendió la mano. Nos bañamos todos en medio de la ría, menos Cheché, claro… A mamá le di yo una ahogadilla, cogiéndola por detrás, que la tuve bajo el agua casi un minuto. Papá salió a por mí entonces y yo me pegué un sprint como nunca; le costó lo suyo cogerme. Cuando me agarró ya no tenía yo respiración; él me subió a caballo y me llevaba a braza, que nos habíamos alejado bastante. Luego que salimos, mamá me hizo poner el jersey para que no me pelase la espalda. Las piernas no importaban, porque nunca se me queman. Fue una mañana ideal. Sólo faltaban Patri y Karin, las pobres en el Colegio. ¡Quién se acordaba entonces del Colegio!

Comí como un lobo, que no me podía tener. Luego oí música con Cheché. Había unos discos en alemán regalados por fraulein Martha, Cuento de Pedrito y el lobo, de Sergio Prokofiev, que me encantaron. Cheché me traducía las explicaciones que daba el locutor. Me gustó una burrada aquello.

Di una vuelta muy buena con Cheché, por carretera. Menos mal que hay pocas cuestas por los alrededores, porque en cuanto se empinaba la pista, tenía él que esperarme arriba. La moto para Cheché, fue la mejor idea que tuvo papá en su vida.

Dijo mamá:

—Nacho, ya sabes cuánto le gusta a María que sus chicos anden contigo.

Algo de eso lo esperaba yo.

—Hay que preguntar si me gusta a mí andar con ellos, ¿no?

—Mira, hijo, no me empieces a dar guerra. Me ha llamado por teléfono y le he dicho que encantada y que te pueden venir a buscar.

—¡Pero mamá! —le dije moscado—, ¿vienen para andar contigo o conmigo?…

No hubo manera, porque encima me salía con que bien iba yo con el Grumete. Ella, porque son «niños bien», cree que ya está todo. Y Piti, pase, pero Jorge, a ver en qué plan venía y cómo tenía cara.

Se presentaron los dos con Rafa. Yo espiaba a Jorge, pero lo vi como si no

hubiera pasado nada, amabilísimo y la mar de atento y cariñoso. Más tarde pude comprender mejor el porqué de aquella amabilidad que, al principio, me halagó.

Bajamos al pueblo y se nos juntaron otros dos, mayores, de manera que Piti y yo éramos los dos más pequeños. Conmigo todo fueron atenciones, la verdad. Claro que yo me acordaba de Pancho y no los podía comparar. Eso sí, nadie dijo nada inconveniente, ni Jorge.

Bueno, pues toda la semana siguiente fue ideal, porque por las mañanas, era salir a vela con Cheché, para estar bien entrenado en el Barlovento, que el 2 de julio sería la regata de Marín. Ya el domingo aquel, que estaba la ría llena de guardiamarinas, con todo lo que podía flotar en la Escuela, dejamos por popa a algunos que se habían querido aparear con nosotros. Por la tarde era ir con los amigos, pues a Jorge lo encontraba más simpático. Ellos lo más que querían era salir en el Bebeolas, que se lo sacaba yo a papá fácilmente y la gasolina se pagaba a escote. Entonces pescábamos, o íbamos a bañarnos a Samieira o a cualquier otro sitio. Yo me empeñaba en desembarcar, con la disculpa de que no había que mojar el bote; pero, en realidad, porque no quería que se cambiasen a bordo, con lo frescos que son Jorge y Rafa. A mí, la verdad, eso no me gustaba, y menos ciertas bromitas. Para la mar siempre salía ya de casa con el «meyba» puesto y encima un mono de deportes, que es lo más cómodo.

Lo que no podía yo aguantar era el no fumar. Todos lo hacían cuando navegábamos, hasta Piti, que, dicho sea de paso, me parecía a mí que estaba cambiando demasiado; claro que habría que ver lo que influía su hermano.

A Juan Ángel sólo lo veía entonces así, de corrida, por los esfuerzos que estaba haciendo para mantener el número uno de su promoción.

Me disculpé con los amigos para hacer una salida por la tarde con Cheché, luego que saqué a papá permiso para cruzar «la línea». «La línea» era una enfilación imaginaria, hecha por papá en la carta de la ría, cuando me llevó al despacho y me dijo que de ahí no podía pasar a vela. Trazó una recta de P. Candeloiro a P. Festiñanzo. Así cuando yo navegaba hacia la boca de la ría, ya se sabía que en el momento en que me alineaba con ambos sitios, tenía que virar inmediatamente. A mí me hacía mucha ilusión salir más lejos y ahora tenía permiso para hacerlo.

Cheché se había puesto loco de contento cuando se lo dije. Claro que yo escogí muy bien el momento de pedírselo a papá, que fue después que él habló por teléfono con el Colegio y tenía que tener buenas noticias sobre mí, aunque aún no hubieran llegado las notas. Mamá nos preparó una cesta como para ir de crucero.

Teníamos otra vez nordeste, que para la ida nos venía colosal. Zarpamos, navegando a buena marcha desde el principio. No hablábamos mucho, pero yo me sentía satisfecho llevándolo conmigo allí. Desde el timón lo veía que se había sentado sobre cubierta, apoyado en el palo y con las rodillas encogidas y abrazadas, vestido con un mono azul suelto como el mío, que quién podía pensar entonces que no fuera un chico como los demás. Fondeamos cerca de Sangenjo y como a veinte brazas de la playa. Yo me fui al agua de cabeza inmediatamente. Le hice todos los estilos que quiso y pasé y repasé bajo la quilla. Hice todo, menos bucear a resistencia, que lo pone nervioso a él. Cuando subí a bordo, merendamos. Yo, como un bruto; él poco. Al volver, el viento nos había saltado y lo llevábamos a la cuadra, amurados a babor. Era la hora que más me gusta a mí, el atardecer. El sol, rasando ya por la Punta de Cabicastro; una visibilidad de vértigo y los colores como recién lavados; el agua tomando casi tonos de rosa, y luego una paz que te empapa todo. Entonces quiso Cheché que rezáramos el rosario, porque aunque lo rezábamos en casa todas noches, él rezaba uno «extra» por las misiones. Yo por las mañanas o al mediodía era incapaz de ponerme a rezar así, por sport, pero al atardecer, rezar a la Virgen, a mí me era tirado. En esa hora parece que se siente la pureza de las cosas. Terminamos de rezar al cruzar por delante de la Punta del Batel; entonces cantamos con toda el alma, primero Estrella de los mares, y por fin, él solo, entonó para mí, porque sabía que me gustaba, que ni se lo pedí:

Cuando pensó que te fuches,

negra sombra que m’asombras,

o pe d’os meus cabezales…

tornas facéndome mofa…

Cantaba lentamente, mirando al cielo, así apoyado en el mástil, y parecía vibrar el aire todo con la voz de él…

… si cantan, es tí que cantas;

si choran, es tí que choras;

y es o marmurio d’o río,

y es á noite, y es á aurora…

Cuando terminó la última estrofa, quedamos los dos callados. A ninguna otra canción le echaba él tanto matiz como a ésta; a pesar de lo despacio que nos deslizábamos por haber ido cayendo el viento, se llenó el silencio con el siseo del agua que acariciaba el casco.

Fondeamos en la dársena casi oscuro ya. Papá estaba en el muelle. Subimos a casa y después de cenar quiso hablar conmigo.

—Iñaki —dijo—, ¿no piensas hacerte un plan de vida para las vacaciones?

Es una cosa que me mata.

—Perdona, papá, pero eso no me va a mí. Si tú lo quieres de todos modos, creo que lo haría; pero de veras, no me va.

Contestó como esperaba, que si no, ¡menudo compromiso!

—No, yo no te obligo… Puede haber cierto orden sin ponerlo oficialmente por escrito.

Como yo me callaba, siguió él:

—Francamente, ¿qué tal esos amigos?

Ya no quería yo que me los quitaran, porque lo pasaba bien y no iba a andar solo tampoco.

—Pues… claro que no son como Pancho, pero me entretengo con ellos.

Así no dije nada de sus indirectas y tal, en conversaciones; que algo había de ello, sobre todo cuando íbamos en el bote.

—Además —añadí—, ahora comulgo todos los días, así que figúrate.

Esto pareció tranquilizarle mucho, porque dijo:

—No, si estoy contento, no creas.

Luego hablamos de la venida de Pancho para las regatas y de mi ida a La Coruña. Dijo que iríamos, también, como siempre, a pasar una temporada a Salinas con la abuela. A mí Salinas me gustaba por los amigos que tenía allí; pero lo que más por estar con Karin, que pasaba casi todo el verano en la misma casa de la abuela.

Cuando nos íbamos a acostar, y antes de que subiera Mito, se me acercó Cheché estando yo sentado en mi escritorio.

—Iñaki, ¿quieres guardarme esto con llave tú? —me alargaba una cartera.

—¿Tienes secretos ahí?

Se puso una pizca de colorado.

—Tengo cosas que no quiero que me las vean y no hay un sitio donde guardarlas.

Yo estaba de broma.

—Pero si me las das a mí, a lo mejor te lo miro todo…

—Bueno, no me importa. ¡Tú es distinto!

Me desarmó.

—Hala, mételo aquí, que lo tienes más seguro que en el Banco de España —y se lo guardé con mis cosas. Era una cartera bastante usada y bien repleta.

Me puse a escribir al Padre. Yo le ponía allí: «Desde hace unos días me entran unas ganas de fumar imponentes; es enorme; así que haga el favor de levantarme la palabra que le di, porque no aguanto. Conteste pronto a esto».

Yo, con una semana, era fantástico lo negro que me había puesto y le ganaba a Mito, que se apostaba conmigo y allí se vio, que comparamos y dónde quedaba. Me hacía con la uña así en la piel, sobre todo en las piernas, y quedaba una rayita blanca como un hilo.

Aquel domingo ya fue gloria despertar. Vino mamá (qué milagro verla de pie antes que nosotros), y decía que había llamado tía Luchy, que si queríamos ir a Vigo, que había un circo muy bueno y que tenía entradas. ¡Qué preguntas! Además había que recoger a Patri y a Karin al pasar por Placeres. Estaba yo luego en misa y aproveché para avisar a los amigos que no contasen conmigo, porque me iba al circo, y les expliqué. Ya vi que les entraba una gana bárbara de ir y Jorge hablaba de pedir permiso.

A las once salimos los tres, con Falo y la chacha, que no podía faltar; no me importaba después de todo, porque yo hacía lo que quería con ella. Al decirle a Juan Ángel si deseaba algo, contestó:

—¡Qué suerte tienes, «polilla»!

—Y ¿no le digo nada a ella?

—Que venga para el día dos; si no, me tiro al mar…

—Te advierto —le dije— que a Patri, un suicidio por ella, le encantaría.

Me quería matar él.

En Placeres yo deseaba entrar para ver aquel antro de niñas, pero no te dejan pasar de la puerta; en cambio, si ellas van al Colegio, entran hasta el último rincón.

En Vigo fuimos primero a casa y luego Patri quiso que yo las acompañara al club, a dar una vuelta y saludar a las amigas. Lo vi venir, porque entre las amigas apareció en seguida la dichosa de Limia. La ilusa de ella ya me dijo que bailaríamos los dos. Yo le contesté que imposible, que tenía reuma. ¡Fijarse; en eso estaba pensando yo! Entonces me acordé de Falo, que nos había bajado al club en el coche, y salí para mandarlo a misa, que todavía andaba hereje. Luego me vino la Providencia en forma de Héctor, que cayó como un rayo en medio de la pandilla y, tras un breve saludo, me invitaba a jugar con él al ping pong. Como alguna iba a protestar, dijo él muy serio:

—Tenéis que perdonar, pero no nos dejan en casa andar con chicas…

¡Él que las conocía a todas y todo el día andaba con ellas!…

Le dije a Patri lo de Juan Ángel, y ella muy suplicante me decía:

—¡Iñaki, tú se lo sacarás a mamá!

Fue en la comida. Se lo pedí yo a tía Luchy.

—Tienes que dejarlas, tía, porque voy a ganar yo las regatas.

—¡Ay, Nacho! —replicaba ella muy cariñosa—. Si yo, encantada; pero, figúrate, es que tengo un compromiso aquí ese día.

—Bueno, pues van ellas; si es preciso mandamos nosotros el coche.

—Pero, hombre, ¿cómo las voy a dejar solas?

—No, tía, solas no; porque Pancho y yo somos alguien, creo.

—Desde luego, desde luego…

Yo me tiraba a fondo.

—Además, tú misma debías ir; es una regata capital y van tripulaciones de Vigo, La Coruña, Ferrol y Villagarcía…

No daba el brazo a torcer tía Luchy. Patri, por otra parte, no ayudaba nada, pues tenía miedo a que se levantara la sospecha de que lo pedía por Juan Ángel. Entonces Karin, muy oportuna, y que lo haría por Patri, seguro, dijo:

—Mamá, a mí me haría mucha ilusión.

Al oírlo le empezaron a reír los ojos a Patri, que es cuando hay que temer, y exclamó:

—¿Cómo va a ganar Ignacio si no le va Karin, mamá?

Cría cuervos…, pensé yo; pero a tía Luchy le hizo gracia la salida, y echándome a mí el pelo para atrás, dijo que sí, que irían.

—Pero por ti, ¿eh?, que conste —me decía.

Patri la estaba gozando; pero la patada que le metí por debajo de la mesa, no se la quitó nadie.

Al tenis, que lo habíamos planeado, no pudimos jugar. Hacía un calor brutal. Hasta el Júpiter se había ido a fondear al medio de la ría, con todos los toldos echados, para refrescar lo posible.

Las entradas que nos dio tía Luchy eran estupendísimas, de pista, en primera fila. Yo me alegré, pero lo que son las cosas, luego hubiera preferido ir con los golfos a la última, allá arriba.

Nos llevó Falo, pues quedaba lejos para Cheché desde la Gran Vía. Yo, al

entrar, no sospechaba nada. ¡Cómo iba a sospechar! Mito me apuntó hacia arriba y vi en las filas más altas a Jorge y Rafa, los de Marín, que me hacían señas.

El circo era bueno, la verdad, pero a mí ya me empezó a fastidiar cuando vi a la trapecista, la más joven, que había varias. No lo digo por lo que hacía, que ya estoy acostumbrado a andar yo por las tablas de jarcia; sino por la manera de ir vestida. Siguieron muchos números estupendos, que no los describo, porque no hay nadie que no sepa lo que es una función de circo. Lo peor, lo peor para mí… ¡la muerte, vamos!, vino con el número de las patinadoras. A mí me interesó una barbaridad, porque hacían maravillas sobre los patines y yo me fijaba lo que más para los pies, con lo que a mí me gusta patinar, y pensaba si yo hiciera cosas así en la pista del Colegio. Eran inglesas, según lo anunciaron, y vestían unas medias de seda hasta arriba y esa faldita de vuelo que se ponen siempre para patinar las mujeres. Fijarse qué tranquilo estaría yo viendo aquello que me interesaba, cuando sale al medio de la pista un señor de frac, porque ellas no sabían hablar castellano, y pide un muchacho voluntario que lo necesitaban para hacer algo. Nadie bajaba y la gente todo era volverse unos a otros. De las chicas había una muy joven que me pareció: rubia y alta; ésta miraba mucho para las localidades de pista. Yo entonces lo adiviné; me lo dio el corazón, que latió más fuerte. Ella ya se fijaba en mí —¿por qué, señor?—, rodó hacia nosotros sonriendo. Yo la vi al instante inclinarse hacia mí y decía: Please. Ya el perfume de ella me envolvía, una sensación vaga, así tan cerca. ¡Hay que ver lo que es eso! Todo el mundo miraba y ya venía el señor de frac, también. Me levanté y me encontré en medio de la pista; las patinadoras me sonreían, todas más altas que yo sobre las ruedas, y el público aplaudía idiotamente. Yo, nervioso, me andaba en el nudo de la corbata y me estiraba los puños. Lo que pasó entonces ya no lo puedo explicar. ¡Fue un vértigo! Me vi agarrado, suspendido, y empecé a ir por el aire… Creo que llegó un momento en que giraba yo como una bandera, atenazado sólo por las muñecas. ¡Lo que sería aquello! Todo daba vueltas, cada vez más de prisa, hasta no ver más que un borrón y más y más. Cerré los ojos. Me zumbaban los oídos y la cosa no se terminaba nunca. De pronto sentí una presión en los pies. Miro y me encuentro en el suelo, sostenido por dos chicas de aquéllas. Había una ovación tremenda. A mí me indicaban mi localidad, que la vi muy bien a Patri deshaciéndose de risa. Ya quise yo ir para allá; pero apenas fui a andar, era que se me inclinaba la pista, como que se me subía a las manos. Me daba cuenta cómo se partía de risa todo el mundo. Comprendí que estaba mareado y era la primera vez en mi vida. Ya se me pasaba, cuando me cogió la rubia aquella y me llevaba casi abrazado, que no era para tanto, en dirección a mi butaca. Otra vez me envolvía el perfume aquel y algo que entonces no precisaba qué era. Al llegar al sitio, que todavía aplaudía todo el mundo y yo debía de ir con cara de susto, va ella y con mucho estilo, ¡zas! me planta el

gran beso. Sentí perfectamente aquella palpitante proximidad y la cálida presión de sus labios; pero en aquel momento todo lo ahogaba la vergüenza que me empapó. Redoblaban los aplausos mientras ella volvía al centro a saludar. Yo, coloradísimo, ¡a ver quién es el guapo! me dejé caer en el sitio, verdaderamente turbado. Mito y Patri se caían de risa. No sabía si indignarme o qué. Ni entendía lo que me pasaba por dentro. Karin me frotaba la cara con un pañuelito, mientras yo miraba fijo a la rubia aquella y sentía que la indignación cedía ante algo distinto y nuevo. Creo que hasta fui brusco con Karin al apartarle la mano. Ella, que fue la única que no se río allí, dijo muy sencillamente:

—Es que tienes pintura, hombre.

Todo lo que siguió luego no me interesó nada. No sé si Karin notaría algo, porque estaba seria y no habló.

En la cena, Mito y Patri le contaron todo a tía Luchy, hasta lo del beso; y con gran juerga, de la gracia que les había hecho. Yo no hablé casi. Tenía ganas de estar solo. Lo malo fue que luego, en cama, no me dormía y todo era darle vueltas a aquella escena. Volví a sentir de una manera tremendamente vívida el mismo perfume aquel y todas las sensaciones que había experimentado allí. Luego fue el soñar, y siempre con las patinadoras que me besaban. Total, que me levanté muy cansado y algo inquieto. Mas total, que no fui a comulgar. Fue no apetecerme lo que se dice nada. Me tomé una ducha, pero templada, que no me hizo efecto alguno. Bajé en pijama y me puse a desayunar yo solo. Entonces entró Karin, vestida que venía de la iglesia ya. Se puso conmigo a la mesa. Me miró ella no sé cómo, desde lo más profundo de los ojos. Sentí que me notaba algo y quise dar una explicación.

—Dormí pésimo —dije.

—¡Tú, Nacho, lo tomas todo a pechos!

Me seguía mirando y comprendí que trataba de lo del día anterior.

—Fue una bobada —añadió.

No sé si se refería a la vergüenza mía, o caía en la cuenta de que había algo más. Lo que le dije me salió muy espontáneo y sin pensar:

—Oye, Karin, tú tienes que rezar mucho por mí este verano.

—Todos los días comulgo en parte por ti.

Lo decía con una sinceridad, con una suavidad, que me hacía bien. Y añadió:

—Por cierto que creí que tú, congregante, lo harías todos los días…

—Si voy siempre casi —me apresuré a consignar.

—Pues quita el casi, porque si no lo dejarás cuando más lo necesites.

—Lo quitaré, pero tú pide mucho mucho…

No dijo nada. En aquel momento sentí yo lástima de mí mismo, porque sabe Dios, con lo que era yo. Esa serenidad y dominio que ella tenía, era lo que me hacía falta a mí como la luz al ojo.

Me arreglé y salimos para Marín. Teníamos que pasar al lado mismo del Colegio. Cheché insinuó entrar a visitar a los Padres; le di un tirón de la manga y dije que no, que teníamos que llegar temprano a casa. Mito ni pío. La verdad es que yo había ido a Vigo con la ilusión de que estaría con el Padre, pero se me habían quitado todas las ganas. ¡Qué cosa! ¡Cómo cambia uno en pocas horas! Es que me daba cuenta de que el Padre, nada más verme, me iba a calar, y no tenía ganas de entrar en explicaciones.

Aquella tarde vinieron los amigos a buscarme y salimos en el Bebeolas para el gran baño, que seguía el calor. Ya en cuanto estuvimos solos, todo era felicitarme a mí, con grandes risas y aspavientos, por lo del circo, que como lo habían visto Jorge y Rafa, ya lo sabía todo el mundo en Marín. Yo, haciéndome el hombre, me reía también y hasta dije que aquella rubia era fenómeno. Jorge, según íbamos avante, venga preguntar que yo qué había sentido. Al principio me creía que se refería a las vueltas, pero el tío de él se refería a lo otro. La verdad es que aquello empezaba a fastidiarme enormemente, pero yo no iba a ser siempre, también, el niño de a bordo, porque hasta Piti se ponía a tono con todos. Total, que se dijeron muchas cosas y que me hacía un lío por dentro, de pensar si era pecado, si yo hacía mal, si qué sé yo… Piti fumaba uno tras otro, cosa que antes nunca lo había hecho. Yo fue lo único bueno de aquella tarde, que estar lo estuve a punto, pero no fumé.

Pues así es la vida; la semana anterior feliz, y ésta de puros nervios, que incluso me lo notaban en casa, a pesar de mis esfuerzos por disimular ya que temía preguntas indiscretas. Comulgué algo, pero hasta eso se me hizo cuesta arriba. ¡A ver!, no sabes si puedes o no puedes… y si vas a un cura, cómo se lo explicas, si tú mismo no te entiendes; y entonces, si comulgas, malo, porque te viene la duda, y si no comulgas, peor, porque te hundes. ¡Hay que ver lo burro que fui de pasar por el lado del Colegio y no entrar a ver al Padre! Me creía yo que me iba a bastar: sí, ya se estaba viendo. ¡Todo me estaba bien empleado!

El miércoles recibí la esperada carta del Padre. Él no podía sospechar cómo estaba, claro. Me decía noblemente que la palabra que le había dado era únicamente para el curso y, por tanto, estaba libre de ella. Yo, bobo de mí, ya no me acordaba.

Mamá se enteró de que me bañaba por las tardes, y con el miedo que tiene a mi delgadez, me lo prohibió, cerrándose en banda, y sin atender a razones.

¡Qué tendrá que ver un baño de impresión! Desde entonces, al ir a salir después de comer, tenía que ir donde ella para que me revisara, a ver si llevaba el traje de baño debajo de la ropa puesto. ¡Qué ingenua es mamá! Y se quedaba tan tranquila… Yo iba a mi cuarto y por la ventana salía antes que yo un bañador que me esperaba hecho una bolita en el jardín.

Por fin llegaron las notas de los niños. Yo venía de la mar con Cheché, que lo traía a caballo. También esta vez esperaba papá y salió a la puerta de fuera. Descolgué al peque, sonriendo, porque leía todo en la cara de papá.

Luego abrazamos los dos a Cheché, que, encima del sobresaliente que ya tenía, le mandaban ahora la matrícula de honor. Por Mito, que aún estaba fuera, preferí no preguntar. Malo tenía que estar.

Cuando bajamos Cheché y yo de vestirnos arriba, estaba Mito contra la ventana del comedor, mirando para afuera y con los labios para silbar, pero a mí no me la dio. Ya sabía algo por mamá, aunque papá no le había dicho nada.

Busqué por allí las notas de Mito, pero ésas no las había soltado papá.

En la comida nadie habló con Guillermo. Papá hablaba alegremente con nosotros, pero a él no le dirigía la palabra. Mito jugaba con el tenedor mirando al mantel, pero ya sabía yo lo que se oculta tras esa indiferencia.

Cuando nos levantamos de la mesa, papá se lo llevó al despacho. A mí me daba pena. Debió apretarle mucho. Yo estaba a la mira. Duró bastante tiempo y por fin se abrió la puerta para dar paso a papá, que salió para la Escuela. Como él no daba señales de vida, entré yo al despacho. Estaba sentado con los brazos sobre la mesa y la cabeza entre ellos. En seguida lo noté; no se oía nada, pero el cuerpo se lo recorrían unas sacudidas tremendas. Hubiera dado algo por consolarlo, que quien tiene experiencia sabe lo que son tales momentos. Pero yo, qué iba a hacer, porque no lo iba a acariciar como a una nena, bueno era él; me largaba una puntera. Lo que hice fue cerrar por dentro, porque no tenía por qué enterarse nadie de que él estaba llorando por las notas. Luego me senté allí cerca a ver una revista, pero atendiendo para él, sin aparentarlo. Palabra que hubiera querido saber hacer algo por animarlo. Él no me había mirado, aunque sobradamente me tenía que haber sentido allí; pero seguía sin levantar cabeza y venga a hipar y sacudirse todo. Oí voces de la chacha que llamaba: «¡Guillermo!». No contesté y él menos, claro. Aporreó ella la puerta, «como en mis tiempos», pensaba yo. La oí que decía: «Ay qué demonio de rapás» y se iba. Pero a poco era mamá la que llamaba.

—¡Guillermo, Guillermo!… ¡Mito, abre!…

—Hombre, mamá —contesté yo—, ¡déjanos en paz!

—¿Qué hacéis? —inquirió ella.

—¡Hablar! —mentí yo.

Aquí levantó él la cabeza con unos ojos ya rojos de llorar.

—¿Por qué dices eso?

En realidad aún no habíamos hablado una palabra.

—Bobo, ¿quieres que se entere toda la casa de que estás llorando?

Había asombro en la cara con que me miraba.

—Luego salimos —concluí— y nadie se entera.

Escondió la cabeza otra vez, pero ya sin sacudidas. Pasó otro rato y volvió a brindarme aquella cara de crío desvalido.

—Oye, ¿tú crees que me van a encerrar mucho?

Yo sentencié como hombre de experiencia:

—Menos de lo que parece, pero te aconsejo, para estos días, sumisión —me acordé de Pancho, para añadir—: Ya comprenderás: mucho viento, poca vela.

Hubiera querido saber decirle entonces lo que diría el Padre, pero con un hermano es dificilísimo.

—¿No vas a decir que lloré tanto?

A él le da mucha rabia que se sepa que llora.

—¡No seas imbécil!; entonces, ¿para que cerré?

—¿Se me nota?

Parecía una Magdalena.

—Te lavas un poco y ya está.

Le abrí y fue a salir. Titubeó un poco y por fin se volvió a mí que estaba en la puerta. Aquella cara un poco inclinada y mirando hacia arriba para alcanzar mis ojos, tan infantil que ni Cheché era nueva para mí. Sólo dijo:

—Gracias.

—Bah, no es nada —y lo empujé para que saliera.

La cosa no daba más de sí. Para mí fue una distracción de otras preocupaciones mías, porque las únicas horas que tenía entonces, lo que se dice buenas, eran las de la mañana con Cheché. En cuanto izaba las velas, se acababa para mí el resto del mundo. Siempre lo dije yo. A mí la mar me purifica. La pandilla, en cambio, era mi trastorno; pero entonces ya no quería yo escapar de ellos como una niña. Había que curtirse un poco también,

pensaba yo, aunque no sabía si era eso una disculpa o una razón. Y luego, de noche, dábamos una vuelta por Marín a ver chicas, cosa que yo antes jamás. La verdad es que entre una cosa y otra y con el trastorno que me había hecho lo del circo, que ¡cuidado que me anduvo escarbando el cerebro tiempo y tiempo!, yo parecía cambiar, y hacía cosas, que si antes las viera en otro, le llamaría imbécil a ése.

Me decidí a escribir al Padre.

Marín, veintiocho de junio.

Mi querido Padre:

Le escribo dos letras porque no aguanto más.

Muchas gracias por la suya. Ahora fumo, pero no se vaya a creer que mucho. Además lo del fumar me tiene sin cuidado. En casa hay discusiones por eso con mamá.

A mí por un lado me entran y por otro me salen.

Pero es que yo ahora no sé qué pasa. Hasta la fecha no ha pasado nada, al menos me lo parece a mí; pero a mí antes me era sencillo lo que ahora me parece difícil; no sé qué me pasa, pero es otra cosa.

Lo cierto es que fui a un circo y allí pasaron cosas que yo no iba a buscar, pero pasaron. De aquélla me vinieron unas tentaciones que mucho me escarbaron en la cabeza, y, cuando me acuerdo, me escarban más.

También tengo unos amigos en Marín que, a veces, me son una preocupación. Pero, por otra parte, no voy a andar con las monjas de Placeres, ¿verdad, Padre?

Ahora me estoy preparando para la regata que tengo el domingo y viene Pancho. Usted lea la Prensa del lunes, ¡ya verá! ¡Si no salgo yo allí no me hable más!

Volviendo a lo de antes; mucho le tengo que contar de todo, porque por mi boca salen palabras y por mi oído se oyen cosas… y así Padre…

No sé lo que pasará. Yo me figuro que nada. Usted, por de pronto, acuérdese un poco más de mí, porque, si no, me voy a convertir en «buena persona», con la particularidad de que si yo me paso a la otra banda; será dificilísimo que vuelva. Usted ya me entiende, ¿no?

Padre, lo que yo no hago aquí lo tiene que hacer usted ahí, así que a ver cómo se arregla; que conste que se lo digo en serio.

En resumen de mí, que estoy raro. Estoy… cómo diría yo… ¡Estoy fastidiado, vaya!

Pida por mí, con mucho cariño,

IGNACIO

Llegó el viernes que yo botaba de impaciencia ya. Pensaba ir a Pontevedra a recoger a Pancho y María Celia; pero antes lo que vino fue una carta, precisamente de Pancho. ¡Vaya, hombre!

Querido Nacho:

Tengo a mamá en cama con un achuchón de esos que le dan al corazón. Fue un susto tremendo. Yo estaba en la mar, pero María Celia, que estaba al lado de mamá, creyó que se moría. Me dijo el médico, porque yo era el mayor que había en casa, como comprenderás, después que pasó las primeras horas, que por ahora no era cosa especial; pero yo estoy preocupado. Mamá dice que vaya contigo para las regatas, que se queda María Celia con ella; pero, la verdad, no sé si debo yo dejarla sola. Estoy hecho trizas, porque sentiría una enormidad perder las regatas. Por otra parte, dejar a mamá, no sé si lo debo hacer. Ya ves ahora lo que es no tener padre. También me mata fastidiarte a ti. Llámame y dime lo que te parece.

Te abraza fuerte,

PANCHO.

¡Era lo que a mí me faltaba! ¿Y con quién navegaba yo ahora?… porque él, por descontado, no debía venir. Lo primero que hice fue llamarlo inmediatamente y decirle que no quería ni verlo por aquí. Insistía él algo. Le dije que ni hablar. Lo primero es lo primero.

Mucho pensé yo durante aquel día, a ver quién iba a sustituir a Pancho. Estando a bordo, en la dársena, que fui a repasar todos los detalles, me vino una idea luminosa, pero la deseché como algo descabellado. Sin embargo, al subir para casa seguía dándole vueltas a aquello, porque de ser, sería algo soberbio.

Después de comer cogí a papá a un lado. Le conté lo de Pancho.

—Y ahora, ya ves, estoy sin marinero.

—¿Por qué no invitas a Mito?

Era el primer escollo tenla que sortear.

—¡Huy, papá, ni hablar! Todo sería reñir. Además, dejábamos solo a Nano, que va con él en el Anduriña II.

Pensaba papá y dijo él mismo:

—Cheché no puede ir, ya sabes que no lo consiente mamá.

Yo esperaba para lanzar mi idea.

—Te puedo dar un alumno de confianza…

—Pero yo necesito plena libertad para patronear a mi gusto, y eso, con un alumno, no es plan.

Aquí, papá ya no tenía qué proponer, porque él no podía participar, que estaba en el Jurado. Entonces yo se lo dije como sin darle mucha importancia.

—¿Sabes, papá, lo que se me ocurre?

—Tú dirás.

—Invitar a Karin.

—¿Invitar a Karin?

—Sí, invitarla, ¿por qué no?

—Pero, hombre, ¿cómo vas a ir tú con una chica si todo son tripulaciones masculinas?

—¡Karin —afirmé decidido— hace lo que haga cualquier chico!

—¿Y el Jurado?

—¿Qué le importa al Jurado?… Si fuera al revés, chico en vez de chica, todavía, pero así… Se le explica el fallo de Pancho y ya está.

Aún no estaban atados todos los cabos.

—Pero ¿y ella?, ¿crees tú que se va a prestar a una cosa tan llamativa?

Yo adopté un aire de seguridad, que no tenía, para responder:

—¡De eso me encargo yo!

—Bueno, tú verás —concedió por fin—; de todos modos, si falla, cuenta con un alumno de confianza.

Yo sólo deseaba ya que pasara aquel día y me llegara Karin, aunque iba a ser un sustazo para ella.

JULIO

Nada más comer, que antes me había sido imposible, aproveché la aparición de Juan Ángel por casa, para sacar a Karin al jardín. Todo estaba aún secreto entre papá y yo, pero convenía ya ganar tiempo, estando en víspera como estábamos.

Le expliqué todo lo de Pancho y cómo no podía venir.

—¡Fíjate qué compromiso —le dije—, ahora me encuentro solo, cuando faltan horas ya!

—Pero, alguien habrá que pueda ir contigo —dijo ella, inocentemente.

—¿Alguien?… No hay más que un proel que me convenga.

—¿Quién?

—¿Tú?

—¿Yo?…

Puso tal cara de susto, que temí casi.

—Sí, Karin, tú. ¡Sólo contigo me arreglaría ahora!

—Pero, Iñaki —me cogía por los hombros— ¡cada día estás más loco!

—¡No veo por qué! —dije un poco molesto.

—¿No ves por qué?… Nunca fui en una regata; no conozco la maniobra; no tengo ropa a propósito aquí… y sobre todo la gente, ¿qué iba a decir al verme aparecer a mí, sola entre hombres?

Yo, con el ímpetu que me caracteriza cuando estoy apasionado, le disparé mi rollo:

—Si nunca saliste, sales mañana por primera vez; la maniobra la sé yo y basta para ganar; la ropa te la encuentro yo en diez minutos; la gente, por mí, que se tire al mar. ¿Hay más dificultades?…

—Tú nunca ves obstáculos, Ignacio —hablaba seria—; pero, francamente, creo que no debo…

La interrumpí como un salvaje.

—¡Está bien! ¡No debes! ¡Déjalo! —se me agolpaba toda la amargura de aquello y de todos los demás contratiempos de la semana—. ¡Qué más da! Me iré por ahí a cualquier monte a reventar pensando; o con los amigos de aquí a oír porquerías. ¡Total todo es un asco!… Además, ¿qué te supongo yo?

Aún me duele recordar lo injusto que fui aquella tarde. Escuchó ella imperturbable, mis palabras atropelladas. Cuando yo di aquella media vuelta brusca para marcharme, y apenas había andado cuatro pasos, sonó su voz:

—¡Ignacio!

Me paré sin volverme y fue ella la que se puso delante.

—Embarcaré contigo.

Lo dijo con sencillez; había una sinceridad tan grande en sus ojos grises, que inmediatamente me avergoncé allí mismo y me arrepentí por dentro hasta despreciarme. Eché a andar para la dársena sin decir palabra, de humillado que me sentía, y ella venía a mi lado, sin que yo se lo pidiera. Desatraqué un bote, al que saltó conmigo; todo en silencio. Cuando transbordamos al Barlovento, según estaba agachado, asegurando el bote, le dije:

—¿Estás enfadada, Karin?

Aún no la miraba yo, cuando dijo muy natural:

—¡Déjate de bobadas, que hay mucho que aprender!

Me volví, ya más valiente, y mirándola, pregunté:

—¿Me perdonas?…

Fue ella la que desvió la mirada al decir:

—Si piensas seguir echando tonterías por la boca, me iré.

Entonces empecé a explicarle lo que me interesaba para el día siguiente, que era, sobre todo, el manejo del foque y poco más. Había ya por allí muchísimos barcos de fuera; algunos bien conocidos míos, otros no. Luego fuimos, remando yo en una gamela, a pasar revista a todos. Los había preciosos. A mí el que me encantó fue uno de Vigo, que se llamaba Avispau y me pareció superior, sobre todo por lo cuidadísimo que estaba. También se notaban los preparativos por todas partes y cada vez más gente de fuera por el muelle. Yo tenía un continuo cosquilleo en el mismo estómago. Karin para entonces, ya estaba emocionada y venga a hacerme preguntas.

Cuando fuimos a casa, que era algo tarde ya, vino el lío de la ropa. Mamá había salido con Patri. Ni siquiera estaba Cheché. Tanto mejor, pensé yo. Subimos a mi cuarto y revolviendo, saqué yo un pantalón blanco largo mío, de los de marinero que tengo para el verano y uso yo siempre en las regatas; saqué también el jersey azul nuevo de cuello alto.

—Entra en el cuarto de baño y te pones esto a ver.

Yo, a toda velocidad, me cambié allí mismo, poniéndome otro pantalón igual y también jersey azul de cuello. Abrió ella la puerta del cuarto de baño y nos quedamos como bobos mirándonos. Ella a mí, porque no sabía que yo me iba a vestir, mientras lo hacía por su parte. Yo a ella, porque estaba lo que se dice superior. Parecía talmente como Pancho, o mejor, como yo mismo, a no ser el pelo largo que le caía por detrás. Nos juntamos ante el espejo y parecíamos de uniforme, iguales además en estatura, que estábamos entonces. Nos reímos bastante. Luego se encerró ella otra vez y nos volvimos a cambiar al mismo tiempo.

Aquella tarde tenía yo olvidados todos mis apuros y cosas desagradables que me habían venido con los amigos y después del circo aquel.

En la cena dimos a todos la noticia. Patri se emocionó y dijo que apostaría por nosotros. Mito se puso en plan de «ironía demoledora», como el libro de Literatura. Lo que él sostenía era que a nosotros, a Karin y a mí, nos ganarían él y Nano. Yo dije que si ganábamos, habría que poner en la Prensa de esta forma: «El balandro del señor Javier de Ichaso, tripulado por la pareja Schröeder-Ichaso…». Papá la esperanza la tenía puesta en mí y, después de cenar, me estuvo dando consejos bárbaros sobre un croquis que hizo él de la situación de las balizas.

Aquella noche estaba tan nervioso yo, que me desperté varias veces de los respingos que daba, que me estiraba de repente, poniéndome tenso de la cabeza a los pies; y con un calor, que la ropa se fue a paseo y aun el pijama parecía una escafandra, siendo de seda.

Fuimos a misa muy temprano, Karin, Mito y yo. Comulgamos los tres. Cuando luego de desayunarnos, fuimos todos a vestirnos, salió Karin y tuvo un éxito loco. Yo dije que era un modelo mío. Mamá comentó que la hacía muy mona. Patri le ofrecía una gran pipa de papá: «Fume usted, mi contramaestre», decía.

Había que ver la cantidad de gente y coches que se iban juntando de todas partes, y el ministro que estaba para llegar. Cuando Karin y yo aparecimos por la Escuela, así vestidos, todo el mundo nos miraba, y hasta extranjeros que había, y éstos con más descaro, pero todos con simpatía. A Karin le dije:

—Tú no hagas caso. Ya te lo tengo dicho. ¡Que se tiren al mar!

Vino Juan Ángel, corriendo, que él tripulada el Aldebarán, también con Elósegui, o sea que eran enemigos de cuidado. Estaba vestido como nosotros, sólo que llevaba las letras de la Escuela: E N M, y luego la gorra. Hizo ponerse algo colorada a Karin, que no suele mucho, de, tan bien que la encontraba. Le dije yo:

—Juan Ángel, supongo que ya habréis renunciado los de la Escuela ¿no?

—¡Ca, hombre!, hoy no hay quien quite el triunfo a la Escuela. ¡Es cuestión de honor para nosotros!

—Lo siento, ¿verdad Karin?

Nos reímos los tres.

Como todo llega, llegó la hora también aquel día.

El recorrido era triangular y pasaban de treinta los balandros de todos los colores que se disponían para tomar la salida; todos de la clase snipe. Lo

último que me dijo papá, cuando nos despidió, ya en la rampa, que íbamos a embarcar, fue esto:

—Tenéis viento fresco del Noroeste —treinta millas por hora, pensé yo—. ¡Hala Iñaki, a ver ese instinto marinero!

Teníamos que salir en ceñida. Cualquiera que haya pasado por esto, sabe ya de la emoción de los cinco minutos que hay entre el primer cañonazo y el segundo, que es ya para entrar en faena. Si uno ve que no llega a tiempo a la línea, los minutos, que son cinco, se transforman en uno, y miras cien veces el reloj, viendo que no hay remedio, y que los otros se te adelantan. Pero si, al contrario, tomas la salida demasiado justa y quizá tienes que recorrer algo la línea para que no te manden repetirla, entonces los minutos te son siglos y venga a mirar al Jurado, que te parece que nunca disparan el segundo cañonazo.

Todos los balandros tomaron la salida normalmente y amurados a estribor. Nosotros, por esos nerviosismos de última hora, salimos un poco atrasados, pero con la ventaja de llevar, de salida, gran barlovento sobre los demás, que este detalle nos había de favorecer lo suyo en la primera parte. Yo, en cuanto me vi ya en franquía, me templé como me pasa siempre, que me viene la serenidad y se me pone el alma toda en la faena. Veía a Karin delante de mí, un poco encorvada; íbamos andando mucho nosotros y el viento le hacía flotar el pelo. Con la marcha que llevábamos, nos manteníamos bien en el pelotón, que algunos ya se les iba notando el retraso, estorbados por los cuatro o cinco primeros que les tapaban el viento de proa. Esto a nosotros no nos pasaba por ir más a barlovento que nadie. Pronto empezaron los balandros a virar uno a uno, todos a sotavento nuestro y quedaban entonces amurados a babor. Viéndolo yo, seguí firme en el rumbo que traía, con amura de estribor, porque así, los que ya habían virado, tenían que dejamos paso a nosotros. Aguanté un poco para ganar ahora de nuevo el barlovento de los demás y viré casi a su altura. Karin iba pendiente de cualquier palabra mía y ejecutaba lo necesario con esa intuición suya, como si no fuera aquélla la primera vez que se encontraba en tal situación. No hablábamos más que lo indispensable. Siguió esa lucha de los barcos que van en ceñida, pugnando por remontar una baliza. A cada momento se oía gritar: «¡Paso! ¡Que voy amurado a estribor!». Yo aprovechaba al máximo la ventaja inicial, apurando las bordadas para mantenerme lo más posible a barlovento de los demás. Después de una serie de ripiquetes, tomamos la segunda baliza tres balandros casi juntos. Primero Aldebarán, que iba haciendo una regata estupenda; segundo, nosotros, que en la ceñida hicimos mucho mejor proa que la mayoría; tercero y pegadito por popa, Avispau de Vigo, como me temía, y bien patroneado que iba. Yo icé rápidamente la orza y entramos los tres por el mismo orden en la empopada. Dejé timón y escota a Karin, mientras montaba el tangón en el foque para ir en

orejas, porque ya preveía que se avecinaba lo más duro de la lucha, entre los tres que nos habíamos destacado. Allí se vio cómo trabajaba el aparejo flexible. Se nos hinchaban las velas como balones y la arrancada era tan buena, que empezamos a despegar, poco a poco, hasta quedar en cabeza seguidos muy de cerca por los otros dos. Así íbamos volando hacia la tercera baliza. Al principio intentaron pasarnos quitándonos el viento por popa. Yo lo veía a Elósegui, que es un veterano en estas mañas, y los del Avispau le colaboraban para quitarnos de en medio a nosotros, por lo pronto. El foque nuestro empezó casi a no trabajar y yo estaba negro.

—¡Reza, Karin! —dije—, y fueron las primeras palabras que pronuncié, fuera de las necesarias para la maniobra.

Al perder viento nosotros, ya nos iban a pasar; pero unas veces porque venían por barlovento y les orzábamos, no dejándoles camino; otras porque al separarse nos arrancábamos más, lo cierto es que continuábamos delante. Hubo momentos en que me moría, con la proa de alguno de ellos a la altura de los obenques y sin poder hacer nada. Lo más temible era la competencia de Elósegui y Juan Ángel, porque querían ganar a todo trance para la Escuela y lo intentaban todo, cruzándose por popa nuestra, bien a babor, bien a estribor, que no nos los despegábamos de encima, aunque no nos pasaban. Yo, de la tensión, ya entonces sentía la boca seca y la garganta acartonada y lo mismo lo adivinaba en Karin, sólo verle la cara.

Así caímos los tres, como tiburones, sobre la tercera baliza, sin haber tenido un minuto de descanso en aquella lucha. La virada la hicimos casi juntos todos, sobre estribor. Allí fue donde falló el Avispau, que no sé lo que pudo pasarle, con la buena regata que llevaba; pero lo vi que se quedaba atrás con las velas flameando y aunque luego se rehízo, ya, sólo con eso, dejó de ser enemigo para el primer puesto. Aldebarán y nosotros nos colocamos a un largo. Arrié rápidamente la mitad de la orza, sacando el tangón y largando las escotas lo más posible. A todo esto me ayudaba Karin como el mejor esclavo del mundo.

Estábamos en el último tramo y ya se podía decir que el primer puesto nos lo disputábamos dos barcos. El paquete, que luchaba a popa, no podía tener esperanzas de alcanzarnos.

La emoción de aquellas últimas maniobras fue insuperable. Elósegui habilísimamente, hay que reconocerlo, se nos metió por sotavento andando muy bien, y luego nos orzaba de miedo, hasta hacernos ver su estampa de popa, cosa que me desesperaba a mí. Habíamos orzado tanto ya los dos, que casi íbamos a entrar de empopada. Aquéllos fueron los momentos decisivos de una lucha que se había sostenido tensa, desde el primer momento, sin un respiro.

—¡Karin! ¡Arriba la orza! —dije secamente.

—¿Ganaremos, Iñaki?

—¡Ahora o nunca! ¡Tú reza!

Luego me dijo ella que me brillaban los ojos salvajemente.

Largué la escota más aún. Nuestras velas trabajaban en toda la superficie, sin la más leve arruga. Empezábamos a ganar ventaja visiblemente, pero pulgada a pulgada… ¡Desesperante! La tensión era tan tremenda, que sentía yo todos mis miembros como cuerdas de arpa. La línea de llegada se veía cada vez más cerca, pero ya estábamos en forma que ellos no podían maniobrar lícitamente y sólo seguir su proa. Se oía perfectamente a la gente y a todos los de la Escuela emocionados con aquella pugna. Me di cuenta de no ir siquiera sentado, sino en el aire, por la voluntad tan grande que me rebosaba de ir avante. No puedo describir la llegada. Sólo sé que en aquella angustia espantosa, de pronto tronó un cañonazo que me sacudió de arriba abajo; que me vi en pie; que la gente aplaudía; que allí cerca, del Aldebarán, nos gritaban: «Enhorabuena, polillas». Juan Ángel y Elósegui, muy deportivamente, y aún a toda marcha, saludaban con las gorras, sonriéndonos… Entonces… ¡habíamos ganado!

Sé que solté timón y escota; que la vi a Karin de pie a mi lado, sonriendo feliz; que la gente toda nos enfocaba; y que yo, sin pensar en más, abrí los brazos y allí mismo, que nos íbamos al garete, le di un abrazo con toda el alma, un abrazo interminable y la besaba en los cabellos; tan feliz, que ya era por de más. Entonces ella, suavemente, me apartó de sí.

—Pero, Nacho, ¡mira!…

Toda la gente, y bien cerca, se reía a placer, mientras nos aplaudía.

—¡Qué se tiren al mar, Karin! —grité yo vibrante todo.

Aproé para el sitio del Jurado. Cuando desembarcamos, todo el mundo nos felicitaba y aplaudía con una simpatía bárbara. Se ve que lo de Karin les había hecho gracia. Ella iba junto a mí, bastante colorada. Yo también, creo; pero de la excitación sólo, lo puedo jurar.

La cogí de la mano a Karin y tiré con ella para la presidencia. Papá se adelantó a nuestro encuentro. Allí, en público, nos dio la mano, como oficialmente, pero me decía por lo bajo:

—¡Magnífica regata, Iñaki, «polilla»…!

El «polilla», era la primera vez que me lo llamaba, que otras veces se enfadaba, y me apretaba la mano como nunca. Nos llevó delante del ministro y demás autoridades. ¡Una de felicitaciones! El ministro me dijo:

—La Marina se siente orgullosa de este futuro oficial —y me retenía la mano entre las suyas.

¡Luego que dijera papá si yo era despreciable como aspirante!

Lleno de emoción y cuadrado como un marinero, le di las gracias. A Karin la besó en la frente y le dijo:

—Conocí a tu padre, ¿eh?… ¡Aquello era un marino!

Mientras hablaba, el director le ofrecía la gran copa, que luego él puso en mis manos, y yo, inmediatamente, en las de Karin, que no quería, pero ahí me desquitaba yo de todos los partidos de tenis que había perdido ella conmigo.

Nos quitamos de delante para dar paso a los que iban viniendo. ¡Era una lluvia de felicitaciones! Patri me cayó encima con un abrazo exageradísimo. Cuando me libré de ella, nos cercaba ya un tumulto bárbaro. Era la horda de los alumnos. Lo comprendí todo, porque reclamaban al patrón. Todo fue un relámpago. Me vi llevar por los aires, tumbado. Alguien me quitaba el reloj de la muñeca y sentí unas manos nerviosas que entraban y salían en los bolsillos del pantalón. Luego fue verme volar… Me habían tirado al agua, según su costumbre, como si yo fuera ya de la Escuela. Lo primero, cuando volví a respirar fue apartarme los pelos que me cegaban y mirar alrededor, pero a Karin la habían respetado. Di unas brazadas y salí como una esponja y pegándoseme la ropa, pero feliz.

¡Qué mañana aquélla! Tuve que ir inmediatamente a casa, para cambiarme, y me metí en la ducha por calmar un poco los nervios y la excitación. ¡Era divino! Aún estaba bajo el fresco chorro, cuando me aporreaban la puerta. «Un momento», grité; me puse el albornoz, sin secarme siquiera, y abrí. Era Cheché. Me saltó encima y lo abracé yo, hasta hacerle gritar. Estaba radiante. Lo tiré sobre la cama y peleamos un poco. Lo suficiente para mojar todo aquello. ¡Qué cosa! ¡Cómo me olvidé de todo, y lo tranquilo que estaba yo sin sospechar lo que se me venía encima! ¡Pobre de mí!

Aquella noche fui con Karin y Patri a merodear cerca del Casino de Alumnos, donde había una fiesta enorme, y nosotros, habiendo ganado, no podíamos ir porque era de etiqueta.

Juan Ángel, que ya estaba en el ajo, salió entonces y nos sentamos los cuatro junto al pañol de señales. Era una noche de cromo la que hacía. Luego empezaron a salir parejas y tuvimos que ahuecar. ¡Fue un gran día aquél!

El lunes vinieron a casa todos los amigos para felicitarme. Era después de comer y seguía lloviendo. Así fue que nos quedamos allí, hasta la hora del cine. También hubo alguna bromita, por el abrazo dichoso, y decían que yo era el tío de la suerte, y qué había que hacer para pasar por lo mismo y otras

bobadas; pero yo no les hacía caso. Les enseñé mis libros, muchas «fotos», revistas, etc. Luego Jorge sacó unas postales de un sobre y bromeaban de ellas, pero sin enseñarlas. Yo pregunté:

—Pero bueno, ¿qué son?

Jorge, que las tenía bien agarradas, contestó:

—Son unas postales algo superior.

—Pues a verlas —dije, que era lo lógico.

—¡Ay amigo! ¡No las puede ver cualquiera así como así!

Me vino una sospecha y le inquirí abiertamente:

—¿Son malas?

En aquel momento estaba dispuesto a armar un escándalo.

—¡Qué va! —contestó—. Si no tienen nada de particular…

—Bueno, ¡no me fastidiéis!, déjamelas ver entonces.

—Eres demasiado pequeño —dijo, y escondía las manos atrás.

Yo veía que Piti se reía y me dirigí a él.

—¿Las viste tú?

—Yo sí —dijo con cierto orgullo, pero poniéndose un poco colorado.

Me estaba fastidiando de tal manera aquello, que aunque a mí ya era curiosidad, sólo curiosidad, ¡palabra!, lo que me comía, no insistí más y no las vi.

—¡Bah! —dije mintiendo—, no me interesan en absoluto.

En aquel momento entró mamá para ver si queríamos merendar y todos se quedaron cortadísimos, que eso lo noté perfectamente. Mamá se creería que era por ella, pero ya sería algo por lo otro. Luego la merienda estuvo bien, que Rafa contó detalles muy buenos del Marín en los partidos de Regional, que él va.

Más tarde, en el cine, estuve entretenido. También al salir paseamos con chicas, así así. Total, que volví a casa otra vez inquieto y raro aquella noche. Pero lo peor fue después de cenar, al ir a escribir en el diario. Era tarde, que ya se habían acostado Cheché y Mito. Subí la tapa y, como si tuviera imán, allá se me fue la mirada. ¡El sobrecito con las postales! ¡Allí estaba! «Se olvidarían», pensé yo; pero ya empezaba dentro de mí una lucha atroz. La cosa era entre ver aquello o no. Nunca me había visto yo en una indecisión así; y luego con tanta excitación, que me puse como no se sabe de nervios. No sé cómo fue

aquella victoria; cerré de golpe y me zambullí en la cama. Al principio todo iba bien; recé y todo, sin apresurarme; pero luego, sí, sí; me venía todo menos sueño. Cuando llevaría dadas así como doscientas vueltas, comprendí que no me dormía. Las postales estaban allí. Jorge había dicho que no tenían nada de particular, pero que yo era demasiado pequeño ¿y Piti? ¿No era Piti como yo y más infeliz que yo, si era por eso?… ¿Qué podía haber allí? La curiosidad de saber me mataba a mí. Toda la casa dormía ya y Cheché y Mito, allí cerca, se les oía la respiración con un ritmo de remero. Y yo, al lado, en aquella batalla. Si hubiera destruido las postales al verlas en el sobre…, pero ahora estaban allí. Pensé quemarlas; pero si me levantaba, si iba allí, las vería de seguro. Lo que es, pecar, pecar, no quería de ningún modo, y para más con el voto que tenía; pero, por otro lado, ¿qué pecado iba a ser, ver lo que era aquello? Lo que me pasaba no lo entendía nadie; porque yo sufría y, sin embargo, aquella posibilidad emocionante de ir y mirar era una angustia nada desagradable. Daba la una y media, cuando me senté en la cama con la cabeza como un bombo de lotería. Entonces me dije desesperado: «¡Tengo que ver qué es eso; así no puedo estar!». Allí sobre la mesa de noche, estaba la medalla y en aquel momento ni se me ocurrió mirarla. Fui a oscuras y descalzo hasta la mesa. Muy despacito, para no hacer ruido; descorrí la tapa. En medio de aquella oscuridad, saqué las postales y las palpé, como queriendo adivinar; las fui poniendo boca arriba sobre la carpeta, bajo la lamparita apagada. Yo estaba nervioso de miedo y al llevar la mano a la luz, me estremecía. Creo que sería para darme valor al decirme a mí mismo: «¡Qué bobo eres, pareces una niña talmente!». Encendí.

Será una bobada, pero hay cosas, que aunque luego vengan encima otros recuerdos mucho más impresionantes, y vaya si vinieron, se te quedan grabadas para siempre. Por lo menos a mí me pasa eso. ¡Toda la vida recordaré el estremecimiento que me punzó, hasta la médula, cuando vi las postales aquellas! ¡Fue horrible verlo! ¡Y cómo me entró por los ojos! ¡Parece mentira lo poco que vi para ellos y lo mucho que se me grabaron! ¡Sobre todo una! Porque fue ver y sí, quedar como atontado con los ojos de par en par: pero la reacción, que vino como un rayo, consistió en apagar de nuevo la luz, y así a oscuras, es cuando me horroricé de haberlo visto. Y lo más grave es que lo seguía viendo allí, en las tinieblas, clavado como estaba. Entonces vino el frotarme los ojos; el llamarme lo peor; el retorcerme, vamos…; porque pensaba yo si habría perdido algo irreparable. Me fui hacia la cama; caí de rodillas y allí fue hartarme de llorar; allí el besar la medalla de congregante. ¡Qué cosa! ¡Todo por el desgraciado aquel de Jorge!, y ya todo se mezclaba, lo del circo y qué se yo. No sé el tiempo que llevaría así, cuando sentí un brazo por encima de mi hombro. Era Cheché, que se había despertado y estaba muerto de susto.

—¿Qué te pasa, Iñaki? —le temblaba la voz.

Yo estaba tan solo, que aunque él no podía entender nada de lo mío, me consolaba tenerlo al lado. Como él se angustiaba, le expliqué:

—No llores tú, Cheché si esto no es nada, bobo. Es que no me dormía y me dio por estar triste, pero ya pasó, ¿no ves?

Ya entonces me dominé algo.

—Ten cuidado, no se vaya a despertar Mito —le dije, y tomándolo en brazos, lo eché en su cama.

En seguida lo que hice fue que me acerqué a la mesa con la linterna; agarré todo aquello, sin mirar nada, y me metí en el cuarto de baño; allí fue la hoguera. Volví como si aquel fuego me hubiera purificado; me eché al cuello la medalla y por fin me dormí.

Comulgar, no comulgué al día siguiente; pero ya en la ducha tenía una decisión bárbara de romper con ellos, mientras me restregaba el cuerpo con una esponja áspera; tanto que al bajar la vista, me vi la piel colorada de aquel frote más enérgico de lo necesario. Levanté la cara y aquella catarata fría que al empaparme de pies a cabeza me entonaba y hasta parecía purificarme.

Aquel día fue cuando Mito y Nano empezaron a rajar mucho, que yo había ganado gracias al barco. Era como para romper la cara a uno. Lo que decía el bobo de Mito era que la copa, no a mí, sino al Barlovento era a quien se la habían dado. Lo que él estaba ganando con aquello era un tortazo.

Por la tarde convidé a mamá a que saliera con Cheché y conmigo. Fue un milagro que ella no tuviera plan y aceptara venir con nosotros, pero así me libraba yo, por lo pronto, de Jorge y comparsa. La chacha se encargó de darles el recado por teléfono; pero al día siguiente ya tomaría yo una decisión.

Lo pasamos bien los tres y hubo baño. Fuimos a motor hasta la playa cerca de Bueu, donde fondeamos, así como a doscientos metros de la ribera. Cheché se puso a leer a bordo, mientras mamá y yo nadábamos hacia la costa. Salimos a tierra para descansar y nos sentamos en la arena, que no había nadie por allí. Mamá, con ir todos los días a la playa, ya antes de terminar nosotros el curso, no estaba más negra que yo; lo que pasaba es que lucía mucho por ser blanco el maillot. Era una ocasión bárbara y le procuré sacar la conversación sobre el Padre, cuando no era jesuita. Ella me contó mucho de cuando pequeños; las excursiones que hacían. ¡Ah!, y bien se bañaban por la tarde de contrabando, que de eso tomé nota. Así es mamá, no me deja a mí bañar cuando voy con los amigos y va y me cuenta lo que hacían en Salinas de pequeños. También habló del Club y de las cenas americanas que había y de los bailes de disfraces, que con el tiempo que pasó (hay que fijarse que todavía no había nacido yo), se acuerda de cada disfraz, y el del Padre, de bandido, me hizo reventar de risa, que me revolcaba por la arena, y ella decía. «¡Pero hombre, si estaba

fantástico!». Yo, que iba a lo mío le pregunté por el verano aquel, después que él ingresó. Ella miró a lo lejos y sólo contestó: «Aquel verano fue ideal… ¡un sueño!». Guardó silencio y no me atreví a preguntar más.

Volvimos nadando, a un tren formidable, y yo llegué muerto al Bebeolas. Ni para subir me quedaban fuerzas. Eso sí, me desquité en la merienda que siguió.

Con todo aquello me distraje bastante de lo demás, aunque en el fondo, la inquietud, o la sombra de ella, no se había ido.

El miércoles me dieron la respuesta del Padre. Me encerré para leerla a gusto. Desde luego me ayudó un horror. Yo, si no es por el Padre, me moría. Decía que serenidad; claro que él no sabía todo y cómo estaban las cosas. Me proponía ir con él y algunos externos a una excursión que hacían a La Guardia, donde había pruebas internacionales de remo. En seguida, pensé sacar el permiso para ir; no tanto por la excursión como por hablar con él; porque esto, el hablar, lo necesitaba yo mucho. También me daba mucha vergüenza que supiera él todos los líos en que me había metido, que de eso él no tenía ni idea, aunque decía suponerlo.

Cuando hable con papá de ir, me dijo que siendo con el Padre, que no había inconveniente. Así le escribí unas líneas que van aquí.

Marín, 6 de agosto.

Queridísimo Padre:

Muchas gracias por su carta, que me ha hecho un bien grande. ¡Mucho más de lo que se puede imaginar usted!

Ahora son dos líneas nada más, no se enfade; es que hablaremos los dos. Voy a la excursión, pero conste que no voy por gozar, sino por lo que necesito hablar con usted. Ha de ir preparándose para tener mucha paciencia y a lo mejor lo voy a desengañar, tanto como tiene hecho por mí.

Sepa que me da mucha vergüenza ir junto a usted. Padre, según le escribo esto, me están saliendo las lágrimas, que no las puedo evitar.

Bueno, ya sabrá todo cuando vaya.

Recuerdos para los amigos de ahí y usted reciba todo lo que quiera de este pobre chico, que tiene una de tragedias,

IGNACIO.

P. D. Supongo que se habrá tomado la molestia de ver en el periódico quién gano las regatas; no es por nada.

Invadido de murria, es como andaba yo aquel día y con la quemazón de lo

de aquellas postales, que, a ratos, hasta me venía un pensamiento de decir por qué no las miraría más.

Cuando volví de echar la carta y comprar tabaco, fue el cogerme por sorpresa. Entro en casa y me encuentro a Piti y Rafa con mamá. No tuve tiempo ni a pensar lo que debía hacer cuando mamá ya decía:

—Vais a pescar, Nacho; ya tenéis permiso.

¡Figurarse qué iba a hacer yo! ¡Me vi copado! Subí al cuarto y me eché la medalla al bolsillo. Fuimos por el bote y se nos unieron los demás. También Jorge. ¡No debía haber ido! Eso pensaba yo; pero cómo hacer comprender a mamá, si ella no veía más que por si doña María es amiga de casa y si el marido es un santo y qué se yo. Lo que hice fue que me enfrasqué en la faena, sin hablar apenas más que lo indispensable. A Jorge procuraba no dirigirle la palabra. No sé si se darían cuenta de mi actitud, pero nadie dijo nada de esas cosas.

Cuando atracamos de vuelta y todos iban saliendo, yo me entretuve un poco en levantar el motor, que lo dejo siempre en el fondo del bote para que venga luego un marinero a recogerlo. Así fue como pudo Jorge quedarse solo conmigo. Estaba yo agachado, depositando el motor, cuando él dijo:

—¿Qué, te gustaron las postales?

No podía ver el coraje que me subía a mí a la cara, porque la tenía contra el suelo aún. O sea, que él me las había dejado allí con toda intención…

Deposité cuidadosamente el motor sobre las tablas. Entonces él hizo lo que le perdió, porque pasó dos bancas y quedó a un palmo de mí, al tiempo que decía:

—¡Menudo banquete te diste!, ¿eh?

Era ya demasiado aquello. Tal como yo estaba, me arranqué como un toro, metiéndole la cabeza por la barriga. ¡Un cabezazo brutal! El bote escoró, claro; y él tropezando con la borda, se fue al agua limpiamente, vestido y todo. De un salto, desembarqué y me adelanté a los otros, que ya se iban sin haber visto nada. Luego me volví de lejos, para ver la risa de todos, cuando vieron aparecer a Jorge como una sopa. Creerían que se había caído. «Será mayor que yo —pensé—, pero lo que es, si piensa abusar de mí, va de lado».

En casa no había nadie más que las muchachas. Por cierto que la chacha tenía carta del Grumete. Qué bien me hubiera venido entonces, pero no volvería a Marín hasta septiembre. Sacando a Pancho, nadie había para ir con él como el Grumete. Nadie, digo, entre los chicos, claro, porque con Karin se podía ir a cualquier parte.

Cheché me contó que había visto pasar por el pueblo a Jorge, todo mojado,

y que se había puesto rojo.

—Lo tiré yo —dije escuetamente.

—¿Que lo tiraste?

Había que ver la cara de Cheché, porque era una comedia cómo reflejaba todo, y entonces era de sorpresa la que ponía.

—Sí, lo tiré al agua en la dársena.

—Pero ¿por qué?

—Hace tiempo que lo merecía —y añadí—: Mira, eso de los amigos es una cosa capital. Cuando seas mayor ya te lo explicaré.

Se quedó pensativo y dijo mirándome luego:

—Oye, Iñaki, ¿lo de la otra noche tenía que ver algo?…

Lo interrumpí poniéndole las manos sobre los hombros.

—Lo de la otra noche es un secreto que nadie debe saber. Tú eres el único que no me importaba que me viera, ¿comprendes?

Hizo que sí con la cabeza y nunca volvió a sacar aquello.

Mito aún seguía la mar de molesto con el tema de que él también ganaría la regata si hubiera patroneado el Barlovento. Era en la cena.

—Si el Barlovento te iba solo, hombre, no lo niegues —decía.

—Sí, iba solo cuando Elósegui me orzaba y cuando el Avispau me quitaba el viento por popa, ¿no?

—Lo que tenían que quitarte es el cuento tan grande que tienes.

Yo ya me calentaba.

—¡Mira guapo; en la mar, ni con el Anduriña, ni con el Barlovento, me ves tú otra cosa que la popa!

—¡Ay que no!…

Tuvo que intervenir papá, porque de allí a las manos no había más que el canto de un papel de fumar; pero se la guardé para el cuarto.

Según nos desnudábamos, le dije:

—Tú rajas mucho, Guillermo, pero esto se arregla fácil.

Debió pensar que era cuestión de puños lo que iba a proponer, porque dejó sobre la cama la chaqueta del pijama, que ya la tenía en la mano, para preguntar:

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando gustes te voy a una regata, tú con el Barlovento y yo con el barco que quieras, y allí lo vemos, con la escota en la mano, quién es quién.

Él aceptó inmediatamente y ya quería ponerlo para el domingo, pero como yo iba a Vigo a la excursión, quedamos para el martes, y ya quería, a medio vestir, ir al teléfono para avisar a Nano.

—No seas animal, hombre —le intercepté el paso—, ¿quieres que sepa toda la casa el plan y nos lo echen abajo?

Luego expliqué que Cheché iría conmigo de proel y si se enteraba mamá de que íbamos de regata, no lo dejaba. Convinimos en el secreto los tres, porque Cheché no hizo más que escucharnos y haría lo que yo dijera.

Todos, cada cual por su parte, sentirnos el gozo de aquel proyecto. Nadie nos podía decir, a mí sobre todo, a donde íbamos.

El sábado, en la cena, mamá empezó a inquirir que qué me pasaba con los amigos, que María le preguntaba. Yo me cerré en banda desde el principio. Mamá no debía de tener ni idea de lo difícil que es conservarse uno así; además estaba visto que ella juzgaba de los hijos por sus padres, y qué tendrá que ver. Yo sólo dije esto:

—Tengo mis razones para no ir con ellos.

No quería decir más, pero mamá venga a pincharme ayudada por Mito (¿Qué se le perdería al niño en mis asuntos?). Todo, hasta que papá dijo que me dejaran en paz. Supuse que para entender ciertas cosas habría que ser hombre. Luego me llamó para ultimar la excursión. Al fin va y se me planta, levantándome la cara para verme los ojos.

—Oye, Iñaki, ¿eso de los amigos es un caprichito tuyo?

—No, papá… —titubeé un poco—, me hacen mal.

Ya para decir esto me había puesto colorado. Él disimuló como que no lo veía y dijo soltándome la cara:

—Está bien, te comprendo. Obra con libertad.

Tampoco aquella noche me dejaron en paz los pensamientos.

A las siete y media salíamos Falo y yo para Vigo, con un cuatro plazas de la Escuela, porque el nuestro era demasiado para mí solo, según papá. Un buen rato del camino llevaba yo el volante, que Falo para eso siempre fue bárbaro, si estamos solos los dos. A mí el encuentro con el Padre me daba cierta vergüenza, después de las cartas. También sentía que no encontraba en Vigo a tía Luchy y las niñas, pues habían ido para Salinas ya. Cuando entramos en el

Colegio, salían de misa un grupo de externos en plan de excursión. Al bajarme yo, que no lo pude evitar, me cogieron en hombros. Según me llevaban, apareció el Padre, la mar de sonriente, que me traía una sorpresa, porque se echó a un lado y detrás de él estaba escondido nada menos que Pancho. ¡Qué abrazo le di, madre mía! ¡Con lo negras que las había pasado yo! En aquel abrazo me vengaba yo de ciertas amistades. El Padre se reía al ver mi ímpetu y nos hizo chocar las cabezotas, una contra la otra. Héctor gritaba: «Carambola, Padre». Le besé la mano al Padre y él me dijo al oído: «Arreglaremos todo eso, soldadito de plomo». Esto porque él me había llamado a mí muchas veces miles Christi, soldado de Cristo, y cuando daba un bandazo, me decía que era de plomo solamente, de juguete.

Salimos todos en una camioneta Fiat, bastante birriosa, pero mucho más divertida que un autobús. Nos hacía un día de tarjeta postal. Los chóferes del Colegio pisan que da gusto, y para más que nosotros gritábamos: «¡Alabí!, ¡alabá!, ¡alabín bon va!… ¡Nolo! ¡Nolo!, ¡velo ci da!». ¡Aquello era vida! Yo iba ya como en pleno curso y como si nada hubiera pasado. Bayona, había que verla lo bonita que estaba y con aquella concha que tiene que parecer un gallinero de botes y mucha gente de mar, que es lo que a mí me gusta; se veían chicos como yo, que todos andaban ya a la mar, que eso es lo normal allí. Al pasar por bajo los cañones de cabo Silleiro, me compadecí de ellos, porque yo, con un crucero, moviéndome por el mar, y ellos fondeados allí, los desmontaba en tres minutos, me pareció. Este pensamiento lo dije en alto y Julio, que el padre es coronel, dice:

—¡Bueno, hombre, bueno! ¡A ti sí que te hundían ellos; en cambio a ellos tú no!

—¡Ay, que no, chaval! —repliqué rápidamente—. ¡Los hundía debajo de tierra, que es peor!

Yo siempre preferí lo doble ahogarme, por ejemplo, a que me enterrara un cañonazo. Y cuando me muera, que me echen a la mar, con un rizón a los pies, antes que enterrarme para cebar gusanos, ¡la verdad!

Por La Guardia cruzamos de largo para el Pasaje, que es a la orilla del Miño. Era la casa de los Ejercicios. ¡Dónde quedaban ya los pobres Ejercicios! Embarcamos en el San Antonio, Pancho y yo con el Padre y otros doce. Los demás en un bote de la Marina, con un marinero y el padre Olmo. Subía la marea y soplaba SO., me pareció, por la posición del sol y la hora. El Padre patroneaba y yo le fui un grumete ideal, cazando a proa y luego izando una vela guardesa grande, con una verga larga en pico. El Padre entendía, eso ya lo sabía yo, pero gobernaba con infinitas precauciones. Allí se oía el petardeo que se traían los portugueses. Desde luego, el Miño estaba ideal. Antes de llegar a una isla que se llama Canosa y es internacional, ya el Padre nos dejó

cambiarnos con los albornoces y así aparecimos todos en traje de baño, Pancho y yo más negros que nadie. Entramos por el Tamuje, que es un afluente que tienes que ir a remo bajo un túnel de follaje. Es como la selva virgen. Al llegar al remanso del molino, fondeamos, para el baño y la comida. Estaba aquello de película. El baño me gustó, porque era el agua de mar, con la marea alta que estaba. Pancho mojado el cuerpo del agua, parecía hecho de caoba. No hubo forma de que el Padre se bañase. En la comida a mí me convidaba Héctor. ¡Qué bruto embuchando! Lo menos se tragó sus seis manzanas, exclamando: «Ya lo decían los romanos, manzana in corpore sano». El padre Olmo tocó la filarmónica increíblemente; con la de maldiciones que le tenía yo echadas durante el curso. Al acabar la comida le hice una seña a Panchito y nos despistamos por entre la maleza, aunque era un lío, pues te pinchabas, en short que íbamos. Encontramos un rincón formidable para sentarnos y hablar. Le fui contando todo. En lo de las postales, no le dije nada de lo que eran, sino que eran cosas indecentes y él no hizo la menor pregunta y se lo agradecí. Él sostenía que todo aquello me pasaba a mí por ser un fantástico y, esto es muy suyo, porque hacía poco ejercicio; porque la vela es un deporte demasiado cómodo. Según él yo tendría que ir siempre a puro remo y tener una buena pelea al día, por término medio; claro que aquí exageraba adrede. Él todo lo ponía en el fútbol, porque jugaba todas las tardes y llegaba rendido a casa. Pero a mí que no me venga, yo ya le dije que, para mí, la cosa estaba en los amigos lo que más; que si él estuviera conmigo, ya se vería, aunque no jugáramos. Pero entonces sonó el pito y hubo que reunirse con el pelotón.

Bajamos con la marea en dirección a Caminha, del lado de Portugal, donde era la llegada de las regatas que se iban a tener. El Padre nos hizo vestir a todos al acercarnos al pueblo. Hay allí un río ancho que desemboca en el Miño. En la boca misma lo cruza el puente de la carretera con muchos arcos. Unos doscientos metros más adentro, el del ferrocarril. La regata tenía la salida bastante lejos, en el Miño, y luego tenían que entrar bajo el primer puente, dando la batalla decisiva, hasta llegar al otro. A lo largo de aquellos doscientos metros, había sobre el muelle filas y filas de sillas, que ya estaban rebosantes de portuguesiños. Enfrente y a lo largo de las balizas con banderitas, se podían colocar las embarcaciones, formando una paralela al muelle del público. Allí fondeamos nosotros y pronto se llenó la línea con botes de todas clases, portugueses y españoles.

Hubo primero varias pruebas de yolas con tripulaciones de cuatro y ocho remeros. Participaban de varios puertos portugueses, Caminha, Aveiro, Oporto y una tripulación del Náutico de Vigo. Hay que reconocer que remaron superiormente los lusitanos, y la pugna fue sólo entre ellos mismos. Pero para mí y para todo el mundo, el plato fuerte, la lucha, era entre la Marina de guerra portuguesa y la española. Regata tradicional, según decía el Padre. Se trataba

de dos bateles de cuatro remeros y su patrón correspondiente. Salió el comandante de Marina de Tuy, un alférez de navío, en una gran canoa automóvil con la bandera desplegada. ¡Ponía yo la vida por ir con él! Dijeron que iba a dar la salida a las embarcaciones. Efectivamente, se le oyó el disparo y cundió la emoción en la masa del público, ya que no se veía lo que pasaba en el Miño, por taparlo el puente, y estar todo incierto, hasta que hicieran la aparición bajo los arcos, para el sprint final de los doscientos metros. Nosotros, todos de pie, esperábamos ansiosos a ver lo que iba a pasar. Yo, por lo bajo, rezaba para que los marineros nuestros le dieran fuerte. Así fue pasando el tiempo, hasta que un griterío atronador, que se alzó de pronto, nos hizo mirar a todos hacia los oscuros ojos del puente. Por uno de ellos aparecía en aquel momento el bote portugués, viéndose a los remeros hacer el esfuerzo máximo, a un ritmo impecable. Fueron unos segundos de angustia los que transcurrieron mientras veíamos solos a los portugueses; pero a menos de dos largos hicieron la entrada los españoles. ¡Fantástico! Nosotros, al verlos, levantamos a una la voz, de esta forma disciplinada que tenemos ya de costumbre por los partidos del Colegio. Era el «¡España!, ¡ra!; ¡ra!; ¡España!, ¡ra!», en que poníamos toda el alma de nuestros pulmones. A mí me agarrotó la emoción de pies a cabeza. Los portugueses, lo vi en seguida, llevaban muy picada la boga, como afanándose mucho; los nuestros, en cambio, como más serenos, apuraban la remada mucho más poderosamente, tendiéndose hasta atrás. Venían hacia la altura nuestra y los españoles, por la proa que tenían que pasar a menos de seis metros de nosotros. Toda la gente que había allí, que había venido de la ribera española, se unía a nuestras voces; así, mientras los portugueses era tumulto lo que armaban, nuestros gritos se oían perfectamente, como trallazos, y se entendían, que era lo necesario. Como ya había supuesto, al ver la boga que llevaban unos y otros, España ganaba terreno visiblemente. ¡Era una caza tenaz y apasionante! Cuando se acercaban ya a nosotros, pudimos ver el esfuerzo que hacían nuestros marineros, dirigidos por el timonel, que acompañaba el ritmo con todo el tronco, en un balanceo de atrás adelante. Al entrar a la altura nuestra, ya nos desaforábamos gritando: ¡Viva España! y ¡Alma, muchachos!… Lo cierto es que se notó a la vista, cómo le echaron más coraje, que parecía imposible. El remero popel, que iba tirando por su remo como un toro, cuando yo le grité: «¡Hala popel, valiente!», sonrió para mí, lo vi clarísimo; como vi que redoblaba el esfuerzo, estirando para atrás la cabeza. ¡Yo creía morir! ¡Hasta me chocaban las rodillas! ¡Palabra! Es que iban ya apareados y no faltaban veinte metros. Aquellas últimas remadas, poderosas, llenas, de los españoles, fueron definitivas. No llegaría a un largo siquiera, pero se vio limpiamente cómo entraban delante, en medio de nuestro delirio, que ya sólo se gritaba: ¡España! ¡España! Allí fue donde yo no me pude contener; porque vi que los remeros, así que levantaron los remos, se tiraban de cabeza por la borda. Yo no lo sé explicar; como ni supe qué decir

cuando luego me riñó el Padre; lo cierto es que con aquella alegría tan enorme que tenía, ¡me tiré al agua vestido y todo, y con reloj!… Reconozco que fue una burrada y muy molesto quedar así empapado; pero hay cosas que no soy capaz de evitarlas. Tuve que ponerme el albornoz de Héctor y hacer un paquete con toda mi ropa, y así desembarqué en el Pasaje. Lo mío era allí el comentario de los Padres, que se enteraron inmediatamente. Todos íbamos felices, y es que así da gusto, pero es que yo, ¡solo en Marín!…

En Vigo, Pancho se fue a dormir a casa de los tíos, que le veranean allí. Quería llevarme, pero era imposible, con aquel paquete de ropa húmeda y no iba a ir por Vigo en albornoz. Así que me quedé el Colegio. No quise cenar, ya que merendé como un lobo. Fuimos directamente al chalet, pues no quería yo que me vieran los Padres. El Padre vivía solo allí por el verano. ¡Yo no sería capaz! En el dormitorio de la División me arregló la cama que está pegada a su cuarto, pared por medio. Pusimos toda mi ropa a que se secara para el día siguiente y nos sentamos un rato en la terracilla que hay, cara a la ría. Entonces me curó el Padre de muchas cosas. Allí era fácil hablar, tras un día así, de noche y con aquella paz. Le conté todo; pero todo de verdad. Tampoco dije nada de lo que las postales tenían, eso no; pero es que se adelantó él diciéndome que ya se daba cuenta y ahorrándome explicaciones. Casi no me hizo preguntas, y ésas muy concisas. Sólo empezó a hablar en plan, cuando yo me callé.

—Nacho —dijo muy seriamente y con cariño—; hay cosas inevitables. Cuando empieza a amanecer…, aunque la noche haya sido serena y espléndida, tranquila y feliz… aunque el día suponga trabajo inevitable, riesgos, sinsabores… cuando empieza a amanecer, es inútil querer detener la aurora.

Hizo una pausa bastante larga aquí.

—Te estás haciendo a la vela. ¿Cómo quieres que no se estremezca el casco a los primeros golpes de mar? Tampoco te asustes, porque todo eso está previsto. Fuiste un niño, serás un hombre. Pero, por el momento, ya no eres el niño que fuiste y aún no eres el hombre que serás. El desequilibrio es inevitable. ¡Y es tan fácil sufrir mientras dura eso!… Y sufrir sin que las personas mayores se den cuenta, sin que lo comprendan… Mira, tu fisiología, quiero decir, lo funcional, ¿comprendes?, empieza a ser de hombre, en algo muy íntimo y esencial tuyo… y contrasta y choca dolorosamente con una mentalidad todavía infantil en muchas cosas…

Me explicó bastante sobre ese despertar funcional que él decía, cosa que yo la necesitaba mucho; porque antes no me preocupaba nada, ¡pero lo que dice nada! por el cuerpo y cosa así; pero desde haría medio año, ya empecé a fijarme, debido a la evolución tan grande que se da, que es enorme y te llama

la atención ¡vaya que sí!, y no hace falta decir nada más de esto, porque todo el mundo lo tiene que saber, creo yo.

—Pero bueno, estoy divagando, ¿eh? —se cortó él mismo.

—¡Qué va, Padre! ¡Si eso había que decírselo a todos, era mucho mejor!

Pensaba yo que se evitarían muchas conversaciones malas y muchas opiniones estúpidas y otras cosas que me callo. Él habló otro poco y luego concluyó:

—En resumen, que han pasado cosas… y que has sufrido «un poquillo» —recalcó estas dos palabras—. Y ahora pregunto: prudente, ¿lo has sido siempre?… Pues no, chico, la verdad; puro, ¿lo has sido hasta ahora?… —yo escuchaba anhelante—, pues sí, señor; gracias a Dios, así es.

Tras un breve razonamiento, añadió:

—Pero ten en cuenta que la batalla no ha hecho más que empezar. Fíjate en esto. Cuenta allí la Escritura, que estaban los judíos levantando una muralla, en torno a Jerusalén, para defender la Ciudad Santa, ¿no sabes?; por los cuatro horizontes alrededor había pueblos enemigos, acechando el momento de caer sobre ellos. ¿Qué piensas que hacía cada uno de aquellos jóvenes, que tenía que trabajar en la muralla?: Una manu sua faciebat opus, et tenebat galadium, dice el texto sagrado que trabajaban con una mano, teniendo en la otra la espada; o como dice luego, trabajaban ceñida la espada, a mano la lanza y el escudo, a luchar en todo momento. Tú, Ignacio, eres también la ciudad cercada de enemigos; acuérdate de lo que os decía el último día, aquello del mundo cósmico; no tienes más remedio que imitar a los jóvenes israelitas, si quieres vencer: vive tu vida, que ahora es navegar, descansar, divertirte; un quehacer, por cierto, más cómodo que el de la muralla; pero siempre alerta; siempre listo para el ataque que te pueda acechar en cada revuelta, et altera tenebat gladium; no lo olvides, que, cuajo para manejar la espada, para asestar golpes decididos y contundentes, es, quizá, lo único que nunca te ha faltado.

¡Imaginarse cómo iría yo a la cama después de todo esto! Yo que había creído que tendría miedo, cuando el Padre cerrase la puerta de su cuarto, dejándome solo en aquel dormitorio desierto, me desenfundé de mi albornoz y me acosté más templado que el Ecuador.

Por la mañana me confesó y me dio la comunión en la misa que le ayudé. Nos desayunamos juntos y me acompañó hasta la puerta de fuera. Lo último que me dijo, porque a él le gusta sacarme muchas comparaciones de las cosas de mar, fue:

—Y si el viento arrecia y las olas te vienen altas y arboladas, ¡tente firme!, ¡no largues escota!… Sencillamente, respice Steliam, voca Maríam, mira la

Estrella, invoca a María.

Ya sabía que a mí, de las invocaciones a María me gusta la que más: Stella maris.

Pasé a buscar a Pancho y fuimos a la estación, de donde salimos juntos hasta Pontevedra. ¡Yo es que daba un ojo, por tenerlo a Pancho siempre conmigo!

Llegué a casa y me dijo Cheché que Mito y Nano andaban por la ría con el Barlovento entrenando como dos fieras. Yo a él le noté mala cara; me pareció algo; como que me confesó que le había dolido la cabeza, pero que ya le había pasado del todo y que no había dicho nada, pues me dejaba solo y además tenía mucha ilusión. Bajamos a la dársena para ver el Anduriña II, que no lo había tripulado yo nunca aquel verano todavía, aunque conocerlo lo conozco como a mi pellejo. Era por si necesitaba alguna puesta a punto. Sentados allí a bordo, sin movernos del fondeo, le conté muchas cosas de la excursión y lo hice reír hasta doblarse.

En la comida, Mito estuvo hasta provocativo. Si no le zumbé entonces, fue sencillamente porque prefería desquitarme con la escota y el timón en la mano. Había que andar con muchas precauciones, para que no trascendiera que organizábamos una regata así, a vida o muerte y solos, porque nos lo prohibían como dos y dos son cuatro. ¡Si lo sabría yo!

Por la tarde bajamos los tres, con Nano, al malecón y luego al Barrio Industrial, para ponernos de acuerdo sobre el recorrido. Quedamos en que fuera «al viento», o sea ida y vuelta, y empopada nada más, aprovechando las boyas que había fondeadas. Allí mismo les aposté yo veinte pesos a cada uno. A mí me financiaba Cheché, porque yo en la excursión había fundido casi todo el efectivo.

Lo mejor fue por la noche, porque Cheché y yo estábamos entrenadísimos a hablar en clave, que lo hacíamos mil veces a bordo y nos salía a toda velocidad; no consistía más que en poner la última sílaba de cada palabra en primer lugar; pero sabiendo hacerlo como nosotros de prisa, no hay quien te entienda. Estábamos en la cama y Mito se desesperaba. Yo decía, por ejemplo, «Cheché, namaña mosva a dar rapa el lope a toses dos tasidio», y Cheché contestaba, «no los meslla tasidio a los brespo breshom, choNa». Él, Mito, ya se hacía el dormido, pero me juego el cuello que se mordía de rabia de no entender.

¡Todavía me roe en el alma la alegría inconsciente de aquella noche!

Amaneció fantástico el día. Levanté la ventana del cuarto de baño y vi la ría como un espejo, de tersa que estaba; pero al mirar al banquito de nubes, sobre el que asomaba el sol, y el cielo despejado, pero demasiado azul para la

hora que era, calculé que íbamos a tener viento fresco, que era lo que yo quería; pues cuanto más duro se pusiera el viento, más llevaría las de ganar quien marease mejor. Cuando volví al cuarto, ya me recibían a almohadazos pero les dije que había que asegurarse la salida y pararon, no fuera que nos castigasen. Comulgué, y después del desayuno y tal, salimos los tres con toda naturalidad y se nos juntó Nano. Subimos cada dos a bordo de su barco; mucho antes que ellos ya estábamos en franquía Cheché y yo, caminando hacia la boya de salida. Una vez allí, nos pusimos a fachear para esperarles. Ya aquello requirió su arte, pero el viento, como había yo previsto, refrescaba visiblemente. Me encanta a mí sostener quieto el balandro; con todo el trapo desplegado, y aguantarlo, al viento, con el timón. Cheché se encargaba de saltar el foque. Yo iba con el jersey que había estrenado Karin; tenía que darme suerte. No es que hubiera entonces la tensión de aquel día, porque Mito no era Elósegui, por ejemplo, y tantos barcos como había; pero ésa era una regata que yo tenía que ganarla, si quería gozar de paz en adelante. Si la perdía, ¡entonces sí que apañaba!

Cuando ya estaban llegando ellos, le dije yo a Cheché:

—¡Tres Avemarías por el triunfo!

Las rezamos juntos.

—¿Ganaremos, Ignacio?

—Pero ¿dudas tú de ello?

Yo aparentaba mucha seguridad, pero casi sin confesármelo, porque sería dar la razón a Mito, tenía una sombra de miedo; no por la pericia de él sino por la calidad de Barlovento, que ésa nadie la conocía mejor que yo.

Aún dijo Cheché, que estaba muy excitado con la espera:

—Hasta me tiemblan las piernas a mí, Iñaki.

Lo agarré por la cintura, para hacerlo sentar, y temblaba entre mis dedazos. ¡A mí nadie me mete en la cabeza que temblara por otra cosa que por la emoción!

Por fin fachearon ellos un momento al lado nuestro y tomamos de acuerdo la salida, con un pistoletazo de la detonadora de Nano: Vi a Cheché cómo se santiguó, cosa que imité, dando rápidamente la mayor al viento y empujándole a que cazara el foque. El rumbo que había para la baliza tenía el viento tal a fil de roda, y salimos los dos barcos ciñendo, a babor. Ya vi yo cómo arrancaba el Barlovento, pero también nosotros empezamos a andar muy bien y calando la orza entera por lo que iba apretando el viento. Toda la primera parte fue muy indecisa y bastante distanciados, porque Mito y Nano daban unas bordadas que me parecieron cortas y yo las apuraba todo lo posible, sin ir demasiado

forzado de vela, para que vaciasen bien. Hubo un momento en que se notó visiblemente cómo el viento se endurecía; tanto, que parecía aconsejable tomar un rizo a la mayor; pero decidí aguantar a ver. En aquel momento los teníamos a ellos a más de quinientos metros por estribor. También empezaron a estorbar la marcha las olas, que el viento nos traía seguidas, con un continuo chapoteo a proa. Viramos ya para ir en demanda del sitio desde el que podríamos montar directamente la baliza. El viento se iba poniendo tremendo, sobre todo las ráfagas, muy duras, que nos asaltaban intermitentemente. Como escorábamos demasiado, decidí rizar la mayor sin dejar de caminar, porque si la vela no va a tenor del viento, andas peor. Navegando de bolina, la cosa fue sencilla, y con la ayuda de Cheché, todo se hizo rápido y bien. Mito, que no le quitaba yo ojo, viró con intención de montar ya directo. Ahora los rumbos que llevábamos nos acercaban rápidamente. Ellos, que no habían rizado, parecían saltar a cada ráfaga que los acostaba. Aún tuvimos que dejarles paso al cruzarnos, por razón de la amura que llevaban. Mito, al pasar a unos metros por proa nuestra, gritaba:

—¡Podéis abandonar ya!

Fue Cheché el que le contestó:

—¡Me extraña, Mito!

Yo no dije nada porque lo que hacía falta entonces era poner toda el alma en la maniobra. Ellos con el rumbo que navegaban iban francos a montar, me pareció; pero tan ceñidos, que un poco demasiado que abatieran se fastidiaban. Eso sí, si montaban antes que nosotros, poco nos quedaba que hacer. Podíamos haber virado allí mismo para seguirles la estela; pero allí también me lo jugué todo. Seguí otro poco con la misma amura. Debía tener la cara tensa como un pergamino. Cheché miraba esperándolo todo de mi instinto. Ellos no daban ya la popa. Aquella manera de mirarme de Cheché, brillándole los ojos, fue lo que más me animó. Yo atisbaba con toda mi alma el instante justo para virar en las mejores condiciones, porque esa última bordada hacia la boya sería decisiva. Como si mandara un barco grande de cuadro, grité: ¡Listos para virar! Luego, mientras Cheché saltaba la escota del foque, maniobré con el timón para cambiar de amura por avante. Así nos vimos proa a la boya, a popa y a barlovento de los otros y amurados a estribor. Entonces vino lo más duro. Mi plan ya estaba claro. Quería alcanzarlos, meterme por sotavento, entre ellos y la boya, de manera que los barcos se tuvieran que considerar como comprometidos, antes de alcanzar la baliza; entonces ellos, que irían por fuera, me tendrían que dejar sitio y no podrían arribar para taparme. Como nosotros, por haber virado más a barlovento, ceñíamos con más desahogo, la arrancada también era mayor. Las ráfagas se endurecieron entonces más que nunca; tanto, que yo jamás había ido a vela con un viento así. Las veía venir por el color del agua, y, al orzar un poco para no volcar, el timón, que estaba

durísimo, levantaba a popa una rociada de agua de más de dos metros, que parecíamos un destructor. ¡Era emocionante aquello! Como escorábamos de tan alarmante manera, teníamos que colgarnos materialmente por fuera de la obra muerta, y yo llegué a sostener el timón con el pie, que el agua, si no entraba en la bañera, de pura velocidad sería. A las olas, que venían apretadas, la proa, medio de través como íbamos, las pulverizaba; parecía que salía vapor de agua. Lo malo era el ventarrón, que nos rociaba a nosotros con toda aquella polvareda de espuma. Tuvieron ellos que ponerse a rizar también, si no querían dar la vuelta. Con el andar que perdieron en aquella operación, pude meterme por sotavento de ellos, pues con aquel céfiro no había miedo de que nos quitaran viento. Así llegamos a emparejar prácticamente. ¡Hay que ver lo que es el SO en Marín que es el que más mar levanta en la ría! Yo fue entonces cuando pensé, que hasta entonces nada. Quiero decir, que caí en la cuenta de cómo íbamos: porque así por fuera de la regala colgados, veía a Cheché que casi lo envolvía la espuma a ratos. ¡Cuántas veces más tarde me maldije a mí mismo por aquello! Es cierto que hubo un momento en que temí por él, pero me lo debió leer en la cara, que pensaba yo en largar escota, en enderezar el barco aunque perdiéramos, porque me decía con una pasión como nunca:

—¡Iñaki!, ¡por favor, espera, que ya son nuestros!

Lo dijo con tal alma y yo mismo deseaba tanto proseguir aquella lucha feroz, que me olvidé de todo y me enfrasqué en la maniobra. ¡La baliza se venía encima por momentos! Quisieron arribar para fastidiarnos, pero ya le grité yo a Mito que si nos tocaba perdía. Era emocionante ver a los dos barcos acostados sobre sotavento y ganarle al ventarrón aquel, haciendo volar la espuma. No sé cómo fue, pero viramos por redondo rasando la baliza a menos de dos cuartas, ¡cómo suena!, sin tocarla. A ellos, en cambio, al rozar para no abordarnos en el último momento se les acuarteló el foque y no se fueron contra la boya de milagro. De aquella virada tenía que venirnos la victoria. Cheché daba gritos y yo entoné el himno de la Escuela, lo de «ruja amenazas la ola». Estábamos ya en la empopada y aquello era volar. A Nano y Mito no les iba a valer para nada poner la cara de velocidad que ponían. Ya no me quedaba a mí más precaución que procurar no trasluchar, porque con el viento aquel, podía ser fatal un cambio brusco de la botavara. Iba yo con la vista clavada en la caída de popa de la mayor, para orzar al más mínimo temblor sospechoso de la lona. ¡Volábamos! ¡Jamás había corrido yo tanto! Una motora grande que iba hacia Marín como nosotros, nos parecía estar anclada. Todavía Mito y Nano recuperaron algo, pero pudimos nosotros entrar limpiamente, sin mayores contratiempos, y con una alegría sólo comparable a la que te da al terminar los exámenes.

Aún estuvo dura la maniobra para entrar en la dársena, pues te cogía el viento a un descuartelar y embarcábamos agua de firme. Al ganar el saliente

del muelle, ya todo se abonanzó, que parecía un milagro después de aquellas horas de brega. Entonces vimos a Mito y Nano pasarlas de a kilo. Habían virado y el barco se les dormía alarmantemente, a pesar de que orzaban desesperados, pues no los obedecía. Los veía ya volcar y estaba para ir a ayudar lo que pudiera; pero al volver la vista para buscar espacio a la virada, lo que vi fue a Cheché, con una cara, que me dio un vuelco el corazón. Pasada la primera exaltación de los gritos de triunfo, ahora estaba sentado con la cabeza inclinada y blanco como las velas, y lo peor es que lo veía temblar sin necesidad de tocarlo.

—¡Cheché! —dije con toda mi alarma en la voz—. ¿Qué te pasa?

—¡Tengo frío!

¡Si estaba empapado, como yo, y aquella ropa de lana tenía que serle una esponja aplicada al cuerpo! ¡Hay que ver la mala espina que me dio a mí aquello!

—¡Hala —acerté a decir—, que ya estamos!

Me entró una prisa enorme por atracar y me olvidé por completo de Mito y Nano. Arrié yo mismo la mayor, mientras él me sujetaba la caña y con sólo el foque nos acercamos a la amarra. En un instante estuvo todo hecho. Ya en la escalera del muelle, lo agarré, que no se tenía; y al palpar lo mojadísimo que estaba, fue horrible cómo me preocupé. Hay que saber la prohibición que había de que él se bañara en el mar. Me lo eché a caballo y salí al trote para casa. Esto no llamaría la atención, porque lo hacía muchas veces, aunque con menos prisa. Mi idea principal era entonces que mamá no nos pescara al entrar, porque me mataba.

—¡Reza para que no nos vean! —le dije.

—No te preocupes, hombre —replicó—; sólo es frío y dolor de cabeza.

Eso fue todo lo que hablamos, porque yo iba también con la lengua fuera. La entrada en casa nos salió de maravilla; por detrás y sin tropezar con un alma, ni la chacha, que está en todas partes. Subimos directo al cuarto. Lo que yo quería era quitarle el frío, porque eso era todo, «¿qué va a ser?», pensaba yo para tranquilizarme. Entonces lo desnudé, ya que él con aquellos tiritones, no daba una. Lo primero fue secarle bien, sin dejar de temblar él. Luego le eché mantas a modo, mientras iba al botiquín y traía alcohol. Lo destapé de nuevo y vengan friegas hasta arderle la piel; él me dejaba hacer todo y quería tranquilizarme con decir que se le pasaba el frío; pero lo que yo veía y palpaba, es que seguía tiritando entre mis manos. No sabiendo ya qué hacer y con la preocupación que tenía encima, lo metí en la cama definitivamente y le di una pastilla para el dolor de cabeza.

Verdadera furia contra mí mismo, era lo que yo sentía ya, pues todo se hubiera evitado con dejar la regata, al ver cómo se ponía el viento, y, sobre todo, cómo se me iba mojando él; no podía negar que lo había visto. ¡En aquel momento tenía que haber mandado la regata a paseo!

Lo dejé bien tapado en la cama para irme a duchar, que estaba yo empapado de salitre hasta los ojos, y cambiarme también de ropa. Tenía que avisar a mamá, pero antes escondí todo lo que Cheché había traído encima, que no debía ver ella que estaba mojado. En cuanto llegó se lo solté.

—Mamá, Cheché está en la cama.

Subió ella y yo detrás. Algo le tuvo que ver, porque noté que se alarmaba.

—Ignacio, busca el termómetro —cosa que a mí no se me había ocurrido.

Se lo puso mamá y dijo que volvería en unos minutos. Yo me senté a los pies de la cama, para esperar, y en aquel momento llegaron Mito y Nano. Lo que venían era a discutir, eso lo vi inmediatamente. Entonces me fui a ellos y les dije:

—Nadie debe saber nada de la regata, ¿comprendéis? —y señalé a la cama de Cheché.

Ellos dijeron que sí con la cabeza, y Mito preguntó:

—¿Qué le pasa?

Había bajado la voz instintivamente.

—No sé todavía.

Entonces entró mamá para mirar el termómetro y yo me empiné por detrás de ella para ver; 39,2 era lo que marcaba. Mamá nos hizo salir a todos y oí a Cheché decir que le molestaba tanta luz.

En la mesa flotaba la preocupación; porque me daban a mí 39,2 y todo el mundo pensaría en una indigestión o así, y todos tan frescos; pero Cheché ya era otra cosa. Y yo por dentro tenía un mordisqueo de ser aquello por mi culpa. A pesar de todo, aún comí bastante bien. Apenas nos levantamos de la mesa, ya llegaba el médico. No pude entrar en el cuarto cuando ellos, pero me colé según salían luego. La fiebre debía de ser muy alta por lo encendida que tenía la cara, pero me sonrió. Toda su preocupación era decir como decía:

—¡No es nada, Iñaki!

—¡Lo que yo sé —le dije— es que soy yo quien tiene la culpa de todo!

Quería seguir despotricando contra mí mismo, que me lo pedía el cuerpo, pero vi que le hacía sufrir y me callé.

Volvieron papá y mamá y no me parecieron demasiado preocupados. Yo cogí aparte a papá y le pregunté:

—¿Qué es, papá?

—Nada, hombre —contestó—; un resfriado un poco fuerte.

A mamá le dije que me quedaba en casa, que ella descuidara, y allí me instalé a escribir, sobre todo, y leer. Vino mamá luego con la chacha y traían una botellita de no sé qué y yo quedé en darle a las tres horas, porque mamá se iba.

Al principio pareció muy tranquilo y creo dormía; pero luego me llamó y yo vi que sufría, pues no lo podía disimular. Volvió a decir que le molestaba la luz, cosa que ya me extrañó a mí, estando como estaba nublado desde el mediodía. Al cabo de un rato sentí que se movía mucho. Allí me fui junto a él, como un clavo.

—¿Qué es, Cheché? ¡Dímelo!

Él venga con que no era nada, pero al fin tuvo que confesarme:

—La cabeza. Iñaki; ¡me duele mucho!…

Le vi lágrimas. Entonces empezamos aquella costumbre, que yo, no sabiendo qué hacer, le cogí la mano, y él metía los dedos entre los míos como se hace para rezar. El dolor lo sentía yo por la presión que me hacía. Luego pareció aliviarse algo, pero cuando la chacha vino con el termómetro, la fiebre le había subido a 39,6.

En la cena, al ver a todos tan tranquilos en comparación mía, pensé si no sería una obsesión. Pero yo sabía lo que había pasado en la regata y lo había visto llorar de dolor, cosa que en Cheché decía lo suyo, porque él aguantaba más que nadie en casa.

No sé qué hora sería cuando me despertó. ¡Nacho!, oí; eran vómitos que le vinieron. También se levantó Mito a ayudarme y lo sostuvimos entre los dos, hasta que aquello pasó; pero le volvía el dolor de cabeza. ¡No me podía acostar yo así! Lo mandé a Mito a dormir y me senté junto a Cheché, dejándome coger las manos que él apretaba más o menos, suponía yo, según el dolor. Como aquello pareció ir en aumento, decidí ir a despertar a mamá. Vino papá y lo vi preocupado. A Cheché le dieron dos sellos y estuvimos otra media hora o así hasta que se adormiló. ¡Aún maldije yo mil veces la regata y el orgullo mío! ¡Porque era el orgullo de quedar siempre encima lo que me había hecho obrar de aquel modo!

En la comunión de la mañana comenzó aquella racha mía de fervor, que ya se verá.

Al volver a casa y entrar en la habitación, aunque parezca imposible en tan poco tiempo, lo encontré peor, y eso que sonrió y me dijo:

—¿Vas a estar conmigo hoy?

—¡Desde luego! —contesté. ¡Hasta que tú sanes, no volveré a izar una vela!

¡Cuánto me había yo de acordar de esta frase!

A las once vino el médico. Yo me quedé gracias a que Cheché insistió en que no me fuera. ¡La de preguntas que hizo! La fiebre a pesar de ser por la mañana, que dicen que baja, seguía por encima de 39. Lo que más parecía importar a don Justo eran los vómitos de la noche y la molestia de la luz. A mí, la verdad, me parecía despistado; los vómitos, pase, pero la luz le molestaba a cualquiera que estuviera enfermo, ¡y muchas personas sin enfermedad alguna, tienen que ponerse gafas de sol! Salió él con mamá, pues papá estaba en la Escuela. Yo tenía muchas esperanzas aún, que le darían algo después de la visita, algo que le haría bajar la fiebre y listos. Volvió mamá.

—Ignacio, ¿quieres venir, por favor?

—¡Pues claro, mamá!

Seria estaba lo suyo.

—No te preocupes, Cheché —le tranquilizaba ella misma.

Me dio un sobrecito cerrado para papá. Salí volando. Iba por el camino, cuando me tropecé con Juan Ángel, que llevaba los libros bajo el brazo, de exámenes casi que estaban.

—Oye, Nacho, ¿qué es lo de Cheché, que me dijo Nano?

—Pues no sé, chico; fiebre y dolor de cabeza.

Me echó el pelo para atrás con la mano.

—Te veo muy inquieto, Ignacio; no será nada, hombre.

Con la confianza que tenía yo con Juan Ángel, le pude decir:

—¿No ves que Cheché no es como los demás?… Encima es todo por culpa mía; ya te contaré —dije, y salí corriendo.

También papá se me quedó mirando. No sé qué podría tener yo en la cara. Rasgó el sobre y leyó el papel con cara imperturbable, por más que yo espiaba cualquier signo. Lo volvió a doblar, lo guardó y dijo sólo:

—Dile a mamá que está bien.

¡Imaginarse! ¡Yo sin saber palabra y seguro que trataba de Cheché! Volví

corriendo y vi con indiferencia los preparativos para el día del Carmen, que siempre emocionaron tanto.

Lo cierto fue que a eso de las doce, y precisamente cuando a Cheché le volvían los dolores fuertes, entró papá. Aquello sí que me escamó, sobre todo por la hora. Se sentó junto a mí, al lado de la cama, y se puso a explicar a Cheché con mucho cariño que iban a verlo bien para curarlo y que tenía que ser bueno. Cheché decía que sí, que sí, pero que no me fuese yo, que era su obsesión.

Vinieron tres médicos con don Justo, todos del Hospital de la Escuela. El de mis reconocimientos me hizo una caricia que en otra ocasión me hubiese fastidiado, pero en aquel momento se la agradecí.

¡Bueno, aquello fue una barbaridad, a mi juicio! Primero era sólo auscultar por no sé cuántos sitios; luego palpar, y tenían que hacerle daño pues daba respingos. Yo, que a Cheché se lo leía todo en los ojos, estaba viendo cómo sufría, aunque no decía nada, sin duda por haberle prometido a papá que iba a ser bueno. Siguió después el doblarle la cabeza, y ahí ya se quejaba él y para mí era una angustia. Luego venga flexiones de piernas e intentar sentarlo en la cama sin que doblara las rodillas, pero él las doblaba aunque lo sujetaban, y me alegraba. Yo quería adivinar lo que significaba todo aquello, pero los médicos en esos casos, sólo se hablan por los ojos y el que no es médico no entiende. Aún hicieron más y pasaron con papá al despacho. Quedamos mamá y yo. Cuando ella le arreglaba el pijama, me dijo él que le pusiera mi medalla de congregante, ya que él, por la edad, en el Colegio no era más que cruzado. Salió mamá y aún me dijo, muy valiente, que con aquella gimnasia y alguna medicina, que se curaría él rápidamente y que volveríamos a dar la vela y él vendría a La Coruña para vernos ganar a Pancho y a mí. Yo volví la cabeza, porque no podía aguantar oírle hablar así, cuando se le saltaban las lágrimas por el dolor. No me pude contener.

—¡Ya sé que te curarás! —dije—, ¡pero esos dolores son por culpa mía, por haberte llevado a la mar!

—¡No seas bobo, hombre! Esto es porque Dios quiere. Sólo ocurre lo que Dios quiere, ¿no sabes eso?

Cuando estábamos en éstas, se abrió la puerta y asomó papá.

—Ignacio, ven un momento.

Yo a Cheché lo besé en el pelo, diciendo todo inocente:

—¡Vuelvo como un clavo!

¡Sí! Seguí a papá y él entró en el despacho. ¡Fue horrible, aquello! Mamá, que ya estaba allí, se me echó a los brazos; pero ¡Dios mío! ¡Qué llorera! Hay

que tener en cuenta que en los años todos de mi vida, jamás la había visto yo derramar una lágrima. ¡Es que me estremecí todo, hay que ver! Papá la apartó suavemente de mí.

—Vamos, vamos Patrichu —le decía—, ¡aún no ha pasado nada! ¡Anda! —y la sacó fuera.

¡Imaginarse cómo estaría yo, allí en medio, cuando papá cerró la puerta y empezó a pasearse todo concentrado! Yo seguía con la vista sus pasos, sin saber dónde iba a parar todo aquello. De pronto se me cuadró delante, tomándome por los brazos, que me los agarraba fuerte.

—Bueno, Ignacio, tú eres un hombre, ¿no?

Calló un momento mirándome a los ojos.

—Siempre te he educado en la sinceridad y en el valor. Odio los tapujos, aunque sean piadosos. Sé que te toco en el corazón, pero debo decírtelo… Javier está grave. Puede ser contagioso, ¿comprendes?

Cada frase era como un mazazo en mitad de mi pecho, que yo lo sentía angustiosamente encogido.

—Mito y tú vais a ir con Nano a vivir a la casa del comandante.

Me levantó la cara, que se me doblaba de la impresión, y dulcificó mucho la voz para decir:

—Sé cómo le quieres y lo que supone esta separación para ti; pero me vas a ser valiente ¿eh?, —yo para entonces tragaba saliva desesperadamente—. Y por favor, no llores, al menos donde te vean.

No; no me dejaron ni entrar al cuarto siquiera. Llegó Mito con Nano, los dos más asustados que sardinas en seco. ¡Hay que ver! ¡En un día todo parecía patas arriba! Y la chacha a llorar, y Lupe, la doncella de mamá, tapándose la cara con el delantal; y así todo el mundo en casa. Cuando íbamos a salir, vino mamá la pobriña un poco más serena ya, y nos besó, también a Nano.

—¡Qué seáis buenines, hijiños, ya os llevarán todo lo que os haga falta!

Me esforcé mucho para no llorar, por lo que me había dicho papá. Salimos y llegaba la mamá de Nano a buscarnos, que bajó expresamente.

Allí, en casa del director, con lo que son ellos, todo fue cariño, que todo lo que se diga es poco, y yo, de aquélla, con lo que ya quería a toda esa familia, les guardo un agradecimiento enorme.

Lo que estuve en casa de Nano, que fueron tres días, se me hizo a mí más largo que un trimestre del Colegio. ¡Lo que son las cosas! La señora se desvivía por mí, porque yo no hacía vida y ella tenía que verlo. Ella, aunque

no es de joven como mamá y mucho menos de guapa, es muy agradable el trato que tiene. El director también se portó conmigo superior. Libros, revistas, cosas de mar… todo lo que tenía así, lo puso a mi disposición. Pero yo, es natural que imagino, aquello que en otra ocasión me hubiera hecho desmayar de alegría, entonces, ¡pero es que nada! Sólo era darle vueltas a esta idea. Yo que me creía ser el protector de Cheché en todo, era ahora, el que por una idiotez como una regata, por un amor propio salvaje de no dejar que me pisara nadie, le había traído aquella calamidad. Recé mucho; rosarios por el jardín, qué se yo, ¡madre mía! Eso sí, fumar lo hice a base de bien cuando estaba solo, que Mito y Nano salían. Mamá estaba invisible, pues ya no se movía del lado de Cheché; pero me mandaba billetitos por Falo y Lupe, y eran como partes de guerra, siempre con palabras de él y luego añadía ella, por ejemplo: «Reza mucho, Nacho. Mami». Así supe que le habían hecho la punción lumbar, o lombar, según la chacha, que entonces me enteré yo que existía y la busqué en un diccionario. Bastante pasé con sólo pensar lo que sería que te pincharan en la médula. Juan Ángel venía todo lo que podía y me distraía contándome sus exámenes. Es de miedo Juan Ángel, y en Navegación, Electricidad y Teoría del Buque, que son las más difíciles y de más coeficiente, salía bárbaro. Yo, a Juan Ángel, le conté todos mis remordimientos de ser yo el causante de lo que estaba pasando a Cheché. Él me insistía mucho y me hacía fuerza, diciéndome que me lo quitara de la cabeza, porque la meningitis (eso decían que tenía Cheché) no se podía coger por agua. «No sé» pensaba yo. Él, Juan Ángel, en cuanto les dieran el permiso de verano, se iba a Salinas, para estar con Patri. ¡Cuánto daba yo entonces por tener conmigo a Karin!, con lo que ella era para Cheché y para entenderme a mí también…

La tarde del sábado me llamó papá que bajara al despacho de la Escuela. Cuando entré dijo:

—Siéntate.

Había una solemnidad en todo aquello, que me dio un bandazo el corazón. Pero no.

—El análisis del líquido cefalorraquídeo ha declarado muchas cosas. No hay peligro alguno de contagio. He dudado antes de tomar esta decisión… Mira, Cheché no cesa de echarte de menos. Cuando habla despierto no dice nada de ti, sin duda porque sabe que nosotros te hemos mandado fuera; pero en cuanto delira, eres tú su obsesión.

Oír aquello me conmovía hasta los huesos. Pero había más:

—A Cheché ya se sabe, nadie le entiende como tú. No es tu edad la más a propósito para este menester; pero tenemos que darle este gusto al peque… Debo avisarte que a ratos sufre horriblemente. No te asustes demasiado,

porque Javier tiene más temple que toda la casa junta.

Aquí fue donde dijo algo que fue para mí como una puñalada. Será una tontería mía, o sería la sorpresa de una cosa con la que yo no había contado; no sé, pero fue tremendo.

—Esta noche, víspera del Carmen, le llevaremos el Viático.

Mi reacción fue inmediata.

—¡Entonces es que se muere!… ¿Eso quiere decir?

—No quiere decir nada más que la enfermedad es suficientemente seria para tomar esta precaución. El Viático no es sólo para los casos desesperados.

¡Cuidado que estaba yo anonadado en aquel momento!; y entonces, se inclina papá hacia mí y casi suplicando, me dice:

—Tú se lo dirás… Nadie le conoce como tú. Mamá se ahoga en lágrimas… ¿Lo harás tú, Ignacio?

—Sí, papá —dije haciendo un esfuerzo.

—A eso de las siete irá el capellán para la confesión; tenlo en cuenta.

—Sí, papá —repetí.

Cuando iba hacia casa, pensaba, por primera vez, si se moriría Cheché. Yo las había pasado negras; y siempre era por los dolores que él tenía que aguantar y lo más seguro por mi culpa; pero de la muerte no había pensado nada, jamás. Entonces, que lo pensaba así, como digo, de todos modos no lo penetraba el pensamiento ese. Ni tenía tampoco serenidad para comprender lo que significaba. Lo único que conseguía era que aumentara el remordimiento y la sensación de culpabilidad que me destrozaba; y para más, el que era una cosa oculta, que papá y mamá no sabían nada.

A las cuatro de la tarde hacía yo mi entrada en casa, después de tres días largos. Todo me pareció desde la puerta que estaba impregnado por la presencia de la enfermedad. Ni el menor ruido y los timbres acolchados. Bajó mamá, que la avisarían que venía. Verme y deshacerse a llorar, fue todo uno. Yo ya me asusté de mirarla, con aquellas ojeras y la cara de dolorosa, tan impresionante, que tenía; para más que contrastaría con la expresión de muñeca que siempre le había visto yo. Me abrazaba a mí, toda temblorosa de los sollozos. Le hice sentar en un diván, y era ella la que, por primera vez en la vida, reclinaba su cabeza sobre mi pecho; todo lo contrario de lo que había pasado tantas veces hasta hacía bien poco. Tengo que confesar que, a pesar de que mamá me hacía polvo al verla así, aquel detalle me dio cierto orgullo y sensación de hombre. Pensaba yo todo eso, mientras la acariciaba, y sentía cierto placer, aunque me salían unas lágrimas tontas.

—¡Vamos mamasiña! ¡Ya verás como se alegra de que vuelva yo!

Desde luego mamá no era para aquello. Estaba yo seguro de que jamás se habría figurado que el casarse era para cosas así. Vino Encarna, la cocinera, que le traía tila a mamá. Después que bebió y dominándose un poco, me llamó cielo a mí y me dijo que tenía que ser un hombrecito y que subiera. Me besó lo que quiso y me fui para arriba.

Tras haberme encomendado a la Virgen, empujé aquella puerta por la que había entrado mil veces con él a caballo. Lo primero que vi, en aquella penumbra, fue la toca blanca de la Hermana. «Buenas tardes, Hermanita», dije bajito, y me fui hacia la cama.

¡Dios mío, y cómo me golpeaba el corazón! Tenía los ojos cerrados y la cabeza exageradamente hacia atrás; el pelo totalmente como seda, sobre la almohada; todos los rasgos de la cara más finos, más afilados, como si hubiera adelgazado durante un mes. Bajo la luz pálida que había en la mesilla, no quiero decir lo que me pareció.

La Hermana, que debió de notar mi aturdimiento, vino en seguida por el otro lado de la cama, y alisándole el pelo dijo:

—¡Mira Cheché, mira quién está aquí!

Abrió los ojos sin moverse, y sólo verlos, fue como si me calentaran a mí el corazón. ¡Aquellos ojos vivían! Además traslucieron tal expresión de alegría al verme, que, por un momento, casi me sentí feliz. Extendió hacia mí sus brazos, enfundados en el pijama, y lo abracé toda mi alma.

—¡Cuánto te he esperado, Iñaki!

—¡Ya no me sacará nadie de aquí, Cheché!

Estaba yo de rodillas junto a la cama y él me pasaba la mano por el pelo y la bajaba por la cara y por el hombro luego, como cerciorándose de que estaba allí, realmente, y no era un delirio. A mis preguntas fue diciéndome que no le dolía nada aquella tarde; pero que otros días, hasta hacerse daño en los dedos de apretar la medalla, la mía, del dolor que le venía; y la punción que no la sintió, pero que lo duro vino después.

Vi que la Hermanita se había salido discretamente. Yo no había pensado cómo le daría el encargo aquel de papá; pero también es verdad que nunca había tenido que pensar mucho para entenderme con Cheché.

—Oye, peque —le dije—, a ti ¿te gustaría comulgar?

Se le iluminaron los ojos al contestar:

—¡Pues claro, Iñaki! —y tras una pausa—: Pero no me dejarán.

—¿Te gustaría que te trajeran la comunión aquí en la cama?

—¡Hombre si se pudiera!

—Pues mira, hoy te la traen.

Se sonrió y todo, él.

—Bueno, Ignacio, tú deliras también… ¿A estas horas?

Yo tenía que seguir; la voz me salió muy velada:

—Te la traen, aunque sea a estas horas…

Entornó los ojos y guardó silencio un poco. Luego dijo sólo:

—Ya entiendo.

Yo empecé a darle explicaciones de lo de papá y que era mejor así…

Él parecía no escucharme. De pronto abrió los ojos hacia mí y dijo despacito:

—¿Es que me voy a morir? ¿Es eso?…

Me apresuré a contestarle:

—¡No digas parvadas nunca, hombre! ¡Una cosa no supone la otra!

—Pues no creas que tengo miedo, lo que pasa es que no se me había ocurrido «eso».

—¡Ni se te ocurra! —dije casi riñéndole.

Después de un poco, habló de nuevo:

—Quiero hacer la confesión general.

—Vendrá el capellán a las siete.

—Iñaki —me cogía la mano—, ¿me vas a ayudar tú a hacer el examen?

—Hombre… yo…

No sabía si debía.

—Es que estoy fatigado ya.

No dudé entonces.

—Te ayudo a lo que quieras.

En aquel momento entró la Hermana, siempre sonriendo, y detrás mamá. Tenían que inyectar. Era una brutalidad aquella ampolla y tardaban infinito. Luego que terminaron, dijo que nos dejaran solos. Esperé un rato, por lo postrado que él quedó y quería esperar más, pero a él le entro prisa y

empezamos.

Yo fui haciendo, lo mejor que pude, como nos hizo a nosotros el Padre que nos dio los Ejercicios. O sea que iba por los Mandamientos haciendo las preguntas, que como era confesión general, me revolvía la cabeza discurriendo todo lo posible. Él, a casi todo decía «nada»; y de vez en cuando, si había algo, me lo explicaba para que lo apuntase. Desde luego, todos los pecados de Cheché, me cabían a mí en una muela, vamos; y por vueltas que le dimos a todos los Mandamientos y demás no apareció nada allí que mereciera lo que se dice la pena; de manera que si no fuera por lo que era, la lista aquella estaba como para matarse de risa.

Le dejé el papel y se quedó la mar de tranquilo. Cuando vino el capellán me salí con mamá. Entonces llamaron del Colegio. Se puso mamá y yo en seguida calé que era el Padre, porque ella hablaba de tú. Le decía que Cheché seguía lo mismo y que le iban a dar el Viático, pero aquí ya volvió a llorar y yo cogí el teléfono.

—Nacho —decía—, ¿cómo va ese valor?

—Ya ve, Padre…

Muchísimo me emocionó oírle a él; y esa electricidad que me mete en el cuerpo, cuando me habla de cierto modo, la sentí allí; lo que me decía era de tener confianza y pedir; y sobre todo la fe; hablaba mucho de la fe.

Al salir, el Pater traía una cara de emocionado y le dijo a mamá: «Es un ángel». Eso ya lo sabía yo sin ser capellán.

Entonces hubo que prepararlo todo para el Viático, que lo iban a traer ya. Vino papá y quiso que todo el mundo en casa se vistiera de lo mejor. Tuve yo que ponerme de calle y corbata y zapatos. Hasta las muchachas iban de domingo. Esto le encantó a Cheché y dijo que era como el padre Prefecto, que nunca dejaba ir a misa sin corbata. Fuimos todos al jardín a recibir allí al Señor. ¡Fue emocionantísimo! Como la habitación nuestra es muy grande, todo el mundo entró allí. Venía el director y otros jefes y oficiales. Luego Juan Ángel y más guardiamarinas. Todos de uniforme. Con las luces, Mito y Nano, asustadísimos. Aún en la puerta, Falo con la chacha y las muchachas. Cuando el capellán alzó la Hostia, todo el mundo estaba de rodillas y en aquel silencio apretado, se le oía decir muy despacio y claro: Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum… sed tantum dic verbo et sanabitur anima mea!, y Cheché lo repetía, clavados los ojos en la Forma, con una sencillez que partía el alma. Después lo incorporó papá un poco y recibió al Señor. Con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, tenía una serenidad tal, que me daba respeto a mí.

Fue maravilloso lo bien que estuvo él aquella tarde, que pareció hecho de

encargo. Así me fui a dormir bastante tranquilo; me instalaron en la habitación que hay para Patri y Karin cuando vienen. Pero poco duró aquella bonanza.

Era la madrugada del día del Carmen, domingo, cuando me despertó mamá llorando.

—Anda, Nacho, que Cheché tiene muchos dolores y te llama a ti.

Salté de la cama y me fui embalado en pijama, y mamá detrás con las zapatillas y la bata, que ni de calzarme me acordé. La Hermana que había venido para la noche le atendía y papá se paseaba impotente. Cuando estuve a su lado yo, él, que tenía la cara llena de lágrimas me cogió las manos y me las apretó hasta hacerme daño. Luego cerraba fuerte los ojos y daba unas sacudidas tremendas. Lo único que aún no hacía era quejarse. Verlo era desesperante, y papá se llevó de allí a mamá.

La Hermana, que se ponía por el otro lado de la cama a sujetarlo, decía toda conmovida:

—¡Javieriño, mira, vamos a rezarle a la Virgen, para que se te pase!…

Entonces él sin abrir los ojos ni soltarme a mí, dijo aquello que tantas veces había de repetir:

—¡No, Hermanita, que es por los misioneros!

A mí el oírle me desarmó ya de tal forma, que empecé a llorar como un bobo, pidiendo por lo bajo que se pasara el dolor.

Fue larguísimo, hasta que se quedó sin sentido que ya no me apretaba ni nada. Cuando papá me hizo salir de allí, estaba yo hecho polvo. La ducha algo me entonó. Fui a misa. ¡Con qué fervor comulgué! Prometí no fumar más en todo el verano, ni navegar, a no ser en las regatas de agosto que tenía compromiso con Pancho. También desde aquel día, empecé a ponerme el cilicio, que lo tenía muerto de risa en un cajón bajo llave. ¡Hay que ver lo que es rezar de aquella forma!, que hacía una fuerza tan grande, que se me cortaba la respiración.

Ni idea me ha quedado de que aquel día hubo jura y desfile en la Escuela. Los tres que siguieron fueron un puro sobresalto, y ni puedo distinguir qué ocurrió primero y que después. Yo, que me había asustado tanto en los días anteriores, no sabía hasta dónde se puede llegar. Una cosa que me desgarraba a mí era el no saber si él sufriría, porque no hablaba más que para delirar, y no conocía, ni veía ni nada; pero las contorsiones eran horribles, que botaba en la cama, y entre la Hermana, mamá, y yo, apenas éramos para sujetarlo, a él, que en fuerza, siempre había sido un papel de fumar. Pero era casi peor oírlo hablar, porque siempre tenía que ser de mí o conmigo; ¡qué cosa, hombre! Y cuando más se excitaba, me clavaba a mí un pincho en el alma, porque se creía

de estar en la regata todavía, y decía con toda la voz: «¡por lo que más quieras, Nacho! ¡No largues la escota, que ya son nuestros!». Hay que darse cuenta lo que era para mí oír aquello, porque me volvía el remordimiento que me mataba. Que de una burrada mía me hiciera polvo yo, pase; bien de veces lo tenía merecido, ¡pero Cheché!… Y a veces yo estaba seguro de que no tenía nada que ver con la regata lo que le pasaba, pero luego volvía la duda. A lo mejor decía sus frases típicas hablando conmigo: «Convéncete, como el aria de Bach no hay música en el mundo»; y otra vez: «A ti, Nacho, te traiciona el corazón». Yo acababa llorando como un memo. ¡Es que no podía por menos! Pero estas calmas no eran lo corriente. De medicina aquello era pincharlo todo el día y no sé yo qué orden llevaban; sé que todo el cuarto estaba lleno de envases de colores, cajas… Recuerdo nombres: Estreptomicina, Tripaflavina, sueros, Tiadyl… ¡Qué sé yo! Le oí a don Justo que le decía a papá que era un tratamiento masivo. Eso dijo, después de venir los especialistas. También hablaron de azul de metileno. Bueno, si yo me llego a fijar, aprendo más medicina entonces que un año en Santiago.

La que parecía otra era mamá, porque aunque lloraba bastante todavía, tenía cada vez más serenidad y se puede decir que no dormía y atendía a todo. Pero lo principal era una dulzura, que lo notaba yo. Íbamos juntos a comulgar por la mañana.

Una cosa hubo que me tranquilizó lo suyo. Me decidí a contarle ya a papá lo que había pasado en la regata última y mis temores y remordimientos. Yo, reñir, ya sabía que no me iba a reñir, en aquellas circunstancias; pero por ser él como es, que le dicen al pan, pan, y al vino, vino, me interesaba muchísimo lo que contestara. No fue más que una frase, pero definitiva: «Aquella mañana ya tenía el mal a bordo. No pienses más en eso».

Todos los días por la noche, a las diez, llamaban de Salinas, donde estaba ya, con todos los de allí, el tío Ignacio, otra vez de vacaciones. La que hablaba solía ser Karin, que era natural, por ser Cheché muy ídolo de ella. Así hablé a ella muchas veces contándole. También Cheché al delirar, la llamaba a ella. Y un día fue alarmante; se puso él a hablar de que iba a ver a Ignacio y Karin que se casaban. ¡Menos mal que no estaba allí la Hermanita!

Al atardecer del lunes, que había sido un día terrible, los médicos decidieron que había que repetir la punción lumbar. Entonces la vi. Estaban todos tan hechos a verme allí, que a nadie se le ocurrió mandarme fuera. Hubo una serie de preparativos como para animar a uno. Menos mal que Cheché no se debía de dar ni idea. Lo sentaron, con las rodillas encogidas bajo la barbilla; lo sostenía papá. Así vi yo lo delgadísimo que estaba, que las vértebras le iban por la espalda abajo como un rosario abultado. Le untaron con metafén y alcohol, creo. La aguja, que era grande, como de un decímetro, ¡hay que ver cómo se la clavó el tío!, que a mí me recorrió un escalofrío eléctrico, sólo de

ver. Luego la iba metiendo más y más y parecía cambiar de dirección. Yo casi me mareaba cuando vi aparecer el líquido que sería ese que tenemos dentro, y aplicaban un aparato que parecía un manómetro, tomaban unas notas, y luego le apretaban, así, la garganta, y volvían a anotar lo que marcaba. No se oía el vuelo de una mosca, sólo la respiración del médico. Luego retiraron la aguja y se quedaron con líquido de aquél en un tubo. Aún le dieron más cosas y algo a beber y le acostaron sin almohada. Yo le pasé la medalla, porque se la habían quitado.

Al día siguiente yo recé infinito y casi todo el día tuve puesto el cilicio, que al sacarlo por la noche, bastante me dolió y todo porque sanara. Las de veces que leí el evangelio de San Mateo allí donde dice: Omnis qui petit accipit. Me ponía yo a pensar lo que sigue allí, y me quedaba segurísimo pues pone que un padre, si el hijo le pide pan, no le va a dar una piedra; y sobre todo, si le pide un pez, no le alarga una serpiente. ¡Figurarse papá! Y discurría así: Lo que yo pedía era mucho más razonable y apreciable que un pez, y por otra parte, no sanar Cheché, mucho peor que largarme una serpiente, que a ella ya le daría yo descanso. ¡Es que no se podía dudar! También prometí comulgar todo el verano.

Llegó la noche del martes al miércoles y él, ni contorsiones ni delirio, ni nada. Aquello era dormir tranquilamente y con mejor cara. Todo el mundo en casa se tuvo que asomar a verlo. Me fui a acostar muy feliz como si tuviera un secreto, pues aquel sueño que tanto alegraba a todos, yo sabía de dónde venía…

Por la mañana, cuando me dejaron entrar, estaba despierto, cosa que desde el domingo, ni idea. Me conoció como antes; me preguntó los días que no nos veíamos y que si podía hacer venir a Karin, que la extrañaba algo, dijo. Yo le expliqué cómo estaba en Salinas, pero que todos los días llamaba por teléfono y que aquel día se iba Juan Ángel para allí y llevaría recuerdos. Como estaba tan bien, llamé a Juan Ángel y vino a verlo, antes de irse para Vigo, donde embarcaba. Comió y todo, que buena falta le hacía. Sólo la memoria fallaba algo.

Aquel día respiramos en casa y hubo muchas felicitaciones, pues todo el mundo, en la Escuela y en Marín, estaba pendiente de Cheché. También llamé yo a Pancho, que me había llamado a mí bastante y se lo tengo que agradecer. Por la tarde me quedé yo solo con Cheché un rato. Como siempre, me tenía cogida la mano, con una de las suyas, y con la otra jugaba con mi medalla. Entonces fue cuando se le ocurrió decirme:

—¿Me querrías hacer un favor?

—¡Qué favor! ¡Mandar es lo que tienes que hacer tú!

—¿Me traes el tocadiscos y me pones lo que te pida?

—¿No te molestará? —pregunté a mi vez.

—No; ahora no.

Ya iba a salir cuando él, que no se le escapaba detalle, me dijo:

—Pide permiso a mamá.

Volví con todo. Él, al verme, no preguntó que música traía, ni yo le dije una palabra; ¡si sabría yo…!

Cuando empezó a sonar aquel violín cadencioso y prolongado de su aria preferida, me sonrió y me apretó la mano. ¡Tanto que habíamos discutido de aquella música!… Oía él con los ojos cerrados. Al fin dijo por lo bajo: «otra vez». Cuando se terminó, añadió: «Gracias», y besó la medalla.

El jueves amaneció mejor aún y comulgó. Por cierto que fue entonces cuando se fijaron en mí, que antes ni pum. Decían que era un pecado lo que yo adelgazaba, y que tenía ojeras. ¡Claro! ¡Para comer había estado yo aquellos días!

¡Lo que es la vida! Yo aquel jueves hice ya cálculos si él podría estar bien para las regatas de agosto en La Coruña. También vinieron Mito y Nano, un rato, y Nano estuvo muy cariñoso, que es para Mito como Pancho para mí, y los dos querían a Cheché a rabiar.

Los médicos, con el cuento de siempre, eso me pareció a mí, no dieron ninguna señal de satisfacción al ver cómo iba la enfermedad.

Aquella tarde hablamos mucho él y yo, le conté todo lo que había dicho cuando deliraba y también lo de nuestra boda, y él se reía.

—¿Dije eso, Iñaki?

Es que se mondaba de risa; pero luego se puso así serio y añadió:

—Bueno… quizá… ¡Seguramente será así! —fijarse qué ocurrencia—. ¡Ojalá!, pero yo no estaré.

A mí aquello, lo último, porque lo otro era una bobada, me fue un jarro de agua fría. No me atreví a decir nada, Allí le empecé a notar aquella como serenidad superior, que te infundía hasta un respeto especial.

También aquella tarde me habló del primo Nete, que lo veíamos por los veranos en Salinas y a Cheché le había acompañado mucho. Cuando le conté lo que yo había pedido y las promesas que hice, él, acariciando mi mano, dijo:

—No vas a pedir eso más.

—¿Cómo que no?

Me dominaba completamente no sé por qué.

—Pedirás por mi salvación eterna.

Yo quería protestarle, pero él dijo:

—Lo que importa es salvarse, ¿no comprendes?

Me hicieron ir a la cama bastante temprano. Dormí como un tronco y una barbaridad de horas. ¡Buena falta me hacía!

¡Pobre de mí!, y lo tranquilo que me levantaba, que hasta estuve silbando en la ducha y todo. Pues voy luego para darle los buenos días y veo que sale mamá del cuarto con el pañuelo en los ojos.

—Mamiña, pero ¿qué pasa?

Me estrechó contra su pecho.

—¡Se nos va, hijito, se nos va!

¡Cómo se puede sufrir en este mundo, Virgen mía!

—Pero ¿qué pasa? —repetí.

Y mamá llorando:

—Una noche horrible; otra vez los delirios y le falla el corazón. Han estado ya los médicos y dicen que no hay remedio… ya han intentado todo.

¡Imaginarse! Entonces fui yo quien se desesperó y perdió los estribos. ¡Era ya demasiado aquello! ¡Allí desahogué todo lo que llevaba dentro de tantos días! Eran lágrimas a caño y unos nervios que me sacudían el cuerpo como trallazos eléctricos. Los sollozos me transían de pies a cabeza y me corrían como ondas hasta el extremo de los dedos. ¡Era horrible! A los gritos de mamá, vinieron papá y la chacha, y yo luchaba por desasirme, clamoreando como un becerro. Me sentí llevar por el aire, que ver no podía de lágrimas, y que me ponían sobre una cama. ¡Qué tensión aquélla! ¡Hasta sentir los músculos como obenques cuando el palo cruje! Me revolvía entre los vigorosos brazos de papá; fue una barbaridad, que hasta mordía. Y lo peor de todo, cuando mamá decía toda asustada: ¡Ay, por Dios! ¡Ay, por Dios!, y yo escupí aquello con verdadera rabia: ¡Sí, Dios!… ¿pero acaso hay Dios…? Papá me amordazó la boca con su fuerte mano. Por fin, puramente agotado, fui quedando quieto, aunque sin parar de llorar, y de vez en cuando, una gran sacudida me recorría como una ola, estremeciendo cada parte de mi cuerpo. Papá, sentado al borde de la cama, me acariciaba sin hablar. ¡Pobre papá!, ¡cuánto lo admiré luego, recordando todo esto! ¡Lo que es ser hombre y tener que sostener a todo el mundo alrededor! Me trajeron no sé qué calmante y me lo tragué sin chistar. Yo estaba deshecho. Papá me dijo con cariño:

—No te muevas hasta que yo vuelva y descansa un rato.

Me quedé muy sumiso. Para entonces ya estaba algo avergonzado, la verdad, y tuve miedo de lo que había dicho de Dios, y si sería desconfianza, y que entonces la pagaría. No sé cómo fue quedarme dormido.

Cuando abrí los ojos (me despertaría él), papá, sentado en mi misma cama, me miraba. Yo, con lo arrepentido que me sentía me incorporé y lo besé.

—Tienes que perdonarme, papá —le dije al abrazarlo.

Él dejó hacer y habló así:

—Ignacio, Dios está por encima de nuestros deseos. Él sabe lo que nos conviene y nos da siempre —lo recalcó— lo mejor. ¿No reconoces esto?

—¡Claro, papá!

—Anda, vístete y vete en seguida, que te llama él.

Me vestí, que a todo aquello aún estaba yo en pijama, y me fui al cuarto. El ambiente era el de los días malos, que ya se distinguía. Lo vi acabadísimo. ¡Parece mentira lo que se puede cambiar en una noche! Me fui a su lado sin decir nada y él buscó mi mano por la costumbre. Respiraba muy despacio y tenía los ojos de dolor. Me miró largo y luego dijo muy bajito, que me reclinaba yo sobre él:

—¿Ves como no estaré?

Comprendí que se refería a la broma de la boda. Yo, tan atontado estaba que ni una palabra conveniente me venía y sólo tragar saliva para no ponerme a llorar, otra vez, allí mismo. Luego, con el dolor, parecía no darse cuenta de nada más y besaba continuamente mi medalla. Vinieron con la Extremaunción. Yo me harté de llorar allí en silencio, porque entonces era cierto que se iba a morir, y eso, sólo atisbarlo, que a pensarlo no me atrevía yo, me aterraba.

Al día siguiente, al oscurecer, me hizo acercar y me dijo al oído:

—Ignacio, mi balandro y los discos, que sean para ti…

Yo me moría de oír aquello y mordiéndome los labios, que hablar no podía, decía que no con la cabeza; pero él continuó:

—La moto para Mito y lo demás para niños pobres.

Eran tales las lágrimas que se me escapaban, que ya no se las pude ocultar y él se sonrió y me atrajo más hacia sí, para decir muy bajito:

—¡Bobo! ¡Vale más morir que pecar!

A mí se me escapó del pecho, que me estaba desgarrando, un sollozo tal, que me sacaron de allí.

Cuando después de cenar conseguí, casi a la fuerza, volver a entrar, no oía ya, ni veía. Me mandaron acostar, quieras que no, y la noche me fue toda una pesadilla que para qué contarla. Siempre era a salvarlo del agua yo y no podía y por dentro un estribillo de relojería: «Para qué saldríamos, para qué saldríamos».

El sábado amaneció igual: como un tronco. A mí en la comunión me volvió la confianza. Aquello era una prueba; pero no le podía dar el padre a su hijo una serpiente. ¡Y cómo hablé con Jesús, cuando lo tenía en el pecho! Es que yo, entonces, casi lo trataba de tú a tú: «Mira Señor, —le decía—, yo ahora sólo tengo un deseo, y es el mayor que he tenido en mi vida. Que Mito me gane siempre al tenis; que pierda yo en La Coruña; que me cepillen en el preuniversitario… me aguanto, ¿sabes?, pero esto es distinto y sé de sobra que Tú lo puedes hacer; te cabe en una uña, vamos. Y si queriéndolo yo tanto y costándote tan poco, no lo haces… Pancho lo haría, cierto como la luz, ¿no comprendes?». Así rezaba yo; y todo con una fuerza bárbara, cerrados los ojos. Además era sábado, o sea día de la Virgen, para más seguridad.

Cuando salí de dentro de mí, bien pude ver cómo las beatas me estaban comiendo con los ojos. Luego comentarían del «niño de Ichaso», como si lo viera.

Todo aquel sábado fue igual. Él como un tronco. Creo que hubo muchas llamadas de familiares y amigos; también el padre Rector, muy atento. El padre Urcola habló con mamá desde Comillas, que es en Santander, donde se había ido por un cursillo que daban allí. Yo sólo hablé cuando llamó Panchito. La verdad es que el pobre no sabía qué decirme, pero se le veía lo cariñoso que estaba. Luego, médicos, medicinas… ¡un mareo!

A la hora de la cena nadie quiso hablar de ella. Vino el capellán y se puso de rodillas a rezar. Era la recomendación del alma. ¡Por lo visto nadie tenía fe en aquella casa! Yo me clavé, por un lado de la cama, junto a la cabecera, y le tenía una mano enlazada como de costumbre. Él ya no tenía convulsiones; era como estar dormido; pero el cutis así, de un blanco mate que resaltaba más por el pelo, que era talmente oro con aquella luz. Entonces tuve yo la ocurrencia de ponerle la boca encima del oído y le dije: «¡Cheché! ¡Cheché!, ¡soy yo que estoy contigo!». ¡Dios mío! ¡Qué escalofrío me entró por la mano!, porque lo sentí, sí, señor, que digan lo que quieran. ¡Lo sentí! Fue una respuesta, una presión que él hizo sobre mis dedos, y por dos veces. Para mí fue como entrarme un calambre por el brazo arriba hasta el corazón y el estómago. Luego ya nada. ¡Pero aquello fue indudable!

No sé qué hora sería cuando me fui quedando dormido de puro cansancio. No supe más. Ni sé el tiempo que pasaría. Debí dormirme a fondo, porque luego, como entre niebla, me sentí separar y levantar de allí. Ya me llevaba

papá suavemente por la habitación y yo sin abrir los ojos, cuando los sollozos de mamá y la chacha, abrazadas en mitad del cuarto, me trajeron a flote. ¡Fue como un rayo que me partiera el alma! Aquellas dos palabras, no sé si las adiviné yo, o me las dijo papá: «¡Ha muerto!».

Me libré de una brusca sacudida; corrí a la cama de Cheché. ¡Dios mío! ¡Cómo me abracé a él! ¡Cómo se llenó mi cabeza hasta estallar, de aquella sola palabra imposible ya: «¡No! ¡No! ¡No!»! Y lo apretaba salvajemente contra mi pecho besándolo en la frente, en los ojos, en el pelo… empapándolo con mis lágrimas.

Creo que papá se tuvo que emplear a fondo para arrancarme de allí. Parecía imposible poder llorar más, y sin poder parar y con aquella sílaba «no» como clavada entre los ojos.

Me echaron no sé qué garganta abajo. Luego vino un sopor dulzón que me iba subiendo a la cabeza; luché un poco y al fin me rendí, como agradecido. Fue un sueño profundo, sin pesadilla ni nada. ¡Como el sueño de un muerto!

Me despertó papá. Lo vi ante mí, ya de uniforme, impecable.

—Vístete, que vamos a misa.

Era domingo. Salió después de acariciarme y quitarme el pelo de los ojos, cosa que me fijé, porque no suele.

Yo, sentado en la cama, luchaba por situarme y comprender. El problema estaba en saber si «aquello» había sido solamente una pesadilla mía, o algo más, y me armaba un lío. Me tiré de la cama y boté el pijama, que fue por el aire. Me volví por la ropa… ¡Quedé clavado!, ¡paralizado totalmente, allí de pie! Sobre una silla habían puesto mi ropa, sí; pero no la que solía llevar yo; no la que me habrían quitado el día anterior. Era ropa de calle, de vestir; y sobre la ropa blanca, y una camisa, blanca también, como la rúbrica de una esquela fúnebre, cruzaba la corbata negra.

Sí. Yo es cosa que jamás hubiera creído, que se reaccionara así. Fue una comprensión puramente intelectual. Como si todo lo demás mío estuviera bloqueado. «Él había muerto. Yo estaba de luto». Me lavaba y fríamente iba haciendo liquidación de muchas cosas; pero todo con una insensibilidad de anestesia. Luego todos mis sacrificios y oraciones, para nada. Me habían dado la serpiente, «eso es». Me di cuenta de mi frialdad y me alegré. Era como una llave que la aprietas tanto que se pasa y luego ya no aprieta nada. Salí directamente de casa con papá y fuera esperaba el coche. Ni pregunté por qué. Falo salió disparado y yo atrás, sin decir palabra. Tiramos para Pontevedra. La vista de la ría, algo me estremeció (hacía sólo doce días de la regata); a la vuelta, ni eso. En Pontevedra oímos misa. Papá comulgó. Yo me quedé en el banco como estaba, como un fardo; saboreando irónicamente, cruelmente,

aquello de la serpiente. Luego hizo papá dos encargos y salimos para casa. Yo no había despegado los labios. Noté que papá me espiaba con el rabillo del ojo, pero en mí todo se hacía cada vez más como un corcho. En casa había ya la mar de visitas. Estaba colocado abajo él. Entré. Todo estaba cambiado. Sobre una tarima cubierta de damasco rojo lo habían puesto vestido de San Luis, con sotana blanca y roquete y la cabeza bien peinada, como para salir —qué tontería, pensé—, sobre un cojín rojo también; las manos las tenía juntas. Algunas personas mayores y las monjas rezaban. Había también un gran crucifijo detrás de él con unos velones encendidos y bárbaro todo de flores.

Yo me senté allí.

Era absurdo ver aquello que, hacía unos días, como para volverse uno loco, sólo imaginarlo, y ahora era verdad, al parecer. Lo que hacía yo, que no rezaba nada, era un esfuerzo por grabarme hasta el último detalle de la cara de Cheché, pero sin ninguna emoción. Era como si yo viviera sólo con la cabeza y todo lo demás fuera de corcho o de plástico. Y de lágrimas, ni idea, con los ojos más secos que arenales. Vi que tenía puesta mi medalla al cuello, pero pensé: «De nada sirvió». La cara, si no fuera por lo delgada, era muy natural; y así vestido, con lo que el rubio resalta sobre el rojo, era tal de Ángel… «Si es que los hay», pensé en seguida. Lo único que me afectó y me alegró, fue la pierna. Era una alegría amarga. Ya no necesitaría bastón. Muerto, no era menos muerto que los demás muertos. ¡Ahora podía reírse de los que morían con piernas fuertes y sanas!

Toda la mañana fue llegando gente. Por allí desfiló todo Marín. Rezaban y yo me reía por dentro: «¡Sí! ¡Rezad, rezad!, ¡le vais a hacer un favor! ¡Lo vais a resucitar! ¡Si sabré yo de eso!». Vino Nano con su madre y, al no ver con ellos a Mito, recordé que hacía dos días que se había ido a la Sierra, con los tíos de Madrid. Nano se quedó allí pegado, de rodillas, yo lo observaba atentamente. Lo vi cómo le empezaron a caer las lágrimas, según miraba para Cheché y cuando alguna se desprendía de la barbilla, la veía yo por el aire, al trasluz, como una chispita de cristal. Yo lo miraba todo indiferente. Bueno estaba para compadecerme de nadie. Veía llorar a mamá y como el que ve correr el caño.

Entró Lupe, la doncella, para decirme por lo bajo:

—Te esperan tus amigos.

Salí como un autómata. En el vestíbulo estaban todos y Jorge y Rafa. Al verlos, ¡hay que ver!, hasta sentí cierto gustillo que vinieran, ya que tanto los había huido antes. Era como un desquite. ¡Yo que había luchado tanto! Desde luego el peligro, desde aquel día, iba a ser inmenso, porque a ver qué me sujetaba a mí entonces. Todos me dieron la mano. «¿Queréis verlo?», dije; aquello parecía un museo. Entramos y se arrodillaron todos allí. Aún estaba

Nano de rodillas, como sin darse cuenta de nada y comprobé que seguía llorando. Dijo entonces una Hermana: «Vamos a rezar el rosario» y todos lo rezaban de rodillas. Yo permanecí de pie sin abrir la boca. El primero que imitó a Nano fue Piti. Luego los otros se contagiaron también. Supe más tarde que la señora de un «proto» de la Escuela había dicho que era muy emocionante… ¡Lo que es a mí hasta me daba gusto no rezar entonces!

Hubo muchas conferencias y papá atendía a todos y a todo. Me hicieron sentar a la mesa y no probé bocado. Es verdad que tampoco me urgieron demasiado. Papá dijo allí que yo podía ir donde quisiera; a la Sierra con Mito, o a Salinas con la abuela, o a San Sebastián, o a La Coruña con Pancho. Yo dije solo: «Me quedo aquí». En realidad me era indiferente, pero lo dije con una decisión que papá no insistió.

Volví junto a Cheché. Estaba el féretro allí. A mí siempre me dio repulsión ver las cajas de muertos. Toda la vida pensé que era mejor la mar con un ancla a los pies. Allí estaba la caja aquella. Desde luego era preciosa: toda blanca con metales dorados y por dentro con fondo rojo y acolchada como el estuche de una pluma cara, pensé. A mí me traía, al verla, el pensamiento de la gusanera que dicen, que no podía yo creer que pasara eso en el cuerpo de Cheché.

A veces yo me preguntaba qué significaba todo, porque era no entender, o mejor lo entendía, pero no lo enchufaba yo con mi vida de siempre y era como yo no ser yo.

¡Conque a mí me traicionaba el corazón!… y estaba allí indiferente ante el cadáver de Cheché… ¡Cadáver de Cheché! ¡Cadáver de Cheché!… repetía esta frase y la repetía como para romperle la cáscara y penetrarla, pero nada. En realidad, si no fuera por algo que, como que latía dentro de mí, yo diría que aquel día no sufría en absoluto. Pero bajo la frialdad y serenidad externa, que se concentraron durante aquellas horas, había una honda congoja seca que, a veces, me hacía vibrar los pulmones al respirar.

A las cuatro y media, después de hacer salir a mamá, cogió papá a Cheché con suma delicadeza, no le pesaría nada, para ponerlo en la caja. La primera sacudida en mi acorchamiento fue entonces. La Hermanita le arreglaba la sotana allí dentro. Papá se arrodilló e inclinado sobre el féretro, miraba fijamente a Cheché; luego se agachó más y lo besó en la frente largo, largo. De pronto se enderezó muy enérgico, pero le vi que tenía lágrimas, ¡lágrimas, papá!, otra sacudida interior en mí. Metieron a mamá entonces, que lloró lo que quiso, pero con mucho más sosiego que otras veces, al principio de todo. No me impresionó, por la costumbre. Había un lleno en casa; pero allí, en aquel momento, estábamos solos los tres y la Hermana. Mamá decía muy bajito: «¡Hijo mío! ¡Hijo querido!», y le daba un tono tan sincero, que también

pugnaba por ahondar en mí. Papá mandó que entrara la servidumbre y todos lo iban besando, llorando todos, hasta Falo. Yo empezaba como a darme algo de cuenta de que todo se terminaba. No sé por qué quedé yo de último. Papá, que hacía esfuerzos terribles por dominarse, que me fijé muy bien en todo, me empujó suavemente:

—¡Anda, Ignacio! —dijo.

Yo pegué mi cara con la de Cheché. ¡Qué fría estaba ya! Las lágrimas me empezaron a salir entonces facilísimas, hasta dulces. «¡Adiós, pequeñín!», le decía yo, y le acariciaba el pelo, las manos… «Adiós», y lo besaba, así hasta que papá me apartó por los hombros y la pobre chacha me hundió la cara en su pecho, como tantas veces de pequeño, cuando me disgustaba yo.

En aquel momento llamaron a la puerta y eran los Padres del Colegio. El padre Rector y el padre Garde, el del telón. No estaba yo entonces para hablar con nadie, claro, pero mucho se lo tengo que agradecer que fueran. Si el Padre hubiera estado en Vigo, también hubiera ido.

Yo me serené cuanto pude, porque tenía que ir con papá al entierro, que eso no lo quería yo perder. Allí me vi detrás de la carroza, entre papá y el padre Rector, que tuvo la delicadeza de no andar consolándome con esas sandeces que se dicen en casos así. Detrás toda la Escuela y muchísima gente, sobre todo muchos marinos amigos de papá y mamá y de todas partes, que vinieron una barbaridad de coches de fuera. La gente que nos veía pasar, todo era mirarme a mí, me pareció. Luego, al lado de papá, venga de estrechar manos. A papá le abrazaban y a mí algunos me acariciaban. Abrazos sólo di uno. Fue a Nano, que me lo vi allí, ante mí, de repente; y ¡qué abrazo, Dios! Nano era en aquel momento el Colegio; y era Pancho y Héctor y Azufre y todos mis amigos; y eran los compañeros de Cheché, que lo aplaudían hasta romperse las manos cuando subía al escenario del teatro, el día que le hacían brigadier de la División. Entonces lloré otra vez, allí abrazado a él, que no lo soltaba y él lloraba también y la gente se emocionó. ¡Es que no podía por menos! Tanto que papá, entre pésame y pésame, se inclinó hacia nosotros dos y dijo con mucha alma por lo bajo:

—¡Vamos, Iñaki, valiente!… ¡Un poquito más!

Fue un esfuerzo sobrehumano el que hice para dominarme.

Entramos en el cementerio. Ya la gente se había ido la mayoría. Lo iban a poner en un nicho de esos de pared, cosa que ya nada más verla, me disgustó lo suyo. ¡Qué sé yo! Era un emparedarlo allí, rodeado de gente desconocida, que me hizo mal estómago. ¡Fue terrible ya el ver introducir por aquella boca la caja y tener que verla desaparecer, sintiendo hasta hartarte la impotencia tuya!; y luego el sepulturero, que iba poniendo los ladrillos entre él y nosotros,

al compás que los Padres le rezaban muchos responsos. Y cogió el hombre del suelo el último ladrillo, el que iba a tapar el hueco por donde yo veía aún la caja de Cheché. ¡No! ¡No lo pude ver aquello! Fue un rugido lo que me subía desde las entrañas; me tapé la cara con las manos, delante de todos. Se volvió papá y me abracé a él desesperadamente. ¡No sé lo que debí decir o mejor gritar! Supongo que le decía a papá que no lo permitiera que lo encerraran allí, que lo mandara sacar. ¡Ya no sabía lo que decía! Me era espantoso marcharnos y dejarlo allí; abandonarlo allí, lejos de casa; yo que nunca lo abandonaría en ninguna parte. Y Dios ¡permitía esto…! Entonces, ¿qué era yo para Dios? ¡El que no haya pasado por ahí que no hable! ¡Lloraba que me descuartizaba por dentro! Me metieron en seguida en el coche y para casa. Sé que llegué atontado, deshecho ya; era no tenerme en pie siquiera, que la voluntad como si hubiera muerto también y una languidez que me llenaba, hasta dejar caer brazos y piernas como si fuera de trapo. Debía tener fiebre, supongo. Me metieron en el cuarto de papá y mamá, donde había armada una cama sofá para mí. Yo, como un saco vacío, allí me encontré, en la cama, que me desnudó papá ayudado por la chacha, igual que si tuviera diez años. ¡A menos que un pelele había quedado reducido! Et altera tenebat gladium… me venían estas palabras y todo me parecía una comedia. ¡Bueno estaba yo para empuñar espadas! Y además, ¿en nombre de qué? ¡Qué amargura! ¡Todo se me derrumbaba! No tenía nada fijo donde agarrarme y era la vaga sensación que me envolvía, porque lo que se dice pensar, no pensaba. ¡Estaba destrozado, vaya!

Primero fueron tres días de cama. Era un desfondamiento total el que tenía y yo me entregaba sin reservas, sin resistencia alguna. En quince días había adelgazado lo suficiente para que todo el mundo que me viera tuviera que comentar algo. Encima se había apoderado de mí la manía de no comer, hasta aborrecer las horas de la comida. Me acordaba de los Ejercicios, cuando la meditación de la muerte, que el Padre que los daba dio la frase aquella: «Los vivos a comer…; los muertos… ¡a ser comidos!». Casi nunca me dejaban solo y la chacha pasaba horas allí, junto a mí, haciendo labor, mientras mamá atendía las visitas, que eran muchas y se oía ronroneo. Bueno, lo de mamá era notable; esto lo digo ahora, porque lo que es aquellos días, por mí que se hundiera el mundo. La resignación de ella desde que se lo llevaron; la entereza que tuvo luego con la gente, lo cual se comentó hasta en Salinas; la manera de atenderme a mí… Yo, más tarde, me hacía la idea de que se había «convertido» con la muerte de Cheché pero el Padre siempre me sostuvo que no, que yo no la había conocido hasta entonces, lo cual era distinto; y que si él me contara, ya vería lo que ella era, ya antes de nacerle yo. El Padre decía que a mamá la vida tan fácil que siempre había llevado, le daba esa apariencia de ligereza, pero que cuando llegaba la ocasión, se veía de qué paño era, y que si yo me creía que todo lo bueno que había en mí lo había heredado de papá. Yo

a mamá (lo digo ahora), si le fuera a hacer algún reproche, sería el de haber tardado tanto en comprender que yo ya no era un niño. La verdad es que ella no empezó a ser madre, esa madre que uno necesita, hasta que le entró en la cabeza que yo empezaba a no ser un niño; ahí le duele; que hasta entonces yo sería un muñequito para ella. Y todo eso debió ser cuando me vino a mí la crisis tan tremenda que quería morir. Pero basta ya de esto.

Entonces, yo todo era pensar, allí tirado en la cama, como un fardo en el andén. Tentaciones aún no me venían; luego fue peor; pero creo que tampoco me hubiera preocupado mucho de tenerlas. Para mí todo era tratar de comprender que él no volvía; que era como decir que el infierno es eterno, que lo dices, entiendes las palabras, pero poquísimas veces te viene el chispazo ese de «comprender» o mejor de sentir lo que eso es. Además, todo se me oscurecía por el pensamiento de mi culpa, si la habría tenido, si todo habría venido por la regata. ¿Cómo me iba nadie a decir a mí que yo tenía la culpa? No es que tuviera seguridad, pero sí duda. Bueno, es que, de ser verdad, me volvía loco. Luego era el cementerio donde iba con la imaginación. A mí eso de pudrirse es lo que más aborrezco. No sé si será por haberme acostumbrado tanto desde siempre al agua, a la ducha, a la ropa limpia… No sé pero no lo puedo evitar. Ni me valía entonces pensar que lo había mandado Dios. Eso de los entierros, que no me digan. Yo pensaba que sin curas y sin nada, lo hubiera hecho yo solo. Lo hubiera sacado a Cheché mar adentro en el balandro. Allí, al aire y al sol, lejos de la opresión de los muertos del paredón y de la indiferencia de los vivos que van al entierro de compromiso; allí, solos los dos en la mar, lo hubiera besado yo; le hubiera atado a los pies un buen rizón de hierro y lo hubiera echado por la borda, fondeando allí mismo una boya, que yo sólo supiera lo que significaba. Entonces sí que hubiera vuelto sereno. Lo dejaría allí libre de los gusanos que me da un asco horrible. Así era pasar yo horas y horas. Por las noches me despertaba sin sueño. Todavía no lo he comprendido cómo se daba cuenta mamá, porque papá de aquello, ni idea. La cosa es que yo no hacía ningún ruido, pero a poco de estar así a pensar y a romperme la cabeza, venía mamá a oscuras, se inclinaba sobre mi cama, y me decía muy bajito: «¿no duermes, hijiño?»; luego se quedaba allí en bata, sentada a mi cabecera. No me acariciaba ni hablaba; debía darse cuenta de que no lo hubiera admitido. Yo permanecía indiferente y no se lo agradecía en absoluto.

Lo que ni por apuesta se me ocurría a mí, era rezar. ¡Ni una jaculatoria minúscula! Yo, así, a pensar: «No hay Dios», o «La Virgen no es mi madre», a eso nunca llegué; lo puedo jurar. Lo que yo decía era que Dios y la Virgen estarían muy guapamente allí en el cielo y que yo les tenía completamente sin cuidado, como se acababa de ver perfectamente, y, por lo mismo, a mí me debía dar igual. A cada uno lo suyo. Esto, lo reconozco que así lo pensaba y cuando rezaban el rosario por la noche, todos allí, yo no contestaba palabra.

Papá lo tuvo que ver, pero no dijo nada. Todos parecían tener miedo a lastimarme y yo abusaba salvajemente de ello. Algunos ratos del día, venía también papá junto a mí y me leía algo de Magallanes o Lepanto o cosas así. A veces casi me llegaba a interesar, pero entonces hacía esfuerzos positivos por no demostrarlo, puesto que eso era lo que él pretendía. Por las tardes vinieron a verme Jorge, Rafa y Piti. Me eran un fastidio, pero no ya por miedo como antes, pues yo creo que me llevan postales de aquéllas a mí entonces y me quedo tan templado; pero ellos tenían respeto, y luego, la impresión tan grande que les dio. Me fastidiaban porque maldita la gana que tenía yo de gente… Para eso hubiera ido con Pancho. Nano se había ido con sus papás a las aguas de Guitiriz, que a él lo hubiera aguantado aún mucho más que a aquéllos. Con los de casa hay que reconocer que yo no hacía nada porque me entendieran; pero la verdad es que los tenía completamente desorientados. El acierto de mamá, que nunca lo hubiera creído yo, consistió en contentarse con venir junto a mí, sin andar con mimos. Entonces, por primera vez en la vida, comencé a sentir de veras lo que es tristeza.

Al tercer día, papá quiso que yo me levantara, pues en cama, ni comía bien, ni hacía nada por mejorar.

La primera vez que me senté a la mesa, volvió papá a insinuar la conveniencia de que yo me fuera de Marín, pero no insistió por la obstinación con que yo dije: «No me voy de aquí».

Me había levantado justo para la hora de la comida. Pues nada más que retiraron los postres, me salí sin decir nada. Vi cómo me seguían los ojos preocupados de papá y mamá. Me encaminé a nuestra habitación. Me temblaba la mano, al ponerla en la manilla de la puerta. ¡Palabra que no era miedo! Entré. Todo estaba en perfecto orden y muy ventilado. Sólo un detalle. «Ya» no estaba la camita de Cheché. Me encerré por dentro. Allí me desquité; saqué tabaco que tenía en mi mesa y entonces fue el fumar… ¡Era una de mis promesas! ¡Cómo había hecho el ridículo yo!… ¡Qué se le iba a dar a Dios de que yo, un rapaz de quince años, un iluso, un fantástico, fumara o dejara de fumar! Me vino la idea del voto hecho en el Colegio. Instintivamente no quise pensar en ello. Luego me senté y me puse a escribir. Me clavé allí horas; hasta que la mano se me cansaba y tenía que parar para sacudirla un poco. Me entró pasión por consignar en el diario hasta el último detalle. Varias veces me aporrearon a la puerta, pero yo no contestaba, o gritaba fuera de mí ¡No quiero abrir! ¿Qué pasa? Luego venía mamá o la chacha o Lupe… como si toda la casa no tuviera más que ocuparse de mí. Ya una vez me desaté, y según tenía la puerta a mi izquierda, a ciegas, que no sabía quién sería, lancé una andanada por babor, con tacos y todo. Era la chacha y aquélla era una de las muchas veces que enseñé los dientes en aquellos días.

Yo era un cartucho cargado de mal humor, de escepticismo, de ira ciega, de

todo eso que, como no sabes con quién descargarlo, te llevas a cualquiera por delante y haces cualquier burrada. Lo que sí supe es lo que es sufrir. ¡Dios mío! ¡Lo que fue aquello!, que no se lo quiero yo al tío más desgraciado a quien yo no pueda ver.

De misas, ni hablar, claro. El domingo fui por cobarde, por miedo al escándalo que se armaba. Por las mañanas me encerraba en el cuarto a fumar y a escribir, aunque me daba cuenta de que eso, en casa, les sabía a cuerno quemado, pues querían que me fuera a tomar el aire. «Tomar el aire», expresión idiota, pensaba yo. Por las tardes era poco más o menos, añadía al diario mil detalles. Luego me tumbaba con el pitillo y allí a emborracharme de tristeza, en aquella soledad que yo mismo ponía a mi alrededor. A lo mejor hacía un esfuerzo bárbaro para reconstruir todos los detalles de la vida de Cheché. Entonces ocurría que acababa por abstraerme del presente y vivir en la atmósfera aquella de los recuerdos, hasta sentirme a gusto, pero era peor volver a la realidad. Miles de veces, con la desesperación que tenía, quería llorar y no había modo. Otras veces lloraba, pero sin lágrimas; no sé si se comprende esto, pero era una tensión que me agotaba. Estos encierros míos eran los que traían de orza a toda la casa. Y eso que no sabían ni una letra de todo lo que yo pasaba allí dentro; y cuando el demonio empezó a despertar y a venir con todas las imaginaciones y yo sin defensa que estaba y peor, pues casi me parecía que era una venganza justa el ceder.

Papá y mamá cada vez se pusieron más pesados conmigo. Venga con que saliera, con que navegara, que jugara, que aquella vida no era de mi edad. «Los mayores son muy sabios —pensaba yo—, claro, y se creen saber cómo es y cómo no es nuestra vida; ¡están apañados!, o nunca tuvieron quince años o se olvidaron ya; si yo le contara a mamá, así clavado, todo lo que pasa por mi cabeza, se desmayaba para un mes». Así discurría yo.

Al atardecer cogía la «bici» y me largaba al cementerio. ¡Era un dolor aquello que me desquiciaba!, pero tampoco sabía yo librarme de aquella atracción. Allí estaba Cheché, mi Cheché, porque era mío más que de nadie. Allí, en aquella pared entre desconocidos y todos hombres y mujeres mayores que ya habían vivido bastante; todos de treinta para arriba. El nicho tenía un marco de metal y un gran cristal; detrás, la lápida de mármol blanco y las letras de metal incrustado, con un crucifijo de lo mismo: «Francisco Javier Sáez de Ichaso y Falcón», luego con una estrellita la fecha de nacimiento y con una cruz la de la muerte. Total, doce años. Y podía haber añadido que, de ellos, cinco fastidiado con la pierna dichosa. Al pie del muro había aún coronas para dar y tomar. Desde luego, cualquiera que mirase aquel muro, lo primero que se fijaría sería en el nicho de Cheché.

Yo allí delante, apoyado en la «bici», me clavaba para empaparme de aquella realidad; para sentir la desesperación de la impotencia. «No hay

remedio, se acabó». No sé cómo no rompí aquel cristal, porque a veces me venía tal coraje, que me sacudía en ondas de arriba abajo todo el cuerpo. Y era no saber lo que quería, porque había gastado toda mi potencia en querer una sola cosa, una cosa por la que hubiera renunciado a todo, y ésa me la habían volado.

El que haya estado alguna vez sin querer nada, sin esperar nada, sin dársele un pito de nada, pero así de verdad… bueno, lo compadezco. A mí que no me vengan los bonzos con el «nirvana», que salía allí en Literatura, de no querer nada, de no desear nada, de no luchar por nada… ¡Para eso, mejor morir!

Luego venía el arrancarme de allí, dejándolo, que era repetir en seco el desgarrón del entierro; siquiera entonces me desahogara a modo.

Nadie de casa era capaz de entenderme. Papá debía tener miedo a hacerme daño. Mamá se asustaba de mí y estaba sobresaltada. El Padre sí que hubiera podido comprenderme; pero yo a él no iba a acudir cuando significaba todo aquello con lo que yo había roto relaciones obstinadamente. Sobre mi mesa estaban sus cartas, y la de Pancho y las de Salinas y qué sé yo. Todas sin abrir. Si en casa me hacían recomendaciones, a mí me entraban por una banda y me salían por la otra, como las olas.

Una cosa que me tranquilizó algo fue el Espasa. Fue una buena idea. Busqué «meningitis» y me empollé todo aquello y no vi que pudiera venir la meningitis de un resfriado, aunque es cierto que el Espasa está anticuado en muchas cosas.

Como yo no comulgaba y ni se me daba nada de nada, el demonio debía querer aprovecharse, si no, no se explica la guerra aquella que empezó a ser como nunca. ¡Qué tenía que ver lo de antes! Hubo noches en que me levanté mucho más cansado que me acosté. Yo al demonio le hacía una resistencia pasiva, sin ideales, sin motivos, porque ni el voto me importaba nada; una resistencia como por cierto instinto de no envilecerme. Pero cuanto menos ideal tenía yo, mas difícil se hacía aguantar vela y menos había la exaltación del triunfo, que tanto anima para seguir. Y era como ser yo todo pólvora y las imágenes que me venían, como chispas, y yo a sacudirlas, claro, porque me veía volar. A veces me sentía rebosar de electricidad o algo así que, vamos, me tocan y salta un chispazo. Todos los recuerdos, las dudas, todo lo que me podía molestar, estaba allí ahora siempre al acecho. Yo, huyendo de esto, sólo tenía para refugiarme los recuerdos de Cheché, que sí me purificaban, porque él fue lo que se dice un ángel (aún pienso en aquella confesión), pero por otro lado me mataban.

Cada vez desmejoraba más. Yo lo notaba en todo lo que se abrocha, porque hasta la correa del reloj se quedó floja en aquel agujero de siempre.

Por fin abrí las cartas.

Las de los Padres fueron todas al fuego; lo confieso. Era muy bonito que Cheché se había ido al Cielo y que Dios sabía mejor que nosotros lo que nos convenía. Yo al leer estos párrafos, en que todos coincidían, la verdad, escupí. La del Padre la encontré más vibrante y más para mí, pero también abusando mucho con Dios y la Virgen y entonces también la pasé por el mechero. Aquellos días hacía una cosa así y me quedaba tan impasible. La de Pancho, con ser de mi tiempo, era mucho más humana para mí. Dejaba a Dios en paz y hablaba de lo mucho que había sufrido, hasta quitarse del tabaco por aquellos días (hay que ver lo que eso significa en Pancho); decía lo mismo, que esta vida era un asco, pues pasaban cosas así. Sólo al fin lo sacaba, al decir que él no lo sentía por Cheché, que estaba en el Cielo, sino por mí. Y esto no me disgustó, pues es lo que digo yo, si se tiene que morir alguien, lo mejor es ser uno el muerto.

Las cartas de las niñas estaban muy cariñosas. Todo era insistir también para que me fuera con ellas. Karin, más íntima, decía: «Ven, Ignacio, no seas testarudo; te hará bien venir. También yo me he entristecido; tengo derecho a que me lo creas, porque tú sabes como nadie lo que él era para mí, pero hay que dominarse y tú, como te entregas todo en todo, pues me haces temer siempre por ti. ¡Ojalá vengas!, aunque sea a la fuerza. No me importa aguantar tu mal humor. Ven». Desde luego estas líneas me dieron que pensar. Había que reconocer que ella lo quería de espanto. Lo quería al que más de los tres y a mí jamás me pareció mal. También era cierto que si había alguna persona en el mundo que me desarmara a mí en aquellos momentos, ésa lo sería Karin. Sufrir, no le iba yo a negar que había sufrido, pero eso que decía «hay que dominarse», era otro cantar. Lo que yo preguntaba era que dominarse… ¿por qué y para qué? ¡Qué estaba bien de dominarse! Que te venían ganas de fumar, ¡domínate!; que te pedía el cuerpo arrear una bofetada, ¡domínate!; que se te ponían en la punta de la lengua un par de tacos gruesos, ¡domínate!; que te comían día y noche las tentaciones, ¡domínate! …, ¡domínate!, ¡domínate!, ¡domínate! Y te sale todo mal, se te derrumbaba todo, estás ahora hecho polvo… pues, ¡domínate también! Pero yo me rebelaba con toda mi alma y me emperraba en mantenerme contra todos.

Mamá se puso de negro toda. ¡Hay que ver lo que aquello tenía que ser para ella! En cambio a mí no quiso que me hicieran ropa negra, que bastaba con una banda en la manga. ¡Me tenía sin cuidado vestir de negro que de rojo! No sé si ya para entonces sufría ella más por Cheché o por mí. Es cierto que se dijo por Marín que el mayor de Ichaso se volvía loco; y cuando yo iba o venía por razón del cementerio, que era la única salida mía, volvían la cabeza. Lo juro que algún día estuve al borde de confirmarles sus sospechas; porque no me faltó nada para parar la «bici» y gritar a quien yo me sé, que se fuera a

mirar a su señora madre. No tenía por qué ir yo viendo caras de compasión y mucho menos de burla.

La mirada de mamá en casa no la puedo olvidar. Ella no me decía nada, pero me colgaba una mirada, con unos ojos, que no me explico cómo se la resistía, porque hay que ser un canalla para hacer sufrir a una madre. ¡Eso era yo!

Amaneció el último día de julio, mi santo. Era temprano cuando entró mamá en mi cuarto, estando yo en cama y despierto. Se inclinó sobre mí y me besó en la frente, muy suave.

—Muchas felicidades, Ignacio.

—Gracias.

Era lo mínimo que podía decir.

—¿No quieres acompañarme a comulgar?

Imaginarse; mi santo.

—No pienso.

—Pero, hombre, ¿el día de San Ignacio?…

Era un tímido reproche lo que había en su tono.

—En mis cosas supongo que no te vas a meter tú, ¿no?

Tal le contesté; lo pongo para que se vea en qué plan estaba yo. Ella pareció que iba a replicar, pero se mordió los labios, que la vi perfectamente, y dijo esto:

—No, hombre, lo decía por si habías pensado ir.

Cuando ella salía, aún no había hecho yo el menor movimiento, con las manos detrás de la cabeza y la ropa de la cama cruzando sobre el pecho, tal como estaba cuando entró, así seguí. Ni me preocupé lo más mínimo por el feo que le había hecho a mamá. Sólo pensé en lo que habían cambiado las cosas, porque vamos, la que me armaba mamá, si pasara aquello ¡un mes antes!

Papá me felicitó cuando estaba desayunando. No hizo comentarios. Verdaderamente no estaba la casa para fiestas.

Aquella mañana era un diluvio. Desde mi ventana veía yo llover y llover; caía el agua apretada de una nube, ahí como para tocarla con la mano, de baja; y la niebla cosida a tierra; enredada en los árboles y de barriga sobre el agua de la ría, que ni la isla de Tambo se la podía alcanzar a ver. Yo, apoyado allí, miraba a través de la ventana y me compenetraba con aquel paisaje. Me estuve horas en esa forma aquella mañana; porque lo que veía por los cristales

rayados de gotitas resbalantes, era la mejor expresión de mi alma. Aquel gris por todas partes; aquellos contornos confusos y la niebla taponando el horizonte… Me imaginaba también el muro de los nichos, trashumando humedad y creando moho por dentro, y me venían los versos de Bécquer, que el Padre nos recitara en clase, cuando veíamos con él Literatura de Quinto; sobre todo aquello donde dice: «Del húmedo muro tendida», etc. Revolví la Antología hasta dar con él y me amargaba más y más saboreando cruelmente los versos aquellos, que me parecía que interpretaban mi sentir. Así fue que al ir a comer, estaba yo más lúgubre que una momia de Egipto o de donde sea.

Durante la comida, como de costumbre, me estuve callado y comiendo con asco. Aquellos ojos atormentados de mamá, que era todo interés por mí y en otra ocasión me hubieran partido el pecho, ahora me daban el gustillo de sentirme en mi papel.

Lo que no esperaba yo, fue la sorpresa que vino con los postres. No la esperaba, la verdad, pero es que nada. Era como si me hubiera olvidado para entonces de cómo es papá, porque toda aquella temporada me había estado contemplando. No fue más que él dijo esto:

—Ignacio, hoy no se trata de discutir ya. Es cosa que he decidido. Esta tarde te lleva Falo a La Coruña y mañana por la mañana sales en el coche de Oviedo, donde te estarán esperando para llevarte a Salinas.

Desde luego comprendí que el plan lo habían tramado entre los dos, a mis espaldas. Algo se sublevaba en mí, porque se iba a derrumbar aquella dictadura de mi desesperación, de mi indiferencia por todo. Esto no quitó que yo entendiera, desde el primer momento, que era inútil discutir. Yo a papá lo conozco de sobra; es cuestión de matices, pero cuando habla de cierto modo, no hay nada que hacer. De todos modos, vi que los dos espiaban mi reacción. Me callé como un mudo. Puesto que tendría que obedecer, mi triunfo lo pondría en no darles el gusto de que me calasen lo que pensaba. Mamá, que debía venir preparada para una escena, por lo que había tenido que aguantar de respingos míos y de brusquedades, dijo para mí:

—¿No dices nada?

Lo que yo dije fue una burrada. ¡Palabra que no lo pensaba yo aquello! Pero por mortificar, ¡qué sé yo!

—¿Qué voy a decir? —contesté—, tengo quince años; hay que aguantar, ¿no?, pues aguantaré. ¡Ya llegará mi hora!

Mamá, al oírme hablar así, con lo hecha harina que tenía que estar para entonces, se cubrió la cara con las manos. Papá se levantó; me puso de pie y me largó un tortazo de los de no te menees. Ni una lágrima me vino a los ojos. Di media vuelta para salir y puse en el portazo toda mi protesta. El portazo es

siempre lo último que te queda cuando no tienes ya a qué agarrarte. Lo que acababa de hacer papá, por otra parte, lo veía suficientemente justo para no soliviantarme demasiado. Aburrido de todo, fastidiado hasta de mí mismo, me tiré sobre la cama y allí me quedé sin moverme, boca abajo. Luego entró mamá de un lado a otro disponiendo ropa y haciendo maletas. Nadie me dijo nada.

No hubo más remedio que vestirme para el viaje. Bajaron las maletas. Yo ni saber lo que iba. Cuando mamá me dio una voz: «¿Bajas, Ignacio?», que serían sobre las siete, no contesté nada, pero bajé para arrancar. Toda la casa estaba por allí a la mira, para ver, como si fuera a salir el toro. Mamá me estrujó contra sí y me besó no sé cuánto. A mí me pareció que hacía bastante yo con dejarme. Papá me tomó por el hombro y me apartó un poco muy amigablemente.

—Espero que seas razonable, Ignacio; no puedes quedarte ahí, fondeado en el punto en que ahora estás. Hay que levar anclas y seguir navegando. Hay que tener valor para todo; la vida es así, ¿no comprendes? …

Yo no dije nada. Estaba seco e insensible. Él me besó quizá algo emocionado. También la chacha me besó, pero llorando; es más llorona que el cielo de Santiago…

Al arrancar Falo, no pude evitar un vago sentimiento de vergüenza por mi comportamiento en casa, pero lo ahogué como pude pensando en Cheché. ¡Qué bárbaro!; ¡nueve días que te hacía desde la muerte de él y cómo te había cambiado todo! Salimos de Marín y a mí se me oprimía el corazón, pensando que él se quedaba allí, y, lo que me producía aquel indefinible disgusto, entre «Don Eladio Fontoira Blanes, Pbro.» y «Doña Josefa Martínez Louzán», de sesenta y setenta y tres años, respectivamente. Hubiera llorado con gusto, al empezar a poner aquella burrada de kilómetros entre él y yo; pero no había de qué.

Todo el viaje fui allí, apoltronado, pensando. Ni siquiera le pedí a Falo el volante, con la ocasión que se pintaba.

En La Coruña no quise ir a casa de Pancho. ¡Cómo me presentaba yo de la manera que estaba entonces!… No me encontraba yo para eso. Falo me llevó al Finisterre, que está bien, aunque a mí los hoteles me dan cien patadas. Bueno, si Pancho sabía algo de que estaba yo allí me mataba. Pero es que ni de ver a María Celia tuve ganas.

Al día siguiente sería agosto. ¡Y yo era el que iba a ir a las regatas de agosto a La Coruña! Allí estaba yo, sí, pero maldiciendo de mí mismo y de mis ilusiones. ¡Qué cosa, hombre!

AGOSTO

A las seis y media de la mañana me despertaba Falo. Tomé una ducha relámpago, por no perder la costumbre, y antes de las siete ya estaba en la parada de los coches de línea. Falo me instaló en una ventanilla y vi que me subían la «bici», toda empacada, que venía sin haberlo pedido yo, como yo mismo, al fin y al cabo. Los dos teníamos amo. El bueno de Falo hizo por mí todo lo que pudo. Hasta me procuró un cartón de rubio, que fue muy de agradecer. Allí se estuvo luego en mi ventanilla, esperando a que arrancáramos. ¡Hay que ver de cuánta confianza es Falo en casa! Por mí siempre se desvivió, y entonces más que nunca. El tabaco me lo consiguió a un precio bastante razonable; ya tenía para una temporada, aunque yo doy mucho, que siempre dijo Azufre: «A ti el tabaco te resbala». Fue curioso, pero la verdad es que estuve más atento con Falo que con papá y mamá.

El viaje este es pesado. Son doce horas como doce losas. Entonces vi yo el inconveniente de los quince años, pues no me podía yo poner a fumar, allí como los mayores, con lo que me lo hubiera agradecido el cuerpo. Era la primera vez que iba solo, así, por la línea, para Asturias; pero aquella carretera la conocía bien y estaba llena de recuerdos para mí, porque bastantes veces me había traído y llevado Falo por ella, pero siempre con Cheché. Gasté mucho tiempo en hacerme a la idea de Salinas. En realidad no me disgustaba el encontrarme con Karin y aun con Patri. Tenía también cierta curiosidad por mi primo Nete, el hijo de los tíos que tenían a Mito entonces. Nete, de mi tiempo, siempre había estado dominado por mí. Con todo no me emocionaba mucho, por la mala sangre que me levantaba el ir como iba, que era a la fuerza, rabies o pataleees. Así yo aborrecía por nada. Cuando ya atardecía, estando yo de coche como estaba, hasta la coronilla, me fui, con la imaginación, al cementerio con Cheché. Todo igual que si estuviera en Marín. Yo cerraba los ojos y era verlo todo al detalle, y así, con los ojos cerrados, le decía por dentro que si no estaba con él, a la fuerza era, que eso bien lo sabía todo el mundo en casa.

La pinta que debía llevar yo, sería de abrigo, como se vio; porque estos ojos y este pelo, curtiéndome por el verano, pase; pero el moreno se había volado casi; añade lo delgado, que me podía escapar por el cuello de la camisa, y luego la cara que pondría, quizá, cuando cerraba los ojos; lo cierto es que, aunque yo no hablé con nadie en todo el viaje y comí en una mesa solo, en Ribadeo, una señora de muy buena presencia, que ya notaba yo que me había mirado mucho y estaba a mi lado, porque yo, claro, le había cedido mi ventanilla ya desde Mondoñedo, pues entonces va y se inclina hacia mí.

—¿Te encuentras mal, niño?

—No, señora, muchas gracias.

Por fuera procuré estar correcto y hasta le perdonaba que se preocupara de lo que no le importaba; pero ¡mira que lo de niño! ¡Me cayó a mí como un tiro en la barriga! «No sé —pensaba yo—, habrá que matar a alguien para que te tengan por un tío normal».

A medida que era más de noche y nos íbamos acercando a Oviedo, más me atormentaba lo irremediable de todo lo que había pasado y la indiferencia del mundo, que todo seguía lo mismo. ¿Qué significamos nosotros en el mundo?

Pasadas las ocho, entramos por la Plaza de Toros y calle Toreno. ¡Cuidado que siempre había sido alegre nuestro paso por Oviedo, que le discutíamos todos a mamá, echando a comparar La Coruña o Vigo con Oviedo, por ser ella de éste! Pasamos junto al teatro Campoamor, del que tanto tenía oído hablar a mamá, y yo, cuando era pequeño siempre había pensado que significaba: «campo de amor», y luego me enteré que era por el tío ese, escritor, que estudiamos el año pasado. Paró el coche y yo miré por la ventanilla para ver quién había de casa. Sí, allí estaba Germán, el chófer de la abuela, haciéndome señas. Tiré para fuera después de decir adiós a la señora de la buena pinta y me encontré delante de Germán que me sonreía con toda la cara, pero la atención se me fue a lo que apareció detrás de él, que era Nete, con sus gafitas «Truman», su cara de bebé a perpetuidad y la mirada ingenua de siempre. Me vino encima y me besó como una colegiala. Yo le dije, creo: «Hola». Quizá le defraudé, con el entusiasmo que tenía por mí; pero peores cosas iba a ver el hombre de todos modos.

Parecerá que yo estaba chalado y lo estaría; pero ya desde Avilés tenía el corazón en un puño, que se encogía al ir entrando en contacto con todo aquello, mientras Cheché seguía inmóvil allí, acostado entre «Don Eladio Fontoira Blanes y doña Josefa Martínez Louzán», y otra serie de nombres que me sabía yo de memoria.

Entramos en Salinas, ya oscuro, sobre las nueve largas que serían. Estaba abierto el portón grande de «Villa Luz», y Germán tiró sin parar hasta el porche iluminado. Según yo abría la portezuela, salía la abuela toda apresurada.

—¡Ven acá, hijín mío! —y me abrazaba.

Correspondí algo a sus cariños. Conste que siempre fui el predilecto de ella, que me la pusieron de madrina cuando me bautizaron; de ahí me venía mi enchufe entre todos los nietos. Eso no hubo nunca nadie que lo negara. Por algo Patricia me decía por los veranos: «El niño de la casa»; envidia, claro.

Si yo hubiera podido llorar, hubiera sido entonces el momento, cuando me vi entre los brazos de la abuelita Luz, tan bueniña siempre, pero yo me había secado totalmente; ya estaba visto. Y era peor; como esa congoja del caño, cuando lo abres y no te sale agua.

Todos los demás estaban en el club de allí. Había que divertirse, natural, pensé; total, ¿qué importaba? Subí al cuarto que me daba la abuela, que era con Nete, y buen cuarto, con ducha y una terracilla que da a los pinos. Cuando la abuela sintió que llegaban a la puerta de afuera, por las voces, me mandó bajar. Aparecía yo por un lado del hall y todos entraban por el otro. Delante venía Patri, negrísima del sol, que como no se calla nada, lo primero fue acercarse a mí, que me había quedado parado como una estatua, cogerme por los hombros y mirarme de arriba abajo y soltar:

—¡Pero qué horrible estás, Nacho!

Yo estaría delgado, lo reconozco, y con el pelo rubio parecería más pálido a la luz eléctrica; pero me parecía a mí que no era como para un recibimiento así, tampoco. Luego fue tía Luchy la que me dio el gran abrazo. Entonces, así que me tenía ella abrazado, vi por encima de su hombro a Karin, mirándome como nunca, allí de pie, más fuerte y morena que yo, seguro. Cuando la tía me dejó, avanzó ella dos pasos y me tomó por las manos, sin dejar de mirarme a los ojos. Lo vi venir; de pronto, se le saltaron las lágrimas, como dos fuentes, y se abrazó a la tía, que seguía a mi lado.

Yo me quedé ausente, con los ojos secos, pero no dejé de notar que, aunque sin pronunciar tampoco el nombre de Cheché, Karin era allí la primera que daba a entender que se sabía lo que había pasado. La abuela resolvió la situación mandando a todos a cenar.

Notaba yo la falta de tío Ignacio, y resulta que se había ido hacia Galicia, precisamente cruzándose conmigo.

La cena resultó todo lo violenta que podía ser, porque yo no hablaba ni me interesaba por nada, y ellos, por un lado, no se atrevían a hablar de diversiones y cosas, y por otro, parecía que tuvieran una consigna de no tocar lo de Marín.

En cuanto pude me disculpé con la abuela; la besé a ella y a tía Luchy y me subí al cuarto. Sólo abrí el maletín, donde va el estuche de aseo, para sacar un pijama. No tenía humor para deshacer el equipaje. Lo que hice fue que me tumbé sobre la cama, vestido como estaba, y me puse a fumar despacito. Luego entró Nete y yo seguí fumando ostentosamente. (Apostaba yo la cabeza a que él no fumaba, siendo como es de la Junta de la Congregación de Areneros y siempre dignidad, claro). Cuando vi cómo se me quedó mirando, movido yo de aquel diablo nuevo que me empujaba a mortificar a las personas, sobre todo a los que se interesaban por mí, le dije:

—Qué, ¿te vas a chivar?

—Ya sabes que no —contestó con humildad.

Y era verdad, porque él siempre me admiró y siempre hice con él lo que quise, todo lo contrario que Mito. Bien se veía que él sólo tiene hermanas y que además está externo en Madrid, de modo que seguramente compartía por primera vez la habitación con otro chico. Lo digo por la timidez que le noté aquella noche primera. Nosotros, como antes veníamos los tres, teníamos una habitación juntos, como en casa. Luego que estuvo en pijama se fue a lavar la boca. Yo, haciéndome ilusiones, pensaba: «Ahora se abre la puerta del cuarto de baño y aparece Cheché, porque todo fue un sueño». Y veía yo la clase de abrazo que le daría, etc. Pero volvió Nete, claro. Se puso de rodillas junto a la cama, y se estuvo bastante allí, mientras yo lo contemplaba sin dejar de fumar. Cuando se acostó, después de colocar sobre la cabecera su medalla de congregante, me incorporé yo y me desnudé rápidamente, metiéndome en la cama, sin más y apagando la luz. Ya estaba todo callado iba un rato, cuando va él y dice:

—¿No rezas tú, Ignacio?

Su voz parecía más tímida aún, en la oscuridad.

—¿Te importa a ti acaso? —contesté con despego.

A mí, antes, las tentaciones me eran sólo de pensamiento y fáciles de vencer. Pero ahora me venían de obra y difíciles. ¡Tanta lucha era morirse! El demonio, si lo conoceré yo, me enviaba el insomnio para ver si podía sacar tajada de aquella soledad en la cama. Como hay que decirlo todo, me entraron ganas de mandarlo todo a ese sitio y hacer yo lo que quisiera; pero eso sólo duró unos segundos. ¡Aquella noche fue horrible también!

Me levanté con la cabeza cargada y el cuerpo enervado; la ducha, heladita que la tomé, me templó un poco. Luego bajé en pijama, a dar una vuelta por el jardín, que tiene efectos preciosos con el sol blanco brillante de las nueve de la mañana, cuando embiste de lado todo el follaje. Si yo tuviera las aficiones literarias que tiene Pancho, hubiera escrito versos allí. Desayuné a destiempo de todos y me vestí.

Salí, sin hablar con nadie, y me fui a Pinos Altos. ¡Es un balcón de miedo aquél! Hay que imaginarse un monte cortado a cuchillo, como un gran queso y así, corrido mismo hasta la mar; y por arriba, como una melena, venga de pinos hasta el borde mismo, que das otro paso y te desnucas. La vista que hay allí es un sueño, pero no estaba yo entonces para tal clase de sueños. Eso sí, me gustaba estar allá arriba y ver a mis pies, por un lado, todos los chalets de Salinas como bañándose en verdura y las calles hay que adivinarlas; y por otro, todo el hormiguero de la playa. Pero era un gusto cruel aquel de saborear

despacio mi tristeza y soledad, hasta empaparme de melancolía. Allí tirado, me sentía embebido de murria. Me concentraba hasta sentir el pulso de mi sufrimiento. Ya de no ser en la mar, allí mismo era un sitio aceptable para la tumba de Cheché; lejos de la gente y en alto. Recordaba del verano anterior, cuando yo lo había llevado hasta allí para que viera; tuve la certeza de reconocer el árbol mismo en que se apoyó cuando nos sentamos. Hasta imaginé aquella mañana tirarme yo por el precipicio y todo lo que pasaría y los comentarios de la gente, y mamá diría: «Para qué lo mandaríamos a Salinas». Total, que bajé de allí con la cabeza más caliente aún que la tendría al subir y hasta fui a casa, todo lo posible, por la vía que hay del tren; todo para no tropezar con nadie conocido. Es una vía de la Real Compañía Asturiana, por donde mucho teníamos jugado nosotros, cuando pequeños, poniendo una vagoneta y saliendo en busca de chatarra, que decíamos que luego la venderíamos, cosa que era una fantasía de críos y que nunca se hacía y en cuanto una tuerca estaba floja, ya la echábamos a bordo, y no sé cómo no se desviaron los raíles saliendo algún tren por la tangente. Salté la tapia y entré en casa.

En la comida dijo la abuela:

—¿Dónde estuviste?

Era la expectación de todos.

—Por ahí —contesté sin levantar la vista del plato.

No insistió y tuvieron que prescindir de mí en la conversación. Karin la vi que me echaba unos ojos de preocupación, que era cómico, si no fuera por lo que era, que estaba loco yo.

Al salir del comedor me fui al columpio que está entre el boj y muy aislado, me senté en uno de los dos asientos de hierro, con los pies colgando. Luego llegó Karin (no sé cómo supo que yo estaba allí) y se sentó en el de al lado, pero en silencio. Por lo menos fueron diez minutos los que estuvimos así. Luego habló ella:

—Nacho, ya sé que no me harás caso; ya sé que te molesto, pero tú debías venir con nosotras, con todo el mundo; te haría bien, créeme.

No, no me molestaba; jamás me molestó ella y para más con aquella manera de hablar de tanto afecto, sin remilgos.

—No puedo, Karin.

Se lo dije con una suavidad que nadie hubiera creído de mí entonces. Y, tras una pausa, seguí:

—No puedo ir con todos como si nada hubiera pasado, ¿no comprendes?; ahora molestarme, tú no me molestas nunca. Tú y Pancho es otra cosa.

Ella dijo entonces lo mismo que yo estaba pensando exactamente:

—Si yo fuera chico, te acompañaría por todas partes, pero así…

—Estoy bien solo. Tú no te preocupes.

Me puse a sacar las cosas, donde se veía la exageración de mamá en la cantidad de ropa que me metió allí y luego algunos detalles, que serían delicadezas suyas, pero que a mí me pareció que era meterse en mi interior y no era quién ni ella ni nadie. Me mandaba allí el misal, por ejemplo. También vi un paquetito muy bien envuelto en papel de seda; lo abrí y el corazón me dio un aletazo brutal (alguna vez ya pensé yo si tendría algo en el corazón); era mi cordón de congregante y la medalla que tuvo al cuello hasta que le cerraron la caja. Esto, me fue igual que restregar una llaga con alcohol de 90 grados. Era como perforar fulminantemente una serie de estratos que se iban interponiendo entre aquello y yo y asomar la cabeza, otra vez, a las horas terribles de Marín. ¡Cuidado que él había acariciado y besado aquella medalla! ¡Cómo la miraba!, aunque de poco le sirvió, me dije yo entonces. Cerré los ojos con el cordón entre las manos, y lo vi, pero así verlo, cuando los dolores horribles, agarrado a mí y a la medalla y apretando, apretando, cuando yo pedía que pasara a mí, al menos, parte de aquel dolor a través de sus dedos, pero ¡inútil! allí me estaba yo otra vez, sentado en la cama, saboreando aquella amargura.

Tuve que ir a cenar. Y eso para aguantar recriminaciones de todos, menos de Karin. Bueno y Nete, porque era incapaz. Patri decía:

—¡Hombre! ¡Juan Ángel está deseando verte y los demás igual, y tú ni por educación apareces! …

La tesis de todos era que saliera normalmente. Pero yo, callado como un ciprés, aguanté el chubasco con indiferencia.

Lo peor fue la noche otra vez. De sueño, poquísimo me venía y sobre todo era imaginar, y no querer, y vuelta para acá, y los nervios deshechos, y más electricidad en el cuerpo que un acumulador, pues me daban unos respingos, que estando yo todo encogido, de un bote me estiraba al máximo que doy, como si tuvieran que escapar chispas por las puntas de los pies. Luego un calor brutal, que aun teniendo todo abierto, la ropa de la cama se iba a paseo. Bueno; terminé por levantarme con cuidado, a las dos que serían, me cerré en el cuarto de baño y me aticé un duchón frío, que el agua tenía que estar helada, pero apenas lo sentía; lo cierto es que me entonó bastante y luego con las fricciones, la mar de enérgicas, que me di al secarme, me volví a la cama como si fuera otro, y mucho más tranquilo. Me dormí, pero al dormirme, pensaba: «Vamos de mal en peor», y ni se me ocurría echar mano de la medalla.

De aquellas fiebres nocturnas y de mis luchas, natural, nadie sabía una palabra; de esto y de todas mis inquietudes; luego todo el mundo se cree quién para darte consejos. Ya pensaba yo que el Padre quizá me hubiera entendido, pero bueno estaba, si ni le había contestado a su carta. Es decir, no había escrito a nadie, ni a Pancho.

Aquella mañana me fui andando al puerto de San Juan de Nieva. También cogí la vía, solitaria y achicharrada, entre los pinares inmensos que hay. Fui, porque allí llevaba yo infinito a Cheché a ver barcos, que arriban bastantes, sobre todo carboneros. Di la vuelta al muelle. No había gran cosa, fuera de un Cabo que le eché, a ojo, unas tres mil toneladas. Luego tiré por la orilla de la ría hacia la mar y seguí por el espigón, más estrecho que un pasillo del Colegio y con agua a babor y estribor. Fui hasta la misma punta y me senté, pues vi bastante lejos un cabotaje, que venía en lastre, y por el rumbo deduje que arribaba allí. Aún tardaría, pero decidí quedarme a verlo entrar. No había un alma en unos cientos de metros de donde yo estaba. Pensé en el día, que era nada menos que el primero de las regatas de La Coruña a que yo iba a ir. ¡Lo que son las cosas! Estaba escrito que Pancho y yo no navegaríamos juntos aquel verano. Mientras pensaba yo todo esto, el barco, que era de buen andar, se había acercado mucho. Me esforzaba por si lo reconocía. Tal como venía no podía ver bien la bandera, pero por fin lo clavé ¡No sé cómo me emocioné así! Quizá por lo imprevisto. Cuando terminé Cuarto, una vez que fuéramos a San Juan, Cheché y yo vimos un barco con bandera inglesa; le buscamos el nombre y tuve la gran suerte de poderlo traducir a la primera: Seven Sea’s Spray, de Liverpool, o sea el Espuma de los Siete Mares. Recuerdo que Cheché, que sabía tanto alemán como cualquiera de allí, me alabó a mí mucho por aquel baño de inglés, y se lo dijo a papá. Yo, que había estado reuniendo con tanto cuidado todos mis recuerdos de Cheché, no había tenido ni idea de acordarme de aquello, y aquello me lo traía ahora el Seven Sea’s Spray, por quien yo en, aquel momento sentí un cariño bárbaro. Me lo bebía con los ojos, según pasaba a menos de veinte metros de mí, a buena marcha, todo bañado de sol. Entonces vi por detrás del puente aquel ojo de buey por donde sacáramos juntos, a duras penas, la cabeza Cheché y yo, pues no nos cabía, y Mito nos tiró la foto que fue la mejor de su vida y tanto le gustaba a Cheché por mi cara allí. Yo iba girando sobre mí para seguirle al barco y no sé cuándo fue el empezar, pero me encontré llorando suavemente, sin aquellos estertores, sin angustias, y las lágrimas me resbalaban en dos hilos por la cara, y yo, sin moverme, las dejaba ir por la boca y por la barbilla, sin terminar de mirar a aquel barco que me estaba haciendo tanto bien; porque eso lo notaba yo. Hacía once días que me angustiaba en seco y ahora, en cambio, lloraba sin angustia alguna y físicamente era un desahogo enorme aquello. No sé lo que estuve así. Sé que me encontraba bien allí, apoyado en el poste que hay, con la cara para arriba, los ojos cerrados, el sol de frente y las suaves lágrimas que no me

preocupaba de contener. Cuando fue terminando aquel fluir, me sentía mucho mejor. Estaba triste, pero con una tristeza más serena.

Lo malo fue la vuelta, que al hacerla otra vez por la vía y a aquella hora, ya me hizo perder no poco de la serenidad nueva que tenía. Es que no se movía ni una ramita; un calor brutal. Pero, sobre todo, lo que acabó de amargarme otra vez fue la incomprensión que encontré en casa. La suspicacia; las preguntas impertinentes. ¡Pero Señor!, ¿era razonable que esperasen que yo les fuera a decir que había estado horas sentado, solo, en la punta de un malecón, para llorar durante sesenta minutos al paso de un barco carbonero?… ¡Podían esperar sentados! Y luego el cuento de que saliera con Patri y Karin y la pandilla y que si Juan Ángel y que si los de Madrid. ¡Ahora resultaba que todas las chicas me querían saludar! ¡Sí! ¡Para eso estaba yo!… Después de comer ya habían conseguido ponerme peor que nunca y tan nervioso, que para no dar un estallido de escándalo, me fui al garaje, agarré la «bici» de Nete, una «B-H» de tres piñones pasable, porque la mía estaba aún sin armar, y me lancé a la calle, sin decir adiós, ni saber dónde iba. ¡Estaba furioso! Y la furia y los nervios se concentraban en mis piernas, dando una marcha de miedo. Alcancé la carretera de atrás, por mejor, y tiré hacia Piedras Blancas. Iba como un rayo. No sé de dónde saqué yo fuerzas aquel día. Sé que jamás volveré a tragar kilómetros como aquella tarde. Hundía la cabeza entre los hombros y parecía tener la voluntad en los muslos, tal como machacaba la pedalada. Creo que era la forma de no pensar en nada y de desfogar al caballito aquel que llevaba en mí, aunque todo esto no lo pensaba entonces claramente. Pasé pueblos y pueblos; dejé muy atrás a Naveces y así no sé el tiempo, siempre a toda velocidad, hasta que de repente, sin transición, como uno que despierta, me sentí tremendamente agotado. ¡Era no poder más! Tuve que parar. Había allí mismo una ladera con sombra. Subí la «bici» y me tumbé allí, cara al cielo, que era de lunaritos azules entre las hojas. ¡Cómo se agradecía estar así, bien cosido a la tierra, desde los talones hasta la coronilla, y los brazos extendidos!… Pues sí, señor; me quedé dormido. ¡Hay que ver también lo que habían sido las noches anteriores! Parece mentira; allí, sin cama, ni nada, lejos de casa, en la calle, como quien dice, fue un sueño como no lo había tenido desde los días de las regatas. Un sueño tranquilo, profundo, total. ¡Al aire libre tenía que ser, en el suelo!…

Bueno, desperté al fin, claro. Lo primero fue un despiste totalísimo. Pero lo segundo fue un susto más grande aún. Era noche cerrada y estaba cual boca de lobo, como diría Héctor. Tardé lo mío en comprenderlo todo, y cuando me di cuenta, me entró el apuro pensando en casa. Eran casi las once y yo debía estar a dos o tres horas de Salinas. Tanteé alrededor para dar con la «bici», temiendo, como temía, que me la hubieran mangado. Salí a la carretera a la luz del mechero y monté, pero no podía, encima, correr lo que se dice nada, porque no tenía faro y apenas se veía, y eso a pesar de mis ojos de felino. Yo

me daba cuenta que aquello era ya demasiado y que en casa se iban a subir por las paredes. ¡Qué cosa, hombre! ¡Que habría yo de ir de sobresalto en sobresalto siempre! Rodaba desesperadamente despacio y eran muy corridas las once, cuando vi venir un coche de la dirección contraria y lo tuve que maldecir, con las luces que traía, pues me encandilaba y me hacía parar para no matarme. Llegó el coche, y va, y da el gran frenazo delante de donde yo estaba, casi en la cuneta. Oí unas voces, pero no veía nada detrás de los faros, que me cegaban. Lo primero que apareció fue un tricornio y luego, de un salto, fue Juan Ángel el que se puso delante de mí y me abrazaba fuerte.

—¡«Polilla»!, ¡que susto nos has hecho pasar a todos, criatura!

Era el coche de la abuela y se bajó también Karin, que se abrazó a mí llorando. Yo la sentía temblar toda entre mis brazos. A mí, que llorara por mí, me dio mucha pena, la verdad, y por dentro me llamaba las peores cosas. Luego nos metimos los tres en el coche, la guardia y Germán delante y nosotros detrás. A Karin le fue pasando y es que la pobre, ¡sabe Dios lo que se habría figurado! Entonces vi que Juan Ángel ya llevaba las dos anclas cruzadas de guardiamarina, en vez de una solitaria como antes. Yo les expliqué cómo me había quedado dormido, sin decirles nada de las otras noches, claro, aunque era la clave. Al parecer, el susto en casa había sido colosal y se había corrido ya por todo Salinas, hasta movilizar a la Guardia Civil y haber salido otros coches por todas las demás carreteras. ¡Era lo que me faltaba a mí, hombre, la popularidad!

Juan Ángel se quedó a la entrada del pueblo, en el cuartel de la Guardia Civil, para dar las gracias y avisar. Nosotros seguimos. Karin ya estaba del todo serena y me hablaba con sosiego, pero con dominio y energía, que me hacía mucho bien. No me rogaba, daba por supuesto que yo la iba a obedecer.

—Ignacio, no puedes seguir así. Ahora mismo me prometes a mí que harás todo lo que yo quiera. Te estás destrozando y no lo quiero consentir más. No hay nadie en el mundo que sepa mejor que yo lo que era Cheché para ti, pero tú no puedes enfadarte, no puedes, Ignacio, si yo te digo que también era algo para mí. Además, tú ahora no sabes lo que te conviene. Y, sobre todo, sábete esto: él se hubiera disgustado viendo tu actitud; te lo digo yo.

Confundido como estaba por aquellas lágrimas de ella, escuchaba con una sumisión que nadie en el mundo hubiera logrado. Debió notarlo, porque nuevamente:

—Prométeme, Ignacio, que me vas a obedecer. ¿No tienes confianza en mí?

Se lo prometí, que procuraría hacer lo que ella me mandase. Eso a Patri por nada del mundo se lo prometería yo, pero Karin era maravillosa

comprendiéndome. Me dijo que yo al llegar a casa, que ya estábamos encima, me dominaría con voluntad de hierro y aguantaría sin chistar lo que me dijeran. Eso para esa noche, y para el día siguiente ya me diría ella. Después de todo era un alivio, tal como estaba yo de deshecho ya.

Juan Ángel había telefoneado, y toda la familia en pleno, con la servidumbre, esperaba en el porche. Me hubiera gustado bajarme en plan de desafío, eso fue lo que me apeteció cuando vi el espectáculo, ¿qué me iban a hacer?, pero empecé a cumplir con Karin y bajé sin ostentación. Esperaba una escena allí mismo y no la hubo. Me sentaron a cenar y todos me miraban, pues ya habían cenado. Había continuas llamadas de gente que preguntaba por mí, como que en Salinas todo el mundo se conoce. Entonces Patri, que hacía como que leía una revista, pero en realidad estaba allí para saborear la situación, dijo:

—Ya estarás contento de la campanada, ¿no?

No contesté yo, pero la abuela exclamó:

—¡Tú a callar, Patricia!

De detalles así, toman luego pie para hablar de mi enchufe, pero la abuela se volvió hacia mí y dijo con toda decisión:

—Desde mañana saldrás con todos.

Yo iba a responder que eso se vería, cuando sentí, casi, la presión de la mirada de Karin sobre mí y me mordí los labios. Daba algo por sublevarme allí delante de todos. No estando papá, ¿quién me dominaba a mí?

En el cuarto ya, aún dijo Nete:

—Te vinieron a buscar por la tarde.

—¿Para qué?

—¡Hombre! ¡Para verte!

—¿Soy algún mono yo?

Desahogaba poco noblemente mi mal humor en el pobre de mi primo.

—¿Dónde estuviste?

Quería saber de mi vida rara de aquellos días, pero me callé.

—¿Dónde estuviste? ¡Ignacio, dímelo!

Ya salté:

—No me da la gana, ¿entiendes?

—¡Pues el año pasado bien me preguntabas tú cuando ibais por ahí de

excursión y yo me quedaba, para acompañar a Cheché!

Era verdad que él se sacrificaba cuando íbamos a donde Cheché no podía venir; pero entonces, al sacarme aquello allí, no sé qué demonio se apoderó de mí.

—¡No lo nombres!, ¿lo oyes? —grité—. ¡A Cheché no lo nombres! —y le largué una bofetada.

No fue mucho, la verdad es que no lo fue; pero según se dejó caer sentado en la cama, vi en sus ojos, tan fáciles de leer, la sorpresa y la pena. Es totalmente cierto que cuando me volví para ir al cuarto de baño, ya me iba pesando por dentro lo que había hecho, hasta sentir coraje contra mí mismo, hasta el asco. ¡Aquello era indigno! ¡Aquello lo veía yo en otro, dos meses antes, y le rompía el alma! ¡Una injusticia y una cobardía, eso era ni más ni menos! Recuerdo haberme visto entonces, allí en el espejo, como un tío despreciable y pensaba qué diría el Padre si viera aquello en mí. Y papá me mataba. Volví avergonzado. Al entrar en el cuarto, me quedé parado, así, en pijama, como un bobo; Nete, de rodillas contra la cama, sollozaba. La verdad era que desde que había llegado yo, no había hecho con él más que darle coces. Fui a él; lo hice poner de pie y volverse hacia mí. ¡Dios! ¡Qué cara de crío tenía con aquellas lágrimas!, Lo cogí por las muñecas, para que no se tapara los ojos.

—Bueno —dije—. Llámame lo que quieras, soy un animal; pero no llores más. ¿No ves que yo estoy loco?… Pero tú eres mi primo, ¿no?

Hacía él señas de que sí.

—Entonces me perdonas; ¡me tienes que perdonar!…

Seguía afirmando con la cabeza.

—Anda, acuéstate y te digo una cosa.

Cuando apagamos la luz le dije lo de Cheché: «Dile a Nete cuando vayas a Salinas, que me acordé de él». Sentí que se sentaba en la cama. De la emoción sería.

—¿De veras lo dijo, Ignacio?

—¡Palabra!

Me di cuenta de cuánto suponía esto para él. Nos quedamos callados. Entonces, quién lo iba a decir, me sorprendí a mí diciendo nada menos que esto:

—¿Quieres que recemos?

Yo, más que nada, lo decía por el gusto que sabía que le daba a él. Y así

terminó aquel día, con una noche en que dormí bien.

Cuando bajé a desayunar, Karin venía de misa.

—A las diez vamos a la playa, ¿eh?

Debió notar mi contrariedad, porque añadió:

—Me prometiste obedecer; no te vas a echar atrás ahora …

—Pero Karin, también es horrible ponerme a saludar a todo el mundo y aguantar las sandeces que dicen para consolar a uno.

—Yo te ayudaré —dijo, y se sonrió un poco.

Estaba dominado. Así fue como a las diez en punto salía yo con las dos para la playa. Fuimos directamente al toldo nuestro de rayas rojas. Ellas entraron dentro, en un compartimiento que se cierra, de lona, y yo me quité allí mismo el mono que llevaba sobre el «meyba». Pronto salieron con los trajes de baño de nylon, aquellos del día famoso en que me gané una torta y descubrí lo de Patri y Juan Ángel. Eran como el de mamá, blancos también, y las hacían muy morenas, más que yo, por lo que había perdido. Estaban bien y un poco exageradas quizá. Si las veía el padre Espiritual, con todo lo que él dice de las playas, las excomulgaba. Luego llegaron allí las amiguitas; las de Fanjul, las dos de Guitarte, Mary Sol Borge, Lolina Pedralbes. Ninguna me llevaba más de año y medio y alguna ni medio año, pero ¡vaya aires de mujer interesante! Venían en traje de baño también y Mary Sol exageradísima, que entonces sí que empecé a pensar que la playa a mí me era una desventaja. Tuve que pasar por el fastidiosísimo rito ese de los saludos y los pésames, que allí, en traje de baño, parecía más ridículo y yo ya no sabía qué contestar a tanto: «Lo siento mucho», y Mary Sol, con una confianza de caray, me ponía la mano en el hombro, donde no llevaba yo nada, diciendo frases, que a ella le parecerían muy cariñosas, de Cheché y de aquella cara monísima que era un cielo y clavada a la de mamá, y así seguía para que luego Patri tuviera que decir en casa, que lo había dicho porque, al fin y al cabo, Cheché y yo siempre nos habíamos parecido. Con todo aquello, ya es fácil adivinar cómo estaría yo. Me salvó que Karin lo notara, porque al poco tiempo tuvo la habilidad de decirme que la llevara en piragua. Estaba la mar como un plato. A mí, no lo digo por orgullo, pero me hizo la impresión de que a las chicas no les gustó la salida de Karin. No es por presumir, porque lo que es, bastante me importaban todas juntas.

Sacamos la piragua de Patri, que es buena y ligerísima, y la llevamos al agua entre los dos. Yo me senté detrás, aunque como pesaremos casi igual, era lo mismo. Remamos para afuera, en silencio, hasta doblar la Peñona y cruzar por delante de la playa del Cuerno. Estábamos frente a Arnao, cuando dejamos los remos sobre las piernas para descansar. ¡Un buen momento aquel, allí,

flotando lejos! Era la primera vez que volvía de alguna manera al mar, después de la regata de Cheché; pero así estando con Karin y por obedecerla a ella, me sentía bien. Será una bobada que yo diga esto, pero me sentía protegido. No contra nadie, sino contra mí mismo. Allí callados los dos, yo le veía el pelo que brillaba al sol y la espalda morena, sin tirantes, porque el traje se le sujetaba al cuello, por detrás. Cuando me apeteció, rompí yo el silencio para preguntar:

—¿Por qué en casa nadie me habla de Cheché?

Lo había yo pensado más de una vez.

—Es una consigna de la abuela.

Fue curioso aquello, sin vernos la cara, sin habernos puesto de acuerdo, sin más preámbulos, empecé yo a hablar.

—Después de la regata nuestra, la que ganamos, Mito me daba mucha guerra, diciendo que él con Barlovento también hubiera ganado…

Iba saliendo toda la historia con una naturalidad, que parecía que todo lo habíamos hecho a posta para encontrarnos allí flotando, y tener aquel monólogo. Era la primera vez que yo echaba por la boca todo lo que tenía dentro. No le guardaba nada secreto, absolutamente nada. Todos mis pensamientos, tal como los tengo escritos, fueron saliendo allí para ella. Era porque yo, sin verla, no lo sé explicar, pero experimentaba que me comprendía. Al hablar me iba exaltando y me apasionaba según las cosas. Luego me llenaba de ternura con las frases de Cheché, que se las decía todas, hasta las de nuestra boda. Creo que entonces ella lloraba en silencio, pues yo veía fijo para su espalda, que estaba dorada con el sol que le daba, y sorprendía hasta la menor vibración. Ya en el desenlace, hablaba yo con una dureza grande y ponía en la voz todo mi escepticismo dolorido, hasta que dije abiertamente:

—Ya ves; comulga; reza… ¡lo había pedido yo tanto!, ¡jamás había rezado como entonces!, pero —y aquí puse hasta asco en la voz—, ¿qué le importamos nosotros a Dios… si es que lo hay?…

Karin tuvo que haberse olvidado de dónde estábamos nosotros dos, porque al oírme, fue como un rayo a revolverse hacia mí y, claro, la piragua volcó. Así terminó la historia, con un baño de impresión. Di unas brazadas para recoger los remos, volvimos la piragua y los colamos dentro. Luego dije:

—Hay que salir a tierra.

No se podía subir a bordo desde el agua.

Íbamos nadando despacito, uno a cada lado de la piragua, sin vernos, remolcándola. Karin dijo:

—Ignacio, antes dijiste una barbaridad.

—¡Si sólo fuera eso lo que me preocupa! —dije yo, pensando en los follones que tenía armados en la cabeza.

—Pero tú eso no lo piensas. No es cierto. ¡Tú jamás dirás eso de veras!

—No sé Karin, me he quedado vacío o algo así… ¿crees que me entiendo yo mismo?… Además, si vieras tú la peste de las malas intenciones… —hablaba yo con más desahogo, así, sin poder vernos—, ¡es horrible!

Ella, muy lógica, preguntó:

—¿Cuánto hace que no comulgas?

Le dije que no lo había vuelto a hacer y comentó:

—Entonces, Nacho, ¿que quieres?…

Salimos ya a la playa y vaciamos la piragua, embarcando rápidamente sin haber hablado más. Ahora remábamos flechados, porque se veía por el sol que tenía que ser algo tarde. Karin ya sabía, pues, y sólo ella en el mundo, qué enfermedad era la mía; porque aquello fue una enfermedad.

Luego, en el Club, al ir para casa, que subimos, saludé a los chicos conocidos. La pandilla de otros años se había dividido en dos, pues una parte ya hacía plan como los mayores, bailando todas las tardes y tal, y la otra todavía no. Del grupo de mayores, los más pequeños éramos Karin y yo. Nete iba con los otros que seguían en plan de crío. Carlos Borge, el hermano de Mary Sol, que a mí nunca me había simpatizado, pues entonces me escamó desde el primer momento, me llevaba a mí dos añitos, y acababa de hacer el Preu en Madrid, pero nada de eso justificaba que me dijera al saludarme: «¿Qué tal, peque?», con aquel aire de protección; ya pensé yo que mejor haría protegiendo a otra persona que yo me sabía y le traía más cuenta, como se ha de ver. En casa se discutió sobre si yo iría o no al Club Náutico y a todos pareció que sí, porque decía la abuela que yo tenía que acompañar a las niñas y que el luto, aunque hubiera orquesta, con no bailar yo, pues nada. Allí todos opinaban menos yo. No me importaba mucho todo aquello, pues la salida de por la mañana con Karin me había traído bastante paz, que hasta comí mejor que otras veces. Y cuidado que ella habló poco, pues todo lo dije yo. Fue el primer día que caí en la cuenta del bien que me hacía escuchándome. Claro que eso también me pasaba con Pancho, pero no era igual. Entre Pancho y yo, es como un intercambio de igual a igual. Nos decimos verdades de a puño, discutimos; nos apoyamos mutuamente. Con Karin era distinto; la pasión, la vehemencia sólo era mía; yo era siempre el que desahogaba, el que gritaba, el que lanzaba los juicios y afirmaciones descabelladas; ella, casi escuchaba lo que más, y luego, un toque, un detalle, una frasecita que yo me la llevaba

dentro y hay que ver lo que influía en mí. Había algo misterioso en aquella influencia ejercida sin pretensiones. Yo entonces me decía: «Es que Pancho es como yo y Karin una chica».

Me dieron un sobre de Marín. Mamá mandaba algo que se había recibido por mi santo, luego de marchar yo. Había algunas cartas y telegramas; todo sin abrir. No pude menos de sonreír al pensar que mamá me los mandaba así. Las felicitaciones no me hacían nada buen estómago. El telegrama de Pancho era el que mejor acertaba: «Felicidad desgracia siempre unidos. Incondicional. Pancho». ¡Vaya si era de agradecer una cosa así! También me gustó la carta de Héctor por lo sincera y a Cheché lo llamaba «mi pequeño y perpetuo vencedor en el ajedrez». Luego venía una nota de mamá, que la copio aquí.

Mi queridísimo hijo:

Te envío todo lo que el correo trajo para ti después de haberte ido. Ya ves cuantas personas te quieren y se acuerdan de ti.

Confío mucho, porque así lo pido todos los días al comulgar, que serás bueno y razonable. Hay que reconocer que ya te vas haciendo un hombre y a los hombres yo siempre los clasifiqué, ante todo, por la entereza y el valor.

Espero que estarás contento ahí entre los primos. Aunque tú no lo creas, convéncete que ha sido un sacrificio muy grande para papá y para mí mandarte fuera. ¡Hijiño mío, nunca te quise tanto como ahora! ¡Sólo deseo que te vayas pareciendo en todo a papá!

Si te portas bien, te prometo ropas de hombre para el curso. Sé obediente a la abuela y procura alimentarte muy bien y no abusar de los baños. Recuerda que hay sitios muy peligrosos en esa costa.

El día de San Ignacio también llamó el padre Urcola desde Comillas, preguntando por ti. Escríbele, no seas grosero.

Papá y tío Ignacio, que esta aquí, te envían muchos besos. Recibe un abrazo muy apretado de

MAMI.

Lo he puesto todo para que se vea el cambiazo de mamá, aunque no podía disimular sus manías, como se ve en todos los consejos, que me los tenía ya sabidos mejor que el Credo. Para mí, el cambio estaba, principalmente, en que ella dijera esas cosas de ser yo un hombre y lo demás, que, no lo voy a negar, fue lo que me gustó en la carta: y eso y lo de ponerme de largo de verdad, que ya estaba bien de pantaloncitos estrechos de nene y cazadoras. En cuanto a escribir al Padre, era no apetecerme, pero es que nada.

A las siete fuimos todos al Náutico. Está muy bien aquello, con una terraza estupenda y las piscinas y una orquesta muy buena que tienen. Me sentía raro

entre la gente, aunque conmigo todo el mundo se mostraba especialmente cariñoso y muchas señoras me mandaban llamar para saludarme y preguntar por mamá, que hay que ver lo popular que es allí. Yo procuraba quedar bien y estar correcto con todas aquellas personas, que, por otro lado, maldito lo que me importaban. Las frasecitas de sentimiento, es que me fastidiaban. Eso y lo referente a mi fisiología, que parecía interesar a todo el mundo, hasta apetecerme decir por delante: «¿Verdad señora que he crecido mucho y estoy muy delgado?». ¡Qué peste! Lo único agradable fue saludar a la mamá del Padre, que estaba con la abuela; una señora que me encanta por lo alegre y por la cara de buenísima que tiene, como que le tengo oído decir a la abuela, que la trata de toda la vida, que jamás la oyó hablar mal de ninguna persona. Hablamos mucho del Padre y conté algunas cosas suyas. Lo más grande fue cuando ya me iba yo con la pandilla y llegaba otra señora amiga de ella y así de mayor como ella; pues va esta que llega y le dice: «¿Qué, qué te dicen de tu chico?». ¡Je! ¡Je! ¡Y su chico es el padre Urcola, sacerdote jesuita! Estas señoras no se dan cuenta de que pasa el tiempo; ¡si ese «chico» podía ser mi padre!…

Mientras andaba yo con los saludos, ya me pude dar cuenta del éxito que tenía Karin, pues la asediaban para bailar. Yo mismo me sorprendí de sentir disgusto por ello; pero hay cosas, por lo menos en mí, que no te las sabes explicar y sin embargo las sientes. Una vez que no se quedó nadie sentado, pues todos bailaban, yo bajé por las escaleras que van a la playa a donde andaba jugando Nete con los amigos y amigas de la otra mitad de la pandilla. Ahí me hubiera quedado encantado yo, si no fuera por las ganas de volver a subir al Club, pues, aunque parezca idiota decirlo, la verdad es que me desasosegaba el que Karin estuviera bailando con los mayores.

En la cena, Patri tuvo la oportunidad de meterse conmigo como ella sabe cuando está de vena.

—¿No sabéis? —dijo—. Todas las chicas se hacen lenguas de Ignacio, y Mary Sol dijo que está interesantísimo.

Ya se puede suponer a que me sabría a mí semejante estupidez. Me levanté con la servilleta en la mano y dije muy molesto:

—¡Si piensas seguir diciendo sandeces, me voy ahora mismo!

Hubo un coro general apaciguador, pero todo hubiera sido inútil si no hubiera sentido yo la mano de Karin, que me sujetaba por la muñeca y me tiraba hacia abajo. Eso me hizo sentar de nuevo y no pasó nada más.

Cuando a poco de aquello, estando bañándonos, vino Mary Sol por detrás y me dio una calada imponente; no me hizo ni pizca de gracia. Se tomaba unas confianzas como si yo fuera hermano suyo, o algo así, y, la verdad, con aquel

traje que llevaba, o mejor, con el que no llevaba, no me hacía a mí ningún favor. «Sí, mucho lucir el tipo —pensaba yo—, pero también tú te tendrás que pudrir».

Aunque no lo esté poniendo aquí, yo siempre me acordaba de Cheché; y precisamente por él llevaba otra vez en el bolsillo la medalla de la Congregación, y por la noche la ponía en la cabecera, cosa que Nete, no diría nada, pero tenía que gustarle muchísimo. Aquella vida de entrar y salir de mi mundo de dentro al del trato con toda la gente, al principio, creo que sólo fue posible por Karin, que me dirigía suavemente y yo encontraba gusto en obedecer. A veces me costaba un esfuerzo bárbaro hacer lo que ella quería; pero aquellos esfuerzos que me impedían entregarme a la melancolía que me embriagaba, habrá que ver lo que salvaron en mí. Lo que ella me pedía era todo de ser normal y hacer lo que todo el mundo. Tanto me llenaba entonces la presencia de ella, que casi no echaba de menos a Pancho. Y ella fue la que me hizo escribirle, pues cuando supo que le debía dos cartas, ya no hubo manera. La carta quedó así: «Queridísimo Pancho: No te pido perdón pues no hace falta. Han sido unos días horribles que no se pueden escribir. Ya lo sabrás cuando te cuente. Tus cartas fueron, sin comparación, las mejores. Pasé por La Coruña y no fui a tu casa; no me pegues. A nadie necesitaba yo como a ti; pero no quise amargarte a ti también con mi tristeza infernal. Además, con las dudas horrorosas que me vinieron, no quise hacerte daño. Ahora hay aquí una persona que me comprende como sólo tú eres capaz. Además, a esta persona la obedezco como no te obedecería a ti, porque no es chico. Me parezco poquísimo, creo, al Ignacio que tú conociste, hasta yo mismo asustarme a veces; pero no te importe, pues de un amigo como tú, no se cambia uno jamás. La persona que no es chico la conoces tú. Reza por mí, pues no te imaginas muchas cosas…». Luego le hablaba de sus regatas y terminaba: «Con un abrazo imponente». Le dije a Karin si la quería leer y ella la cogió y la cerró delante de mí. ¡Si es Patri…! Tuve cuidado de no sacarle a Karin conversación del Padre, pues me hacía escribirle, y ¿cómo lo iba a hacer yo?, tendría que decirle cosas horribles, porque engañarle, eso nunca lo haré.

Por la noche, vuelta a las andadas. Yo, hasta entonces, no sabía de verdad lo que eran tentaciones. Conclusión, que había un demonio en vez de Ignacio.

El martes por la noche tuve un desahogo. Tenía que venir y me alegré. La cena se había atrasado no sé por qué lío. Me senté a solas, en la salita, para oír un poco de música. Di una vuelta a todas las bandas de la radio, sin tropezar más que charanguitas de jazz. ¡Era un fastidio! La iba a dejar, cuando sentí por dentro talmente como una mano que me estrujara las vísceras. Era un violín, sí. ¡Allí, limpiamente, como viniendo de otro mundo, surgía del altavoz! ¡El Aria en re mayor! ¡No lo podía creer yo! ¡Un violín maravilloso! ¡Qué bárbaro! ¡Cómo me sentí impregnar de emoción y estremecerme todo hasta la

médula! Yo no sé describir lo que fue aquello. Aquel violín atravesaba mi alma de parte a parte y cada una de sus inflexiones parecía acariciarme al ser reconocida. ¡Qué tremendo! Bueno, pues en aquel instante fue cuando Patricia entró allí. Reconozco ahora que ella no podía comprender lo que aquella música significaba para mí, ni el estado de ánimo en que me encontraba yo; pero fue odioso que se pusiera a alborotar y a meter ruido como lo hizo.

—¡Patricia, por favor, déjame oír!

¡Nada!, como si hablara a la pared. Ella lo haría sólo por hacerme rabiar un poco, que tanto le gusta, pero yo sentí que me subía algo por dentro, pecho arriba; un furor sordo y ciego. Cerré de golpe la radio y ella misma se quedó cortada. La tremenda exasperación que tenía dentro me hacía proceder con aparente calma. Me planté delante de ella y le dije sin levantar la voz:

—En quince años que tengo, creo que jamás te he tocado, ¿verdad?

No se movió, asustada quizá por mi gesto.

—Bueno, pues aunque seas una mujer… hoy, ¡toma!

Y al tiempo de decir «toma», le largué un tortazo con todas las ganas.

¡Fue Troya! ¡El grito se debió oír en Avilés! De veras que le senté bien la mano. Llegaron todos hasta allí dando voces. Aquello parecía una casa de locos, sin moverse, lloraba con la cara entre las manos. Yo delante de ella, con los brazos caídos, debí parecerles un criminal. La escena tenía que hablar por sí sola. Entonces dijo la abuela, incomodísima:

—¡Bueno, Ignacio! ¡Esto ya es el colmo! ¿Estás loco tú? ¡Ahora mismo te vas a la cama sin cenar y prepárate para el castigo que mereces!

Hizo una pausa en que no se oyó a nadie ni respirar y luego dijo lo que más me dolió:

—¡La cobardía era lo único que te faltaba para completar el cuadro!

No dije nada. Salí de allí tragándome las lágrimas. ¡Era duro todo! ¡Menuda llorera que agarré sobre la cama, boca abajo, abrazado a la almohada! Ya era por demás aquello y me venía la idea de escapar entonces mismo de casa. Allí estaba yo mordiendo la almohada y desesperándome. No sentí nada cuando alguien entró luego en el cuarto, y cuando me tocaron en la espalda, no me volví, llorando como lloraba entonces. Alguien me volvía a la fuerza, y ya iba a sacudirle, cuando entreví a Karin inclinada sobre mí. Tuve la debilidad de dejarme mimar, como quien dice, y secar las lágrimas y alisar el pelo. Cuando después de mucho empecé a estar más tranquilo, Karin dijo algo sorprendente.

—Patri me manda a pedirte perdón.

Yo me arranqué.

—¡Le dices que se vaya al diablo! ¡Que no me hace falta para nada perdonarla o no, y el castigo me tiene sin cuidado! ¡Lo que me importa es que me quitó de oír la música mejor del mundo!

Me salían las mismas palabras de Cheché. Karin no se inmutó nada al oír mis gritos, pero añadió:

—Ya ha explicado a la abuela que toda la culpa fue suya y dice la abuela que tú puedes bajar a tomar algo.

Me senté yo en la cama muy sorprendido.

—¿Ha hecho eso Patri?

—Sí, y ella es la que está ahora castigada sin cenar, pues tú puedes bajar.

Aquel rasgo de Patri era uno de sus contrastes, por los que no se la podía dejar de querer algo, en cualquier caso.

No quise bajar y me subieron la cena al cuarto. Lo que hice fue coger una caja de bombones que tenía casi llena y, mientras estaban todos abajo, me decidí y fui al cuarto de las niñas. Llamé.

—¡Adentro! —se oyó.

Abrí. Patri estaba ya en la cama, pero recostada leyendo, con un chal sobre los hombros.

—¿Tú? —dijo incorporándose.

Yo me acerqué procurando no perder la mala cara que había adoptado.

—¿No te dan de cenar? —pregunté.

—¡Claro que no! —dijo fresquísima.

—Come esto, entonces —y le ponía la caja de bombones sobre la mesa de noche, con la mayor indiferencia posible.

Ella, mirándome con esos ojos luminosos, que pone cuando está contenta, dijo despacito:

—¡Cómo te traiciona a ti el corazón, Nacho!, pero la chacha María me traerá algo de contrabando. ¡No me van a dejar morir de hambre!

Yo, que seguía serio, de pie, al lado de la cama, dije de todos modos:

—Bueno, quédatelos.

—¡Eres un sol, Ignacio! —y ya se disponía a besarme y acariciarme, … esos mimos, que yo rechacé, porque te afeminan y ya estaba bien con lo de Karin antes.

En aquel momento entró Karin misma.

—¿Os habéis arreglado? —preguntó.

—Claro, mujer —dijo Patri toda optimista—, ¿no sabes?, a éste le traiciona el corazón.

—No digas bobadas —interrumpí yo, pero en buen plan.

—Bueno, pues ahora que estamos solos, no te enfades, pero conste que es verdad lo de que Mary Sol dice que estás interesantísimo.

No estoy seguro, pero casi aseguraría que Karin se azaró un poco.

—¡Pues yo —exclamé—, no la puedo ver! ¡Ni a ella ni a su hermanito Carlos!

—Pues, hijo —siguió Patri, que Karin no abría la boca allí—. Carlos Borge es bien guapo.

Era como para dar asco aquello, por eso le dije:

—¡Los hombres no son guapos ni feos, sino inteligentes, valientes, nobles, audaces… y lo contrario!

—Para mí —dijo ella— lo primero es la cara.

—¡Sí, rica, sí! Si Juan Ángel fuera bobo, o, así, un poco niña, ¡que ibas a ir tú con él!

Ella salió por la tangente.

—Bueno, pero no vas a negar que Mary Sol muy chic y guapísima.

—¡Mary Sol, lo que es una idiota!

Aquí le brilló la chispita esa de los ojos. Quizá ya lo había dispuesto todo para decir lo que dijo:

—Bueno, bueno; lo que pasa es que a ti te gusta Karin.

—¡Por favor, Patri! —era ésta suplicante.

Yo di media vuelta con toda dignidad y me salí de junto de ellas.

Ya estaba yo en la cama todo pensativo, dando vueltas a aquella conversación, cuando entró la abuela que se iba a acostar.

—Diablillo —dijo besándome—, me sacas de mis casillas.

—Abuela —no hablé más—, reza por mí.

Me hizo la cruz en la frente, igual que mamá, y salió.

Había una fiesta especial en el Club y se decidió que yo fuera con las

niñas. Para mí aquello era un plan ostra, pues todo se reducía a ver bailar y no podía fumar sin que me viera alguna persona indiscreta. Tampoco podía hablar con Karin, pues la sacaban continuamente, y sobre todo Carlos Borge, que a mí, eso de que la sacara Carlos, me comía la sangre. De puro fastidiado que estaba, según todos bailaban, me fui yo a la barra y me aticé una compuesta. Estando yo allí, llegaron algunos de la pandilla, entre ellos el de Fanjul y Carlos; más atrás Juan Ángel, pero chicas ninguna. Carlos, además de tenerla sitiada a Karin, aún venía hablando de ella con aire de muy corrido. Pidieron ginebra. Yo, sin moverme, prestaba oído con toda mi alma. El muy bruto de Carlos le decía entonces al de Fanjul, que no es nadie Cholo, unas cosas sobre Karin, a propósito de unos bocadillos, que no son para escribir. Me sentí poner colorado hasta las pestañas no sé si más de vergüenza o de indignación. Cholo avisó a Carlos: «Cállate, que está aquí Ignacio». Carlos, entonces, levantando la ceja con un cuento bárbaro, se viró para mí, mientras le ponían delante la copa que había pedido: «Qué, ¿se pone colorado el colegial?». El desgraciado de él se creía haber hecho algo con aprobar el Preu; pero yo me planté delante, mirándolo a menos de una cuarta de su guapa cara, para que me oyese bien: «¡Lo que dice el colegial es que te vas a meter con tu hermana!» y al tiempo que decía esto, agarrando la ginebra que le acababan de servir, «¡toma bocadillos!», le dije, y se la vacié en pleno rostro. Se armó el revuelo que se puede suponer y yo estaba dispuesto a todo ya, cuando Juan Ángel me arrastró afuera, resistiéndome yo para que nadie se fuera a creer que me escapaba. Cuando me hubo llevado lejos de allí, me zafé por fin y bajé para la playa, fuera de mí, alejándome sobre la arena en la oscuridad.

¡Era para tirarse de los pelos! Todo había de venir a manchar mi imaginación y ahora mezclando a Karin, que lo que es por ella, nada, porque de pensar en ella ya sacaba yo más fuerza que de cualquier otra parte. Me tumbé allá lejos, donde no se veía más que el Náutico, como una gran ascua distante, y se oía muy cerca el retumbe de las rompientes, grato para mí, como de la mar amiga. Evocaba yo a Cheché, porque él entonces me serenaba cuando me venían aquellas dudas de cosas que comprendía una mitad e imaginaba la otra, pero con un desasosiego nuevo en mi alma. Me preguntaba yo abiertamente por qué me daba tan en rostro ver a los chicos bailar con Karin. Es verdad que ella estaba dándome la vida, pero ya era exclusivismo lo que yo sentía. Entonces, ¿qué quería yo? Es tremendo tener sentimientos y no entender el porqué. A mí que me hagan una injusticia, que me castiguen brutalmente…, pero esos estados que no logro definir o justificar, que me traen inquieto y acongojado sin poder precisar por qué, es algo que me destroza.

Tumbado como estaba, cara al cielo, veía las estrellas que, aquella noche, las había como polvo, casi, encima de mí. Aquello fue muy natural. Quiero decir que sin saber cómo y sin ponerme yo a liquidar sobre el lío tremendo que

llevaba dentro, en cuestión religiosa, me encontré hablando con la Virgen. Allí, perdido en aquella soledad oscura, de espaldas en la arena, zarandeado de inquietudes y rompecabezas, me sentí yo pequeñísimo, y Ella una Madre; le empecé yo a decir que cuidara de mí, que era ya como bote al garete… ¡Pobre de mí! No sé lo que dije, pero me levanté mucho más sereno y caminé hacia casa sin pasar por el Club. A la puerta del jardín estaban Karin, Patri y Juan Ángel. Yo pasé junto a ellos sin decir palabra, mirándome todos en silencio. ¿Qué podrían pensar de mí?

En la cena pude darme cuenta de que la cosa había trascendido ya hasta la abuela. Lo que todo el mundo ignoraba era el motivo; ¡toma! y ahí estaba el quid. Yo, como se puede comprender, no solté prenda. Luego dirían que me había hecho cerrado y huraño. ¡Las mujeres se creen que la vida es sencillísima!

Acabada la cena, en que no hablé, me salí y me puse de codos en la balaustrada de la terraza grande, a oscuras. Allí vino Karin a buscarme, poniéndose a mi lado.

—¿Qué pasa, Ignacio?

¡Cómo me hizo sufrir esta pregunta! Me hubiera gustado podérselo contar todo a ella.

—Perdóname, Karin, pero es imposible que te lo diga…

—¿No fue una ventolera tuya?

—No, no fui yo el que empezó… y no tuve más remedio. Él dijo una cosa, ¿entiendes?, no puedo explicarte qué.

—Te creo, Ignacio.

¡Qué bien me hicieron estas tres palabras!

—¡Gracias, Karin!

¡Si ella hubiera sabido que todo había sido por ella misma!…

Cuando habíamos apagado ya la luz, le dije yo a Nete:

—Oye, ¿le has dado tú alguna vez su merecido a algún idiota?

No contestó, claro, pero yo añadí:

—¡Si vieras qué descansado se queda uno!…

Al cabo de un rato dije esta bobada:

—Oye, Nete, ¿tú rezas por mí alguna vez?

Él se apresuró a contestar:

—Pues claro, todos los días; ¿por qué lo preguntas?

No me convenía entrar en confidencias con él.

—Anda, ¡duérmete tranquilo!

El que no tuvo tranquilidad aquella noche tampoco, fui yo. Hay que ver cuánto rabié y pataleé aquellos días, y cómo sufrí, ¡como un condenado!

Estaba yo duchándome por la mañana, cuando me avisaron que me esperaba Juan Ángel. Bastante me extrañó, pero también me halagó, porque yo a Juan Ángel y Nano, por muchas razones, los tengo así como a hermanos, y Juan Ángel es el único mayor que me inspira lo que se dice confianza. Me asomé en pijama a ver qué quería, y él me dijo: «Hala, vamos juntos a la playa». Era algo raro aquello. Me arreglé como siempre y salimos, pero no tiró hacia el sitio de la gente, sino para el lado en que la playa está desierta, porque hay que saber que la playa de Salinas pasa de los cuatro kilómetros. Cruzábamos por los pinos hacia la parte solitaria y sin apenas hablar. Salimos luego a la arena, y aún me llevó alejándome más del sitio de la gente. Yo no sabía a qué venía aquello, pero como con él iría al fin del mundo, no me preocupaba. Quiso que dejáramos la ropa allí, en la arena, y dijo:

—Vamos a pasear hacia San Juan.

Daba gusto caminar así, en bañador, por la arena mojada, pues el sol estaba tibio y la brisa del mar era una caricia, un nordeste que ensanchaba el pecho. Él, primero hablaba de cosas indiferentes; pero luego me echó un brazo al hombro y comprendí que iba a salir el motivo de llevarme con él por allí. Íbamos así, caminando despacio, que yo le cogí la mano que él dejaba colgar por encima de mi hombro, cuando dijo:

—Desde luego, Ignacio, ya puedes comprender que te he traído por aquí para hablar de muchas cosas.

Yo me callé, pero toda mi actitud y el tenerle la mano cogida debía bastarle para comprender en qué plan estaba yo con él. Así siguió:

—Es cierto que Carlos ayer dijo una gran majadería.

—¡Si, hombre! ¡Si siempre pasa lo mismo, cada vez que abre la boca esa que tiene!

—Tú estuviste bien; te confieso que me gustó verte plantado delante de él, que te lleva dos años… Pero, oye, no me refiero a lo de ayer… sino en general… —se veía que buscaba cuidadosamente las palabras—. ¿No crees que pones a veces demasiada pasión en tus reacciones?…

Me iba hablando con tanta sinceridad, con tanta confianza, que yo no dudé en entregarme un poco a él.

—No sé lo que me pasa a mí, Juange —así lo llamaban en su casa—; salto a veces por cosas que antes nada, y nunca sé lo que me va a pasar a la hora siguiente. ¡Yo cada vez me comprendo menos!…

—Es preciso que logres superar la situación actual.

¿Qué podía decirle yo?

—¡No soy capaz!, Juange, te lo digo de veras, ¿qué más querría yo, si es horrible?

—Quisiera decirte algo, que no me gustaría que lo tomaras como una indiscreción…

La buena voluntad que tenía, se la veía yo en cada palabra.

—Di lo que quieras, hombre, que tú eres distinto.

—Tú ahora, no sólo estás triste y desorientado por la falta de Cheché …

—Es cierto —confesé.

—Hay otras cosas que te turban y combaten…

Él hablaba sin mirarme, pero no me ofendía; me sentía yo bien bajo la presión de su fuerte brazo, al lado de su cuerpo de atleta curtido del sol y del mar. Así le dije que sí, que así era.

—Eso nos pasa a todos en la vida, ¿sabes?, sólo que a ti se te ha juntado todo, te viene de golpe, por un montón de circunstancias.

Yo dije:

—Me mareo pensando, ¿comprendes?

—Para esta navegación no te sirvo yo de piloto —dijo él noblemente—; pero tienes al padre Urcola. ¿Le escribes?

—No le he contestado hace infinito.

—Pues hay que escribir a Vigo.

Me sentía cogido yo.

—Está en Comillas él.

Me quiso dar el golpe de gracia.

—Pues, ¡a verlo!

—¡Ni hablar, Juange!

—¿Por qué, hombre?

Cómo iba yo a explicarle, si tenía que empezar por todas las dudas y yo

que no había querido ni revisarlas, para no preocuparme más de lo que estaba. Él me insistía diciéndome que me obtenía el permiso de la abuela… Después del forcejeo, salí del paso diciendo: «Lo pensaré».

Yo quería bañarme entonces allí, que es en el medio de la playa, muy abierta al mar. Juan Ángel no quería por lo peligroso que es. Yo dije riendo:

—¡Vaya un guardiamarina!… ¡Que te pasen a Intendencia!

Empezó él a correrme, pero yo le hice un dribling y zumbé para el agua y como él me venía detrás, pues nos vimos en las olas. Cuando me echó la mano ya tenía el agua por el pecho. Rompen allí las olas, que vienen imponentes de mar abierta, pero lo peor era la resaca tan tremenda, que yo nunca lo hubiera creído. Te socava completamente la arena por debajo de los pies. Ya salir, y eso que no nos cubría, no fue ninguna broma. Yo, si no está él conmigo, creo que la entrego allí. Así salimos con un poco de ojo y aprovechando el golpe de la ola, y Juange sin soltarme un momento.

Cuando íbamos ya para Salinas, me dijo él:

—Carlos te va a querer zumbar.

—¡Que pruebe! —dije yo muy gallito.

Sonrió Juan Ángel y comentó:

—No le conviene por Karin.

No supo el daño que me hizo diciéndolo. Confirmaba mis sospechas. No era más, me decía yo, que porque no me gustaba para ella.

Por la tarde, en casa, vinieron todos a jugar al críquet. Carlos no me habló. En cambio Mary Sol, su hermanita, estuvo la mar de empalagosa. Yo no niego que sea guapa; pero no todo está ahí. A Juan Ángel lo vi yo tratar aparte con Karin y bien se vio que la urdían, pues a la siguiente estaba yo en bata por el jardín, cuando ella vino y ya había estado en misa. Se me paró delante, que yo estaba tumbado, y dijo:

—Nacho, ¿aún te dejarías mandar por mí?

¡Figurarse!, ¡claro que le dije que sí!

Había que verla allí; con aquella luz que la sacaba del pelo todo lo que el oro pudiera dar de sí; con aquella mirada que tan bien me sabía amansar a mí; con el tipo aquel, que se veía mucho más ágil que lo corriente de las chicas, pero también más flexible que el de los chicos… Desde luego, yo lo pensé entonces, que no había en todo Salinas una chica que se pudiera comparar con ella. Como yo me había quedado aparvado mirándola, se acercó un poquito y repitió:

—¿Irías a donde yo te dijera?

—¡Claro que sí!, ¿a dónde vamos?

—No se trata de mí —contestó—. ¡Vete a Comillas!

Tuvo que ver mi contrariedad, pero cuando ella se propone algo… Terminé prometiéndole que iría.

Desde aquel momento, una nueva preocupación se apoderó de mí. En realidad, yo había querido echar tierra a toda la revolución religiosa que se me había armado y al desbarajuste que me traía de temporal en todos los órdenes. Ir a Comillas era enfrentarme con todo esto y me horrorizaba. Por otra parte, yo, ir lo agradecía, porque aunque sentía una vergüenza enorme, sólo él me podía arreglar, si es que aquello tenía arreglo. Lo que se me ocurrió fue escribir todo, porque si no, me parecía imposible. Aquel día lo pasé casi encerrado para escribir mi carta, pues Karin y Juan Ángel se encargaban de arreglarlo con la abuela. Rompí muchos borradores. Era dificilísimo decir por carta algunas cosas. Luego renuncié desesperado. Por fin dije esto:

Mi queridísimo e inolvidable Padre:

La verdad es que no sé como tengo cara para escribirle, siendo quien soy, y portándome como me porto con usted. No merezco que me perdone, pero estoy seguro de que lo hará. Ya verá lo que se puede esperar de un tío como yo, con todo lo muchísimo que tiene hecho por mí.

Es verdad que cuando pasan cosas como la que me ha ocurrido a mí, no está uno para muchas cartas; pero también es verdad que yo lo he necesitado más que nunca. ¡Perdóneme una burrada de veces!

Esta carta es para comunicarle que llegaré a ésa el martes por la tarde para verlo. Ahí le contaré todo. Esto va muy mal, Padre. Me da una vergüenza bárbara ir junto a usted. Por más que se imagine, no creo que admita que este de ahora es aquel que usted conoció. El demonio se apodera cada vez más de mí, hasta llegar al extremo de que me venían ganas de hacer las peores cosas y perder todo lo que reinaba en mí, que ya no sé. Hasta me tiene hecho pensar el demonio que yo no me fuera a confesar más y que se vivía mejor de ese modo. Estoy hecho un saco de cenizas viejas. Todo han sido escollos y más escollos, algunos tremendos y difíciles de vencer. Todo evoluciona en mí hasta desconocerme yo mismo, que a veces no me entiendo. Y en esta porquería de estado en que me encuentro, me pongo a escribir al que debía mirar a la cara menos que nadie.

Padre, lo que veo yo, es que en esta edad es cuando vienen las peores luchas. No sé.

En fin, Padre, tenga paciencia y prepárese. Es mejor que piense ya lo peor

de mí. No se haga ilusiones, que es verdad que estoy fatal.

De Cheché tengo infinito que contarle, figúrese. No sé cómo estoy vivo. Ha de saber que hasta tengo pensado alguna vez de matarme. Claro que eso, era sólo así, de pasada. Pero no se angustie, que eso ya pasó.

Bueno, Padre, reciba un abrazo muy fuerte de su indigno hijo,

IGNACIO

Vi lo mal que iba la carta y el lío que se armaba el Padre, pero ya no tenía humor para empezar otra. Salió el domingo y yo saldría el martes 15, día de la Virgen.

Bastante tarde, por fin, salimos Germán y yo solos. Mucho pensé yo durante aquel viaje, porque, la verdad, entonces todo se volvía contra mí y me entraba un miedo horrible de haber pecado, no sólo contra la pureza, sino contra la fe. Era una tensión interna que me mataba. Por una parte pensar en Cheché y cómo estaría deshaciéndose, que era horrible, y eso nunca dejaba de pensarlo, me rebelaba y me llevaba a afirmarme en mis ideas y levantar la cabeza y sostener que había hecho bien. Pero por otra, me venía un resquemor, que no lo podía evitar, de si había hecho una barbaridad, que sólo digo una cosa: se me ocurrió si volcaríamos y fue pánico lo que me entro a mí.

Cuando dejamos la carretera general y vi el letrero «Comillas», el corazón me dio un latigazo de abrigo. Sentía vergüenza y al mismo tiempo unas ganas horrorosas de ver al Padre. Ya para entonces, estaba yo tan agotado, que era él la persona a la que más quería ver del mundo. Así, antes de ir al Parador que hay allí, yo quise subir, porque si no, no había tiempo aquella tarde. Preguntó Germán por la subida y enfilamos por una cuesta fantástica que era un túnel, pues los árboles se te juntaban por encima de la cabeza. Vimos unos edificios enormes. Por delante, según llegamos, y al pasar hacia la puerta, lo vi.

—¡Para Germán! —grité y me lancé fuera cuando ya el Padre se acercaba.

¡Dios mío! ¡Qué reacción me vino más tremenda! Me abracé a él llorando y me ahogaba. ¡Qué barbaridad, hombre! Es que se desplomó sobre mí, como un muro, todo lo que había pasado, desde que nos habíamos separado en Vigo. Los Padres aquellos tuvieron que quedarse asustados de mí, pero no me importaba nada, además no me conocía ninguno. El Padre me metió en la portería, que yo ni veía. No sé lo que tardé en calmarme algo, pero debió de ser bastante. Él me decía cosas, que me iban cayendo como bálsamo. No era por lo que decía, que ni me acuerdo, era su voz. Luego añadía:

—No te importe llorar así; es completamente natural y ahora te hace bien… Has hecho muy bien en venir… Yo sabía que acabarías por hacerlo de un modo u otro.

Luego, poco a poco, se me fue imponiendo con mucha suavidad.

—Vaya, Ignacio, ahora vamos a serenarnos, ¿eh?… Vamos a dar proa al mar… Tú tienes coraje para esto y para mucho más…

Y así me iba diciendo y con el pañuelo secándome las lágrimas. Hay que ver cómo me confortaba la presencia de él, su voz, su persuasión… Qué idiota me vi a mí mismo en mis dudas de aquellos días, qué pequeño yo, filosofando de la religión… y sólo verme allí, delante del Padre, cuando ni había hecho él referencia a mis dudas, caían como bastidores todos mis enredos y veía la verdad, la sentía con todo su peso acusador ahora sobre mí. ¡Qué débil me sentí entonces! ¡Qué indefenso allí, derrotado moralmente, destrozado físicamente sobre aquella silla! Debió notarlo él, porque extremaba su cariño y delicadeza, pero de esa forma tan suya, nada empalagosa. Dije yo entonces, y eran mis primeras palabras delante de él, que sería tarde, pues sonaba una campana.

—No, si tú te quedas aquí; ya tienes cuarto y cenaremos juntos.

Yo intenté rehusar, pero por dentro se lo agradecía enormemente, porque no quería entonces separarme de él. Avisamos a Germán de que me quedaba, y nos fuimos a cenar.

En seguida me di cuenta de qué distinta era la táctica del Padre. Otros no te hablan del caso, sino a distraerte, y todo resulta ficticio, insincero. Él hacía frente a la realidad sin disimulos. Me dijo que sabía por mamá mi actuación a la cabecera de Cheché y que estaba contento de mi comportamiento, y añadió sin paliativos, y yo lo prefiero:

—Ya sé que luego flojeaste mucho, pero no creas que te lo recrimino sin más. Mayores trances apurarás en la vida, créeme: pero esto, para tu edad, ha sido fuerte. Dios ha querido que te encontraras pronto con la muerte —aquí bajó la voz— es doloroso que haya debido ser a través de Cheché; pero para él no ha sido un mal y para ti… es un espaldarazo que te arma para la vida real… para conocerla en profundidad… para tomar con exactitud la medida de todas las cosas…

Yo escuchaba con avidez, porque allí junto a él, mi alma volvía a vivir. Entonces habló de mi carta.

—Leí despacio tu carta. Me hago cargo y eso que supongo que hay bastante más de lo que tú dices. Sin embargo, tu sola presencia aquí, me quita muchos temores. Sé que te has vencido para venir, pero sé también que estás contento de haber venido… y que cuando marches, esto es lo que importa ya, serás otro.

Él quería hacerme acostar en seguida y que al día siguiente ya hablaríamos

despacio.

—Pero, Padre, ¡si yo tengo que contarle infinito!

—Bueno, hombre, ¿qué prisa hay?, tendremos todo el día.

—No, Padre, tiene que ser cuanto antes, esta noche…

Me ardía por dentro un deseo enorme de revisar todo con él y liquidar tanto lastre que me aplastaba.

—Siempre serás el mismo —dijo sonriendo por mis prisas.

Salimos fuera. La noche estaba de película. Me pareció abiertamente azul, la luz de la luna que nos hacía, y en la explanada donde fuimos, que era en altos sobre la mar, todo era de ensueño; porque veías por una banda una cadena de montes altísimos y con la cresta totalmente recortada como a tijera, de nítida, que parecía que los tocabas extendiendo la mano; y por la otra, la mar allá abajo, tersa, como bruñida, y a lo largo de la orilla, unas olillas como galones de plata que se me hacían, y al romper mandaban hasta nosotros un retumbo apagado, que era lo único que se oía allí. En aquella soledad estupenda donde no había un alma, empecé a hablar yo, según paseábamos. Lo que hice fue contar todo de pe a pa, como pasó. Ya no me daba nada de vergüenza, qué bobada, y eso que lo decía todo, no como a Karin, y ya le había dicho al principio que me perdonara, pero que a cada cosa la llamaría por su nombre, porque si no, era un lío de rodeos; así, por ejemplo, al llegar a lo de Carlos, le dije la frase y todo igualito, como ocurrió. Yo, como me animo tanto hablando, ponía toda la pasión en las cosas, de modo que de vez en cuando a lo mejor decía él «No grites». Fuera de eso, él escuchaba y escuchaba sin interrumpir, que es lo mejor para estos casos, A veces se sonría levemente, como cuando le contaba de Nete. Lo más difícil fue explicarle bien lo de la fe y lo que yo había pensado de aquello. En cambio todo lo de las tentaciones de lo otro, me salió tirado. Yo hablarle así, hasta el fondo, me fue un descanso descomunal. Era como si contar todo aquello me purificase; tal como echar por la borda un lastre pesadísimo que llevara dentro hacía tiempo dando bandazos de espanto. Mucho insistí en que yo me hallaba raro a mí mismo, porque vamos, todas mis experiencias sobre mí, pues eran ser yo el del cole, allí con Pancho y Héctor y Azufre… pero ahora pensaba en mí y no casaba con aquello. O antes era yo un despistado, o ahora estaba loco. Me inclinaba más a lo primero; pero lo segundo ya se me había ocurrido también, porque encontraba yo estúpidos a todos, con una vida superficial, sólo a divertirse, a fingir, a vivir una comedia, que parecían no pensar, ni tener preocupaciones; y como esto lo veía yo en todo el mundo, como el que dice, yo que pensaba y que me iba solo y me deshacía el alma de líos, a veces ya decía si el loco sería yo. Cuando le conté lo de la ginebra de Carlos, tuvo que gustarle mi reacción, porque le brillaron los ojos, en fin, que se notaba, vaya.

Al acabar yo de hablar, él miró el reloj y pasaba bastante de las doce.

—Bien con mi almirante —dijo con mucho cariño—, ya estás en mar abierta, y claro, las olas vienen altas y arboladas. Te lo había predicho, ¿no?… Sólo que ha ocurrido todo antes de lo que se podía esperar. Todo se ha amontonado. Desde luego el barco flota aún, y no es poco. Ya se lo puedes agradecer a la Virgen; pero hay mucho que decir y ya es tarde. Mañana será el día.

Pero a mí me faltaba entonces algo capital que él por delicadeza debió dejarlo de mi mano.

—Padre, yo quiero que me dé la absolución.

—¿Necesitas añadir algo?

—No, Padre; ahora sabe usted de mi alma todo lo que yo sé.

—Entonces vamos a pedir perdón al Señor, ¿verdad?

¡Fue fantástico aquello, en medio de la noche! Él habló quedo; con una sinceridad y una fe, que me traspasaban hasta estremecerme: «¡Señor, ahora Ignacio vuelve a Ti…!». ¡Qué sencillamente me hizo sentir a Dios, que me parecía llenar toda la inmensa campana del cielo y mirarme desde cada estrella! Pero yo sentía al oír al Padre, un Dios amigo, tan plácido y sereno como la noche, tan tratable como lo dejaba traslucir la voz aquella, sencilla y confiada. No sentía ya angustia o preocupación alguna. Y no eran paños calientes, no, los que el Padre iba poniendo. Allí de pie, los dos; quietos; mirando al cielo, porque yo le seguía la mirada, iban saliendo sus palabras:

—… Sí; vuelve a Ti después de haberte ofendido… después de haber dudado de lo que más te podía doler, de tu corazón, de tu amor… Vuelve a Ti después de haberte querido pedir cuentas… cuentas a Ti, que lo hiciste de la nada; a Ti, que con un soplo infundes el alma inmortal y creas o aniquilas universos… a Ti, de quien depende él hasta para ofenderte… Pero ahora está aquí, Tú lo ves desde todas las estrellas, desde el astro que nos envía la luz, desde las olas que redoblan allá abajo … ¡desde todas las cosas! …Mira, Señor, mira si queda en él orgullo; mira si queda rebelión; mírale hasta el fondo del alma, hasta el centro del corazón. Tú que todo lo ves, a ver si hay algo que te cierre, a ver si hay algo que te quiera ocultar, a ver si hay algo que no te entregue a Ti… Míralo a ver si se enorgullece de sus pecados, a ver si planea ofenderte de nuevo…

¡Cómo lloraba yo entonces!, y ¡que desprecio y coraje de mí mismo y amor a Dios como jamás! …

Luego se calló un poco él y en otro tono más bajo, como si estuviéramos en un templo, me dijo:

—¡Arrodíllate!

Allí, en medio de aquella explanada, sin más testigos que la luna y sobre el apagado suspiro de las olas, me vi de rodillas como nunca creo haber estado en una iglesia; con las manos juntas delante del pecho, a los pies de él, mientras le oía decir, despacito, mirando hacia arriba: Misereatur tui Omnipotens Deus… y luego: deinde, ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris…, et Filii…, et Spiritus Sancti…, al tiempo que trazaba con la mano en el aire una cruz muy grande, una cruz como estoy seguro que nunca se hará en un confesionario, que me parecía como si me rozase el alma con los dedos grabando allí la cruz aquella. Nunca había entendido yo como entonces lo que es la confesión. Cuando él acabó, yo, aún de rodillas en la tierra, besé la mano aquella de la cruz. Luego íbamos los dos hacia casa en silencio. Yo creo que el Padre estaba emocionado como yo, que jamás me había sentido tan feliz como en aquel momento.

Me dejó en un cuartito de seminarista, muy nuevo y que estaba bien, me pareció. Me dio las buenas noches y dijo que me llamaría al día siguiente. Yo no estaba entonces para dormir, como se puede suponer, y me senté a escribir todo. Ya tenía allí mi maletita. Caí en la cuenta de había venido al Padre el mismo día de la Virgen, saqué la medalla de Cheché y la besé como jamás. La puse en la cabecera y luego me dormí sereno, como hacía mucho tiempo que no lo conocía.

Según el Padre, tuvo que tirarme de los pelos para que comprendiese que trataba de despertarme; y eso que eran las nueve. Me vestí y salí; él me esperaba rezando el breviario. Fuimos a la iglesia de la Universidad, que tira a gótica y me gustó lo suyo. Ayudé a misa y allí me dio la comunión. La misa me había dicho él que era por Cheché y yo también ofrecí la comunión por lo mismo. ¡Qué burro había sido yo no comulgando desde que él muriera! No es que yo creyera que a él le hubieran hecho falta mis comuniones, pero estaría satisfechísimo de para qué me había servido a mí su muerte.

Vi toda la Universidad y todo aquello, saludando en el Colegio Máximo a algunos Padres que fueron del Colegio y ahora tenían que estudiar y examinarse, lo que me pareció que a alguno le estaba muy bien, porque es muy cómodo eso de poner tres y cuatro a los demás.

Fue una mañana estupenda, pero lo mejor la tarde. El Padre dijo: «Te llevo a Oyambre —o sea donde naufragara el Grumete—, y así puedes bañarte de paso». Entonces tuve yo una idea genial. Le telefoneé a Germán, al pueblo, y le dije que fuera luego por esa playa y que llevara una merienda superior para cuatro. Dije cuatro, por si calculaba mal para dos. El Padre y yo salimos por una carretera de mucha sombra, que estaba muy bien. Ya por allí él me hablaba clarito. ¡Nadie dirá que me consentía! Al comentar todo lo de la fe,

estuvo duro. Todo lo sacó a propósito del bonus miles Christi Jesu, que es cuando San Pablo le dice a uno que lo soporte todo como buen soldado de Cristo Jesús y que combata los buenos combates de la fe; y me decía él, que dijera yo mismo si había sido buen soldado de Dios en la fe; no por haber dudado, que eso no era cierto, decía, y bien lo sabía yo; sino por haberme enfurruñado con Dios, como un niño caprichoso, porque no había hecho las cosas según mi gusto. Y que a ver qué derecho tenía yo a retener aquí a Cheché y si era más mío que de Dios. Y aun dejando esto, que viera si no era egoísmo querer privarle de lo que ahora tenía, que era la felicidad. Más, que para qué lo quería retener aquí, o es que era yo tan feliz en la vida. ¿Estaba yo seguro de que más tarde se iba a salvar? Decía él, que hacer depender mi piedad y mi vida espiritual de que Dios actuara a mi capricho, no era precisamente heroico ni caballeroso y que yo no debía olvidar la paciencia con que Dios había soportado mi impertinencia, porque si Él tenía la magnanimidad de perdonarme, yo debía tener la delicadeza de no olvidar.

Desde luego, yo quedaba por los suelos; eso ya se veía; pero a mí es lo que me gusta, que me hablen sin tapujos, y si merezco que me zurren, pues duro. Además, de sobra se veía que él me lo decía todo aquello por el cariño grande que me tiene. Cuando uno alaba mucho a otro, no suele ser porque lo quiera de verdad. Es como yo a Pancho, que si hace falta, le canto las cuarenta; ¡evidente que sí!

Cuando llegamos a la playa, me habló de una manera muy distinta de las otras tentaciones y líos. En eso me animó mucho y me alabó. También dijo, desde el primer momento, eso sí, que yo era un imprudente; porque según decía, querer vencer y no comulgar, era como querer uno que le tocaran las quinielas todos los domingos, y sin jugar; así dijo.

Así hablando, me dijo que si quería que me podía bañar, que había a un lado de la playa una ría buena. Yo hubiera querido que se bañara el Padre conmigo, pues sé que nadaba mucho, y en 400 libres era el amo en Avilés antes de ser novicio, pero ya me había dicho él al salir: «Mira, no es costumbre», que con eso los jesuitas salen de cualquier apuro. Yo ya le dije lo que trae el Kempis y lo había leído en Ejercicios, que «una costumbre se quita con otra costumbre», pero no hubo modo. Me cambié volando, y en la ría aquella (a cualquier cosa llaman ría allí) le hice una exhibición de crawl, braza y espalda, que no la pesca en Comillas en su vida. No quise vestirme hasta que fuéramos a marchar, porque había muy buen sol. Pronto llegó Germán, que dejó el coche junto a un chalet que hay allí, con campo para golf. Traía una buena cesta, ¡mi madre!, y yo me frotaba las manos. El Padre me llamó lo que quiso y que a quien se le ocurría; yo me daba con el puño en el pecho desnudo y decía: «A don Ignacio Sáenz de Ichaso». Él, no le quedó más remedio que apencar y le hice hincar el diente allí. La verdad es que casi no probaba nada,

y yo, después del baño, de pasteles sobre todo, me puse como un Pepe.

La vuelta fue en coche, y después de cenar, le pedí que me llevara al sitio de la confesión. Allí nos tiramos otra conversación de esas que llenan. Fue darme consignas.

—Nacho, creo habértelo insinuado ya. Has llegado a un momento crucial de tu vida. Ahora ya es evidente. No eres el crío de hace un año, ¿te acuerdas? Ni siquiera el de hace tres meses, al terminar el curso. Pero aún no te has hecho hombre; debes reconocerlo. Piensa en tus dudas, en tu inestabilidad, en las lágrimas y en los bandazos… todo eso que da testimonio contra ti. Estás ahora metido en un proceso de liberación y búsqueda. Tú me descubres lo que sientes por dentro, que no es más que una revolución interior inevitable. Ves que unas fuerzas nuevas, imponentes y a veces inquietantes también, hacen su aparición en ti; toda tu personalidad está en ebullición, como metal líquido que va a entrar en molde. Vas a cuajar en algo definitivo. Si ahora eres valiente, si tienes coraje, puedes intervenir, dentro de ti mismo, para lograr vaciarte en el molde mejor, en la mejor de tus posibilidades…

Hay que darse cuenta lo que era oír hablar así para mí.

—… No puedes cambiar las líneas de tu rostro, ni quitar o añadir a tu estatura. Pero sí puedes contribuir a forjar tu fisonomía interior definitiva. Fíjate que digo «forjar» y la forja yo la entiendo ardua, casi cruenta, a golpes de hierro sobre el yunque …

Hablaba muy cálidamente, subrayando las palabras claves, y yo escuchaba en tensión, pues me interesaba una enormidad,

—… Y debes intervenir en ti mismo, aunque sea un esfuerzo duro. Mira, se trata de dar un cauce de virilidad a todo lo que despierta en ti. Cauce de hombre. Reconozco que es cosa ardua; pero ha de ser cauce de cierta dureza contigo mismo; una dureza que tú te impongas voluntariamente a ti mismo. De sobra sabes que no será en casa, que nada te falta, donde te impongan ese cauce; es verdad que tu padre os exige cierto ascetismo excelente; pero aún queda enorme margen, sobre todo en tu interior. Tampoco el Colegio te será suficiente. Tienes tú mismo que señalarte objetivos difíciles, audaces…; una pureza absoluta, desde luego; un estudio serio y constante; un control implacable de esas reacciones fulminantes tuyas… Señalar bien claramente los objetivos, como digo, y luego lanzarte a su conquista, impetuosamente, ardientemente, si es preciso cruelmente contigo mismo.

Aquí ya hablaba con ese entusiasmo que, así escrito, no se nota, pero que lo oyes y te pone en vilo.

—Tienes que fomentar tu personalidad. No, no creas tú que es fácil esto, que si lo fuera tampoco sería para ti; no es fácil liberarte de todas las

servidumbres de ayer, sin revelarte contra la autoridad, aún legítima, en casa, por ejemplo. Tienes que procurar ser tú mismo, que no es éste ni aquel y eso por encima de todo respeto humano. Debes aprovechar para ello todo lo que en torno tuyo afirme tu individualidad, tu estilo viril; poner tu sello en tus cosas; que tus cosas todas sean tales, que muestren tu esfuerzo, tu dureza interior…; en tu cuarto, en tus cachivaches, en tus papeles… no diré en tus juguetes, porque, claro, eso pasó a la historia. Tienes que despreocuparte de la incomprensión de los mayores y no buscar de ellos pañitos calientes en el momento difícil. ¡Ah!, y rechazar intromisiones que te impidan hacer tu esfuerzo por ti mismo. Tienes que salir a la caza de responsabilidades, aceptarlas; esforzarte por ser digno de que se te confíe algo. Pero sobre todo, Ignacio, lanzarte a todo esto, a esta nueva empresa, con coraje, con verdadera alma.

Yo pensaba si no era demasiado todo aquello junto, pero él, como adivinando, añadió:

—Y no creas que aquí van envueltas demasiadas consignas. Todo es uno: reunir todas tus energías, ponerte todo tú a contribución para un esfuerzo único, el de encajarte por cauce de la virilidad que lleva al hombre, al caballero de cuerpo y alma, a aquel Bonus miles Christi Jesu, que no vayas a creer que Dios lo espera solamente entre los frailes. Y no te preocupes por retener todo esto en la memoria, porque te daré un apunte. Lo que pido de ti, Ignacio, no es un esfuerzo de la memoria para que me retengas un discurso, sino coraje de la voluntad para que me lo pongas por obra.

Yo, oyendo esto, sentía el corazón como una brasa ardiendo dentro, y cuando me iba a dejar él en el cuarto para acostarme, le dije que no se olvidara de ponerlo todo por escrito, como lo hizo, y así pude yo llevármelo conmigo, que me lo sé esto de memoria, palabra. Aún le dije tal como yo estaba entonces:

—Padre, yo haré todo esto. ¡Le juego lo que quiera, vaya!

Pero él se fue riéndose.

Por la tarde subió Germán con el coche para recogerme. Salieron todos los Padres conocidos. En los últimos momentos, el Padre me apartó un poco para darme el papelito que le había pedido.

—Bueno, Ignacio, vuelves a primera línea. No te hagas tampoco demasiadas ilusiones. Tendrás que pelear y mucho, pero con eso ya se cuenta. Como te pongo al fin del guioncito este, cadent a latere tuo mille, et decem millia a dextris tuis, verás caer mil a tu lado y diez mil a tu derecha, pero no tiembles tú, si tienes a Dios contigo.

A todos los Padres fui besando la mano y el último a él, y se la apreté

fuerte; supongo que él me entendería, porque hay cosas que el hablar lo estropea todo. Aún me dijo por la ventanilla, como en otra ocasión:

—¡En una palabra. Nacho esto vir!

—¡No lo dude, Padre!

Y el coche arrancó suavemente.

¡Cómo había llegado y como me iba! Y yo infeliz de mí, pensaba que ya estaba todo, que ya no había más que sufrir; que ya se había equilibrado todo definitivamente. La verdad es que llevaba una serenidad en el alma como la mar cuando está bella. ¡Mucho pensé en Karin durante aquel viaje de vuelta! ¡A ella debía yo todo lo de Comillas! Iba ponderando lo que había influido en mí, pues sólo por ella no había hecho yo alguna sonada, sobre todo al principio de estar en Salinas; y a Comillas, desde luego que jamás hubiera ido, de no pedírmelo ella. Entonces aparecía también en mí un foquillo de disgusto, por pensar en lo que se habría aprovechado Carlos durante aquellos días. De ahí pasé a pensar otra vez por qué me sentaba tan mal verla con él. Pero además no sólo era por él porque tampoco me hacía demasiada gracia verla con otros. Yo me disculpaba diciendo que ella era mi hermana y debía mirar por ella; pero ahí estaba Patri, que nunca me había preocupado así con quién fuera.

Pasadas las nueve, entrábamos en casa. Todos me tuvieron que notar lo contento que volvía, porque en la cena hubo mucha euforia, y yo, a pesar de las indiscreciones de Patri, me dominé bárbaramente. Luego me las amañé para estar solo con Karin.

—¿Qué tal? —preguntó mirándome a los ojos con una mirada amiga que daba gusto.

—Eres mi ángel, chica.

—Bobo —dijo riendo.

—¡Si es la verdad! … ¡Es de espanto ya lo que te debo a ti!

Y le conté todo, sólo pasando por alto las cosas que no se pueden decir a una chica, pero fuera de eso, todo; hasta la confesión de por la noche, que se emocionaba ella y yo le veía el agua en los ojos.

—Tenía que ser así —comentó—, pues he hecho continuos sacrificios por ti desde el martes y antes.

Me sabía a gloria aquello.

—¿Tú has hecho sacrificios por mí?

—¿Qué tiene de particular?

—¡Karin! —casi le doy un abrazo con lo impetuoso que soy yo—. ¡Que

eres mi ángel!, ¿no te digo? …

¡Qué contento me fui al cuarto! Antes de meterme en la cama, me arrodillé como antiguamente para hacer mi examen de conciencia. Nete veía visiones. Luego escribí un rato y me acosté. Estaba bárbaramente decidido a tenerme a raya. A huir de toda blandura y niñería. A ser como Juan Ángel, por ejemplo. A seguir despiadadamente todas las consignas del Padre.

Sin embargo, el primer fracaso me vino en seguida.

Tenía que ser Patri la que metiera la patita.

Naturalmente, decidí volver a la comunión diaria. De ella venía cuando aparecí por el comedor con el misal debajo del brazo. Patri, con una bata de nylon muy chillona, estaba allí banqueteando. Verme, y abrir unos ojos así de exagerados, fue lo mismo. Vi para dónde clavaba la vista y tropecé con el canto dorado del misal. Entonces ella decía a la chacha María:

—Mira, María, ¡si nos han convertido al niño en Comillas!

No estaba prevenido para dominarme. ¡Figurarse cómo me sentaría a mí aquello! En un segundo, allá le fue volando el misal, de canto y a las narices, y me subí para el cuarto arreando un portazo fenómeno. El caso es que me puse de un humor de perros y pensé en el asco de tener familia, hasta el punto de saltar la tapia para irme a la playa por detrás, a la parte solitaria, y tumbarme allí en la arena. Después pude ir comprendiendo que el enfado que tenía encima, no era tanto por Patri, cuanto por mí mismo. ¡Qué me tendría que importar a mí lo que ella dijera! Lo que pasaba es que a la primera ocasión, ya había vuelto yo a demostrar lo que era un aventado, un incapaz de dominarse, y un fantástico que se creía que ya iba a ser el amo de sí mismo. Me complacía imaginando cómo podía haber reaccionado haciendo tal o cual, en ocasiones más difíciles que me inventaba, y yo siempre respondía con un equilibrio y un dominio despótico, que desconcertaba a quien se metía conmigo. No sé las horas que me estuve allí al sol, porque ya entonces cuando me ponía a pensar… Pero ya no era de Patri, sino de Karin, de quien trataba. Era una idiotez pensar aquello, decía yo, pero no podía evitarlo. ¡Cuidado que tenía yo andado con ella!; sólo de jugar al tenis o de nadar juntos, infinito; pues era como si nunca me hubiera fijado antes así, cómo era ella. Yo, en realidad, caía en la cuenta de que hasta entonces, apenas me había preocupado de cómo eran las personas desde ciertos puntos de vista. Por ejemplo, cómo era yo mismo, y qué impresión haría a los demás. ¡Qué curioso! Y así yo pensaba en Karin y se me hacía maravillosa la cara misma, pero más aún la expresión y, sobre todo, el tipo, que era como de uno de nosotros, pero con una cadencia (no sé si será la palabra, pero no encuentro otra), y un ritmo, que yo no sabía definir y más tarde he pensado que sería la femineidad. Y era como ver una película, porque yo de imaginación soy bárbaro; cierro los ojos y veo las cosas, así, clavadas.

Aquellos días empecé un esfuerzo imponente en el sentido que me indicara el Padre. A Nete lo trataba estupendamente y de igual, y vi lo fácil que es, a lo mejor, hacer feliz a uno. Y no lo digo por presumir, pero con Patri, era como si yo hubiera vuelto a nacer. No le hacía caso de sus bobadas. Tomé la táctica de echarlas a broma, y ella bien asustada se me quedaba. En cambio confieso haberme mirado al espejo por entonces. Es decir, de una manera muy distinta y con muchas exigencias. No se crea que quedé muy satisfecho, por los ojos, de un azul que tenía que extrañar. Me escribió Pancho muy cariñoso, como siempre, y muy a mi gusto; que no me perdonaba no haber ido a su casa. Él a mí me extrañaba mucho más que yo a él, y era natural, pues no tenía a Karin. Lo principal era decirme que no hiciera ninguna burrada y que obedeciera en todo a aquella persona que no era chico y que él ya la sabía. Que salía a vela con Jaime, el de nuestra mesa, y que si sabía yo el bombazo de Héctor, y el animal de él no me lo ponía. Luego decía el tío que estaba escribiendo una novela para un concurso misional y que ya vería yo lo que era bueno. Al fin, después del abrazo de rigor, añadía con toda naturalidad: «Desde la muerte de Cheché he comulgado a diario; no pido, porque es absurdo pedir por él, pero Dios sabe que si hiciera falta, tenía todo lo mío». ¡Hay cosas que con una frase se dice todo!

Ahora voy a poner lo principal de aquellos días. Yo miraba a Karin con aquellos ojos nuevos, que me parecía la veía de día por primera vez; hasta tener que disimular, en la mesa sobre todo. Por la mañana volvíamos juntos de comulgar, que yo en eso llevaba un tanteo de miedo, empatados a días y a comuniones. Aquel ratito de la vuelta me sabía a mí muy bien. Fue todo tan suavemente, que ni sé cómo empezó. Creo que tendría ya algo dentro y no me lo confesaba. Era absurdo que me preocupase de mi pinta; y tenía que ser por ella, porque las demás no eran bastantes, todas juntas, para que yo me subiera a peinar, por ejemplo. Eso y el desasosiego de verla bailar con otros. Era despistante buscar por casa fotos suyas, ya que habrían pasado por mis manos cientos de ellas desde pequeño. Pero lo más maravilloso era la enorme facilidad con que la obedecía. Entonces había empezado a obedecer en casa, por dureza conmigo mismo; pero eso era a puro vencimiento mío. Bueno, pues llegaba ella, «vamos aquí, vamos allá, haz esto, haz lo otro», y yo de cabeza y encima con un gusto indudable. ¡Mira que llegar a ir con Patri y Juan Ángel solos a Avilés!… Es verdad que sin mí no los hubieran dejado ir; pero ¡ir yo de señora de compañía de Patri!… se dice pronto. Pues nada, que vino ella, Karin: «Nacho, ¿me harías un favor?», y ahí me tienes como un idiota haciendo de carabina, como dice la abuela. Y sin embargo yo viví en la luna hasta la tarde de la excursión a San Juan.

Iba toda la pandilla a dar una vuelta en barca y merendar en el faro que hay al otro lado de la ría. En la dársena, embarcamos en un bote grande que tiene allí el padre de los Fanjul, que es muy aficionado a salir al calamar. Con mi

fama de las regatas de Galicia, todos opinaron que se armara la vela, una latina grande tiene, y la que más lo pidió fue Mary Sol. A mí, la verdad, me hizo ilusión; porque ya era mucho, también lo que llevaba sin navegar. Izamos, y yo iba al timón y con la escota en la mano, y al ver cómo el bote iba cogiendo poco a poco arrancada, todos aplaudían. Al principio atendía sólo a gobernar, porque bajaba la marea y había una corriente de no creerlo. Luego me fijé delante de mí, que iba Karin, y yo creo que gozaba viéndome patronear a mí. No pienso que fuera ilusión mía. Llevaba ella sujeto el pelo con aquel pañuelo de seda que le regalara yo en Vigo, cuando el santo de Patri, y me hizo señas, toda contenta, para que me fijase. Pero lo que yo veía y en lo que me fijaba, era en el tonto de Carlos Borge, que iba junto de ella, en un plan, que a mí me daba patada tras patada en el puro estómago. El imbécil de él andaba a cogerle las puntas del pañuelo que le quedaban por debajo de la barbilla. No sé yo qué tendría él que tocar el pañuelo. Claro, en una de éstas, no sé cómo, dio un tirón y fue a quedarse con el pañuelo en la mano por una punta, pero el viento, que era fresco, se lo sacudió y ¡pumba!, ¡al agua que se va! Íbamos por en medio de la ría y a buen andar. Al pañuelo yo lo vi pasar a popa por estribor y se empapaba e iba a desaparecer. ¡Qué cosa!, fue no pensarlo y ahí me tienes a mí irme al agua, vestido como estaba, ante la cara aparvada de Carlos, que se había quedado sin saber qué hacer. A la primera buceada lo atrapé entre dos aguas, pero al volver a flote, vi cómo a mí me bajaba la corriente y ellos ya distantes. Pues los llevaba el viento, y todos revolucionados, que no sé cómo no volcaron antes de que Juan Ángel cogiera el timón. Yo me dejé ir, sesgando poco a poco, hacia la orilla, de modo que fui a salir muy abajo y hecho una verdadera sopa (no era la primera vez tampoco), pero triunfante con el pañuelo en la mano. Ellos iban entonces hacia el embarcadero que estaba bastante más arriba, y yo, al caminar para allá, pensaba en lo que había hecho, que me llenaba de gozo. Pensaba que no me habría tirado por el pañuelo de Mary Sol, ni por el de Patri, ni siquiera por el de mamá, si hubiera estado allí; ya comprarían otro si querían, porque no había proporción. Entonces fue, dentro de mi conciencia, lo mismo que abrir la compuerta de una presa muy llena: una cosa que no la haces por una amiga, ni por una prima, ni por una madre, y vas, y la haces por una persona especial… Eso, ¿qué quiere decir? Fue el momento en que caí en la cuenta; el momento en que me sentía inundar por dentro. Fue un gozo colosal, que al principio, hasta me daba temblores. Como cuando resuelves un problema que se te ha resistido mucho, pero eso elevado a infinito; inmensamente mayor; pero igual de puro, lo puedo jurar en cualquier momento. Concluí meridianamente que Karin me gustaba; que la quería de una manera nueva y que llenaba mucho más, y al principio sentí la alegría de descifrar mi desasosiego y de entrever el camino por donde podría ser sólo mía.

Abismado venía, cuando me llovieron las felicitaciones por mi rasgo y

todos me rodeaban. Yo, que me parecía resplandecer en lo secretísimo mío, le alargué el pañuelo a Karin, como sin darle importancia, y ella me lo pagó diciendo:

—Este pañuelo no quería yo perderlo por nada, Ignacio.

Y nadie podía saber allí, que era por ser un regalo mío.

Tuve que dar a secar toda mi ropa en una casa y como lo demás ya era ir por el monte hacia el faro, me fui en «meyba» con todos. Luego me cargué una gran mochila sobre la espalda y tiré avante adelantándome algo, porque prefería ir solo, con lo que tenía que rumiar. Así, de pronto, estaba encantado y no se me ponía por delante ninguna dificultad, hasta verlo todo color de rosa. Pero aquello duró muy poco, como se verá.

En el faro lo pasé bien. Bajé por un acantilado a coger huevos de gaviota. Al principio bajaba Carlos también, pues otros y otras se quedaron mirando. Lo que primero era un puro deporte, luego me fue cuestión de amor propio. Él quería lucirse, hay que tener en cuenta que Karin estaba arriba viendo todo, y entonces yo me jugué la crisma, con una sangre fría que jamás había tenido. Se levantó en mi corazón tal decisión de superar a Carlos, que el miedo y el vértigo fueron barridos de mi cabeza con raíces y todo, por la presencia de Karin. Estoy seguro de que jamás, ni cuando sea mayor, lograré repetir aquella bajada no teniendo a Carlos a un lado y a Karin arriba. Lo veía a él muy cerca de mí, con un gesto duro en la cara, empleándose a fondo en aquel duelo que se planteó sin haberlo pretendido. El sitio era cada vez más inverosímil y yo con la desventaja de ir casi desnudo para arañarme a placer. Arriba daban voces y Patri me gritaba a mí; pero yo era, en aquel momento, insensible a todo lo que no fuera el afán de llegar hasta el fondo. Había luego, según bajabas, una cornisa como de medio metro, o poco más, de ancho. Carlos, que había llegado antes, se había parado allí, porque realmente parecía imposible seguir. Estábamos juntos, sin hablar palabra, explorando con la vista para abajo. Aquello seguía cortado totalmente a pico, hasta mucho más al fondo de donde estábamos. Sólo allí, a unos dos o tres metros, no sé, se elevaba casi pegado al cantil nuestro un mojón escarpado, que terminaba por arriba en una superficie de un par de metros, como una losa inclinada. Era el único punto de posible avance. El respingo del vértigo me serpentea por dentro, ahora, al recordar aquel momento. Entonces ni pensé. Toda mi alma estaba poseída, locamente poseída, por la pasión de superar a Carlos a los ojos de Karin. Calculé un momento, y luego, sin pensar en nada (hubiera muerto como un animal), di el salto. Caí de pies y manos sobre aquel muñón de roca y me sentí resbalar, de barriga, sobre un plano inclinado. ¡Fue un repique fenomenal del corazón!, hasta que los dedos se plegaron, como garfios, en una grieta y quedé inmóvil. Habían chillado arriba. Carlos no se decidía (hizo bien el pobre hombre). Yo desde allí fui bajando, que ya estaba más fácil, y pude llegar casi

hasta el fondo, donde estaban los huevos que buscábamos. Había los que se querían, pero me encontré con no tener dónde llevarlos, en «meyba» como iba. Por fin guardé uno en mi bolsillo y me dispuse a trepar. Ya sangraba algo por el muslo izquierdo y por el pecho, del rasponazo que me diera en el salto. Quería subir, sí; pero lo de subir estaba muy serio; hasta no poder creer yo mismo que había bajado; aún no comprendo cómo fue aquello, porque yo de alpinista no tengo nada, palabra, y fuera de trepar por las tablas de jarcia, que es muy distinto, en el mástil de la Escuela, o en el Juan Sebastián Elcano, ni palote. Ahora todos me gritaban que no subiera; pero ¡claro!, ¡que me iba a quedar allí! Por fin entendí que habían ido por cuerdas. Entonces subí hasta empezar lo más difícil y allí esperé. La sangre, no era mucha, pero no la podía tapar con nada, pues ni pañuelo tenía, así resultaba escandalosísimo, no siendo más que rasguños. Fue Juan Ángel el que me ayudó con una maroma que era un verdadero calabrote. Aún me arañé algo más, sobre todo por el cuidado de llegar a salvar el único huevo que llevaba. Cuando me vi arriba, la cara de susto era general, hasta quedarse todos en silencio, mirándome a mí. Yo saqué el huevo y se lo alargué a Karin.

—Los había a puñados —dije—, pero no tenía donde traerlos.

No pude saber lo que contestaría ella, porque entonces Patri se puso indignada conmigo.

—¡Mira cómo estás! —lo decía por la sangre—. ¡Eres un bruto, hijo, y no se te puede llevar a ningún sitio!

Lloraba Patri, mientras Juan Ángel sacaba de la mochila grande un paquete de cura que siempre suelen llevar a las excursiones. Yo no dije nada, era natural que Patri se hubiera asustado; no se le podía echar en cara, y la pinta que yo debía tener, sería para alarmar; pero mi corazón estaba templado de satisfacción y nadie allí sabía lo que había debajo de mis actos.

—¡No hay derecho a hacernos pasar un rato así! —seguía Patri.

Entonces Karin dijo:

—Ven, hay que lavar eso.

Me llevó hacia una fuente que estaba cerca y Juan Ángel venía detrás. Ella, con pañuelos y algodón que empapaba en agua fresca, me iba limpiando todos los rasguños que tenía en el cuerpo, y yo, aunque no podía decirle nada, estaba en la pura gloria. Luego Juan Ángel me daba pinceladas de mercuro-cromo y ella me ponía esparadrapos donde hacía falta. ¡Era el cielo aquello! Quedé listo, pero con una pinta, que parecía cualquier cosa, sin tener la ropa allí.

Antes de entrar en casa, ya de vuelta, la cogí a un lado a Patri:

—Oye, Patri —le dije—, tienes que perdonar lo de esta tarde…

Ella se ablandó en seguida. Decía que había estado en un tris de matarme. Desde luego, Patri no lo podía comprender, pues ignoraba el motivo que había tenido yo. Yo no quería que dijera nada en casa. Por eso me disculpé con ella; pero también para vencerme, porque antes, pedir perdón a Patri, lo aborrecía.

Después de cenar, aún me duró el cielo, cuando Karin me vino a hablar a solas y a decirme que tenía remordimiento porque ella no me había llamado cuando bajaba yo y así cooperó a que me jugara la piel, como decían todos que me la había jugado.

—No lo hice —confesó— porque era hermoso verte bajar y porque deseaba que triunfases de Carlos.

Luego me dieron escalofríos de pensar lo cerca que estuve entonces de decirle que lo había hecho por ella, porque la quería; porque me exaltó tanto oírla hablar así, que casi lo tuve en la punta de la lengua. Me entraron escalofríos digo, porque decírselo me parecía una burrada imponente, y que jamás se lo diría. Al pensar esto, empezaron las contradicciones interiores y el sufrir. Porque, primero, ya el decirme a mí mismo, «yo estoy enamorado», me parecía tan nuevo, tan absurdo, que me turbaba todo; las cosas que yo había pensado y dicho cuando lo de Pancho, se revolvían ahora contra mí; me venían a la memoria frases enteras que se las decía yo. Lo segundo estar enamorado, pero enamorado de Karin; yo de Karin…; era una cosa que se me iba apareciendo como imposible y casi como un delito, Toda mi manera de ser con relación a ella, durante años, había sido de hermano talmente, y ahora ese sentimiento nuevo, que se había ido abriendo paso como a punta de lanza, a través de la vieja manera de ver las cosas, producía en mí un verdadero terremoto interior. Fueron unos días de incesante rumiar por dentro. Era de pánico el miedo de que se enterasen de mi secreto, pues me daba una vergüenza infinita. El verla a ella y estar con ella viviendo, con la confianza enorme con que me trataba, y tener yo por dentro lo que tenía, me parecía casi una traición y un abuso. Me parecía ya imposible a mí, tener la paz que tenía Nete, por ejemplo. Lo veía meterse en la cama y dormir como un tronco, mientras yo tenía los grandes insomnios pensando en el lío tan tremendo que me era todo. Hasta llegué a discurrir sobre si no sería mi obligación marcharme. Y conste que de tentaciones y eso, jamás estuve tan bien como entonces. Es cierto que comulgaba todos los días; pero desde que ella se me había colado dentro, de aquella manera, me asqueaba todo lo que no fuera más limpio que los manantiales esos de la montaña, que yo sé uno en la Madroa y te quedas bobo al ver aquella agua. Había muchas cosas para desesperarse también. Ni idea tenía yo de lo que debía hacer, y a quién le iba yo a contar que estaba enamorado, que no se riera de mí, y menos que a nadie a Karin, que sería imposible que le gustase a ella, porque desgraciadamente me había convertido en su hermano. ¡Cómo renegué también yo de mis quince años!

Daba diez entonces, por tener veinte o así, y me parecía que si los tuviera que se arreglaba todo. ¡Qué envidia me daba Juan Ángel! Lo que yo hice aquellos días fue refugiarme mucho en la imaginación. Entonces era feliz. Tumbado en la playa, al sol, o paseando sin nadie en la piragua, o en la barra mientras bailaban todos, o tirado sobre mi cama… me perdía de este mundo, que hasta me lo notaron y se me hizo familiar la frasecita: «¿En qué piensas, Ignacio?». Nadie podía sospechar.

Soñaba. Yo siempre era marino ya; Karin estaba en Alemania, porque había llegado otra carta reclamándola y eso era otra preocupación mía; pues ella estaba en Alemania y yo iba a Hamburgo, a cierta misión, mandando el Hernán Cortes, y Karin me estaba esperando, y así hasta que nos casábamos, que entonces empezaba de otra manera, pues lo interesante estaba hasta la boda; y así yo era alférez de navío y había guerra; como estaba en un destructor, porque me había especializado en torpedos, salía mucho a la mar; cada vez, venían a despedirme al puerto Patri y Karin, hasta que me herían en un combate tremendo, en que nosotros hundíamos a un acorazado ruso; entonces Karin se metía de enfermera en el Hospital naval donde yo estaba, y de todo lo que íbamos hablando, yo discurría lo que decía yo y lo que contestaba ella, hasta que al darme de alta a mí, entonces nos casábamos. Así todas las historias me gustaban hasta la boda, que era siempre fantástica, y yo de gala y con muchas condecoraciones, y estaba Pancho, y el padre Urcola echaba la bendición. ¡La de cosas que se piensan! Lo malo era luego, volver a la realidad y verte un nadie, sin nada asegurado. También luchaba mucho entre la gana de ir siempre donde ella y el freno que yo me imponía, pues me parecía poco noble aprovecharme de la confianza que me brindaba ella sin sospechar.

En casa les daba, otra vez, por decir que yo estaba raro; y ¡cuidado que yo me esforzaba por aparecer normal! ¡Hay que ver lo que se había venido encima! Es verdad que ahora, ya no era como lo de Cheché al principio, antes de ir a Comillas. Aquello era un dolor terrible a secas. Esto era una exaltación que te llevaba a bandazos, de un rato de incertidumbre y desasosiego, al ver, por ejemplo, tu imposibilidad de dar un paso, a unos minutos de delicia inefable que te entraba por los ojos, sólo por una mirada de ella, o por un roce de sus dedos, o quizá por oír su voz de repente.

Lo único en que tuve luz desde el principio, fue en que allí no había nada malo. Precisamente había oído yo en el Club un día cierta conversación idiota. No estaba Juan Ángel. Decían los tíos que era imposible conservarse íntegro hasta el matrimonio. Confieso que yo no perdí ripio y que tardé en comprender lo que querían decir con aquella palabra «íntegro». A mí me pareció que decían una burrada, pero me hizo bastante fuerza el que lo dijeran todos y que nadie defendiera lo contrario. Tuve la cobardía de callar, sobre todo por miedo

de una metedura, porque decía yo: «¿Qué sabes tú de eso?». Bueno, pues desde que me enamoré, comprendí la bajeza y la indignidad de aquellas afirmaciones, porque ¡que no me maten! ¡Vaya si podía llegar! ¡Me bastaba a mí pensar en Karin, lo puedo jurar; cuánto más con la Virgen y la comunión!

Había un baile de etiqueta en Avilés, y lo grande era que Patri estrenaba su traje de noche para ir con Juan Ángel, porque lo de ellos ya era público y admitido en casa. Hubo muchísimos preparativos, como si toda la familia tuviera que estar pendiente de ella. Yo las veía ir y venir sentado y escuchando la radio. Cuando bajó tía Luchy, la vi que estaba preciosa, y me recordaba muchísimo a mamá, pero sin llegarla. Patri apareció como una reina, toda de verde brillante, y, por cierto, que ya estaba bien de escote. Como ya me dominaba yo férreamente en eso, cuando ella me vino toda sonriente y me hizo una reverencia y me besó para preguntarme que tal la encontraba, yo en vez del bufido que se hubiera ganado antes, le dije, como veo que suele hacerse: «A ver, da la vuelta… estás muy bien». Creo que fue la primera vez en la vida que estuve así con ella. La verdad es que le hacía muy chic, y es que las cosas como son. ¡No es nadie Patri vistiendo! Vino Juan Ángel a buscarlas, con la chaquetilla de etiqueta, igual que un oficial, y en las hombreras, las dos anclas cruzadas y la corona. En casa nos quedamos los «nenes»: Karin, Nete y yo, a las órdenes de la abuela. Un asquito, si no fuera por quedarse Karin. La abuela organizó entonces una partida de pinacle, que tiene de bueno que ella pone los fondos de todos y así sólo puedes ganar. Pero la que ganaba todo era Karin, con una mano bárbara. Pensaba yo que, según se dice, afortunada en el juego…; y como conmigo no era desafortunada, eso quería decir que lo sería con otro; y yo, de una bobada así, edificaba un drama. Pero pensaba después que al revés, desafortunado en el juego… y esto aplicado a mí era la felicidad. Entonces el refrán ese era una parvada. Lo cierto era que yo no podía ganar, porque me distraía continuamente.

Aquella noche, Karin me hizo una pregunta comprometedora. Fue un compromiso tremendo.

—Ignacio, ¿qué tienes tú ahora? Porque a ti te pasa algo…

¡A ver qué podía responder yo! Y lo peor fue lo colorado que me puse; ¡como nunca!: hasta tener la sensación de que me transparentaba para ella y me daba mucha vergüenza que llegara a sospechar. Por eso me aparté casi bruscamente, luego que le dije que no me pasaba nada.

Escribí a Pancho y al Padre. A Pancho para contarle lo de Comillas y tomarle el pelo por lo de su novela, aunque él escribe mucho mejor que yo, lo reconozco, y en Literatura no nos podemos comparar con todo lo que tiene leído. Al Padre, copio la carta:

Mi queridísimo Padre:

Prepárese que va rollo.

Ante todo, y por si creía otra cosa, ha de saber que, espiritualmente, estoy en una forma imponente. Como un reloj. No se lo puede imaginar. Usted, sin duda, recuerda aquel tío despistado en todo, que se mataba pensando en lo que no debía y metido en unas luchas tremendas contra la tentación, etc.; pues todo aquello se ha ido a los cuernos de la luna. De esta manera puedo decirle que por ese lado no hay novedad a bordo. De comuniones, un tanteo de escándalo: voy a gol diario.

Estoy hecho un soñador tremendo. No se puede dar idea de la de cosas que imagino. A veces me paso horas imaginando el porvenir, como yo quiero que sea. ¡Es de película! Es cierto que luego queda uno fastidiado de la vida tan prosaica que vivimos. Yo tendría que hacer algo grande, Padre, y no tengo idea de que será.

Me he aprendido de memoria todos los párrafos del papelito que me dio, y me mato por llevarlo todo a la práctica, aunque algunas veces ya la metí, pues si me coge de improviso, soy el de siempre.

Me ha dicho su mamá en el Club, que a lo mejor pasaba usted por aquí. ¡Mátese porque sea verdad! ¡Parece mentira las ganas que tengo de verle, aunque haga tan poco desde cuando fui a Comillas!

Espero su carta, Padre, y sepa lo agradecido que le estoy, porque se puede decir que usted salvó mi alma. Usted a lo mejor se cree que esto que digo es una pedantería; pero le ruego que no lo crea, porque ahora lo quiero con verdadero amor, más que nunca, por ver lo muchísimo que le debo, y eso, materialmente, no se lo puedo pagar.

Dígame lo que sepa de Héctor, que el bobo de Pancho no me lo dice.

Quiero insistir que cuando le cuente cómo me venzo, usted no me cree. Y no se vaya a imaginar que soy feliz ahora. Eso ya voy viendo yo que es difícil, por lo menos en esta edad. Ahora son otras cosas las que me preocupan.

Escríbame pronto, «please». Sea bueno, no sea que le castiguen esos señores del cursillo, que educan seminaristas y que me imagino deben ser de miedo.

Pida por mí y reciba un abrazo fuerte de

IGNACIO

A Nete empecé yo a hacerlo más hombre. Fue una cosa que se me ocurrió en la comunión. Por las noches hablábamos con la luz apagada. Él oye todo lo que yo diga, y da gusto tener quien te escuche. La verdad es que yo, lo que le soltaba, eran frases del Padre, todo. Luego nos despedíamos, y él a dormir, yo a soñar o a sufrir. A veces, ya entonces, me venía el impulso de descubrirlo

todo a Karin. Eso era lo natural en mi carácter; pero me contenía aquella vergüenza que me mataba, y el miedo de no saber lo que podía pensar ella en tal terreno; porque, ¿qué podía saber yo cómo pensaba ella de mí? Me trataba como siempre, con mucho cariño y familiaridad. Por ejemplo, me veía vestido para ir a algún lado bien y me arreglaba la corbata (eso ya de siempre); me veía en la playa con los pelos como un león, después de nadar, y me peinaba con el peinecito azul, y así mil detallitos. A mí todo aquello, como lo de aquella época me sabía agridulce. Por un lado me era el cielo que ella me cuidase, pero por otro, aquella intimidad fraternal, me era un muro; era meterme por los ojos la locura de mis pensamientos. Y yo, que cuando ella me tocaba por causa de esa fraternidad, quedaba luego aplanado, apabullado, al ver que para ella nunca sería más que un hermano, andaba sin embargo deseando que se me acercara, aunque fuera sólo así. Lo único cierto fue la catarsis («confer» la clase de Griego), que ella consiguió en mí. Cualquier impureza, aunque sólo fuera algo de imaginar, era para mí una abominación, porque me sentía degradar y hacerme indigno de ella. ¡Dios sabe que ella es un ángel! Se dirá que son exageraciones mías; pero la tengo visto yo comulgar en medio de la gente, y yo comulgar también y olvidarme de todo viéndola a ella, la expresión tan enorme de pureza que tiene. Así a mí me daba un respeto fenomenal, por ser ella infinito mejor que yo.

Mamá todo era decir, en las llamadas, lo que me extrañaba a mí, y lo que ella me echaba de menos. Ya se veía que me reclamaría pronto. Yo no sabía si prefería ir o quedarme, y cuál sería mi deber.

Hubo una tarde ocasión de bailar en casa. Llovía y nos metimos allí. Todos pidieron música, y Patri sacó discos y un pick-up. A mí me hicieron bailar, cosa que la hice por ser en casa. La que más importunó fue Mary Sol, y ella misma me sacaba, hasta darme vergüenza a mí. Bailaba con otras chicas, y mayores que yo, y nada, tan guapamente; pero venía ella y yo no sé cómo será esa niña, porque será de muy buena familia, pero le hierve la sangre. Bailaba en un plan que a mí me recordó la de Limia, en Vigo; pero lo que es, ahora iba de lado, y aunque al principio me excité algo, pensé en Karin, y lo que me daba esta chica era casi pena; porque, vamos, a una chica así, no sé quién la podrá querer por guapa que sea, que no se lo niego. Vi que todo andaba al revés en este mundo, porque Carlos Borge y otros muchos iban detrás de Karin y los tenía a raya; el de Fanjul detrás de Mary Sol, y ella ni mirarlo; Mary Sol, eso era ya clarísimo, detrás mío, y yo la regalaba al que la quisiera; yo detrás de Karin… en fin, un lío. Estaba Mary Sol tan pegajosa, y Karin, tan sitiada, que yo me ponía de un humor de perros, y me acabé por escapar de allí. En la galería de arriba me tumbé a ver una revista inglesa que recibe la abuela. Luego todo fue providencial, para algo que tanto había deseado yo. Cayó por allí María, la viejita, la que fue chacha de mamá, desde que nació hasta que se casó. Hay que saber que mamá es el ídolo de la chacha María.

—Y tú, niño, ¿qué haces aquí? ¿Cómo no vas con todos?

Yo me disculpé y ella en seguida aterrizó con su tema.

—¡Qué poco te pareces a tu madre! ¡Iba a perder ella un baile!…

Entonces tuve yo la idea genial; era el momento de saber lo que quería. Le empecé a hacer preguntas que ella, encantada, con lo que gozaba ponderando todo lo de mamá. Yo le decía de cuando mamá estaba soltera. A mamá la ponía por las nubes, que tenía que ser exagerado, creo yo; decía que todos estaban entonces locos por ella. Así fuimos entrando en el terreno que convenía. Yo, para que hablase, le contradecía; es lo mejor con las mujeres. Decía yo, por ejemplo: «Eso ya es exagerar, ¿no?», y ya con eso se me disparaba ella a contar más cosas; yo le dije, así como inocente: «Pues siempre había creído que mamá nunca había tenido más que un novio, o sea papá». Desde luego para la chacha María, el éxito de una mujer, eso ya se vio, consistía en tener una lista de novios como una letra de la Guía telefónica. Por eso me contestó: «¡Estás bueno tú! ¡Tu padre fue el último, eso sí!, pero antes tuvo al papá de Nete, que luego se casó con la tía Juana, y tuvo al de Benítez, sin contar con los que se quedaron con las ganas, y tuvo también a uno de Urcola, que luego se fue jesuita… —me dio un aletazo el corazón que por poco me delato; ella, con lo viejísima que está, ni enterarse que tenía yo al Padre en el Colegio— y luego conoció a tu padre». Yo, haciéndome de nuevas todavía, le dije: «¿Fue novia mamá de un jesuita?». «No, bobo —contestó—, era antes de serlo». Yo, por broma, seguí: «Pues sería un tipo ridículo, un seminarista con el pelo al rape». Casi se me enfadó para decirme indignada: «Hombre, ¡claro!, ¡en eso estaba pensando tu madre!». Y a renglón seguido, con lo beata que es, me soltó esto: «¿Tú crees que los curas nacen ya seminaristas?, ¿entonces tú que estás con los jesuitas, no leíste en la vida de San Ignacio cómo era antes él? Y, ¿quién nos dice que tú no te nos metes de jesuita, como el año pasado el nieto de doña Pepita, que estaba en el Colegio de Gijón?… Y tú, ¿qué pinta tienes de seminarista?». Yo, después de esta explosión de la chacha, pregunté: «Entonces; ¿fue novia de él?». Ella, muy orgullosa, contestó: «Sí, señor, todo el verano». Yo quería llevar la cosa hasta el fin; por eso dije: «Pues, ¿por qué no se casaron?». Decía ella que nunca pudo saber lo que pasó, y que al verano siguiente, ya estaba él en el Noviciado, y añadió: «Lo cierto fue que por entonces Patricia sentó la cabeza y apareció tu padre, de teniente de navío, y él sí que la mereció por lo que vale, que tú no te pareces nada a él y debía darte vergüenza». A mí la chacha María podía decirme lo que quisiera, para el caso que le hacía. En aquel momento apareció Karin. Estaba tan emocionado con mis descubrimientos, que ni la sentí llegar.

—¡Pero Nacho, hombre!, ¿qué haces ahí?

Me gusto que hubiera notado mi falta, la verdad. Besé a la chacha, que me había hecho un gran servicio, y bajé con todos, llevando dentro un mundo nuevo fenomenal. Bailé con Karin, preciosamente como siempre, y sentí deseos de compartir con ella el gran secreto que había logrado forzar. Le conté todas mis averiguaciones hasta la última. Se interesaba enormemente. Dijo luego:

—Nacho, no hay nada malo ahí, ¿verdad?, pero eso no lo puedes decir a nadie, y mucho menos a tus amigos.

Se lo prometí, desde luego. Si precisamente lo que yo quería era tener un secreto junto con ella. Más tarde sentía vergüenza de haber sabido tanto. Era una maravilla como había ido yo penetrando, poco a poco, en la trama aquella, que parecía cosa de policía. El pensamiento de que mamá o el Padre conocieran el secreto que yo tenía de ellos, me daba pánico, porque sería morir de vergüenza. Pensaba yo: «A mí que me perdone mamá, pero eso de una chica tener una serie de novios, no me parece bien». A lo mejor era una bobada mía, pues no iba yo a presumir de que entendía mucho de aquello; pero ya de entonces me parecía que novias no se debe tener más que una. Yo por lo menos lo que sentía, y eso clarísimo, era que Karin o nadie. ¡Cierto como la muerte! Es verdad que mi situación con ella me desesperaba, pero soñaba con romper el cerco, y entonces casi no se distinguía el sueño de la realidad. Al fin y al cabo, dijeran lo que dijeran, y eso me sublevaba, ella no era ni prima ni hermana mía.

Por fin se marchaba Juan Ángel, que no sé cómo se había arreglado para estar tanto tiempo en Salinas. Fue una idea feliz, la de Patri y él de hacer una excursión a una playa desierta: y para poder ir ellos, que fuéramos Karin y yo también. Para mí aquello era un paraíso, pues tendría que estar prácticamente todo el día solo con Karin. Muchos escrúpulos me vinieron de que no jugaba limpio y noble, pues todo aquello se basaba en que ella y yo éramos talmente como hermanos; pero mi secreto consistía precisamente en la negación de esto. Me parecía que la engañaba a ella y a todos, y que abusaba de su buena fe. La cosa estaba en que si lo mío fuera público, no nos dejarían ir, y ni ella querría, estaba seguro yo. Estuve a punto de vencerme y no ir; pero ¿cómo explicar todo el lío?… Por otra parte, la ilusión que me hacía era algo formidable. En aquella lucha, se hicieron los preparativos, y cada vez me fue más difícil evitarlo, hasta ser ya imposible dar marcha atrás. La noche víspera, yo estaba nerviosísimo, y, para desahogar un poco, anduve a almohadazos con Nete, como jugando. Luego escribí mucho, y me acosté con mezcla de gozo y miedo. Gozo que no lo podía evitar; miedo, porque no sabía lo que iba a pasar, y si yo diría algo.

Salimos temprano y no llevamos a Germán, pues conduciría Juan Ángel. Patri subió delante con él y nosotros dos solos atrás. La abuela todo fue hacer

recomendaciones a Patri y Juan Ángel para que tuvieran cuidado conmigo. ¡Estaba bueno aquello! Y a Patri … ¡vamos! No, ¡si a mi prima se le estaba subiendo a la cabeza lo de tener novio! Nada más arrancar y hablarme Karin para mí solo, me voló el nerviosismo y el miedo. ¡Qué naturalidad! Allí mismo empezó aquel día verdaderamente inefable, y yo jamás había conocido otro igual. Sólo lo podría comparar, aunque en otro sentido, al de la primera comunión. Me empapó a mí también de aquella naturalidad suya, y yo le hablaba ya de todo, como antes, con la mayor facilidad; pero sintiendo por dentro un gozo y una paz que me venían de ella; de estar a su lado; de oír su voz; de sentir su vida allí junto a mí. Gozaba yo de ella con la pureza que se goza de un paisaje, pero con mucho más calor; no lo sé explicar más claro.

Fuimos de un tirón hasta Celorio, que es cerca de Llanes, luego por una carretera o camino entre maizales y algún que otro chalet, hasta un sitio en que había que bajarse; pero a dos pasos apareció la playa, que era un sueño. Era pequeñita y aconchada; estaba como empotrada en las rocas, que la defendían de las miradas indiscretas, y delante, del lado de la mar, un islote, como una gran cabeza, que convertía aquello en una piscina. El agua estaba dorada en la orilla, por lo clara, hasta transparentarse el fondo como a través del aire, y azul más allá, con un azul de los que a mí me gustan en la mar, crudo, fuerte, como de esmalte. Nunca había visto yo una cosa tan mona, porque ésa era la palabra, en rincones de playa. Lo primero que hice fue ir al agua. Aquella agua que me había atraído desde el primer momento de verla. Iba nadando y calculaba la velocidad, preciosamente, por el desfile que veía debajo de mí de cada detallito del fondo, piedrecitas, ondulaciones de la arena, algas… Karin y yo, fue casi pasarnos toda la mañana en la mar, pues dijo ella:

—Ignacio, ¿te atreves a rodear la isla esa?

—Con tal de que tú me sigas, sí.

Quería tomarle el pelo.

—¡Anda! —dijo ella picada.

—¡Claro, boba! ¡No quiero responsabilidades!

Me empezó a perseguir y tirar arena, porque nunca ha reconocido que la supere en natación. Yo, después de correr un poco por allí, me tiré al suelo y le dije:

—¡Me rindo!

Entonces dijo ella que lo íbamos a intentar, el viaje aquel.

Resultó más largo de lo que parecía. Nadábamos despacio, uno al lado del otro. El agua estaba riquísima. Cuando habíamos recorrido la mitad, y estábamos por el lado de la mar, sin que se viese nada de playa, yo atraqué a

una roca como una mesa que había allí. Ella vino también, y nos sentamos los dos a descansar. Estábamos en aquella piedra como dos gaviotas en una costa desierta. Sobre la piel tostada de Karin resbalaban gotitas de agua, brillantes al sol como perlas. Cuando más tarde oyera yo el nocturno aquel Sirenas de Debussy, siempre me habría de acordar de Karin, sentada junto a mí, en la estrecha roca, empapada de sol y de agua salada. ¡Qué ocasión desperdicié yo entonces! Pero me pareció que hablar allí de lo que yo llevaba dentro era ponerla en un compromiso bárbaro. Además, era romper aquel equilibrio maravilloso. Ella tuvo entonces un capricho, y fue que yo le recitara aquellos versos de la arenga que sé a la gente de mar, y me los copió el Padre porque me gustaban tremendamente. Al principio no quería yo, pero me lo pidió tan de veras, que me decidió. Me levanté, y ella quedó sentada a mis pies, pues la peña no daba para más.

Clavé yo la vista en la mar, hacia el horizonte, y empecé a soltar los versos aquellos con toda mi alma. ¡Nunca declamé como entonces! La presencia de Karin allí me inspiró, sin duda; declamaba para ella; pero hasta a ella la olvidé. ¡Me olvidé de todo! Veía yo cómo surgía de la mar una tripulación que me escuchaba tensa; era como ver sus caras curtidas entre el agua, y a mí mismo en el puente de mando… Las palabras me salían metálicas, cortantes, y me sentía vibrar a la vez en todos mis músculos:

¡Todos sois necesarios! ¡Todos! Desde el grumete,

recién nacido apenas a la brisa salobre,

hasta el contramaestre de pómulos de cobre

y cana sotabarba

que en el túrgido vientre de las nubes escarba.

Los que trepan a lo alto de las largas antenas

y los que desentornan las chirriantes cadenas

de las anclas combadas…

¡Cómo me apasioné! Y así seguí, sin ceder en tensión y alma, hasta la estrofa aquella, en que se me escapó cierta dulzura, con un contraste que me emocionó a mí mismo:

En la mar moriréis, es vuestro sino…

y vuestro cuerpo ahogado,

será movible pasto de la deidad nocturna;

os tenderá sus brazos en fiero remolino,

y os llevará a su fría morada taciturna,

¡la mar!, ¡la sola urna

para guardar los restos sagrados del marino!

Cuando yo callé parecía que vibraba el silencio, sólo interrumpido por el monótono lengüeteo del agua tranquila sobre las piedras trabajadas. Me senté palpitante. A Karin le caían las lágrimas. Tuve la seguridad de que pensaba en su padre. Yo mismo había evocado, en aquellos versos últimos, mi deseo sobre Cheché, cuando mucho quise haberlo entregado a la mar. No se podía hablar entonces. Las lágrimas de Karin seguían fluyendo, sin que ella hiciera nada por disimular, mirando hacia el horizonte y sin estremecimiento. Yo le puse la mano sencillamente sobre el hombro. No se movió. Al cabo de un rato dijo sólo:

—¡Gracias, Ignacio! ¡Vamos!

Volvimos a nadar en silencio. El frescor del agua nos templó y normalizó de nuevo, y cuando fondeamos en la arena, lo que teníamos era un hambre fiera. Se abrió la cesta, y Juan Ángel rezó en alta voz las mismas oraciones del Colegio: «Derramad, Señor, vuestra santa bendición», etc., que fue un detalle que me gustó. Yo luego entré al abordaje como un bestia. Lo pasamos «super» en la comida. Después me tumbé como una tortuga al sol. Ya estaba yo de bronce, pero el moreno me encantaba; además, con la brisa, no calentaba demasiado. Estaban ya todos vestidos para arrancar, y aún me tuvieron que esperar a mí, que me pegué otro bañito antes de cambiarme.

En el coche fuimos viendo muchos pueblos y paisajes preciosos que hay. Yo iba feliz. En aquellos momentos me conformaba con estar con ella sin más. No necesitaba otra cosa. Era lo que luego me dijo Pancho. Un caso de amor platónico; supongo que entonces Platón habría estado enamorado de la forma que yo. Por mis adentros hacía comparaciones con Mary Sol; con la de Fanjul; con la de Guitarte, la pequeña; con la de Limia; con Lolina Pedralbes, que está muy bien; ¡vamos!, ¡es que a Karin no le llegaban, pero es que en nada! Si me decían a mí entonces: «Tienes que casarte con Mary Sol», y lo mismo otra así, yo iba y me metía a cartujo. Y si me dijeran: «Con Karin no te puedes casar», pues me metía también. Ésa era la diferencia que había entre Karin y todas las demás. Yo me juré que si no me casaba con Karin, sería soltero toda la vida, que, al fin y al cabo, para un marino no está nada mal.

Según íbamos en coche, dijo ella:

—Nacho, ¿quieres que recemos el rosario?

¡A ver! Natural que le dije que sí inmediatamente. Lo rezamos, pues, dirigiéndolo ella. A mí me venía mucha paz de poder rezar a la Virgen, así, juntos los dos. Tampoco noté la ocasión tan buena que desperdiciaba para decirle algo. Era feliz allí, al lado de ella, sin más.

Por la noche le conté a Nete muchas cosas. Estaba yo eufórico. Para entonces ya hacíamos los dos examen de conciencia, al mismo tiempo, y me quedaba yo de rodillas tanto como él.

Se fue Juan Ángel, y yo lo sentía, porque es mucho Juan Ángel. Precisamente, al día de su marcha, me decía mamá por teléfono:

—Ay, Nacho, tienes que venirte ya, porque falta sólo un mes para el Colegio, y has de estar algo con nosotros…

—¡Pero mamá, yo ahora estoy aquí muy bien!

—No, si me alegro infinito, no creas, pero también se viene ahora Mito, y quiero teneros juntos …

Se me hacía duro el irme. ¡Qué cosa! No es que aspirase ya a pasarme la vida al lado de Karin. Lo que ocurría era que irme así, sin haber arreglado nada, se las traía. Desde luego, ir, tenía que ir. Pero irme así me mataba.

La abuela decidió que me iría el primero de septiembre. ¡Y era el treinta por la noche! Yo me juraba que hablaría con ella antes de salir de allí, pero en el fondo me temía mucho de no ser capaz.

El último día comulgamos juntos como de costumbre. Me sentía unidísimo a ella, por estar Jesús Hostia, a la vez, en los dos.

El problema era doble. Primero cómo decírselo a ella, segundo qué sentiría ella hacia mí. Que me quería mucho, eso ya era viejo. Pero ¿como qué?, ¿como hermanos? ¡Ahí le dolía precisamente! El cariño, me lo mostraba ella tan natural y tan manifiesto, que mucho me desanimaba. Lo peor no era primer problema, sino el segundo.

Luego, cosas de la vida; ahora que yo andaba como andaba, a Patri no se le ocurría, ni por asomo, echar la más mínima indirecta.

Volvíamos a casa y va ella y me dice:

—Oye, siento horrores que te vayas; no te das idea.

No podía la pobre adivinar las cosquillas que me hacía a mí con aquellas palabras.

—Pues yo, no sólo lo siento, sino que tengo miedo cuando vuelva a estar en Marín sin ti …

Yo lo decía con doble intención, pero ella contestó:

—No me vas a dar el disgusto de volver a lo de antes, ¿verdad?… Hay que seguir «avante», como decís vosotros.

Todo el día fue un puro desasosiego para mí. Me estaba despidiendo de la

gente, cansado de recibir recuerdos y abrazos para mamá, y venga a dar vueltas, por dentro, a lo mío.

La última ocasión fue cuando salimos a pasear un poco por el jardín, ya de noche:

—¡Mucho has ganado aquí, Nacho! ¡Hay que ver cómo llegaste! ¡Dios mío!…

—¡Todo por ti!

Estaba yo de unos nervios que ya ya.

—Bueno, pues a ver qué haces ahora en Marín —dijo ella sin recoger mi alusión.

—No sé.

Había desconsolación en mis palabras.

—No dejes de comulgar —y, fijarse lo que añadió—: Hazlo a la misma hora que yo aquí y así nos unimos en la Eucaristía.

O sea, que ella ¿también habría pensado lo que yo al comulgar?…

Después de haberme hablado así, ¿no fui idiota al callarme entonces? Sencillamente, me fue imposible hablar, se me ató la lengua, como si se engrosara absurdamente. ¡Tuve miedo! Miedo de lastimarla; miedo a desilusionarla; miedo sobre todo a que no me quisiera ella; al ridículo. ¡Eso es! Preferí, en todo caso, no saber si me quería, a saber que no me quería. ¡Esto hubiera sido morir! Y luego la maldita edad. ¡Lo que yo hubiera dado por tener cuatro años más y una buena barba de contramaestre!… En resumen, que me callé como un cobarde; que no dije nada.

Me despedí de todos antes de ir a la cama, pues me levantaría Germán a las seis de la mañana.

Dijo la abuela entre muchos besos:

—¡A seguir así!, ¿eh?

Ya sabía yo lo que le había gustado a ella que comulgara a diario.

Patri, que aunque no se crea, estaba casi emocionada, me estrujó como un limón diciéndome al oído:

—Gracias por los favores que nos hiciste a Juange y a mí, y… por lo que me aguantaste al fin.

Me vi delante de Karin. Fue un momento difícil. La tenía que besar. Juro que no lo hubiera hecho yo, pero no hacerlo hubiera sorprendido a todos y a ella la primera. Lo hice sin hablar palabra. Tampoco ella abrió la boca. Mis

manos, mis labios, todo yo estaba ungido de respeto. En el cuarto aún escribí mucho. Luego me acerqué a la cama de Nete para despedirme de él. Estaba dormido. Me lo quedé mirando. ¡Qué cara, Dios mío! ¡Si tenía que estar soñando con los angelitos! Qué pena de chico, pensé. ¡Si no lo mimaran tanto en casa, y no tuviera sobre sí tantas manos de mujer! ¡Qué falta le hacía el internado!

Tardé en dormirme recordando mi primera noche y el cambiazo que yo iba dando. ¡Qué vacío había llegado y lo que había encontrado allí! Aquellos días primeros, en que yo era como estar roto por dentro. Era desmoronarme por todos lados. ¡Cómo cambié! Me sentía recuperado, pero en un nuevo estadio de la vida. No volvería a ser el que era, cuando vino la tremenda crisis. Di gracias por haber salido de todo aquello como había salido, porque pudiera haberme vuelto loco o haberme matado… no sé, creo que no; pero según me dio de fuerte …¡Quién sabe! Luego me quedé dormido, cuando pensaba hacer balance de los nuevos problemas que habían ocupado ese interior mío, que parecía destinado a ser siempre un campo de batalla.

SEPTIEMBRE

Cuando me despertaron, lo primero que hice fue envolverlo a Nete en el colchón, pero así. No me iba a ir sin despedirme. Mientras me vestía yo, él sentado en la cama, se lamentaba de que me fuera. Hubiera querido irse conmigo, y que lo metieran de interno con nosotros en Vigo, pero no había ni que pensarlo.

Karin se levantó (tenía yo esperanza), y me servía todo, en el desayuno. Luego salió conmigo al coche mientras Germán metía las cosas.

—Bueno, Iñaki —dijo—, «que vuestra quilla taje siempre un mar de bonanza…».

Repetía los versos de aquella declamación mía a la gente de mar.

—Lo procuraré con toda mi alma, Karin.

—Escríbeme —dijo ella.

—Descuida.

Yo estaba emocionado, como nadie se puede hacer idea. Puesto que no había testigos de casa, ya no la besé, le tomé las dos manos y se las apreté mirándola a los ojos. Exacto a lo que ella había hecho cuando llegara yo.

—¡Adiós, Karin! —dije, y bruscamente me arranqué para colarme en el

coche como un toro.

—¡Adiós! ¡Adiós! Auf Wiedersehen! —repetía ella, y ya volábamos nosotros.

Todo el viaje fue un rumiar cosas y cosas. Poco a poco iba tomando cuerpo el fastidio contra mi cobardía y la conciencia de las ocasiones desperdiciadas, sobre todo en Celorio, el día de la excursión. ¡Era un buen animal yo, irme de Salinas con aquella incertidumbre! …

El viaje a La Coruña fue mejor que a la ida, es cierto. Estuve haciendo la prueba de cuántos hombres encontraba más altos que yo, y en las bajadas vi que, de todo el coche, sólo tres, y mujeres una.

La abuela había quedado en llamar a casa de Pancho para que me esperasen. Esta vez ya no quería yo, ni podía, pasar de incógnito. La ilusión que llevaba en aquellas horas larguísimas del viaje, era ver a Panchito y desahogar con él. Entramos en La Coruña ya anochecido. A mí La Coruña es una ciudad que me encanta. Las cosas como son; aunque yo a Pancho le discuto siempre, pues Vigo también es algo, creo yo. Nos íbamos acercando a la parada, que está allí, junto a los Jesuitas. Antes de frenar, ya lo veía yo a él por la ventanilla, y me alegraba. Cuando él me guipó, daba saltos; pero así, ¡histórico! Yo fue salir y arrearle un abrazo tal, que la gente que allí estaba, se quedaba pasmada. ¡Es que había que tener en cuenta lo que es Pancho para mí, y lo que hacía que no nos veíamos! ¡Con todo lo que ocurriera mientras tanto! ¿Qué sabía la gente de todo ello? Cuando nos separamos un poco sin soltarnos de los hombros, lo miraba yo de arriba abajo y lo veía más delgado, aunque no tanto como yo, y la cara simpática de siempre.

—¡Cómo has crecido, polilla! —decía, y luego palpándome las costillas—: pero ¡pareces un fideo con pantalones! —y nos reíamos los dos.

Estaba allí un taxi para llevar mis maletas y la «bici», pero nosotros fuimos andando.

Aquella noche vi yo lo que es tener un amigo como Pancho. No digo nada de cómo estuvo doña Mercedes conmigo, que fue lo más de cariñosa y me decía: «Cómo creces, Nachito». A mí el ir para arriba, es cosa que me encanta, por supuesto; y un marino, yo creo que le hace bien ser alto, como era el padre de Karin, con 1, 85, y papá igual poco más o menos. A María Celia, que no la veía yo desde San José, la encontré preciosa. Es la simpatía de Pancho, pero en mujer, que siempre gana. Yo creo que si no hubiera conocido a Karin, me enamoraba de María Celia. Es un decir por decir, porque ahora ya es imposible; aunque Karin no me quisiera, no podría ya ir con otra. A mí me parece que el amor, cuando es de veras, es para siempre. Y eso que me haría ilusión tenerlo a Pancho de cuñado.

Luego, cuando estuvimos en el cuarto, que yo había deseado tanto que llegara aquel momento, fue curioso. ¡Qué cosa!; estábamos en pijama los dos allí, exacto a la noche aquella de las vacaciones de Navidad, pero ahora todo al revés. La verdad es que no me puse tan trágico como él aquella noche. Claro que tampoco él estaba en esta ocasión lo despistado que había estado yo entonces; que ahora pienso: «¿Qué sabía yo de eso?». Pero yo tenía que hablar y preferí poner las cosas claras:

—Francamente, Pancho —dije—, me he enamorado.

Este momento lo había temido yo, pues me decía: «Ahora viene su revancha». Pero siempre opiné que Pancho era mucho más sereno que yo, y tenía más experiencia, lo que se vio hasta dejarme pasmado; ¡pobre de mí!

—Sí —dijo él—, de Karin, naturalmente, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Hombre! ¡Si eso me lo esperaba yo hace tiempo!…

Estaba admirado yo.

—¿Que lo esperabas tú?…

—¡Pues claro!, si tú jamás la miraste como a las demás, la tenías siempre en un trono, y te creías que era por ser como tu hermana, pero ¿qué experiencia tenías tú de hermanas?… A las hermanas, cuando son de verdad y de parecida edad, no se las pone en un trono nunca. Se riñe con ellas …

Le oía yo a Pancho como un crío de ínfima. ¡Qué Pancho! Dijo entonces:

—Cuéntame.

Allí desahogué todo yo, que fue una barbaridad lo que hablé, y él escuchaba con esa paciencia, que, de seguro, sólo la tiene conmigo. No hizo comentarios. Sólo dijo una cosa que era casi sensacional que la dijera:

—No me extraña nada, Nacho. Karin no es como las demás. No es como Terete, por ejemplo… —titubeó un poco—. El verla a ella y comparar, fue lo que más me curó de aquello a mí… No me enamoré de Karin yo, porque pensé que ella sería para ti… Es decir, creo que fue eso lo que me frenó en el fondo; ahora lo veo.

Yo veía visiones escuchando todo aquello que él había guardado tanto tiempo. Y aún dijo encima:

—A ti esto no se te quitará como lo mío. Es distinto.

Entonces tuvo una de esas reacciones suyas y concluyó:

—¡Hala! ¡A dormir!

¡Cuánto bien me hizo hablándome así!

Comulgamos juntos a la mañana, y fue una pena que nos lloviera luego, como nos llovió, que no pudimos salir a vela y yo lo apetecía. En el Náutico saludé a Jaime y otros del Colegio. Aún hablé mucho con Pancho contándole todo lo que no sabía de Cheché y de aquellos días horribles.

Después de comer salió la bomba, que yo ni me acordaba de preguntar por ella.

—¿Qué te pareció lo de Héctor? —dijo.

—¡Ay, hombre, es verdad!, pero ¡si no sé nada todavía! …

—Se va jesuita.

Bueno, fue caerme sentado.

—¡Mentira!

Casi grité.

—Di lo que quieras. Ya lo verás tú mismo y te convencerás.

Vamos, a mí que me lo dijeran de Jaime y de Márquez o de otros cuantos, pase. Pero Héctor… Héctor el de los paseos por Príncipe; el de los éxitos en el Club, el de acompañar a las niñas hasta para llevarlas a su colegio y sin pasar de la esquina, claro; el de los motes a los profesores y de la alegría continua… y, ¡se metía jesuita! Desde luego yo no era sentirlo, y eso que Héctor era el mejor externo del curso y para mí incondicional siempre; pero no se podía sentir, porque la cosa era en sí excelente; eso había que reconocerlo, y de mucho cuajo. Pero ¡qué callado se lo tenía!

Luego sacó él con mucha seriedad, unos papeles. Era el argumento de su famosa novela. Me los alargó diciendo:

—Cuando llegues a tu casa lo lees y ya me dirás.

El miedo que tenía yo era que Pancho, con tanta literatura, terminara por no ser marino y dedicarse a novelista, que sería lo último.

Cuando por la tarde me vi en el autovía, eran ya enormes las ganas que tenía de llegar y, la verdad, de ver a papá y mamá. Ahora me parecía clarísimo que había sido una burrada cómo me había portado con ellos. Por cierto que allí, rodando sobre la vía, me pude dar cuenta de cómo andan por ahí. Venían unos cuantos, así como yo y mayores; en Santiago se subieron unas chicas, y ellos se fueron en seguida junto a ellas. ¡Bueno, un asco! ¡Ya se puede imaginar! Las chicas no tenían más que un calificativo que aquí no lo pongo; y con una familiaridad que rayaba en lo grosero, acabó aquello en Villagarcía, porque se bajaban allí. Yo gocé algo haciendo comparaciones, porque era

como la noche y el día; pero luego me entristecía con pensar «como si ya fuera tuya», y eso era mi espina. De tener arreglado aquel asunto, sería la felicidad, ahora volviendo a casa. Viendo a los chicos aquellos y cómo hablaban, me tuve que acordar: Cadent a latera tuo mille et decem a dextris tuis.

Llegábamos a Pontevedra y yo esperaba ver a Falo, con su gorra, haciéndome señas en el andén. ¡Fue una sorpresa formidable! Había allí así de gente y yo desojándome en la ventanilla al entrar. De pronto la vi en medio del barullo. ¡Era mamá!

Debo confesar que me tiré como un crío al andén llamando: ¡Mamá! ¡Mamá!, y al llegar a ella la abracé y la besaba una y otra vez sin importarme que lo viera la gente. Y ¡qué radiante la vi!, ¡con el tiempo que ella no obtenía de mí una efusión semejante! ¡Pobre mamá, y cómo la había tratado yo cuando lo de Cheché! ¡Cuánto me tenía ella que perdonar! Y ahora me decía:

—¡Cómo has crecido, hijo!

Desde el primer momento la vi de otra manera. No lo sé explicar. Sería por lo que habíamos cambiado los dos. Ya se verá. Por lo de pronto tuvo la delicadeza de no decirme nada de si estaba delgado o no, que bien sabía que era una cosa que me fastidiaba a mí.

La cogí del brazo y me pareció menos alta. Así caminamos hacia fuera, mientras un mozo se hacía cargo de mis cosas. Subimos al coche, juntos los dos; había venido sola. Mientras cogía ella el volante, pensaba yo con cierta vergüenza en los secretos de que me había enterado, y lo que diría si supiera que yo sabía lo que sabía. Todo el camino fuimos de mucha charla sobre lo de Salinas, porque, ¡figurarse los recuerdos que tendrá para ella! Me preguntaba detalles de la gente de allí, cosas de mujeres, que en curiosidad van mucho allá de lo normal. Yo respondía a todo muy complaciente.

Al llegar a casa entramos en la Escuela para recoger a papá. ¡Cuánto me gustó la alegría grande que le noté al verme! Luego la chacha, que lloró de contenta, ¡qué boba! Tuve la sorpresa de saber que estaba allí el Grumete para unos días. Mito llegaba de Madrid al siguiente.

Me senté a cenar con papá y mamá, y hablando mucho, y parecía ser una persona mayor, hasta pensar: «Ahora mamá me pondrá de largo de verdad». Me espontaneé bastante, contándoles mi vida en Salinas, sin tocar a lo de los primeros días y sí mucho de Comillas. Claro que sobre lo de Karin ni abrí el pico. Me parecía maravilloso el plan en que hablaba con ellos; y es que, al ponerme otra vez en contacto con el ambiente de antes, notaba yo, hasta asustarme, lo mucho que había cambiado. Entre aquel ejemplar de principio de verano, que sólo vivía por fuera y que supongo que tendría que hacerse insoportable con sus desplantes, caprichos y portazos, y el que era ahora, que

tantísimo tenía sufrido y llevaba tanta vida por dentro, hasta poder renunciar a aquellas afirmaciones externas, había muchas millas. El Padre me lo explicaría después diciendo: «Maduraste, Ignacio; eso fue».

Cuando después de besar a papá y a mamá, me subí al cuarto, a nuestro cuarto, nuestro de los tres, no pude evitar que me asaltara un poco de murria. Fue ponerme a saborear lo que sería haberlo encontrado en casa a mi vuelta. Era dulce abandonarse, allí, sobre la cama, a una semejante. Pero después de luchar un poco, me dominé bárbaramente para no desobedecer a Karin, que me lo hubiera prohibido. Lo que decidí fue ponerme a escribir.

No podía sospechar entonces la sorpresa que me aguardaba allí. Releí las notas de mi conversación con el Padre, en Comillas, y me entró una fiebre impetuosa por poner todas mis cosas a tono con lo que quería ser yo, o sea, un hombre. Lo primero decidí un registro de cajones, para hacer una limpia de todo lo que oliera a infantilismo.

¡No me explico cómo se me había a mí olvidado aquel detalle, aunque en el estado en que me encontraba yo los días siguientes a morir Cheché, no se puede uno extrañar de nada!

Fue no más abrir el cajón pequeño de la derecha, que tiene llave especial, y me sacudió el cuerpo entero un escalofrío de emoción. Había allí una cartera abultada. Inmediatamente mi memoria evocó con una fuerza brutal aquella escena.

—Iñaki, ¿quieres guardarme esto con llave? —y me alargaba una cartera Cheché.

—¿Tienes secretos tú? —le preguntaba yo.

—Tengo cosas que no quiero que me las vean, y no hay sitio donde guardarlas —y se ponía un poco colorado.

—Pero si me las das a mí a lo mejor te lo miro todo —le decía bromeando.

—Bueno; no me importa; tú es distinto…

Qué emoción el revivir todo aquello con la abultada cartera en la mano. Espontáneamente me la llevé a los labios. Luego estuve dudando de lo que debía hacer, hasta que me convencí de poder ver yo lo que había y que me lo guardaría como recuerdo.

No voy a contar todo lo que tenía de fotos y tal, que lo guardo como un tesoro. Sólo diré dos cosas; dos estampas escritas por detrás. Una, que era de la Virgen, ponía así: «Intenciones para la comunión: 1.º Ignacio. 2.º papá y mamá. 3.º Guillermo, Karin y Patricia. 4.º familia y padres del Colegio. 5.º yo. 6.º Falo y muchachas». Más abajo ponía con letra enérgica aquella frase que luego tanto repitió a lo último de la enfermedad: «Antes morir que pecar». A

mí, al leer aquello, me entró una ternura descomunal, verme a mí el primero y luego el lugar tan bajo en que se ponía él. La otra estampa, que era un Niño Jesús, decía: «Secreto con mamá», y luego debajo: «Ser santo. Consiste: a) decir siempre la verdad; b) obedecer siempre; c) hacer cada hora lo que hay que hacer». Venía en seguida la fecha y firma que era de cuando tenía diez años: en otra línea decía: «Sigo». Y la fecha de los once, y lo mismo con otro «sigo», y la de los doce, todas con su firma.

Mucho me conmovieron tales cosas, y esas dos estampas las guardo yo como oro en paño, pues ahí se ve lo que era él. También era un detallón de mamá, porque ella sería la que lo habría metido en aquello de ser santo, y la que le diría aquel «consiste», que por algo pondría él: «Secreto con mamá».

Aquel día tres, domingo, fue muy lleno. Madrugué y antes de la misa pasé por la dársena para ver al Barlovento, que tenía unas ganas que no veía tierra. Allí estaba, y ya sabía que nadie lo había navegado en mi ausencia; o sea, que nadie había vuelto a salir, desde que atracaran Mito y Nano, vencidos por mí y por Cheché. Comulgué naturalmente, y con la «bici» me largué hasta el cementerio. ¡Qué barbaridad! Tenía la sensación de que iba a ver a alguien, o como si alguien me estuviera esperando. Desde luego ya no fue lo de antes. No voy a negar que algo me emocionó el encararme con el muro aquel: y aquel paredón de lápidas encasilladas se me venía encima, como una ola gigante, con aquellos nombres que tanto me habían angustiado cuando me parecían ahogar a Cheché: «Don Eladio Fontoira Blanes» y «Doña Josefa Martínez Louzán». Pero, esa vez, resistí, como un rompeolas, a los embates de una emoción que antes me anonadaba. Me repetía yo con toda el alma párrafos enteros del Padre, de los de Comillas. Luego me decía que en aquel agujerito había unos despojos, unas reliquias, muy queridas para mí, sí; pero aquello no era Cheché. Él no estaba allí. Esta verdad libertadora que me henchía el pecho, me hizo sonreír por primera vez ante el ataque de aquella estantería que tan horriblemente me había podido acongojar otras veces. Allí tuve la revelación de aquella palabra que tanto habría oído: «Los restos». Así se decía, porque era el cadáver, sólo una parte, lo que quedaba; y eso que quedaba allí, si se le llamaba los restos, era lo menos, lo que se tira, la envoltura en este caso. Así fue como yo obtuve en el cementerio una victoria estupenda y me volví a sonreír, de cara a la pared aquella, y salí más fuerte de lo que entré. Hasta pensaba yo al volver pedaleando, que él, Cheché, en el Cielo, se frotaba las manos.

En casa, al servirme el desayuno, me dijo Lupe:

—Te espera el Grumete.

No tuve que preguntar dónde. Inmediatamente me planté en la cocina. Allí estaba con la chacha, incomparablemente más fuerte que yo. Con lo impulsivo

que soy, a pesar de mis continuos frenazos en la nueva época, le di un abrazo con toda mi alma, y él, por cierto, también apretaba lo suyo. Luego aún me encaré con la chacha:

—¿Cuántas veces tendré que decir yo que no quiero que éste me necesite esperar para nada en la cocina?

—Nachiño, las cosas como son; ¡él no le es un señorito!

—¡Qué señorito ni pamplinas!, ¿no es amigo mío?, ¿no es como yo? …

Es que la chacha es de una humildad que yo no paso por ahí, y me deshace toda mi labor con su hijo, pues luego se me pone a mí como si estuviera a mi servicio, y me cuesta un triunfo conseguir que me trate de igual.

Me lo llevé al comedor, y luego le enseñé la copaza de Karin y mía. Le di un bañador y salimos a vela. Con él era ideal entonces. Porque si tengo ganas de hablar, pues se habla; pero si prefiero yo ir pensando, él sabe callar, que no es poco. Lo digo porque para mí, salir en el Barlovento. que lo tengo tan identificado con Cheché, es de una evocación fantástica.

Íbamos a un descuartelar, muy desahogadamente, y nos cascaba un sol que casi te podías apoyar en sus rayos. Lo veía yo al Grumete, allí delante en traje de baño que íbamos, y envidiaba el cuerpo de él, pues en musculatura sería yo un lenguado al lado de él. Yo por musculatura daba algo. A fuerza, ni idea de compararme con él. Eso sí; cuando fondeamos cerca de los bajos de Rajó y nos tiramos al agua, aquello era otra cosa. Al Grumete, en cien metros, le daba yo veinticinco lo menos. Después que nos pusimos en cubierta a secar, fumé yo del tabaco que él llevaba. Ya para entonces me había quitado bastante del fumar, pero precisamente porque era una pitillera mugrienta la que sacó y un tabaco negro de fogonero, lo fumé con cara de gusto, para quitar distancias entre él y yo. Luego me contó mucho de sus andanzas con el Borrasca.

Después de comer iba Falo a Pontevedra a recoger a Mito. Yo llamé a Nano, que aún no lo había saludado, y fuimos los dos, porque me hacía ilusión.

No olvidaba aquellas lágrimas de Nano cuando lo de Cheché. Él era, ya de antes, lo que se dice un buen chaval, que así sería Juan Ángel a su edad. Por cierto que a Juange no lo pude ver, porque había embarcado ya en el buque escuela para los diez meses largos de navegación, que daba envidia. A la que no le hacía nada de gracia era a Patri, por más que él la había estado preparando. Yo de Karin, no es que me olvidara, pues eso, imposible, pero con las novedades de Marín, anduve tranquilo al principio.

Cuando Mito bajó al andén, tuve la mar de alegría; francamente gocé de verlo. Hasta entonces había ponderado yo muy poco lo que es un hermano. Lo

abracé, cosa nada corriente en otras ocasiones, y él también estaba efusivo. Pero, lo que se dice hablar, no lo pudimos hacer hasta irnos a acostar.

Estaba él de la Sierra tan negro como yo y mucho mejor de gordo, aunque yo más de alto. Era la primera noche que nos encontrábamos los dos solos sin Cheché. Hablamos mucho tiempo en la cama, contándonos cosas de los sitios donde habíamos estado, y sin discutir, que era maravilloso. Él quería saberlo todo de Salinas, y yo estuve muy condescendiente con él y le escuché las aventuras que me contó suyas y las pasó en la Sierra. Eran cosas que a mí, antes, me hubieran emocionado bárbaramente; como explorar aquella cueva que tenía un río por dentro: pero ahora él no podía comprender lo gris que resultaba todo aquello para mí. Cuando la conversación de tales cosas languideció y nos quedamos callados, dijo él en otro tono, casi como si tuviera vergüenza:

—Nacho, tú estuviste con él hasta lo último, ¿no?

No hacía falta nombrarlo.

—Sí —dije—, hasta lo último.

Hubo una pausa y preguntó:

—¿Se acordó de mí él?

Me emocionó que hablara así Mito, y con aquel interés.

—¡Pues claro!

Le conté cuando dijo Cheché que la moto fuera para él. Me gustó que no se pusiera contento por aquello al decírselo yo. Lo que él añadió fue esto:

—¿Crees tú que estará en el Cielo ya?

Aquí le vine a decir yo, casi, las mismas cosas que me había hablado a mí el Padre, sobre la felicidad de él, los derechos de Dios y nuestro egoísmo. Él, Mito, tenía que estar admirado de que yo discurriera todo aquello, pero sólo comentó:

—Está bien eso.

Luego nos despedimos, pues era muy tarde ya.

Me senté tranquilamente con los papeles de Pancho a ver qué era aquello. El resumen del argumento, que lo ponía él aparte, porque el argumento mismo era ya casi una novela de largo, decía como sigue:

«Una familia, que habita en el cabo de Comorín, es víctima de una epidemia en las ostras, las cuales no producen perlas, y esta familia ve así arruinado su hogar. Es un matrimonio con dos hijos: Kenvisel, de cinco años y Mekina, de quince; ésta es rubia. Los padres se llaman Kenvis y Zelka. Como

no tienen un pequeño mendrugo con qué alimentarse, el padre se convierte en un bebedor de primera; la madre se dedica al estraperlo. Mekina está convaleciente y no puede trabajar; Kenvisel es demasiado pequeño. La familia es pagana. Mekina se desespera porque ve a sus padres en aquel estado. Kenvisel va y viene todos los días a un poblado cercano, donde tiene ocasión de conocer a un jesuita español. Al muchacho le da por decir en su casa que conoció un sacerdote católico y su padre se indigna. Mekina sale en defensa de Kenvisel y su padre le dice que la va a vender a un tío rico de por allí. Mekina decide escaparse de casa. Lo hace en compañía de su hermano. Deja a Kenvisel (sin protestar éste) a la puerta de la casa del misionero, y ella continúa. Se para en un bosque que hay a la orilla del mar y decide bañarse. Cuando está en el agua, vienen los perseguidores, o sea el ricachón y sus esclavos. Ella se aleja nadando, pues nadaba como un pez. Como la persiguen también a nado, tiene que hacer un gran esfuerzo y se queda agotada en alta mar. Ya se sumerge porque está para ahogarse. Ya va por debajo del agua para el fondo. Pero cuando va a perder el sentido, ve una figura extraña que sale de la profundidad y se le acerca. Ya no siente fatiga, a pesar del cansancio, ni ahogo, a pesar de no poder respirar. La figura que se acerca es San Francisco Javier, que ya había muerto. La saca a la orilla por otra parte y desaparece. Entonces Mekina, que no sabe dónde está, se echa a llorar toda desolada, hasta que ve venir hacia ella una barca con vela blanca y en ella viene un joven de quince años, que le pregunta por qué llora. Ella le explica todo lo que le ha pasado y le dice que por las señas, la figura es San Francisco Javier y que él se ha convertido al cristianismo. La embarca con él para llevarla a donde Kenvisel. Pero en la travesía tratan de darles caza los perseguidores, que navegan en un junco de velas de estera enormes. La pericia de Vanki, que así se llama el muchacho se pone a prueba, pero los otros les van dando alcance por tener lo doble de trapo. Entonces Mekina reza por lo bajo a la figura que la salvó. Cuando ella reza, dejan atrás a los perseguidores; pero si deja de rezar pierden terreno. Mekina, al ver esto, dice que se quiere convertir. Vanki, por si acaso mueren en aquella persecución, se dispone a bautizarla allí mismo. Escena emocionante cuando Vanki bautiza a Mekina con agua de mar. Los perseguidores quedan en lontananza. Vanki deja a Mekina en casa del misionero, donde Kenvisel ya ha sido bautizado. Él, Vanki, se va a casa de los dos hermanos y cuenta a Kenvis y a Zelka la conversión de sus dos hijos. Kenvis monta en cólera con gran exasperación. Cierra la puerta y echa el guante a Vanki. Lo desnuda de cintura para arriba y lo ata con las manos en alto a una viga. Empuña el látigo de nueve colas. Le dice a Vanki que el catolicismo es mentira. Vanki afirma lo contrario. Kenvis descarga el golpe. Vanki resiste bien, aunque le hace sangre. Vuelta a decir Kenvis contra el catolicismo y vuelta a defender Vanki. Kenvis descarga el segundo latigazo. Así siguen y Vanki sangra por la espalda y el pecho, pero estoicamente y con

voluntad de hierro, se muerde los labios y contiene las lágrimas. Kenvis a cada nueva afirmación de Vanki, a pesar de los latigazos brutales, va dudando más de sí mismo y los latigazos van cayendo más desmayadamente, hasta que el látigo se desprende de la mano y se da cuenta de la burrada que está haciendo. Así, el valor de un chico de quince años derrota la fuerza y la crueldad de uno mucho mayor que él. Kenvis, llorando arrepentido, desata a Vanki pidiéndole perdón y le empieza a curar con todo cariño. Vanki, ensangrentado, sonríe. Kenvis y Zelka se convierten y vuelven Kenvisel y Mekina. El día que Vanki cumple dieciséis años, es el bautizo de Kenvis y Zelka. Al mismo tiempo, y en la misma fiesta, el misionero casa a Vanki y a Mekina, que se habían enamorado nada más verse, aunque no lo dijeran. (A los dieciséis años se puede casar uno, y las chicas a los catorce; y en el cabo de Comorín las costumbres no son como aquí). Vanki trabaja para la familia. Vuelven a abundar las perlas y él, que resiste más de tres minutos surdiendo, es el mejor pescador de la costa. Vuelve la felicidad a aquel hogar y Kenvis ya no bebe».

Este argumento me interesó de miedo y me pareció fantástico. Sobre todo lo de Vanki y Mekina, y cuando Vanki aguanta los latigazos con aquel valor. Yo eso lo comprendí perfectamente (es que luego Azufre diría que aquello era exagerado). Si yo pudiera arreglar todo lo mío con sólo aguantar unos latigazos, y así tener a Karin, pensaba yo, no había duda que los resistiría sin un grito. ¡Vaya que sí!

Aunque me gustó todo, como digo, encontré unas cuantas pifias que ya se las tengo dichas a Pancho, porque él es un optimista en esto y también para que no se emocione demasiado con la literatura. Las pondré aquí, porque no las invento:

1.— Pancho dice que se arruinaron, al faltar las perlas, por una epidemia que padecían en las ostras. A esto opongo yo que las perlas se originan por una arena, o algo así, que se introduce entre el cuerpo del molusco y la concha, y entonces la ostra segrega capas concéntricas de una substancia que es la perla. Es por tanto inadmisible lo de la epidemia.

2.— Si no tienen dinero para comprar un mendrugo de pan, ¿cómo lo tiene Kenvis para comprar bebidas alcohólicas?

3.— Cuando escapan de casa Kenvisel y Mekina, Pancho demuestra que a pesar de la tragedia, por la que debían estar afligidos, Mekina tiene humor para tomarse un baño.

4.— Pancho demuestra que se puede bañar sin traje de baño, ya que no dijo que Mekina lo hubiera cogido en su casa al escapar.

5.— Mekina es rubia (ya le digo yo que para eso que la llame Terete), lo cual va contra la fisiología de las gentes del cabo de Comorín, tez oscura,

pómulos salientes, cabello lacio y negro.

6.— Pancho propone la tesis de casarse a los dieciséis años. Eso es una barbaridad aquí y en el cabo de Comorín, que no venga con cuentos de costumbres.

Por lo demás está muy bien todo.

Aquellos días vivía yo con una impaciencia difusa por toda el alma y aun por el cuerpo, que no podía sosegar. Es que la situación mía era como un hueso dislocado. A ver: para mí era una triste gracia estar yo como estaba, de modo que Karin no sólo no se me quitaba de la cabeza un instante, sino que no podía sospechar que yo la quisiera. Y no es que yo tuviera celos; yo creo que no los tenía. Estaba seguro de que Karin nunca podría querer a un Carlos Borge; pero, claro, nunca sabe uno. Lo que maldecía mil veces a mí mismo, era por no haberle dicho palabra en las ocasiones que tuve, que fueron en bandeja. Tampoco pretendía yo más que esto: que ella supiera lo que yo sentía y que yo supiera que ella sentía igual. Sólo con eso, me quedaría tan feliz, aunque estuviéramos lejos uno de otro. Lo que yo iba viendo, entre una cosa y otra, es que esta vida se las trae. También pensaba alguna vez que a lo mejor estaba yo loco y lo mío no era normal. Lo digo porque veía a otros tan felices, y sin ir más allá, estaba Mito, más feliz que un pulpo y eso que ahora papá le hacía estudiar de firme, pues el caradura de él no había dado golpe en todo el verano. Pero Mito era muy crío aún (y sigue lo mismo). Lo cierto era que una vez que tenía superado y asimilado lo de Cheché, que jamás lo hubiera creído, y las tentaciones las vencía yo con el meñique, que también era de maravilla, estaba sin embargo atormentado como un reo y cada día más. Y eso que soñaba despierto con la felicidad, lo que me hacía pasar ratos de dicha. La verdad es que si yo salí de muchos peligros, todo se debió a Karin. Eso cierto como el día, y creo haberlo escrito ya.

En casa todos hablaban de mi cambiazo y con alabanza, en general. Digo en general, porque había cosas que no las podían entender. Ya se vio el día que mamá me asaltó por sorpresa, llevándome a su cuarto con mucha intimidad, donde me dijo:

—Nacho, no sé qué te encuentro… Tú estás algo triste; tienes algo …

—Bah, no te preocupes, mamá.

Me contrarió que me lo hubiera notado, pero no entraba en mi plan ya hacerle una escena; además me desarmaba con aquel interés tan sincero y nuevo.

—No quisiera pasar por indiscreta —añadió—, pero ¿quizá te pueda ayudar en algo?

Yo por dentro me sobresaltaba, como si me estuvieran atracando, pero el tono de mamá, tan bondadoso, me calmó. Hubiera querido contarle todo, abrirle mi corazón, pero hay cosas que son dificilísimas de contar. Y para más yo creo que de Mary Sol o así, le hubiera contado cualquier cosa; pero de Karin… de todos modos no quise desairarla, viendo, como veía, la buenísima intención que tenía ella. Por eso dije:

—Mira, mamá, la verdad es que tengo yo un asunto, ¿sabes?… Tú no te preocupes; no es nada malo; de eso estoy seguro. Ya lo sabrás…

No insistió, y se lo agradecí.

Decían lo que yo había cambiado. ¡Pero mamá!… Lo que es, una escena así, de intimidad, de discreción, jamás la había yo visto antes de la muerte de Cheché.

Llegó por fin.

Era el día ocho, fiesta de la Virgen. Estaba visto que Ella me acercaba al Padre. Sobre mi mesa encontré la carta cerrada. Aquella carta era un monumento para mí. A lo de mis sueños, que eran el pan nuestro de cada día y yo le hablaba de ellos en la última mía, contestaba así:

«En cuanto a lo de ser soñador, te conozco de sobra para saber qué te pasa. No quiero yo matar en ti la fantasía, la imaginación y esa fuerza creadora tan propia de la juventud. ¡Ni mucho menos! Aún te dejo un margen enorme para soñar. Lo único que te pido es que no te escapes de la realidad; que no te refugies en un mundo soñado; que no te acostumbres a lograr en sueños lo que rehúyes conquistar en la vida real, con tu propio esfuerzo. Creo que me entiendes. Es que hay un tipo de soñador, que nace de la cobardía y se repliega ante la dureza y dificultades de la vida… lo cual es el mayor obstáculo para lograr el “hombre” que pretendemos. Que tus sueños sean estimulantes: que te lancen a la lucha por convertirlos en pedazos de vida palpitante. No sueñes lo que se escapa del radio de acción de tus posibilidades. Siendo así, sí, hombre, sí; sueña, sueña todo lo que quieras».

Me felicitaba por mis avances y me animaba muchísimo. Me tomaba un poco el pelo a propósito de Héctor y que si yo le tenía envidia, etc.

La carta me hizo un efecto grande, sobre todo el párrafo del soñador. Pero también es verdad que me parecía no estar del todo destinada para mí. Claro que de eso tenía yo la culpa; porque él no podía adivinar lo que me había pasado con Karin, de lo cual no le había dicho ni palabra. Pero cualquiera le iba con una cosa así. Yo tenía deseos enormes de contar a alguien todo lo que estaba ocurriendo en mí; alguien que me pudiera orientar, porque para un desahogo ya me llegaba Pancho. Lo que pasaba era que me sentía incapaz de descubrir mi secreto, por un miedo fatal a que me pusieran en ridículo y me lo

tomasen a broma.

La carta que le contesté tuvo que parecerle muy rara.

Querido Padre:

Lo primero querrá saber cómo voy. Pues verá. Yo me asombro y no me asombro de como me va en algún aspecto. Me asombro, porque me parece casi increíble, lo mucho que he mejorado, y lo lejos que estoy de caer; porque puede tener la seguridad de que sigo a flote como usted me dejó. Pero no me asombro porque la comunión hace lo suyo, y porque hay otra causa que usted sabrá algún día.

Añada usted que estoy mucho más hombre cada vez; más reflexivo y con menos infantilismo. Me domino como nunca y tengo ganas de hacer cosas grandes aunque no sé bien cuáles. Lo que era yo y a lo que llegué, se dice y no se cree. Estoy más lejos de aquel que salió del Colegio a fin de curso, que del planeta Marte.

Todo esto puede parecerle una semblanza exagerada que yo hago de mí, pero bien sabe usted que yo no lo diría a nadie que no fuera usted mismo. Además, esto no es todo. También estoy fastidiado, algo triste y bastante desorientado. Son cosas de la vida. Usted no se angustie y no me escriba en el tono guerrero que usa en los momentos de más peligro. Ahora no es eso. Quizás algún día se lo cuente.

Es inexplicable lo que me gusta ahora la soledad. Lo que me asusta algo es el desconocerme a mí mismo, porque dónde va aquel que era yo.

Usted escriba y pida muchísimo, pero no para que no caiga, sino para que se me arregle una cosa, la más principal de mi vida.

Adiós, Padre.

IGNACIO

P. D.— Perdone, pero me era un lío ordenar las ideas.

Mi vida entonces era así: Comulgar diario; clase de Matemáticas con papá, en el despacho de la Escuela; salida a vela en el Barlovento, con el Grumete que me esperaba en la dársena; baño; comida; reposo (lo que jamás hubiera soñado mamá) y pensar en Karin durante él; una hora de estudio o dos; salida con el Grumete a pescar; dar una vuelta de noche o leer; cena; escribir el diario. Música prefería no poner porque me suscitaba demasiado la evocación de Cheché, hasta hacerme daño. El Grumete me fue muy útil para librarme de los Valcárcel y demás.

El doce fue un día que yo lo señalé de colores en el diario. Me dieron, cerrada, una carta de Karin. Jamás me turbó tanto un pedazo de papel, digo,

antes de abrir el sobre. Fui corriendo a encerrarme al cuarto. ¡La de cosas que me imaginé que diría dentro! No lo quería abrir, porque mientras estaba cerrado, podía soñar y hacerme ilusiones. Cuando la tentación de leerlo venció, rasgué por fin el sobre. Hay que tener en cuenta que era la primera vez en la vida que recibía yo una carta de Karin. La devoré que parecía que la fuera a quemar con la vista. Contaba cosas de Salinas; pero las frases de cariño que tenía para mí, eran todas que imposible sacar algo. Aunque también, no sé yo cómo se me ocurría que ella fuera a decir palabra de lo que no podía ni sospechar. Es cierto que ponía: «Queridísimo Ignacio» y «Te estoy echando mucho de menos, como no das idea» y otras cosas pero todo ello no era tampoco como para hacerse uno ilusiones. Casi lo principal para mí, era decirme que el quince volvían a Vigo. Esto ya era acercarse.

Muchas vueltas le di a todo ello, hasta dolerme la cabeza de pensar. Y luego la lucha para que no se me notase en casa, que tenía terror pánico a las preguntas.

Tuve que ir al dichoso reconocimiento de cada medio año, que siempre lo tenemos antes del curso. Don Justo estuvo muy cariñoso, supongo que por todo lo de Cheché. Se quedó bobo de lo negro que tenía el cuerpo, que a no ser por dientes, ojos y pelo, dijo, me daban por puro ébano; pero en las señales del bañador se podía ver cómo era yo sin sol, y ahí estaba el mérito. Naturalmente que no hubo novedad, porque delgado, estaría, no lo niego, pero fuerte también. Lo que más me alegró fue el estirón que di de talla: 1,69. De peso, 54,30. Claro que esto último hizo poner a mamá el grito en el cielo, a pesar de lo que se moderaba conmigo, y yo la tranquilicé con que ya le hacía reposo y comía lo que podía, que en las circunstancias en que andaba yo, tenía su mérito.

El Grumete se tuvo que ir, lo que supuso el quedarme solo. No se crea que lo sentía yo, lo de quedarme solo, tal como estaba.

Fuera de Pancho, no hubiera admitido a nadie de amigos. Salía a vela por mi cuenta; fondeaba allá en medio del agua, lejos de todo bicho viviente, y me tumbaba a proa a pensar a mis anchas. Por entonces me empezó también a gustar espantosamente salir en «bici» al anochecer y tumbarme en alguna arboleda, en medio de la calma de aquella hora. No sé si serán estupideces, pero me daba la sensación de que todas las cosas podían hablar. Otras tardes me dio por subir a los sitios más altos de los alrededores, y cuanto más alto y más difícil subir, mejor; y estarme allí solo, y llegar de una pechada, aunque al llegar tuviera que caer rendido. Allí comprendía mejor las cosas, y si estaba de buenas, sentía lo estupendo de tener el alma blanca. Éstos eran los momentos que a mí me gustaban, y de vez en cuando me venían esos escalofríos… Así, lejos o fondeado en medio de la ría, era cuando yo podía pensar a mis anchas. Todo era darle vueltas a ver cómo podría yo deslumbrarle a Karin; cómo le

podría inspirar el mismo sentimiento que ella a mí. La cosa era que yo penetrase en su corazón, de la manera que ella había entrado en el mío. Sólo era eso lo que me importaba; aunque luego tuviéramos que estar separados cinco o más años. Me entraban unas ansias enormes de hacer algo grande y ser famoso; pero si quería concretar qué sería esa cosa grande, todo lo que se me ocurría me parecía vulgar o que por lo menos no llenaba mis pretensiones; lo cual sería por lo fantástico que soy yo. Tengo que confesar que, algunos días, llevé un carnet de bolsillo con su lápiz, y en momentos de estos que digo, hice versos. Pondré una muestra:

Tristeza y alegría juntamente.

Esperanza y pesar entrelazados.

Los primeros ensueños, ¿realizados,

acaso, se verán enteramente?

Nuevo rumbo, el amor, se ha descubierto.

La adolescencia apenas se ha iniciado.

¿Qué instinto natural lo habrá impulsado

a la mujer con desenlace incierto?

La reina de mis sueños desconoce

de mi amor la existencia que ella ignora.

Hado adverso me priva, ¡cruel!, del goce.

¿Por qué tú, corazón, amaste ahora?

Sonó en la conciencia la voz del honor:

Un muchacho noble jamás mezclará

en este horizonte casto del amor

algo que reniegue de su dignidad.

Hice muchísimos más, pero los mejores que me salieron fueron los que copié aquí. Pancho dirá lo que diga, pero para ser los primeros, porque antes jamás, yo creo que están bastante bien. Claro que si no es por Karin, a mí en toda la vida me salen ni ésos ni otros. Pancho calificaba a mi estado, en sus cartas, de romántico. No sé. Él me aconsejaba hacer algo, pero no sabía decir qué era lo mejor, y me insistía en que lo mío no era como lo suyo que pasó.

Aquel día, el del examen de Mito, lo esperaba yo con gran expectación. Me parece que fue la primera vez que sacaba yo tajada de los suspensos del muñeco de mi hermano. Sencillamente, era tirado conseguir permiso para ir a

Vigo con él. Ahora bien; Karin acababa de llegar a Vigo. Luego… ¡Menudo silogismo!

Fue el 18, lunes. Salimos por la mañana para comer en casa de tía Luchy. No tengo nada que decir de cómo iría yo. Lo cierto es que Mito, que era el que se iba a examinar, se le veía fresco; mientras que yo, no se creerá, pero me temblaban las rodillas. ¡Qué angustia y qué alegría a un tiempo! Sufría en el coche como un condenado, según nos acercábamos, y al mismo tiempo sentía esa gran alegría de volverla a ver. No sé si será que a veces también se goza sufriendo. No lo sé explicar. A ratos tenía una decisión fantástica de que hablaría. Tal decisión fue ganando terreno y llegué a verlo facilísimo. Pero en el momento mismo en que la vi venir hacia el coche y abrir la portezuela, fue quedarme desnudo de toda mi fortaleza y decisión. Parecía mentira los años que llevaba yo viéndola como quien ve a Mito o a Patri, y ahora, lo descubría, que en cada línea suya veía como un ángel, y sobre todo, algo que no puedo describir, la personalidad de ella, que ahí estaba lo principal; en cada movimiento, tenía yo para un éxtasis; eso es lo que me conmovía a mí casi hasta las lágrimas algunas veces, al pensarlo.

La mañana fue una lucha con mi cobardía, y en la comida me tuve que esforzar de miedo para que no me notasen nada. Me encandilaba la serenidad y naturalidad que le veía a ella, aunque de ahí, precisamente, pocas esperanzas podía sacar yo. Todos charlaban, y Mito, que tenía el examen mismamente a proa, casi el que más; pero Karin tuvo que darse cuenta de cómo las estaba pasando yo, cosa que no la podría entender. Luego de comer, como Mito se iba y no había partida de dobles, me invitó ella a darle un poco al tenis, así, sin vestirnos ni nada. Fuimos allá, con las raquetas bajo el brazo y en silencio. Es que yo era lo mismo que haberme cortado la lengua. Nuestra mutua y solitaria compañía era inefable para mí, por una parte, aunque, por otra, me hacía sentir, sin disculpa posible, el espolazo de mi cobardía. Estábamos jugando y yo trabajaba más con la cabeza en mis problemas, que con la raqueta en las pelotas; vulgo: no las veía. Además tenerla allí enfrente, ¿cómo podía yo atender a nada más? Ella, de pronto, con mucha decisión, se vino hacia la red, acercándome yo instintivamente.

—Nacho, ¿qué tienes?

Yo. ¡Trágame tierra!

—¡Pchs!

Esto fue todo lo que acerté a contestar.

—Tú no estás para jugar. Ven.

La seguí como un cordero. Me fue llevando por el jardín hasta el banco que hay en la glorieta y queda bien escondido.

—¿Nos sentamos?

—Como tú quieras —dije yo con una sumisión absoluta.

Estábamos allí los dos bien callados, porque yo era imposible que empezara a hablar. Luego de un rato dijo ella:

—Tú tienes una preocupación, Ignacio, no me lo negarás.

Dije que sí, que la tenía; pero lo dije con la cabeza nada más.

—No es por lo de Cheché ¿verdad?

Yo, mucho como estaba y nerviosísimo por la ocasión que era, hice que no del mismo modo.

—¿Comulgas a diario, Nacho?

—Sí —dije ya con voz.

—Entonces… —vacilaba—, tampoco será por…

Ella ya sabía, por mis alusiones de Salinas, lo mal que lo tenía pasado yo, porque se lo había dicho cuando era una hermana para mí. Al sospechar ahora lo que insinuaba, me apresuré a interrumpirla.

—No, Karin, de aquello estoy mejor que nunca.

Ella bajó la cabeza y miraba al suelo. Así, sin moverse, dijo:

—Entonces, Nacho… ¿qué es?

Yo hacía esfuerzos enormes por hablar, porque veía que entonces o nunca; pero era aquello no ser capaz. ¡Madre mía! ¡Qué angustia! Por fin dije, y para decirlo hube de ponerme colorado hasta el cuello:

—¡Me gusta una chica!

Ninguno de los dos nos mirábamos, y yo daba gracias a todos los santos de aquella delicadeza de Karin en no echarme el ojo.

—Y por una chica, ¿andas así?

Lo dijo suavemente; casi acariciaba oírla hablar.

—¡Por una chica! —repetí confirmando.

Ella hacía rayitas con la suela de la sandalia en la arena.

—Eso se te pasará como vino …

Yo, que había encontrado una manera de hablar, dije con una pasión que tenía que resultar exagerada:

—¡No, Karin! ¡Estoy cierto de que no! ¡Jamás podré querer a nadie más en

la vida! ¡Nunca! ¡Ella o nadie!

—Tan impulsivo como siempre …

Lo dijo sonriendo, sin mirar, y yo juraría que se había coloreado un poco, pero con lo morena que estaba no era fácil verlo.

—Pues has de saber que Pancho, que lo sabe todo, dice lo mismo que yo.

—Bueno —dijo, y levantó la cara un poco con unos ojos que sonreían—; pero ¿le gustas tú a ella?

—Eso es lo malo —estallé yo—, ¡que no lo sé!

—Supongamos que sí —¡con qué serenidad hablaba!—, pero eres pequeño para eso, ¿no crees?

—Lo que creo es que me gusta —dije yo, que cada vez me veía más lanzado—. Y además voy para dieciséis, no lo olvides, y para el año que viene soy universitario.

—Sí, pero no sé si a los dieciséis años se puede tener novia…

—¡Si ella me quiere!, ¿quién me quita a mí?

Vacilaba Karin y volvía a hacer rayitas.

—No sé —dijo—, es difícil esto.

—¡A veces es horrible! —me desahogué yo.

Quedamos otra vez en silencio, como en un punto muerto, y yo me mordía por dentro, si hablaba, si no. Ella volvía a preguntar:

—Y la chica esa… ¿es así?…

—¡Es maravillosa! —interrumpí yo—, Karin, ¡es única, créeme!…

—¡Qué apasionado eres, Nacho!

Lo decía cariñosamente y ya se comprenderá que yo estaba ya si me disparo. Pero entonces dio un giro del todo inesperado:

—¿Has consultado al Padre esto?

No me agradó nada, ya en el primer momento, que mezclara al Padre allí.

—¡Ni hablar! —respondí.

—Pues debes hacerlo.

—Hombre, Karin, me fastidia, ¿sabes? ¡Irle con una cosa así ahora!…

—Pero ¿no ves que es la única manera de saber a qué atenerse?

Forcejeábamos los dos, hasta que llegó a aquella fatalidad. ¡Fue una bomba

para mí! Sencillamente puso ella como último argumento:

—Además lo necesito yo.

Fue quedarme cortado.

—¿Cómo tú?

Y lo soltó así, inmutarse:

—Sí, también a mí me gusta un chico, y lo que el Padre te diga a ti, servirá también para mí.

¡Estaba helado yo, vamos!, De modo que, ¡adiós Madrid! Todo se me derrumbaba; y en un momento de exaltación mía para más contraste. No sé qué fue lo que me contuvo para no echarme a llorar allí mismo. Sin duda el aturdimiento tan grande que me vino. Ella, que tuvo que notar mi desconcierto, sonreía levemente, con una sonrisa indulgente, que no puedo decir que me hiciera daño, como me lo habían hecho sus palabras: pero me desconcertaba hasta los huesos. Fue un esfuerzo tremendo el que hice para ponerme de pie y decir con la voz más normal que pude.

—Hablaré con el Padre.

Y de allí mismo me eché a la calle, con el corazón que se me embalaba de una manera alarmante. Primero daba yo gracias de no haberme lanzado, porque imaginarse la metedura. ¡Horrible! Pero en seguida la angustia me empezó a llenar, que parecía ir impregnando todas las células de mi cuerpo. Iba yo por las aceras, que no veía lo que pasaba a mi lado. Y al bajar por José Antonio, menos mal, pero cuando crucé por García Barbón era ya no poder más. Es que ¡jamás se me había pasado aquello por la imaginación!, ¡que me saliera con aquello! Pensar que ella no me había mirado como yo a ella, eso sí, infinitas veces; pero que se fuera a enamorar por ahí… Al pasar ante la iglesia de Santiago de Vigo, subía de tal manera la marea de mi desesperación, que me tuve que refugiar allí, para que no me vieran las lágrimas en mitad de la calle. No se veía a nadie al entrar yo. Caí de rodillas en un rincón, hundiendo la cara entre los brazos. No se crea que recé oraciones así de las hechas. Le decía yo a Dios que se apiadara de mí, que me veía allí destrozado. La tentación vieja de que a Dios no le importaba yo, aquella de cuando Cheché, me vino algo, pero la vencí, aunque no sé si con mucho mérito, porque se me ocurría que si ni siquiera me quedaba confiar en Dios, para que arreglase todo, me moría ya. Luego empecé a pedirle a la Virgen y me serenaba bastante. Entonces, como era temprano aún, me puse a rezar el rosario.

Así, vino la revelación aquella. A mí nadie me quita de creer que fue cosa de la Virgen; no sé si como premio o por pura compasión, pero algo tuvo que haber.

Yo iba rezando las avemarías, y como nadie me veía, dejaba correr unos lagrimones como avellanas que me salían. Realmente estaba yo hecho lo que se dice puré. Bueno, pues iba por el cuarto misterio, cuando sin saber por qué se encendió aquella luz en mi cabeza. Pensé esto: «¿Si el que le gusta a ella soy yo?»… Me vi de pie. Aquello, de ser cierto, era tan formidable, que yo empecé a creérmelo. La idea me empapaba de pies a cabeza; y como yo soy así, ya no hubo más rosario, pues me senté y aquello fue un analizar al microscopio toda nuestra última conversación, buscando indicios. ¡Qué cambio! Salí: me tiré en marcha a un «9» que pasaba, porque me entró una prisa loca por llegar al Colegio y hablar con el Padre. Ahora tenía un deseo tremendo de contárselo todo…

Total; un cubo de agua. ¡Hay que fastidiarse! Llego al Colegio y lo primero que me dicen es que no está él, que ha ido a Valladolid a dar unos Ejercicios. Bueno, había que oírme a mí maldecir de los Ejercicios y de Valladolid. ¡Vamos, hombre! ¡Precisamente cuando yo lo necesitaba más que nunca! Me sentó aquello a mí como una coz en las narices. Las cosas como son.

Pasada la primera racha de contrariedad, vagaba yo por los patios rumiando tanta emoción y procurando evitar a los padres, que no me encontraba yo para ellos, como se explica cualquiera.

Lo bueno fue después tropezarme con Héctor, que estaba de despedida para el Noviciado. Me vio y vino corriendo; me tiró de la corbata; me despeinó… bueno, el mismo de siempre.

—¡Pero, oye!, ¿te vas al Noviciado tú?

—¡A los feos, chico, no nos queda otro remedio!

¡Sería caradura! Al oírle, ya pude confirmarme en que era el Héctor de toda la vida. Estuvo conmigo pero que muy cariñoso. Lo cierto es que después de Pancho, amigos, así, de mi edad, no había tenido yo ninguno como Héctor. Como a mí me gusta decir las cosas claras, tuvo que oírme.

—Francamente, Héctor, yo no siento que te vayas para jesuita. ¡Fuera bueno!, ¿verdad? Más aún, te admiro. Pero lo que no entiendo es que te vayas tú, que no te apartabas jamás de Príncipe y del Club, con todo lo que hay por ahí.

—¿No te olvidas algo? …

—Sí, claro, la historia de Marichu, ¿no?

No había querido yo citarla porque no me parecía correcto entonces. Marichu había sido el «amor» de Héctor el verano anterior y todos lo sabíamos en el curso.

—Bueno, pues a pesar de todo eso, ¡ya ves!

Entonces me explicó cómo se compaginaban las cosas unas con otras y que Dios llamaba a quien le daba la gana. Yo me acordaba del padre Urcola, claro.

—Me tiene dicho el padre Espiritual —añadió—, que los hombres que no sirven para el mundo, tampoco sirven para la Compañía.

Luego siguió que lo que San Ignacio quería para su Orden era gente de combate; y que lo que más le había atraído a él, era el ver que los jesuitas eran fuerzas de choque en la Iglesia y que se tiraban a lo difícil, como se podía ver en mil detalles. En fin, él estaba entusiasmado y los ponía por las nubes. Decía también que él, si entraba, era para partirse la tabla del pecho por algo grande. Me gustaba oírle decir tales cosas, lo confieso, pero aún tuve cara para pincharle:

—Vaya, Héctor ya se ve que has cogido la escuela de los jesuitas, ¿eh?, ¡menudo ganchista!

Eso sí, mientras se lo decía, yo sentía cierto cosquilleo y gozaba de que un hombre como Héctor fuera para Jesucristo.

—Mira —le dije—, si me sale mal un negocio capital que tengo entre manos, me voy contigo.

—¡Pues desde hoy voy a rezar porque te salga desastroso!

¡Figurarse por dónde fue a salir! Tuve que agarrarlo y hacer que me prometiera que pediría por lo contrario.

Nos dimos un gran abrazo, que me emocionaba yo, la verdad. Entonces le dije, sinceramente, porque lo quiero:

—Héctor, ya que vas… ¡no retrocedas por nada!

También él se emocionó algo, creo yo, cuando me contestó:

—Nacho, ya que te quedas… ¡no te rindas jamás!

—Pídelo tú, muchacho, ¿eh?

Tuvo su emoción aquello.

Luego volvía yo a casa y a pie, para rumiar tantas cosas. De mi felicidad, la que me asaltó en el rosario aquel, ya no estaba yo tan seguro y empezaba a poner muy en duda la verdad de mi descubrimiento.

Así volvimos a Marín, que llevaba yo a bordo, aunque no se crea, más esperanzas y más temores que nunca; y todo a la vez, que era lo que más me destrozaba.

En casa, ya sin el Grumete, y como no quería volver con los amiguitos, que me los había sacudido guapamente, volví a la soledad; y lo que el año anterior

me hubiera parecido locura, pues ahora lo deseaba. ¡Cómo me sentía madurar aquellos días! Casi todo era irme a la mar y ¡la de horas que pasaba allí yo solo! Venga de versos y de pensar. A veces me imaginaba que iba a llevar flores a la tumba aquella que yo había deseado para Cheché. Pero lo más era pensar en Karin. ¡Qué ciego había estado yo con ella!, pensar cómo la había llevado en la regata como si fuera Pancho, y el beso que le di al fin, que ahora por nada del mundo, yo …

Ya el Padre no había manera de pescarlo, pues ahora estaba él haciendo los Ejercicios que ellos hacen todos los años y duran los buenos ocho días, y no sé para qué tanto. El arreglar aquello, había que dejarlo para el principio de curso y entonces se vería; porque yo ya estaba decidido a llevar las cosas hasta el fin, pues el estar así, sin saber, acabaría conmigo.

Lo que pasó fue que con andar yo tan metido en mí mismo, acabé de dar el cambiazo. En casa ni se me sentía, y a Mito, que nunca lo había logrado dominar del todo, ni por la fuerza (me tiene arreado cada mordisco de caray), ahora que yo no le discutía nada y estaba condescendiente con él, porque me tenía sin cuidado si tal motor consumía más, o si la bandera de Chile era verde por abajo o mil insignificancias así, pues ahora, digo, me respetaba mucho más. Mucho tuvo que influir el que viera lo que vio. Entré yo a fondo en mis cosas, con aquel prurito que prendiera en mí, por culpa del Padre, de ayudarme de todo para ser muy hombre. Él veía visiones cuando llego y le digo:

—Toma, Mito, te regalo los sellos.

Y el día que por puro vencerme, pues hay que saber lo exclusivista que soy yo en lo que toca a la mar, le digo por la noche, con la luz apagada ya:

—Mito, si algún día queréis salir tú y Nano con el Barlovento, está a vuestra disposición.

—¿Nos lo dejas tú?

En su voz había toda la sorpresa de que era él capaz. Es verdad que ellos no abusaron y siempre que quisieron salir me vinieron a mí antes. Yo al obrar así, siempre pensaba por un lado en el Padre, en la satisfacción cuando se lo contase, porque lo iba a dejar con la boca abierta. Por otro, pensaba en la necesidad de hacerme hombre lo más aprisa posible, dado como estaban las cosas. Papá iba conmigo estupendamente, pues no me tenía, apenas, cosa que reprochar en lo exterior y como paraba poco en casa él, pues nada. Más preocupada la veía yo a mamá, porque con el luto que se había echado por Cheché, que lo quiso riguroso, hacía una vida muy distinta de antes y la notaba muy pendiente de mí, pero con mucha delicadeza de no herirme. Yo creo que hacía lo imposible por comprender.

Las esperanzas de aquel rosario de Santiago de Vigo se iban esfumando,

poco a poco, como una estela. Así andaba yo, que me veía una vez más con el viento de proa, navegando de pura orza, pues no me podía quitar la preocupación. Me harté de pedirle a Cheché que me lo arreglara desde el cielo, y el veintidós, que se cumplía el segundo mes, fue lo que más hice. Estuve en el cementerio, pero muy tranquilo por esa parte. Ya hasta don Eladio y doña Josefa se me hacían simpáticos y familiares, en lo que cabe.

La única persona con quien hubiera hablado yo de lo mío en Marín, hubiera sido Juan Ángel, pero echa las millas que habría dejado ya por popa. En papá no había que pensar. Yo, confianza, sí que la tenía con él, pero esto era demasiado especial. Más fácilmente hubiera hablado yo a mamá, aunque parezca mentira. Alguna vez hasta deseé darle esa satisfacción y desahogar yo, que bien lo necesitaba, pero siempre venía una vergüenza, irreprimible. ¡Qué se irá a pensar ella! ¡Cómo reaccionaría! Me mataba el pasar yo por pequeño y luego tratarse de Karin.

Lo curioso fue la gana tan grande que me vino de que empezara el curso de nuevo; cosa imposible de imaginarse en mí en otra ocasión.

Hubo un día que casi me olvidé de todo lo mío, y en cierto modo, respiré. Fue la excursión que organizó papá en el bote.

Salimos con él, en el Bebeolas, Mito, Nano y yo. Mamá no quiso venir, por tener que hacer unas compras en Vigo. A mí me mató la coincidencia, ya que me hubiera enchufado como nada con mamá; pero no podía rechazar una invitación de papá para la mar.

Íbamos al Grove y La Toja, o sea, saliendo a la mar y pasando de ría a ría; de la de Pontevedra a la de Villagarcía. Allí se vio si tiraba el Bebeolas. De ida, con mar bella como estaba, yo calculo que no bajábamos de los quince nudos. El motor, fuera de borda, marchaba como un reloj. Papá, desde el principio, me dio a mí el gobierno, aunque ya lo veía yo que andaba con ojo y de vez en cuando me decía: «Orza un poco» o alguna otra cosa semejante. Íbamos los cuatro en bañador, con un sol de gloria. Yo, en atender al rumbo, me distraía muchísimo de todo lo demás. La aparición de Sálvora por delante de Punta Lanzada fue recibida por gritos nuestros y la letra de rigor:

Sálvora, ¡ay san Vicente!

Sálvora, ¡ay boa xente!

Sálvora, cabo d’a ría

Vai chegar o barco a Villagarcía.

La ría de allí, que estallaba de luz con aquel sol, estaba de veras preciosa. Yo me convenzo más cada día, que no hay como Galicia. Cruzamos muchas velas, pataches, falúas, balandras, ¡qué sé yo! Hay que ver lo que se anda a

vela por estas rías gallegas. Venían como gaviotas, a ras del agua, que estaba azul fuerte y la espuma la veías deslumbradora de blanco. Una vez que nos quedó Sálvora por babor, fuimos cayendo hacia la Toja. Me fijé mucho en los barcos de regatas que estaban fondeados allí. Los había de muy buen corte, aunque al Barlovento, de llegarle, ¡ni hablar! Atracamos sin novedad y nos echamos un mínimo de ropa para desembarcar. Me encontré inmediatamente con algunos del Colegio, que estaban allí con sus familias, en el hotel maravilloso que hay. Para mí lo mejor de La Toja es la piscina tan formidable, algo de cine; y con unos trampolines que te tiras solo. Hice unos clavados fantásticos a seis metros y más. Mi ilusión era tirarme desde arriba del todo, que nunca lo había hecho y quería darle en la cabeza a alguno, que raja mucho en el Colegio, pero papá no quiso. Comimos en el Gran Hotel, que dan bien, pero te matan a esperar. Vi jugar a unos cuantos extranjeros, en las pistas de tenis, y me pareció que sacándoles el cuento que se gastaban, vendrían a quedar en una cosa pasable y gracias.

Toda la emoción nos había estado esperando para la vuelta. Nadie se lo podía haber sospechado. Desde luego nosotros, ni papá, no habíamos contado para nada con el Sur, que se espabiló aquella tarde. Ya sólo salir a la ría, se vio cómo andaba el patio; pero según nos acercábamos a la boca, el andar se iba haciendo más penoso. Supe luego que papá había dudado si dar la vuelta y pedir el coche a casa; si no lo hizo, sería porque no creyó que fuera tanto. Íbamos pegaditos a tierra por babor, para defendernos algo, y yo gobernaba según las indicaciones que me hacía papá. Con mucha mar por la proa, llegamos a Punta Lanzada; pero allí fue donde se puso de abrigo. Entonces se vio lo que es ir sin mujeres a bordo y con gente de confianza. Papá cogió el timón por su cuenta. Las olas, que al salir venían apretadas y no muy altas, como de marejadilla, según nos fuimos metiendo y ya sin la defensa de tierra por la parte del Sur, venían cada vez más grandes y arboladas algunas de blanco, por la espuma; y para un bote como el Bebeolas, impresionaban. A mí me daba mucha confianza papá; el verlo tan sereno que iba mirando clavado avante. Mito y Nano aguantaban bien. Yo jamás había visto tanta mar desde un bote así; pero entonces se pudo comprobar lo marinero que es el Bebeolas y el poder que tiene. Había que verlo cómo abría la mar, escupiendo espuma a babor y estribor, que daba gloria. Para completar el cuadro, el surazo aquel iba encapotando el cielo y el agua se volvía plomo. Estábamos ya los cuatro empapados, pues el viento nos rociaba con la espuma que saltaba al romper la mar por proa. Papá cogía hábilmente las olas, embistiéndolas con la roda, y subíamos y bajábamos como en la montaña rusa. Lo que veía, porque me fijaba en los puntos inmóviles de la costa, era lo poco que avanzábamos, con aquel ventarrón que nos daba de narices y la mar gruesa que traía, aunque el motor trabajaba de firme empujando todo lo que daba. Yo no caía en la cuenta del problema hasta que papá me mandó echar el último repuesto de gasolina.

Entonces pensé: «Quedaremos sin combustible en el sitio peor», porque habíamos pasado ya Cabicastro, y tal como venía la mar, no había más remedio que ganar el sotavento del cabo de Udra, que nos defendería del Sur, pues otro rumbo era imposible sin atravesarnos a las olas. Pero con la marcha que conseguíamos, no había ni que pensar en alcanzar aquel amparo, antes de quedar seco el depósito. Todo esto lo pensaba y rumiaba yo por mis adentros, porque papá (y todos) iba callado, aunque sin duda resolvía el mismo problema. Aquello no era una broma, y de estar solos nosotros, sería como para rezar el «Señor mío Jesucristo»; pero estando papá me era imposible tener miedo a mí. Por lo de pronto, eso sí, todos habíamos enmudecido como tumbas, y no se oía más que el rugido potente del motor entre el profundo resuello de la mar. Iba yo calculando la distancia que teníamos al cabo de Udra y atendiendo al ruido del motor, con la expectación de lo que tenía que llegar, cuando papá rompió el silencio:

—¡Iñaki! —su voz era templada, vigorosa; como dando órdenes, que no se trataba de otra cosa—, ¡arma los toletes y pon estrobos en los remos!

Luego se dirigió a Mito y Nano, para añadir:

—¡Vosotros no moveros!

Pensé: «Ya lo decía yo», y sentí el orgullo de recibir una orden en el momento de mayor peligro. Estaríamos a doscientos metros escasos de la zona protegida. Hocicábamos de un modo tan escandaloso, que al cruzar yo las bancas para ir al pañol de proa, allá me fui, pero de narices; como para irme al agua, que faltó bien poco. Cuando tuve preparado todo, con los remos de respeto que iban allí desarmados, papá mandó a Mito y Nano que los sostuvieran en su sitio, sin calarlos, y a mí que preparara el otro para gobernar, porque iba a levantar el motor que hace también de timón, y era temible el momento de quedar al garete. Cuando todo estuvo a punto y todos instruidos, que debían estarse quemando los últimos restos de gasolina, dijo papá:

—Listos para la maniobra, ¿eh?

Estaba yo con el remo en la mano y un cabo para poder aparejar seguro. En el momento de subir una ola, gritó él:

—¡Hala!

Fue un relámpago. Paró el motor y lo levantó a pulso para dejarlo en el fondo del bote y lanzarse rápidamente a los remos que sostenían Mito y Nano, mientras yo encajaba a proa el mío y le pasaba el cabo para asegurarlo. Fue perfecto aquello. Antes de que viniera otro golpe de mar, ya estaba papá a los remos sin bogar, aguantando sólo el rumbo para darme tiempo a mí de aparejar a popa. Así, muy pronto, pudo empezar la boga, gobernando yo con el remo como podía. ¡Fue una maniobra preciosa! Pero entonces comenzó lo

duro de veras; porque aunque papá le daba de firme, avanzábamos poquísimo, y yo, para mantenernos en rumbo, tenía que trabajar lo mío. Los cincuenta metros fueron épicos. Embarcamos alguna ola colándosenos dentro un buen porqué de litros. Papá, que estaba haciendo un esfuerzo supremo, ordenó a Mito y Nano que achicaran, y ya no hubo nadie ocioso allí. Cuando vi que habían aligerado bien el bote, les hice señas para que ayudaran a papá. Ellos, colocados detrás de él, uno a cada lado, empezaron a aliviarlo tirando en la remada, cada cual por su remo, con toda el alma. Se sonrió papá. Trabajábamos ya los cuatro como galeotes, porque yo con el remo de popa entre las manos y el ojo en cada ola que se nos venía encima, con su lomo negro y tembloroso de dos metros y más, bregaba de corazón, para dar siempre la proa. Entonces comprendí bien que vale más palmo de vela, que remo de galera. Así, con el esfuerzo de todos, ganamos insensiblemente aquel amparo del cabo de Udra, en que, aun bailando lo suyo todavía, era todo ya coser y cantar. Allí fue donde papá se puso en pie, sin soltar los remos, y mirándonos sonriente, exclamó:

—¡Con una tripulación así, se puede ir a cualquier parte! ¡Os felicito, chicos!… ¡Venga, el Himno de la Escuela!…

Yo, cuadrándome como podía, dado el poco equilibrio por lo que nos movíamos aún, saludé militarmente diciendo:

—¡Gracias, mi comandante!

¡Fue estupendo aquello! Inmediatamente subían a las nubes nuestras voces acompasadas y entusiastas:

Soplen serenas las brisas,

ruja amenazas la ola,

mi gallardía española

se corona de sonrisas…

Me emocionaba yo cantando aquellos versos. Con la gasolina que les compramos a unos pescadores, junto a Beluso, zumbábamos para casa como delfines, otra vez a motor. Era un contraste, después de las horas silenciosas de la brega anterior, el desatarnos como nos desatábamos a cantar, sobre todo aquello que me gusta a mí tantísimo:

Ondiñas veñen. Ondiñas veñen.

Ondiñas veñen e van…

Non te vayas, rianxeira,

que te vas a marear.

Y luego las estrofas de la Virgen que me encantan:

A Virxen de Guadalupe
cando vai pol’a ribeira
descalciña pol’a area
parece una rianxeira.
A Virxen de Guadalupe
cando vai para Rianxo
a barquiña c’a levaba
era de pau de naranxo.

De todo aquello, mamá no supo nada. ¡Se hubiera muerto de pánico! Fue papá el que dijo: «En casa, ni palabra a mamá», y era delicioso tener a papá de cómplice.

En la cena dijo ella una cosa que me volvió brutalmente a la realidad de la vida. Se me apretaba el pecho como si me lo hubieran metido en una prensa, dijo así:

—Por fin se va Karin para Alemania.

No tenía yo el alma para preguntar. Por eso agradecí a Mito que dijera:

—¿Cuándo?

—El mes que viene —contestó mamá.

Se me disparaba el corazón como al galope. Quizá palidecí. Quizá también fue entonces cuando mamá me lo intuyó todo. Me miró de una manera enormemente inteligente; pero en todo caso disimuló y todavía se lo agradezco ahora. Entonces añadió sin mirarme:

—Claro que sólo será para el invierno; con esa condición va.

Esto último, algo me alivió, pero toda la cena fue un tormento para mí. Y al fin la sorpresa. Era notable el cambio de mamá para conmigo. No sé qué tendrán las mujeres para intuir las cosas del amor. Me tomó aparte al salir del comedor, y me dijo con mucho cariño.

—Toma, Nacho, de Karin.

Era un sobrecito cerrado, color de rosa. Ahora veo la habilidad con que obró mamá conmigo en todo aquel tiempo. Supongo que se divertiría también desde que lo sospechó. ¡Claro! ¡Con la experiencia que ella tenía!

Me encerré en el cuarto de baño para ver aquello a mis anchas. Era breve y decía así:

Querido Ignacio:

Ya es seguro que me voy a Alemania. En octubre será. Ya sé que lo sientes, pero piensa que volveré para el verano. No lo dudes un momento. En Alemania tengo tíos y primos y de verdad; quiero decir de sangre; pero mi familia sois vosotros y jamás podrá ser de otra manera. No te pongas triste tú. El invierno pasa en seguida. Te quiere

KARIN.

No voy a decir las veces que leí la carta; pero sí que la analicé frase y palabra por palabra. Había datos muy buenos a favor: a) que me escribiera; b) que pensara en mi tristeza; c) que sintiera mi sentimiento… Pero en contra: a) que dijera «mi familia sois vosotros»; b) que dijera «te quiere» (si me quería de veras en el plan que yo, no lo hubiera puesto así de claro, ¡la conoceré yo!). Lo apunté todo esto en el diario, en dos columnas y en la primera puse: «Haber» y en la segunda: «Debe». Total, dudas y dudas hasta romperme la cabeza.

Aquellos últimos días de vacaciones fueron horribles. Veía yo que me faltaba tiempo material para intentar algo, si es que cabía algo que intentar. Lo que me atormentaba no era que se fuera Karin a Alemania, sino que se fuera así, sin llevarme a mí en el corazón de la manera que yo me la quedaba a ella. ¡Es bárbaro lo que se puede sufrir con una cosa así! Y ¡qué impaciencia por que empezara el curso otra vez! ¡Por estar con el Padre!

En fin, todo llega en este mundo, y así, sin más, me vi en vísperas de salir para Vigo.

¡Qué melancolía la de aquella tarde! En el estado de ánimo en que me encontraba yo, me asaltaba hasta matarme la evocación de Cheché… Mamá, la chacha, los baúles, las recomendaciones minuciosas de rigor, las impertinencias de Mito… todo como siempre. Sólo Cheché faltaba allí. Sólo él, moviéndose por allí con su bastoncito y dándome suavemente a mí al pasar.

Luego de merendar no pude resistir a la vieja llamada y me largué lleno de murria al cementerio. No era murria por ser fin de vacaciones o así. Era cansancio de tanto luchar por dentro de mí; por tanto que llevaba sufrido aquel verano, que me parecía, él solo, mucho mayor que toda mi vida junta. Desde que naciera yo, hasta ir a vacaciones, parecía nada comparado con lo que suponían aquellos cuatro meses. Allí, ante el nicho, llegué a pensar otra vez si no era preferible el irse con él, que vivir aquella vida asquerosa. Sentía todos mis músculos como relajados y mi alma como en los pies, vamos. Estuve bastante allí, recostado contra la barra de la «bici», pensando. Lo único que no se contaminaba ya, en mi decaimiento, era la certeza de que Cheché era feliz. Por ese lado no había miedo; lo mío, ahora, ya no era por él, sino por mí

mismo.

Mamá me prometió que para mi cumpleaños, cuestión de mes y medio, me pondría de largo. Después de lo que yo lo había deseado, se creerá que me llevé un alegrón. Pues en aquella porquería de estado en que me veía, no lo disfruté como hubiera pensado yo mismo. Mito, en cuanto lo oyó, ya quiso armarla. Yo me callé, pero ya pensé entonces que podía esperar sentado; porque a él mamá aún lo trataba como a un crío, como a mí antes; y es que Mito no había cambiado ni torta.

Papá se encerró con él en el despacho y debió cantarle las cuarenta, juzgando por lo que tardó en salir y por la cara que traía. Luego me llamó a mí. Me hizo sentar sin solemnidad y empezó a hablar paseando por el cuarto.

—Los meses que acabamos de pasar han sido duros para ti, Iñaki, ¿vedad?

Yo asentí con la cabeza, sin hablar, y él hizo una pausa.

—Me alegro —dijo, y añadió—: ¡Entiéndeme! Por lo que a ti toca, me alegro. Esto te ha hecho bien.

Se ve que pensaba lo que decía y apostaría algo a que habían hablado mamá y él, antes de aquello, sobre mí.

—¡No has sido un héroe precisamente, ni te han faltado impertinencias! Hiciste sufrir a mamá y me pusiste los nervios de punta a mí mismo más de una vez. Supongo que lo reconoces.

Se me hacía irresistible con aquel tono amigo y afectuoso y dije:

—Desde luego, papá.

—Pero eso —siguió— hay que perdonártelo, porque no podía ser sin estridencias el cambiazo que tú has dado …

Estaba delante de mí cruzado de brazos y envolviéndome todo en una mirada, que a mí me pareció de cierto orgullo, no sé.

—Has ganado infinito, Iñaki, ésta ha sido la resultante, aunque aún se te ve a media bordada. Por eso mismo es necesario que sigas avante. Has salido de puerto ya, no es cosa de retroceder. El colegial crío del año pasado no puede volver a darse en ti; ya no es digno de ti. No te lo digo por la pequeñez de conseguir de ti unas notitas apañaditas en conducta y eso. No; es algo mucho más trascendente… Vas a cumplir dieciséis años. El consejo que te doy, de corazón —se inclinó apoyándose en la butaca mía—, es que mantengas la confianza total con Padre… que le cuentes lo de dentro.

Entendí perfectamente que había llegado a comprender, por sí o por mamá, de que yo llevaba un problema a bordo, pero que no quería él violentarme. Luego me habló de otras cosas intrascendentes. Yo esto, el que me trataran así,

lo agradecí infinito.

Luego, tomándome por los brazos, me hizo poner en pie. Estábamos así, frente a frente, mirándonos a los ojos. Él me tenía cogido con las dos manos por los hombros.

—En fin, Iñaki —dijo—, algún disgustillo, aún me has de dar, ¿no?; pero estoy seguro de que no desertarás del esfuerzo en que te veo por ser un hombre, por entrar ya en la zona de la responsabilidad… Reconozco que te esfuerzas entre dificultades… ¡Confío en ti!

¡Qué cosa! ¡Cómo vibra todo mi ser, hasta las entrañas, cuando se me habla así! Salí del despacho como para una cruzada. De aquélla no tenía ni idea yo de que el Padre se escribía con papá sobre nosotros, sobre mí especialmente, y me maravillaba lo concordes que siempre iban, cada cual por su lado.

Me desnudé y caí de rodillas sobre la alfombra. Pedí muchísimo; con toda mi alma; porque aunque ahora parecía que el demonio me dejaba libre de aquellas tentaciones tan molestas, que tantos malos ratos me hicieran pasar, se me habían planteado problemas como el de Karin; y aquel equilibrio y control de mí mismo, aquella dureza que todos, el Padre, ella y papá, parecían esperar entonces de mí, sólo yo sabía y sé lo que cuesta, y lo difícil de mantenerse en esa línea, que aún ahora me apetece de vez en cuando volver a un pataleo de aquellos que me desahogaban no hace mucho. Las tentaciones, eso sí, no es que hubieran desaparecido totalmente, ¡ni hablar!; lo que pasaba era que al lado de aquellas obsesiones de antes, ahora ya no merecía la pena ni consignar lo que venía. Y aun por encima, además de la ayuda descomunal de la comunión y la enorme protección de mi madre la Virgen, el solo pensamiento de Karin me bastaba para botar por la borda todo lo que no fuera más azul que el cielo de mediodía y más blanco que la espuma del mar.

Cuando apagué la luz, tuve una conversación, que quizás fue la primera vez que empalmé, lo que se dice empalmar, con mi hermano Mito.

—¿Qué te dijo papá? —preguntó él.

—Unos consejitos, ¿no sabes?

Mi voz procuré yo que fuera afable. Como él no repuso nada, pregunté:

—Y ¿a ti?

Me agradó sumamente que desahogara conmigo, cosa imposible de imaginar en otra ocasión anterior.

—¿Tú crees razonable —decía— que me venga con que avisará al Colegio para que, quincena que me carguen en sólo una, aunque nada más sea, quincena que me dejen sin partido?… Y ¿hay derecho a que me exija una cosa

así desde el primer día?…

Bien me di cuenta entonces de que papá confiaba en mí de verdad, pues de sospechar él que yo iba a andar como Mito, me hubiera dicho lo mismo a mí. ¡Eso como dos y dos son cuatro! Me alegró esa comprobación. Pero a Mito no iba a ser fácil aplacarlo. Sin tono alguno de superioridad ni reproche, le dije:

—Si te lo exige, Mito, es porque te cree capaz de ello.

—¡Sí, capaz!, y tú, guapo, ¿no cateabas el año pasado?

Ésa era la lógica de Mito. Yo tuve paciencia.

—Es cierto que yo cateaba el año pasado, pero también es verdad que yo hace un año era un idiota.

Esta razón pareció satisfacerle, pues habló ya en otro tono.

—Sí, se proponen muchas cosas —era como decírselo a sí mismo—, ¡pero luego es imposible cumplir!

—Imposible, no; difícil, pase.

—¿Vas tú a aprobar todas las quincenas? …

—Creo que sí, porque lo voy a intentar.

Lo dije sin sombra de jactancia.

—¡Cualquiera! —repuso.

Aquí creí yo dar mi golpe maestro.

—Lo que haga yo, es evidente que lo puedes hacer tú también.

Con esta concesión creí ganarlo, pero entonces dijo él algo sorprendente:

—No, Iñaki; tú estás ahora a cien codos por encima de mí.

Una confesión así, jamás la hubiera obtenido yo en mi vida, queriendo demostrar mi superioridad.

—¡No digas bobadas, hombre!; te llevo un año y para de contar.

Quedamos callados un momento y volvió a hablar para desconcertarme:

—Nano quiere ser como tú ahora, y debe tener razón …

—¡Nano y tú estáis locos! —dije nervioso—. ¡Hasta mañana, si Dios quiere!

¡Si supieran ellos, pensaba, como las estaba pasando de a kilo yo!

****

LIBRO TERCERO

Scribo vobis, iuvenes, quoniam fortes estis.

Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes.

SAN JUAN, 2,14.

OCTUBRE

A las once en punto salimos con mamá, Nano, Mito y yo. Venía ella para hacernos, como de costumbre, compras de ropa y tal. Yo iba con la emoción que se puede suponer, pues aquellos días que empezaban, eran definitivos. El viaje fue un vuelo; y más para mí, que lo pasé soñando. En un momento tuve delante a Karin, que me abría la portezuela como siempre, y bien sonriente por cierto. Yo, según bajaba, ya le dije:

—¿Cuándo?

—El quince —respondió sin dejar de sonreír.

Me pareció que me miraba con compasión, pero en aquel momento llegaba Patri, alborotando con su bromita de años:

—¡Viudo!, ¡viudo te quedas!

Me puse colorado, claro.

En seguida hubo que bajar a Vigo de compras malditas con mamá. Calzado, corbatas, ropa de abrigo, ¡qué sé yo! ¡Ah!, y escoger la tela para mis trajes, que los harían para la fecha convenida. A Nano se lo quedó en casa Patri. Yo pensé decírselo: que estaría enamorada de él en pequeño, porque es clavado a Juange. Las telas mías las escogí yo mismo, y mamá aguantó que no pasara por un príncipe de Gales que a ella la volvía loca. Total, volvimos para comer.

Para mí la comida fue todo observar con disimulo a Karin, que se la veía tan serena. ¡Qué distintos fuimos siempre! Tuvimos tenis luego; cantó Nano, y perdimos, aunque no faltó mucho, la verdad; 6-4, 3-6, 5-7. A mí no me importó perder, pues, en un aparte, me había dicho Karin:

—Ahora has de plantear al Padre el asunto aquel …

—¿Qué te importa ya, si te vas?

Lo dije casi con amargura.

—Si el Padre lo aprobara —dijo—, lo de menos serían los kilómetros.

Oyéndola, tenía yo una intuición imprecisa de que pensaba en mí, y una especie de deliciosa trepidación me sobrecogía.

—El día ocho te traeré la respuesta.

El ocho sería domingo y saldría yo. Se lo dije sin atreverme a aventurar una sonrisa.

A las seis de la tarde, y con todos mis líos a bordo, entraba de nuevo en el Colegio. Venían Mito y Nano, que ya pasaban a mi misma División, y mamá que quería saludar a los Padres, como es costumbre en estas ocasiones. Se metió ella en la portería y nosotros tiramos para el chalet a buscar nuestro sitio en el dormitorio. Yo creo que no dimos cuatro pasos sin enterarnos de la noticia bomba. Fue un pipi de Sexto.

—¿No sabéis? —dijo—, ¡cambiazo de Espiritual!

A mí no me afectaba demasiado y quedé tan fresco, pero Mito preguntó:

—¿Quién nos ponen?

—¡Al padre Urcola!

Si me llega a arrear un tortazo, no me sorprende más.

—¿Qué estás diciendo?

Creo que lo agarré como si me hubiera insultado. Fue el susto que me dio, hasta que entendí lo que era. Es que a mí me separaban en aquel instante del Padre, y me daban la puntilla; pero no había tal cosa. Lo ponían de Espiritual de mayores, o sea: un cambio de cuarto. Desde luego el que lo había mandado así (el Provincial o quien fuera), había tenido buen ojo. ¡Si lo podría decir yo! El padre Urcola era para eso más que para nada, y aunque de Inspector nuestro era el súmmum, podía hacer mucho bien de Espiritual; eso ya lo vería yo; pero no se podía dejar de sentir que nos lo sacaran de la División. Para mí la ventaja estaba en que ya no me pondría dificultades como antes, cuando me quería mandar al padre Espiritual, hasta que se convenció de que conmigo tenía que ser él o nadie. Ahora me confesaría con él también; pero me iba a matar, pensaba yo, no tenerlo en la División. Resultó que había un tal padre Baltar para substituirlo en la Inspección. Bueno, ya veríamos.

Al entrar en el dormitorio, empezaron los abrazos. Alguien me aplicó por detrás una «doble Nelson», que me inmovilizó, con la barbilla incrustada en el esternón, teniendo que esperar pacientemente hasta que me quisieran soltar, para volverme y tropezar, cara a cara, con el grande, con el inconmensurable Azufre.

—Pero ¿no te mató tu padre?… o ¿eres tu espectro? —exclamé yo, mirándolo como incrédulo.

—¡Y luego! —respondió con su simpático tonillo.

Nos cascamos un abrazo y me incrustó todas sus costillas que debieron formar cremallera con las mías, pues estaba tan delgado como yo. Tras él hubo saludos para todos, faltando como de costumbre los de La Coruña. Lo que me alegró fue ver mi camarilla en la esquina misma que da a la ría, con dos ventanales casi sobre el agua, y al lado, precisamente… ¡Panchito! Sí, allí estaba el letrero y lo seguía viendo yo, aunque me frotaba bien los ojos. Estoy seguro de que aquello fue una delicadeza para con nosotros del padre Urcola. Mito y Nano, en cambio, estaban bien separados: para que no charlaran, supongo, que tienen la lengua más larga que una cinta métrica.

Bajé a la portería para despedir a mamá. Estaba con el padre Rector, que me recibió de modo incomparable, con frases de mucha confianza y muy sinceras que parecían. No sé qué le habría dicho mamá.

Hablábamos así, cuando se abrió la puerta y, de prisa como siempre, entró el Padre. Me llevé yo un alegrón sólo verlo. El padre Rector se despidió entonces y quedamos allí mamá y yo con el padre Urcola. Yo recordaba por dentro todo mi secreto, que ellos no podían sospechar. Observé la naturalidad tan grande con que los dos se movían y trataban. La conversación recayó sobre Cheché, y mamá en seguida tuvo que recurrir al pañuelo. Yo miraba todo, escuchando muy serio. Como mamá se emocionaba mucho con aquello, el Padre le habló con gran valor, sin rehuir el toro. Le dijo cosas magistrales, que no las pongo, porque no me las dirigía a mí. Todo se resumía en que el matrimonio era a fin de crear hijos para el cielo, y que eso, en el caso de Cheché ya estaba felizmente conseguido, mientras que en el caso de Mito y en el mío, así lo dijo, aunque él tenía unas esperanzas tan grandes, no se había dicho la última palabra. Fue de maravilla cómo la sosegó a mamá, que por fin se dominó del todo y ya cuando llegó Mito, escuchaba tranquila lo que el Padre decía. Hablaba él superiormente de la grandeza de las madres y de lo que influyen o pueden influir en la salvación de sus hijos, y yo recordaba la estampa de Cheché, la del secreto con mamá, y a lo mejor también mamá pensaba en lo mismo. El Padre, ya se ve que es de miedo y a las pocas palabras te está metiendo inyecciones a la vida espiritual. Mamá, por fin, dijo:

—Muchas gracias, Luis.

Y le noté lo impresionada que iba de todo aquel discurso del Padre. Salimos todos al coche con ella y a mí me dijo al abrazarme:

—¡Adiós, Nené! —como cuando estaba en la cuna—. ¡Que seáis muy buenos!

No la llevé a mal que desenterrara aquel nombre, porque la veía emocionada al dejarnos. Tenía que acordarse de otras despedidas. Luego, ya

en el coche, aún le dijo al Padre:

—Te los dejo, Luis. ¡Cuídamelos mucho!

—¡Mamá! —interrumpí yo—. ¡Si ahora lo han hecho padre Espiritual!

—¿Sí? —dijo ella—. ¡Pues tanto mejor!

—¡Descuida! —le dijo él—. ¡Son de confianza!

Me miró y se sonreía con esa chispita en los ojos que le sale.

Mito escapó volado, nada más arrancar el coche; yo me quedé un poco con el Padre, que ya se me iba a largar.

—Padre, y ¿ahora?

Se reía más y más.

—Ahora mejor que nunca, hombre.

—Sí, pero en la División…

Me interrumpió:

—Mira, en la División ya no eres el del año pasado… Además te viene mejor luchar allí, un poco a solas, como quien dice.

¡Qué bien me hacía sólo estar al lado del Padre! ¡Cuánto más oírle hablar! Pensé que sería fácil plantearle mi cuestión, aunque era prematuro allí y había que contar con tiempo desahogado.

—Ya hablaremos, ¿no? —dijo él.

—Sí, Padre, y prepárese. ¡Verá la de cosas que no se imagina!

Se echó a reír.

Me estaba desnudando yo en mi camarilla, cuando entraron los de La Coruña en el dormitorio. Al sentir que venían, me apresuré y estuve dispuesto para recibir a Panchito como un «botones» de hotel.

—Por aquí, señor —dije, y tomándole el maletín de mano, le precedí hasta su camarilla.

Él, siguiendo mi pantomima, me tendió con gesto magnífico un puñado de calderilla, y al tomarlo yo, vio mi nombre y cayó en cuenta de nuestra vecindad.

—¡Fenomenal! —dijo, y me abrazó.

En tantísimos años, jamás nos habían puesto juntos, y eso que bien se sabía que éramos íntimos. No sé por qué harán a veces cosas tan raras, como ponerme a mí al lado de Fernández, por ejemplo.

Como había madrugado todo el verano, no me costó nada levantarme. En cambio, algunos como Azufre, cuatro camas más allá, ponían una cara que daba pena. Otros años éste era un momento terrible, pero ahora yo no era el mismo y además me veía ante días decisivos, con un problema que me absorbía.

El cambio del padre Urcola a Espiritual, por esa parte, gustó a todos, porque no hay quien no lo viera bien al Padre; pero todos también sentían que dejara la División, y andaban a la expectativa con el sustituto.

Por la tarde pude coger a Pancho en plan. Me escuchó como siempre. ¡Cuánto le debo yo a Pancho por estos desahogos!, porque hay que ver lo que hablé y con qué ganas. La famosa conversación con Karin, cuando quedamos en acudir al Padre, se la conté como si la tuviera en cinta magnetofónica; como que aún me la sé de memoria. Él, que había estado callado y con una atención que jamás se le ve en clase, me interrumpió cuando le contaba yo mi ilusión de Santiago de Vigo. Me miró y dijo con ese aplomo suyo:

—Ella se refería a ti, Nacho.

—¿Tú crees eso?

—¡Es evidente!

Para él era la cosa tan meridiana, que yo le llevaba la contraria obstinadamente sólo por placer de oírle afirmar, de aquel modo, que yo era el que Karin pensaba. Precisamente me estaba dando la vida Pancho, porque yo ya había perdido toda aquella fe.

Bueno, se hartó él de llamarme crío y tozudo y casi se enfadó; mejor dicho, sin casi, porque ya dijo:

—Mira, chico, si lo que merecerías tú sería tener razón. ¡Me alegraría, hombre, te lo juro! ¡Eres insoportable!

Y se fue a jugar, dejándome plantado a mí. Es que yo estuve impertinente, contradiciéndole, es cierto, pero ya digo, que era por la vida que me daba él, sus razones y convencimientos. Si lo de Pancho era verdad, yo era feliz: y aquella tarde me convencía yo por momentos de que lo era. Me mezclé entre los que jugaban, y pataleé como una fiera.

Después de cenar, Pancho me cogió aparte y me volvió a sacar lo de la tarde, con mucha paciencia, diciéndome que no se podía dudar; lo que pasaba, decía, era que yo no conocía a las mujeres. Estuve por decirle, en buen plan, que tampoco él; pero me callé, porque la verdad es que él siempre fue delante de mí en esto. Yo le conté cómo me había curado hasta de las tentaciones y pensamientos de antes, que ya sabía bien cómo había andado yo, y él decía de la suerte que yo había tenido con Karin. Porque él estaba de acuerdo conmigo,

que sólo se debe querer a una; pero que para lo que le pasó a él que ves a una, cualquier día, y ya se hace uno la mar de ilusiones, y luego resulta una imbécil. Así hablamos. Total, que yo llegué de nuevo al colmo del optimismo, y aquella noche soñé infinito antes de dormirme y luego.

El retiro de comienzo de curso, que todos los años lo hay, lo dio el padre Urcola, para estrenarse como Espiritual.

Para mi gusto, tuvo el acierto de no suponer que veníamos demasiado averiados. Hubo sobre todo una arenga que nos echó a nosotros solos, los congregantes, que me entusiasmó hasta el escalofrío. Lo sacó todo de un texto de San Juan, que yo me aprendí luego de memoria: Scribo vobis, iuvenes, quoniam fortes estis, et verbum Domini manet in vobis, et vicistis malignum. Él lo traducía así: «Me dirijo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, porque la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al enemigo». Fue formidable la manera que tuvo de exaltar al muchacho que se ve asaltado por los cuatro horizontes; o si queréis, decía, por los cinco sentidos; el muchacho que, sin que nadie lo sospeche, quizá entre el mimo y las atenciones de toda su familia, libra día tras día la dura batalla de la gracia, con el vigor y el heroísmo de un antiguo cruzado redivivo, en medio de este mundo blando, flojo… falto muchas del coraje indispensable para no rendir sus banderas al enemigo secular…

Yo oía aquello recordando, así, en globo, por qué pruebas había tenido que pasar, mis peligrosas ignorancias, mis curiosidades, las noches de lucha y sobresalto, los amigos… todo, todo, y las energías que había tenido que sepultar en aquella brega, de la que ahora me enorgullecía, porque, oyéndole a él, gozaba con todo el corazón, de tener el alma como la tenía. Mucho me emocionó cuando, al fin, dijo en aquel tono suyo tan insinuante:

—Vosotros —se dirigía a la mesa de los que estábamos allí—, los que habéis mantenido la espada en alto, los que habéis defendido vuestro alcázar interior, sin dejar resquicios al enemigo; los que volvéis con la bandera de la gracia izada a tope, después de haberla mantenido, clavada allí, durante cuatro meses de combate… aunque no hayáis tenido testigos en la tierra de vuestro coraje y heroísmo, os lo digo de parte de Dios, sabed que ni una sola de vuestras victorias quedará sin registrar en el libro de la vida, esa historia que no miente; sabed que, metidos en cuerpos a medio hacer, tenidos quizá en menos por los mayores, o por los que se creen serlo, habéis sido muy hombres; demostrando la verdadera virilidad, la verdadera hombría, que no está en otra cosa que en ver claro con el entendimiento, el camino a seguir, y andarlo con paso recio por vigor de la voluntad. Ver claro y resolver recio. En eso se cifra el hombre. Ésa ha sido la ecuación de vuestro triunfo… Y cuando las tinieblas os han envuelto quizá, cuando el vértigo del peligro ha amenazado al abismo, no lo olvidéis: ¡Ella! ¡Ella ha sido la que ha estado cerca de vosotros, de sus

congregantes, para completar, por piedad maternal, lo que faltara por debilidad humana a vuestra fortaleza…!

¡Qué agradecimiento me salía a mí del alma hacia la Virgencita del Colegio, porque veía yo hasta qué punto era gracias a Ella el que yo pudiera oír aquellas cosas, como dichas a mí con justicia!

Nunca daré suficientes gracias a Dios por la misericordia que hubo de mí en el cielo, durante aquel verano. ¿No entraría Karin en aquella misericordia que tuvo Dios de mí?

No encontraba yo el momento de poder empalmar con el Padre. Unas veces no podía ir con tiempo suficiente y otras estaba aquello sitiado. Era de miedo la cola que tenía, porque con su popularidad y simpatía de antes todo el mundo se volcaba ahora con él.

Aquella primera semana, ya la viví yo a mil kilómetros del ambiente vulgar de la mesa. Los veía a la mayoría como vacíos, o como si llevaran por cabeza una boya abarrotada de estupideces. A mí, en cambio, me sentía yo pesar. Me sentía repleto de nuevas fuerzas, armado, como quien dice, para un combate que estaba empezando. No sé si será exagerar las cosas, pero tenía conciencia de una gran responsabilidad; de estar tramando mi porvenir, ni más ni menos. Las frases del Padre sobre el soñador, que me las sabía bien de memoria, las tenía siempre presentes; y no sé de dónde me salía el impulso de mejorarme en todo; de hacer algo grande: de llenar mis sueños de realidad. Estoy seguro de que no era orgullo el deseo que me vino de sobresalir por mí mismo. En el fondo lo que me impulsaba a mí era Karin. Ahora lo veo claro como la luz. Era crecer para ella, lo que yo quería; conquistar para ella. Era todo muy vago, pero la resultante salía ésta: que yo quería mejorar en todo. Así me encontraba tantos contrastes; primero conmigo mismo, porque en el Colegio, el recuerdo más próximo que tenía de mí, era el del curso anterior; o sea antes de lo de Cheché, antes de lo de Karin; o sea el crío aquel follonista, que vivía al día sin ninguna profundidad. Segundo, con los demás. Basta un ejemplo: ahora todos hablaban de chicas, hasta Jaime; dejo a un lado a los que al hablar insinuaban lo que no voy a poner aquí, pero aun los otros, los que hablaban bien, todo era comentar de gustar o no gustar, de enamorarse y desenamorarse… que vamos, se veía a la primera que no tenían ni idea de lo que es el amor, con tanto fanfarronear. No profundizaban, pero es que nada. Yo a Karin, mientras todos hablaban de Pili y Marta y qué sé yo, no la sacaba para nada. Sacarla, de aquel modo, al público, para mí sería como profanarla. Sólo con Pancho hablaba de ella, porque Pancho siempre me comprendía a mí.

En los estudios me propuse no soñar y empecé a chapar lecciones como una animal. Lo malo era que se me pasaban un día y otro y no había modo de sintonizar con el Padre. Parecía estar más ocupado que de inspector. Ya sabía

que yo quería estar con él, pero no tenía prisa. No se podía imaginar cuánto me urgía a mí aquello. Pensaba yo que si lo que decía Pancho era cierto, ella, Karin, tenía que estar tan impaciente como yo. Esto me daba gusto imaginarlo.

Creí que el sábado por la tarde sería, por fin, el momento de hablar con el Padre. Sí, sí; se le pegaron todos los tíos de la Junta de la Congregación y ahí me ves a mí, al borde de tener que salir el domingo, sin haber hecho la gestión decisiva. No hay idea del humor que llevaba yo, cuando me tuve que ir a acostar, tras de estar esperando a la puerta del Padre, por si venía después de cenar. Pancho, que me lo notaría todo, se inclinó desde su cama, cerrando la puerta del armario que separa, y me dijo:

—¿Qué, Nacho? ¿Mar gruesa?

—¡A mí todo me sale mal! —estallé yo.

Confieso que en aquel momento, hasta me entraban unas ganas enormes de llorar. Pancho no se dejó impresionar y me contestó recostándose en su almohada:

—¡Quéjate tú, hombre!… ¡Si los demás somos todos felices, claro!

Cuando le dije lo que me pasaba y que sólo era porque me habían chafado la charla con el Padre, casi me mata. Tendría razón, no lo niego; pero hay que pasar por donde pasaba yo aquellos días de esperar y desesperar, que tres o cuatro me era un siglo.

Llegó la mañana del domingo y llamada que me dan al teléfono. Voy allá y me sale la chacha de Patri, ¡imaginarse!, para decirme que no nos vendrían a buscar, porque la señora y las niñas se habían ido a La Coruña a no sé qué fiesta que daban. Esto acabó de baldarme a mí. Salí de la cabina que no veía. ¡Que dijera Pancho ahora! En un momento se me derrumbaban todas las ilusiones, igual que las cartas cuando hacen castillos con la baraja. Corrí a refugiarme al dormitorio, donde no habría nadie a aquella hora. ¡Y yo que creía que ciertas cosas se habían acabado!… Lloré, lloré como un crío, allí tirado sobre la cama. Lo que le importaba yo a Karin, ahí se podía ver; igual que me importaban a mí los cafres. Se iba a marchar, era quizá la última ocasión tranquila que se nos ofrecía, y, ¡hala, a La Coruña! Y en La Coruña, bailaría aquella tarde, como si lo viera; y los tendría así, alrededor, como siempre, y mayores que yo… si es que no estaba allí ese que me había creído, iluso, ser yo mismo. Total, yo era un niño. ¡Cómo se debía haber reído de mí! Me la imaginaba comentando todo con Patri, riéndose como locas. Aquello fue una hora de desesperación como las de Cheché. Debo reconocer, en todo caso, que fui muy injusto entonces; es que la imaginación lo pierde a uno. Aquella mañana era un guiñapo yo.

A las once y media, cuando estaba agotado ya de aquella crisis, aunque,

eso sí, que me había lavado la cara, subieron los jugadores para el partido que se tenía de preselección. Yo estaba señalado para jugar y era imposible negarme sin pasar por un caprichoso. Además ya no era como el año anterior, pues los deportes, naturalmente, los había dejado el padre Urcola, y había un entrenador de fuera. Con todo, me encontraba sin ánimos en absoluto. Fue Pancho el que me zarandeó sin contemplaciones, mientras me decía al oído: «Tienes que jugar por encima de todo. Lo vas a hacer por mí; porque te lo pido yo». Más adelante me dijo que aquella mañana me había salvado. No sé. Pues me cambié y ni podía con las botas. Salí de interior en el equipo A, con Pancho en el centro y Vázquez en la izquierda. Desde luego ése era mi puesto. Fue uno de esos partidos en que todo el mundo se mata, porque a todos les gusta ser del equipo del Colegio, y de allí, de aquellos veintidós tenía que salir la selección. Ahora hay que ver también de qué temple estaba yo. Nunca recuerdo haber pasado tan mal rato jugando. Es que no me podía quitar la obsesión del desengaño tan enorme que me había caído encima. Pancho jugaba con toda el alma para mí, eso estaba clarísimo, pero era imposible: yo llegaba tarde a los balones o no le veía la jugada. Tampoco tenía ánimos para bajar a enlazar con Azufre, que se alineaba de volante detrás de mí. En resumidas cuentas, un fracaso mío y un empate en el marcador. No faltaron recriminaciones y algunas con malicia. Cuando íbamos a vestirnos, yo iba derrotado y ni para bracear tenía humor. Pancho, ya lo vi que me miraba sin decir palabra. Se vestía junto a mí, después de la ducha y tuvo la discreción de dejarme en paz. Vino Mito a pedirme linimento, pues lo habían puesto de extremo en el B y estaba emocionado el hombre. Me dijo:

—¿Qué te pasaba que no se te vio?

—¡Déjame en paz! —contesté.

Se quedó asombrado, mirándome con el frasco en la mano. Es que ya había perdido la costumbre de que lo tratara así. Luego se encogió de hombros y se fue sin decir más. Igual se pensó que yo estaba de mal humor por haber hecho un partido desastroso. Eso ya se me ocurrió, que me había volado el puesto en el equipo titular, pero entonces me tuvo sin cuidado.

En el comedor siguieron las indirectas. Me di cuenta ya de que me había ido convirtiendo en el tipo de moda. Al parecer, ya se había comentado lo suyo mi cambiazo y si yo era otro, que se dijeron lindezas. Pues aquel día, con lo que se vio en el partido, todo se actualizó. Supe que algún idiota, como Fernández, dijo que lo que pasaba era que yo me quería hacer el interesante. Los de la mesa se portaron bien conmigo. Claro que Pancho, naturalmente, era incondicional; pero Jaime también me estima a mí, y el mismo Azufre, no soy yo un cualquiera para él; no en vano compartimos durante años mil castigos, y más de una vez pagué algunos por él. Fue una comida violenta de todos modos, pues yo debía tener una cara más larga que un día sin pan y tampoco

hacía nada por dominarme. Pero aquí se ve cómo Dios juega con nosotros, porque si algo había que yo no esperaba, era lo que pasó en aquella misma comida. Vino el padre Olmo, el segundo de a bordo, y dándome un golpecito en la espalda, me dice: «Al teléfono». Iba yo para la cabina, fastidiado de tener que aguantar a mamá en aquel momento mío. Ahora no me lo creerá nadie, pero cuando cogí el aparato y dije: «¿Qué hay?», fue sentir un estremecimiento que creí que se me rompían los nervios y no podía hablar con la garganta agarrotada que se me puso. Allí, al otro lado, aquella voz incomparable decía:

—¡Ignacio!… ¡Nacho!… Soy yo, Karin …¡Soy Karin!…

Y repetía otra vez:

—Ignacio, ¿no oyes?… ¿Con quién hablo?… ¡Oiga!

Es que yo estaba en el cielo oyéndola, Por fin dije:

—Soy yo, Ignacio.

No me salió otra cosa mejor. Luego ella hablaba y hablaba, que no había querido ir, pero que se había empeñado la tía y lo que lo había sentido; de todos modos, la marcha suya se había retrasado para unos días; que estaba fastidiada allí y que si no me llamaba se moría, aunque ya se figuraba que yo estaría divirtiéndome tan fresco… Bueno, aquello era un sueño para mí, aunque dijo también que había allí muchos conocidos de Vigo y otras cosas menos tranquilizadoras, pero eso fue lo menos, y volvía a lo que había sentido no estar en casa para aquel día. Yo oía y oía todo aquello, que era un banquete para el oído. No es que así, en conjunto, dijera algo que no fuera natural, pero por lo menos aquello ponía las cosas como estaban antes y mejor aún, porque la frase esa, la dijo: «Que si no me llamaba se moría». Yo estuve sosísimo. No sé qué pensaría. Algo tenía que pensar, porque yo le tenía que parecer un conductor de tranvía, o cosa así; pero es que no se me ocurría nada, ¡qué iba a hacer!

Cuando volví al comedor, todo lo miraba de otro modo. Ellos notaron el cambio inmediatamente. Entonces Azufre dijo:

—Lo menos que te diría tu madre es que te doblan la paga.

—Algo mejor —dije yo sonriendo.

Pancho, que me miraba a fondo, comentó:

—No era tu madre.

Le eché yo los ojos intensamente y le dije a media voz:

—¡Por favor!…

Entonces ya no dijo nada. Azufre no pudo entender. Yo aún les pedí perdón por mi actitud anterior y vi que eran amigos de veras, pues se les alegraba la cara de verme contento. «Este Pancho maldito —pensaba yo—. ¿Cómo se las arreglará para adivinarme lo que pasa por dentro de mí?».

Cuando luego, de noche, le contaba yo toda esta historia del día y lo que había pasado por la mañana, me decía él: «Pero ¡qué nene eres, Nacho!», cosa que por el cariño con que me la dice y por ser él, pues a otro ¡se lo iba yo a aguantar! Pero antes de esa noche pasaron cosas trascendentales.

Jugaba el Celta en Balaídos. Con la impaciencia que de nuevo me había entrado, vi que era la gran ocasión. Dije que no quería ir al partido y me escondí a la hora de la marcha, para no llamar la atención. A eso de las cuatro estaba yo palpitante, llamando a la puerta del padre Espiritual. Cuando me contestó su voz desde dentro, abrí muy nervioso. El cuarto estaba casi en penumbra, pues hacía calor aquel día y tenía las persianas echadas. La manera de ser del Padre, se veía allí nada más mirar. Tenía la mesa atiborrada, a pesar de sus dimensiones, de modo que allí no se hacía pie. Listas, fórmulas, impresos, revistas de congregaciones, sobres con fotos, cartas por todos lados, una regla de cálculo, el «Rey Pastor» y las tablas de Schrom, propaganda, Boletines del S. I. P. E., artículos para el Possumus, ¡qué sé yo! Supongo que aquí no digo ni la mitad de lo que había. Al entrar yo, él siguió escribiendo sin ver para mí, con los ojos fijos en la máquina. Escribía a Héctor, pues deletreaba el párrafo según lo iba ametrallando con las teclas y lo entendí en seguida. Por cierto que ya se había dicho bastante que a Héctor lo había metido él en la Compañía. Al fin estiró sus largos dedos y volvió la cara para mí. Noté perfectamente la alegría que le brilló en los ojos, aunque estoy seguro de que la quiso disimular, pero eso me animó mucho. Es capital, creo yo, cómo lo reciben a uno.

—Sabía que no pasaría de hoy sin que me buscaras tú mismo.

Su voz era cordial y muy acogedora.

—Padre —dije yo, deseando lo contrario—, estará muy ocupado.

—Eres tú más importante que todo esto.

Señalaba a todo lo de la mesa, y al cuarto, lleno de huchas y otros cachivaches de la Congregación. Esta entrega total, tan típica suya, que parece como si Dios lo hubiera hecho sólo para ti, es de lo que más te anima. Me hizo una seña y me senté a su lado, en la butaca que tiene para recibir.

No sabía yo cómo entrar, pero con él no hay problema, porque sabe llenar cualquier silencio embarazoso.

—Toda la semana te he venido observando desde lejos, Nacho; por mí, por

los inspectores… esta misma mañana te he visto jugar, o mejor dicho, no jugar —¡figurarse!— Si te digo la verdad, te veo fluctuar, como tu balandro cuando el viento salta, inseguro, de un cuadrante a otro… Psicológicamente has crecido cuanto se podía desear, y mucho de lo que el año pasado eran sólo posibilidades estupendas, pero de insegura consecución, ya son realidades en ti. Pero te he notado ahora… como frenado en tu avance… ¡qué sé yo!… como si tu quilla se hubiera embotado en un banco de arena…

Le escuchaba yo con mucha atención para que no se me escapara una palabra.

—No te quise llamar yo mismo antes, porque te conviene el esfuerzo personal y un poco, un poco, ¿eh?, de brega solitaria; pero he estado a la expectativa, siguiéndote de cerca y, sobre todo, hablándole a la Virgen de ti.

Aquel tono de voz, natural, intimo, era como un linimento para mi alma. Más que las palabras, me penetraba la expresión que les daba.

—Estoy seguro de que ya no es Cheché quien te detiene ahora.

—No, Padre.

—Tampoco serán dudas respecto a problemas en que estás perfectamente instruido ya.

—Tampoco, Padre.

—Ni siquiera tentaciones molestas… me hubieras hablado antes.

—No, Padre, ahora es distinto.

Aquello era irme entrando él en el alma, irme localizando sin yo tener casi que hablar. Entonces fue cuando, con la mayor naturalidad, hizo una pregunta que me maravilló. No sé si fue un golpe de audacia, o una de esas intuiciones suyas en mis cosas, pero que lo facilitó enormemente todo.

—¿Se trata, quizá, de una chica? …

Me miraba acogedoramente. Yo, sin bajar los ojos, respondí:

—¡Sí, Padre!

Ya no me daba ninguna vergüenza. Él, con la misma naturalidad y sin dejar de sosegarme con la mirada, dijo entonces:

—Qué, la quieres mucho, ¿verdad?

Aquí me desbordé yo. Me era maravilloso que el Padre me hablara así y lo viera todo tan naturalmente. Aquello en una persona mayor, en el Padre, valía tanto como reconciliar mi mundo secreto con el del resto de la gente.

—¡Sí, Padre! —repetí—. ¡La quiero mucho! ¡La quiero del todo y para

siempre jamás, Padre! ¡Ella o nadie más! …

Así seguía yo con toda el alma en la voz, hasta que me él tapó la boca suavemente con la mano.

—¿No será mejor —dijo— que me lo cuentes desde el principio?…

—¡Sí, Padre! ¡Si es a lo que venía!

Entonces agarré yo el rollo, que lo cogí desde llegar a Salinas con todo detalle, porque no quería que se me pasara nada, hasta el menor sentimiento que hubiera pasado por mí. ¡Cómo hablé, madre mía! Él escuchaba sin chistar, pero su silencio se convierte en diálogo por la expresión, el interés, la vida con que te sigue. ¡Ahora me doy cuenta de cómo debí volcarme delante de él; con qué pasión, con qué gestos, con qué alma debí hablar la hora larga, lo menos, que él me escuchó! Se sonreía a veces, como cuando yo dejaba el hilo y empezaba a ponderar a Karin, sin poderlo evitar, y él oía un poco y luego me ponía el dedo sobre los labios y ladeaba la cabeza para que siguiera. Se ponía serio, como cuando salió lo de las gaviotas que bajé a por los huevos de ellas. Luego, al contarle lo que Karin me había encarecido que le consultase a él, me pareció que se estaba divirtiendo, pero estoy seguro de que no se burlaba de mí. Imposible. Cuando llegué al día en que estábamos, añadí:

—Ahora, Padre, ya lo sabe todo. No me diga que esto no es malo, pues eso ya lo sé y nunca estuve mejor que ahora.

Entonces él se recostó en su sillón de mimbre. Parecía reconcentrarse. Su actitud así, pensando, valoraba tremendamente lo que iba a decir, y yo tenía el alma toda pendiente de sus labios. Empezó a hablar con una paz muy grande:

—Bueno, esto tenía que llegar, ¿sabes? Y ha llegado de la mejor manera, gracias a Dios …

Estas primeras palabras fueron ya una caricia para mí.

—Todo es normal hasta aquí —prosiguió—. Sencillamente has descubierto algo tan viejo como la Humanidad, pero que cada uno lo ha de encontrar, por sí mismo, como algo nuevo y único, como algo asombroso: has descubierto que tienes tu complemento en otro sexo; que puede haber…, que hay, una persona que te completará. Te has especificado como hombre, ¿comprendes? Ahí estaba ella a tu lado, año tras año, sin ser otra cosa para ti que una pareja de tenis, un amigo más. Ahora vas y, en medio de vacilaciones, estremecimientos y hasta angustias insospechadas (me lo acabas de contar), en medio de todo eso, descubres un nuevo mundo. Dices que no es nada malo…, desde luego que no.

Aquí empezó a decir verdades como templos, que yo se las oía con un agradecimiento fenomenal en el alma.

—Sé hasta qué punto te purifica su presencia en tu alma; que nunca estás tan lejos del pecado como cuando piensas en ella …

Así seguía y me hacía a mí un bien descomunal, porque no caía en ninguno de los dos extremos que yo tanto había temido: no me tomaba a broma, burlándose de mí, ni se asustaba de mi confidencia, sospechando o temiendo cosas que le matan a uno.

—Tu amor es auténtico, Ignacio —dijo con sencillez—, y no te oculto que significa un paso, un gran paso, en este borrascoso hacerse hombre. No es que hubiéramos debido buscarlo, andar tras él —recalco—, no; pero ha surgido espontáneamente cuando podía ser lógico que surgiera y, sencillamente, podemos aceptar el hecho con confianza y valor. En realidad esta experiencia por que pasas ahora, no tenía más peligro que el de hacerla a solas, y aquí estás tú a mi lado, lo que quiere decir que te pones a salvo por tal parte.

Al llegar a este punto hizo una pausa, se incorporó en su asiento y puso una mano sobre mi hombro. Yo no me moví. Él dijo con mucho cariño:

—Tú, hasta ahora, me has seguido fielmente en todo. A veces te ha costado, pero siempre has acabado por poner los pies donde yo te indicaba, ¿no es así?

—Sí, Padre.

—Pues ahora, hijo mío, no te oculto que te voy a exigir mucho…

Vaciló un instante, y habló luego con tremenda intensidad…

—… Debo hacerlo. Se trata de tu porvenir, de tu bien, y te creo con coraje suficiente para seguirme hasta el fin. Mira, vas a cumplir los dieciséis. Fíjate bien en esto: el amor te ha dado ya todo lo que podías esperar de él en esta edad. Te equivocarías peligrosamente esperando otra cosa del amor ahora. El amor te ha ayudado a encontrarte a ti mismo, precisamente como hombre. Te ha abierto las puertas de un mundo nuevo. Ha llenado tu alma de ideal, purificándola de toda caricatura grosera de lo que debe ser puro en sí, como invento de Dios que es. Ha dotado a tu voluntad de un nuevo motivo, quizás el más fuerte, para tu continuo perfeccionamiento. Esta experiencia, llevada hasta aquí, te ha servido de catalizador, ha acrecentado sensiblemente tu avance hacia la plena virilidad. Pero date cuenta que digo llevada hasta aquí. Seguir más adelante, ahora, sería ya frenarte a ti mismo en la ascensión; sería fondear cuando aún faltan muchas millas de camino …

Yo que escuchaba con enorme excitación lo que él decía y que creía adivinar a dónde iba, le interrumpí para exclamar:

—¡Pero Padre! ¿Cree usted que voy a ser capaz de olvidarla?

Vivamente contestó:

—¿He dicho yo que la debas olvidar?… No. No hay que destruir nada de lo que queda a retaguardia, sino simplemente detener el avance, porque aún no es tiempo de ir más allá. El amor, Nacho, es para el matrimonio, sólo para el matrimonio. Pero el matrimonio, aún te queda a ti suficientemente lejos como para que no des pasos, que sólo dicen bien a su sombra. No es precisamente olvidarla lo que te pido; sino sublimarla, guardarla en ese rincón del alma, el más limpio y sagrado, donde echa raíces el cariño a tu madre, el recuerdo de Cheché, el amor a la Virgen. Guardarla allí sin caer en la vulgaridad de hacerle un amor prematuro, con apartes ridículos y cartitas cursis. Guardarla allí como una bandera, como un ideal —hablaba con pasión ya—. No para huir de la pelea y refugiarte allá dentro a soñar como un cobarde; sino para ofrecerle cada día el espectáculo de tu superación, de tus continuas victorias, del esfuerzo duro y constante que te mejora, que te hace hombre, que te convierte en lo que podemos pensar que ella merece.

Le oía yo emocionado hasta las lágrimas, Entonces le pregunté si creía que yo era capaz de eso, y se lo pregunté porque deseaba oírle decir que sí.

—¿No crees —dijo— que sería yo cruel proponiéndote una solución inasequible para ti?… Tú eres capaz de esto, y lo harás así, porque te sobra alma y corazón para ello. No exteriorizarás nada que pase de lo normal; no exigirás ningún exclusivismo externo; no solicitarás compromiso alguno formal, que está de más si se ama y es despreciable donde falta el amor; no escribirás cartas íntimas…, en fin, tu amor tendrá este solo desahogo, el más viril, el más duro y difícil, te lo concedo desde ahora: el de luchar en todos los órdenes para mejorarte, para hacerte más digno, para poder ofrecerle a ella, en su día, el mejor homenaje, la prueba de más quilates: un hombre perfecto que se edificó a sí mismo, en arduo proceso, por ella y para ella.

Un telefonazo reclamando al Padre en la portería interrumpió aquella conversación que, según dijo él al salir, ya me proporcionaba a mí abundante qué pensar por el momento.

Al bosque me fui yo a rumiar aquel mundo. En realidad era más bien alegría y algo de asombro lo que predominaba en mí. Desde luego, el Padre había estado magistral; eso lo vi desde el primer momento. La solución que él me daba era la exacta; esas cosas las intuye uno. Yo no razonaba; sentía que tenía que ser así. Por mi parte, jamás había tenido yo tentación de convertir a Karin en un plan, como los que volvían locos a Cuco y a otros así. Si yo no había sido feliz con Karin ya, era sólo por haberlo tenido todo en el aire, que de saber yo que ella sentía por mí lo que yo por ella, ¿qué me podía faltar? El plan de guardarla a ella en el fondo del alma, que me lo proponía el Padre, me parecía bárbaro. Era lo que más iba con mi manera de ser y sólo me faltaba comprobar que ella quería ser mi bandera y mi ideal. Luego, matarme yo por ella, si me quería ella a mí, era tirado. Evidente. Alguna dificultad mayor

había en privarme de todo lo que me pedía el corazón de hablar y de escribir; pero si el Padre decía que debía ir por ahí, yo iría aunque muriese por el camino. Además para mí lo principal era saber que me quería y no que me lo anduviera repitiendo.

Al salir de la cena, se cruzó el Padre con nosotros y tuve ocasión de decirle casi al oído:

—¡Padre!, ¡me dio la vida usted hoy! ¡Pida muchísimo esta semana por una intención mía!

Era que fuera yo el que, como decía Panchito, tenía la dicha de ser gustado por Karin.

La semana del ocho al quince fue de un nerviosismo y una impaciencia, que me hacían llegar a la cama completamente deshecho. Creo que sólo cuando la enfermedad de Cheché recé yo de una manera parecida. Comulgaba a diario y rezaba un rosario extra, de rodillas, en el dormitorio. Ahora ya sé que cuando se reza más, es cuando hay una esperanza. No estudié, ni con mucho, lo que pensaba; pero no fue por soñar, sino por aquella duda de no saber. El que me salvaba a mí era Pancho, pues nunca me dejaba y me inyectaba optimismo. A todas mis dudas contestaba: «Ya me lo dirás el domingo, hombre». Él fue el que me sugirió el método que luego puse en práctica y que fue una idea estupenda, pues hay cosas que a uno le resultan imposible de decir.

El Padre nos habló a los de Preuniversitario solos, porque dice que necesitamos una formación especial, antes de desembocar en la universidad. La primera charla fue magnífica. El resumen que saqué lo voy a copiar aquí:

«Sois de Preu y no parecéis esperar más que libertades. Todo lo cifráis en sucesivas liberaciones: poder fumar, poder salir, poder… No os lo critico, no creáis. Por ahí hemos pasado todos algún día. Pero sabed que nunca como ahora se pudo sacar algo de vosotros. Nunca como ahora os ha sido necesario norma y medida. Y no por teneros a raya, sino por vuestro provecho. Hay en vosotros un potencial de energía que hasta ayer apenas si empujaba para ser utilizable; que mañana arrollaría, demasiado impetuoso para poder ser dirigido. Mirad: cuando se quiere utilizar la energía que corre, por así decirlo, disuelta en el agua de un torrente, se la canaliza. Pero canalizar un río es forzarlo, violentarlo desde fuera, para que adquiera el nivel que se precisa. Vosotros sois ahora el torrente que, ni tiene tan poca agua que resulte inútil su canalización, ni tanta que se haya hecho ya imposible. En cualquiera de vosotros hay un hombre en potencia, pero no de forma que se haya de lograr necesariamente. La fuerza hidráulica es nula cuando se deja desparramar el agua por la arena. Necesitáis una ley que os fuerce. Necesitáis encajaros, aunque deba ser a presión, entre sus pétreas paredes. No me digáis que es

duro, porque eso está claro. Pero sólo así os unificaréis interiormente; sólo así iréis irresistiblemente, rectos como cañonazos, al corazón mismo de vuestro ideal».

Así iba hablando. Es tremendo cómo me penetran sus palabras. No me miró una sola vez, pero estaba yo cierto de que pensaba en mí al hablar como lo hacía.

El sábado por la tarde pude volver a estar otro poco con el Padre. Le expliqué mi plan y le leí el apunte que escribiera de nuestra conversación del domingo anterior. De esto me hizo corregir algunas frases, y del plan, me lo aprobó, tomándome un poco el pelo con cariño. Le pregunté si creía que una chica aceptaría el plan ese, tan poco sentimental, tan racional.

—Eso depende, Ignacio —dijo—. Cuando se trata de una chica de las que merecen la pena tener en cuenta, no se puede dudar de que sí. Lo comprenden mejor quizás, y son más fieles a esa línea de conducta, que la mayoría de los hombres. Si te quiere, te esperará, no lo dudes. Y precisamente, en esa espera, mostrará mejor que en ninguna otra cosa, que es digna de encarnar tu ideal.

Estábamos en un plan confidencial. Creo que por eso lo haría. Por eso, y porque no podía sospechar que yo sabía lo que sabía. Empezó a hablar de las delicadezas y heroísmos que caben en el alma de la joven, si es, como él dice, de las que merece la pena acordarse de ellas.

Tras vacilar un poco, luego añadió despacio:

—Ya sabes tú que yo no nací jesuita, ¿verdad? Te he contado no poco de mi vocación. Sabes que un día era como tú, como los chicos que van por el Náutico… Cuando Dios, con esa varita sutil de la gracia, despertó mi vocación dormida desde los primeros años de colegio, cuando me torpedeó definitivamente, te dije, creo, que había un obstáculo, un gran obstáculo. Pues ese obstáculo era una chica …

Se puede calcular la emoción que me sacudió a mí al entrar la conversación por ese rumbo.

—No era una santita de altar ella —proseguía— no vayas a creer; como tampoco lo era yo, desde luego; pero era una chica buena, de esas a que me refiero al planear contigo; de las que, en todo caso, bajo una apariencia externa de cierta frivolidad de moda, guardan un corazón grande, preparado por Dios para hacerlas madres y darles hijos para el cielo. Pues cuando la llamada de Dios se fue imponiendo y yo reuní el coraje suficiente para decírselo a ella, que aún no me llegaba para decirle a Dios que sí, ella, que cualquiera creería tan ligera, tan de mundo, me escribió estas palabras —buscó entre unos cuadernos negros—: Estaba yo en Madrid entonces —una vez que hubo hojeado y encontrado lo que buscaba leyó estas líneas—: «Muchas lágrimas

me ha costado tu carta, Luis, lágrimas que ahora mismo no puedo reprimir. Pero tú que me conoces bien, no habrás podido dudar de mi respuesta. Entre Dios y yo, no puede haber elección, ni yo puedo quejarme de perderte, cuando te gana Dios. Sabes que te hubiera esperado, pero ahora es Dios quien te espera y yo inclino la cabeza…».

Aquí se interrumpió para añadir:

—Nacho, quizás te cuente algún día el bien que me hizo ella entonces y cómo me comprendió. Cuando las chicas son buenas, son un tesoro; el caso está en acertar, ¿comprendes?

Aquella noche no podía yo dormir. Daba vueltas hasta marearme. Todo de nervios y de impaciencia; creo que algo también de duda. Cuando sin poder aguantar más, fui y me tiré de la cama, vi que eran las dos. Pancho, ¡qué cosa!, dormía con una cara de tranquilidad que daba pena despertarlo, pero lo hice. Con la paciencia que él siempre tuvo conmigo, se desperezó y vino a las ventanas de los lavabos, abiertas de par en par, con la noche estupenda que hacía. La luna flotaba como un globo sobre la ría dormida, y el caminito de plata de su reflejo corría sobre el agua hasta las islas Cíes. Las luces del puerto, en la pureza de aquella noche, me parecían sucias. Yo las hubiera apagado todas. No hablamos mucho nosotros. Dije sólo:

—Mañana me lo juego todo, ¿comprendes?… ¿Cómo voy a dormir?

Él, con su lógica implacable, me corrigió así:

—Mañana no, porque ya es domingo ahora, y no te juegas nada porque todo lo tienes ya ganado.

No hablamos apenas otra cosa. Fumamos un pitillo allí. Pancho dijo luego:

—Vamos a dormir.

Más sereno ya gracias a él, supongo, me pude dormir en efecto.

Bueno, llegó el día esperado. ¡El día decisivo para mí! Desde luego, lo que no hice fue andar componiéndome como algunos. Soy como soy, y si no gusto así, no tiene remedio. Esto lo pensé al vestirme. Me fue necesario volver a desabrochar la camisa para meter por dentro la medalla de la Congregación, por la confianza que me daba. Tuve la suerte de que no me pusieran para jugar en el Colegio. Si me iba bien en lo mío ya conquistaría yo mi puesto. Cuando nos llamaron a la portería, que fue en el descanso del partido, Pancho estaba a mi lado, con su camisa rojiblanca y el corto pantalón de fútbol que le gusta, al aire brazos y piernas, tostados y fuertes. Me cogió por las solapas, mirándome a dos palmos, y me dijo bajito que nadie lo oyera:

—¡A ver que haces, Nené!… ¡Hoy es día de abordaje!

La que me esperaba en la portería era mamá. Como Patri y Karin habían dejado ya el colegio, no nos recogían, al pasar, como antes. Yo, que en aquel instante no pensaba para nada en la conversación tenida con el Padre, al verla, de repente, me di cuenta de que la miraba con unos ojos nuevos. Hasta la enfermedad de Cheché, yo a mamá siempre la había tenido como por demasiado joven; pero ya los últimos tiempos, y sobre todo, tras la gran revelación que me hizo el Padre, pude entender de lo que ella era capaz, y en aquel momento la admiré y la empecé a querer más que nunca, creo yo.

Nos llevó a casa de tía Luchy bastante tarde, pues primero hubo que ir a no sé cuántos sitios y yo los aguanté. Uno de ellos fue a probar. Me esperaban entrando por el portal, pues estaba cerrado, claro. Me hizo mucha ilusión verme de hombre delante de aquellos espejos, que te ves tres o cuatro veces a un tiempo, aunque aún era todo a base de alfileres, hilvanes y así; como nunca el hacer de maniquí. A casa llegamos justo para la comida, aunque las ganas que yo tenía de comer eran pocas. A Karin la encontré monísima, con una ropa como de verano, con la que resaltaba enormemente esa sensación de agilidad flexible que tanto me encanta a mí; una falda gris, suelta, de muchísimo vuelo, con un ceñidor rojo muy ancho, que le hacía la cintura como un puño, y una blusa blanca, sencilla, como de chico. Total, igual que Patri, que estaba vestida como para ir al Hipódromo lo menos; y eso que Juan Ángel andaría por medio del Atlántico, en traje de faena, atento a la maniobra.

En la mesa, las pasé de Caín, pues la garganta no me daba de sí para tragar y todo piensa que te piensa lo que haría. No puedo decir de qué se habló en la comida; lo único que me puso en vilo fue lo referente a la marcha de Karin. Dijo tía Luchy que no sería hasta primeros de noviembre, en que venía tío Ignacio en un viaje rápido. Mamá me miró a mí de una manera muy significativa, que no se me escapó. Yo, para entonces, estaba allí como queriendo desaparecer. A Karin no le hablé en todo el tiempo, ni a ella ni a nadie; porque nadie me lo creerá, pero las piernas me estaban temblando bajo la mesa. Son cosas que hay que vivirlas, si no es imposible entenderlo.

Después de comer me puse a la radio, pero acechando mi oportunidad.

Cuando Mito empezó a meter prisa para el tenis, yo tenía un plan y me hice el remolón, allí sentado, como si me interesara aquello. Lo cierto es que él subió a vestirse y también Patri y Karin. A poco bajaba Mito, ya de corto blanco y con la raqueta en la mano. Se puso furioso de verme como estaba; yo me disculpé diciendo que iba inmediatamente, que me esperaran peloteando. A Karin, que bajaba detrás de Patri, ya lista, me amañé para detenerla un momento. Entonces le dije más muerto que vivo:

—Ya hablé con el Padre, ¿oyes?

Evidentemente ella se divertía con mi turbación, aunque no quería

mortificarme.

—¡Mira! —continué como pude—, todo lo he escrito aquí; tú, si haces el favor, lo lees mientras yo me visto, y si te gusta todo lo que va ahí, me esperas en la terraza; si no, vas a la cancha, ¿entiendes?

—Descuida —dijo ella con naturalidad.

Salí de allí como una liebre. Al llegar al cuarto, tenía ya la sensación de haberme vendido. Hay que tomar cuenta de que en el papel que le había dado, con lo que el Padre me dijera, salía ella, Karin, clarísimo, como la que yo quería convertir en mi bandera y mi ideal. A sacudidas me quitaba yo la ropa, que no sé la de botones que perecieron allí. Pensaba yo, que era verlo: «Ahora ella se está enterando de todo, de que la quiero». Todas dudas de los días anteriores se me colaron dentro con un clamor salvaje. ¡Era ya miedo lo que sentía! ¡No recuerdo jamás unos nervios como aquéllos! No acertaba a vestirme, sencillamente, y los tendones del cuello como jarcias de tensos, que ni saliva, casi, tragaba. Cuando me vi vestido cogí la medalla y recé un «Acordaos», como si fuera al patíbulo. Hay que tener en cuenta lo que es jugarse uno, así, la felicidad en un segundo. Bajaba yo las escaleras, temblando de la vergüenza y el temor de que ella no estuviera en la terraza, y cuando puse la mano en el picaporte de la puerta, que estaba cerrada, necesité pararme a respirar profundo. ¡Aquellos momentos nunca los olvidaré! Sé que dije algo a la Virgen; sé que cerré los ojos y, así, de golpe, abrí.

Tuve que aparecer ridículo allí, con los ojos cerrados. Cuando se abrieron mis párpados, fue ya ver el cielo. Un latigazo de placer me sacudió hasta los huesos por dentro. Allí, a unos metros, estaba ella; ¡es que la veo aún! Toda como nieve y oro, bajo el sol, haciendo botar suavemente una pelota en su raqueta y sonriendo para mí, con una serenidad y compasión que me eran un elixir fantástico para el alma agotada por tantas congojas de los últimos meses. Debí quedarme ante ella como un crío inerme y extraviado. Ni sé si aquello fue largo o corto, mirándonos así y sonriendo ella, porque llegó Mito inconsciente de la trascendencia de aquel momento.

—¡Hombre, Ignacio!, ¡ya está bien de cuento! ¿No?

Lo hubiera matado entonces, pero Karin dijo:

—Vamos.

La seguí como un cordero. Iba yo caminando como sin pisar en tierra; por lo menos ésa era mi sensación. ¡Entonces ella me quería! ¡Me había querido siempre! ¡Tenía razón Panchito! ¡Quizás me había querido antes que yo a ella! …

Cuando nos colocamos para empezar, vivía yo la mayor exaltación de mi

vida. No pensaba ni razonaba. Simplemente sentía, experimentaba la felicidad. ¡Jugué como jamás lo había hecho! La presencia de Karin, de mi Karin, allí al lado y yo jugando para ella, convertía mis músculos en muelles de fantástica flexibilidad y duplicaba mis energías hasta el vértigo. Sería el puro desahogo de mi tensión interior, pero recuerdo que yo mismo sentía vagamente el pasmo de alcanzar algunas pelotas; sobre todo jugando de red, y lo mismo de la fuerza con que se las clavaba a Mito, sosteniéndolo atrás en el último set. Reñido sí que estuvo, pues nos empleábamos a fondo los cuatro; pero a lo último ya eran nuestros, clarísimo, y cuando tras un drive magistral de Karin, que devolvió Mito con apuros, les coloqué yo, de un cambio que desconcertó a Patri, el último tanto, conocimos Karin y yo la victoria por primera vez en un año. ¡Fue fantástico! Mito, que se debía de creer ya invencible, arrojó muy deportivamente la raqueta; Patri, con más filosofía, recogía pelotas por los rincones: yo, que estaba agotado como nunca, quedé en el suelo, donde caí al devolver la última. Entonces me vino Karin y, de rodillas junto a mí, me limpiaba el sudor de la cara. La miraba yo, con el alma en los ojos, y entonces dije:

—¡Karin!… ¡Después de la Virgen, eres lo que más quiero en este mundo!

Ella, riendo, me tapaba la boca con el pañuelo. Así no dije yo ninguna tontería. Sólo añadí cuando íbamos hacia casa:

—¡Si esto lo viera Cheché!…

—Pero ¿te crees tú que él no se entera desde el Cielo?

Había en su voz una convicción que completó mi felicidad. No hubo ocasión de hablar más aquel día. Ni yo lo deseaba. ¡Horas como aquéllas, jamás las había conocido! Comprendo que algo se me tendría que notar en la cara, porque al llevarnos al Colegio, yendo mamá y yo solos atrás, ella me pasó un brazo por el hombro y dijo así:

—Karin es una chica excepcional, Iñaki. Merecer una chica así, es difícil —me acariciaba el pelo—, pero tú la merecerás si sigues al Padre al pie de la letra.

Yo, la verdad es que estaba feliz, pero lleno de vergüenza ante mamá; sin embargo me alegraba de que ella hablara de tal forma entonces.

—Pero mamá —dije sin mirarla—, ¿qué sabes tú de esto?

—¡Bobiño! —respondió - ¡Karin nunca tuvo secretos para mí!…

Lo que son las mujeres, pensé yo; cuando vas tú, ya vienen ellas de vuelta. Fue curioso aquella ternura que me vino con mamá, que antes ni idea:

—¡Qué mal lo he pasado este verano, mamá!

—¡Ya, hijo, ya!

Nos quedamos callados; yo creo que porque no hace falta hablar mucho para entenderse dos. Al ir a entrar en el Colegio, le dije a mamá, besándola:

—¡Mamá soy completamente feliz!

Sonrió sin decir nada. Se lo dije porque se me ocurrió ser de justicia, después de todo lo que le tenía hecho sufrir en los meses anteriores.

No sé lo que pensarían los que estaban allí, junto a la campana, porque yo, fue llegar y cascarle a Pancho un abrazo que para ellos no venía a qué. Antes que yo le contara nada, me dijo él con todo aplomo, comiendo un bocadillo como estaba:

—¿Lo has visto, idiota?

Estaba yo luego, en la bendición, como un santo; y todo dar gracias; porque no merecía yo que se me arreglaran las cosas así, tan formidable, después de las burradas de aquel verano, hasta llegar a no creer, porque aquello mío fue una herejía. Miraba yo a la Virgen del Colegio y talmente la veía que me sonreía a mí.

Cuando me vi a solas con el Padre, me abracé a él; no podía por menos, porque no se puede decir lo que él era y había sido para mí. Él me apartó suavemente y me decía:

—¡Vamos, Nacho; si no hemos hecho más que empezar, hombre, si lo duro viene ahora!…

Yo dije todo cuadrado ante él:

—¡Padre, estoy dispuesto a lo que sea!

El Padre se divertía, riéndose suavemente. Luego se puso serio y añadió:

—Hoy es un día grande para ti. Tienes a proa un rumbo arduo y difícil. Tienes buena brújula para seguirlo. No te falta brazo para dominar la rueda. El puerto que pretendes, depende de tu esfuerzo para mantenerte en ruta… Ya lo entiendes. Es un viaje de años, para desembarcar con un carácter, una carrera, una integridad… ¿Comprendes todo esto tú, Ignacio?

—Creo que sí, Padre —dije yo, con el alma en los ojos.

Entonces sacó en silencio una estampita de la Inmaculada, buscó un apoyo y escribió algo por detrás. Me la dio a besar, y volviéndola dijo:

—Lee.

—Et dixi: nunc cœpi.

Esto ponía y la fecha debajo.

—¿Sabes traducirlo? —preguntó.

—Sí, Padre: «Y dije: ahora empiezo».

—Firma pues.

Lo hice con la pluma que me ofrecía y al devolvérsela añadió:

—Consérvala siempre. Hoy es un compromiso que te impones: la orden de levar anclas. Mañana será un recuerdo grato… si eres fiel a ti mismo.

Salí de allí con el corazón ardiendo de fe nueva:

«¡La vida es digna de vivirse!».

****

EPÍLOGO

Et dixi: nunc cœpi.

Y dije: ahora empiezo.

PSM, 76, 11.

SEMANA SANTA

De aquello ha pasado casi medio año.

Mucho he trabajado durante este tiempo, transcribiendo del diario y completando esta historia por voluntad del Padre. Esta historia inacabable de un año de mi vida, cuyo protagonista, tal como lo he encontrado en mis cuadernos y en mi memoria, me ha parecido muchas veces, ahora al escribir, como extraño a mí mismo. Estas líneas finales las escribo en casa, donde estoy pasando mis vacaciones de Semana Santa, las últimas del Colegio. He leído aquí mismo las páginas palpitantes de los días aquellos de Cheché. Sí, todo ocurrió entre estas cuatro paredes, pero no me identifico fácilmente con aquel Ignacio que veló, esperó y desesperó en este mismo lugar.

No debe extrañarme que se diga en el Colegio lo que se dice, cuando yo mismo me reconozco difícilmente, Todo el mundo coincide en decir que ha sido un cambiazo bárbaro el mío. Azufre afirma, para todo el que lo quiera oír, que viéndome a mí, hay que creer en la metempsicosis.

No, lo que se dice un enchufado, no lo soy; ni dignidad; ni de la Junta de la Congregación. Pero el padre Rector me tiene dicho, en privado, que no me pospone a los mejores, porque no se debe mirar solamente a dónde se ha

llegado, sino también de dónde se viene.

Liberarme de la famita de años que tenía, me costó lo suyo; y sé que aún hay quien desconfía. Las notas han ido subiendo, despacio, pero con regularidad; sobre todo en Aprovechamiento, donde si no me ha salido un sobresaliente en conjunto, al fin de este trimestre, es porque hay quien te clava un siete al principio y ya puedes hacer tú maravillas.

He comulgado a diario y con menos trabajo. Y si no fuera por las conversaciones que algunos gastan, aún sería más sencillo todo.

En casa es como haber ganado el respeto general. No diré que soy un modelo, porque es falso, y aún se me escapan algunas; pero me esfuerzo por dominarme y con papá soy más deferente que nunca, que bien se lo tiene merecido. Con mamá, desde el día que hablamos en el coche, al volver al Colegio, todo ha sido nuevo. La comprensión de ella y lo que supone por el Padre, me la convirtieron, de una cosa bonita y querida, en una madre como la que yo necesitaba. Con Mito ya es todo más fácil. Es que para que peleen dos, no basta con que quiera uno. Esto no lo creerá nadie, pero me ha llegado a pedir consejo en algunas cosas. Hasta Patricia ha cambiado conmigo y tiene la delicadeza de conservar, para leerme a mí, todo lo que Karin le escribe, que es mucho.

No estoy demasiado ufano del cambiazo mío. Por una parte, supongo que todo el mundo cambia al crecer, aunque eso ya lo veo yo; que muchos cambian de una manera que, ya ya… Por otra, yo sé lo que supone tener detrás al Padre, que siempre está en la brecha, y, como quien no quiere la cosa, hay que ver lo que empuja.

Naturalmente que toda esta actitud mía tiene una explicación. Según va pasando el tiempo y las cosas se distancian, va uno teniendo perspectiva para entender. Son palabras del Padre. Primero fue la muerte de Cheché lo que me sacudió hasta los cimientos. Creo que me hubiera vuelto loco si la Virgen no me hubiera puesto al lado de Karin. Pero Karin no estuvo en mi vida sólo para sacarme de aquel caos en que caí entonces. Fue maravilloso cómo se desarrolló todo. Cuando dejé de sufrir por Cheché, empecé a sufrir de otra manera por ella. Esto fue hasta el gran día: el 15 de octubre. Aquí tengo delante la estampita aquella. Desde entonces, un equilibrio nuevo ha entrado en mí. A veces me veo como un bote a quien han cambiado los remos, de fatigoso e irregular andar, por un motor de potente empuje: Karin. Ella está presente en todos mis esfuerzos, como quería el Padre; como una bandera, como un ideal, pero así, tan ideal, tan pura, que ni a soñar con ella me atrevo ahora, por temor de que la felicidad de imaginar triunfos y dichas con ella, me ablande cuando aún debo luchar mucho por merecerla. (Me doy cuenta de estar sacando frases enteras de las que le tengo oídas tantas veces al Padre;

pero están tan asimiladas, que salen como mías; lo advierto, sólo, por no presumir de lo que no es mío). Me espanta envolverla a ella en algo que sea vulgar y adocenado. Por eso no hablo de ella con nadie, a no ser con el Padre o con Pancho. Me conforta tremendamente la certeza de que me quiere y me esperará. No le escribo, aunque me gustaría. Sólo Patri le manda mis notas. Verla (aún estuvo en Vigo tres semanas, del 15 aquel inolvidable), sólo una vez la vi. Fue el día mismo de su despedida que vino a coincidir exactamente con el de mi cumpleaños.

Muchas cosas se unieron en aquella fecha, para justificar que me levantara yo excitado y nervioso, como me levanté. Por lo pronto eran las delicias de vestir de hombre, pues estrenaba con ocasión de mi cumpleaños. La verdad, que me perdone mamá, pero ya era hora. Pancho se río lo que quiso, mientras yo me vestía. Ya antes de misa me fui al cuarto del Padre; quería que me viera, que me felicitara, y quería también hacer algo que había pensado tiempo atrás. Cuando me hubo tomado el pelo lo que se puede suponer, según su costumbre, yo saqué una foto, tamaño postal, que le traía. Era una instantánea maravillosa que nos tiraron el día de la gran regata ante el ministro. Tomada desde muy cerca, al pasar nosotros de bolina, se veía al Barlovento peligrosamente escorado por estribor, metida toda esa banda entre la espuma; a mí cazando corto la escota, recostado sobre la parte levantada de la cubierta, teniendo al lado a Karin en postura similar, los dos mirando fijos avante. Por detrás había escrito yo:

Al R. P. Luis Urcola, para que pida siempre por un muchacho que le debe todo lo que es, y que así como aguanta en la mar, racha tras racha, sin largar escota, aguantará también, entre el oleaje más encabritado de la vida, sin pecar jamás mortalmente.

IGNACIO SÁEZ DE ICHASO

Cuando él lo hubo leído y después de contemplar nuevamente la «foto», me miró a los ojos y dijo solamente, mientras yo le sostenía la mirada: «Así sea, Ignacio».

Mi tío, que llevaba ya una semana en Vigo, vino a buscarnos a Mito y a mí bien temprano, pues era el último día de Karin. Los regalos que tuve, no vienen ahora al caso, pero todo el mundo estuvo muy cariñoso conmigo, y el traje nuevo era un éxito. Con el lío de los equipajes, apenas se podía cambiar una palabra con ella. Desde luego, en la comida, me miró algunas veces, con esa mirada suya, que se transparenta toda, y que te dice mucho más que un sinfín de párrafos elocuentes.

A la fina intuición de mamá le debemos aquel tête a tête de sobremesa. Subieron las dos a revisar el equipaje. Luego me llegó un aviso a mí, que estaba dando las últimas, viendo que no iba a poder realizar mis deseos. Me

decía la doncella que me llamaban arriba. Cuando di unos golpecitos en la puerta de Karin, salió mamá, con toda naturalidad, diciéndome:

—Anda, Nacho, ciérrale las maletas, que vuelvo dentro de poco.

Así nos vimos, los dos solos, frente a frente, en medio del abundante equipaje.

Desde luego, aquello fue una maniobra muy caritativa de mamá. Había que aprovechar los segundos y yo dije, que fue lo más elocuente que se me ocurrió:

—Bueno. Karin, llegó el momento…

—Sí, Iñaki… Hay que pasar por esto.

La veía yo tan sencilla, tan ideal, tan pura, como si fuera la imagen de la Virgen niña.

—Cuando seamos mayores —dije—, entonces ya no habrá que separarse.

Hizo que sí con la cabeza y yo proseguí.

—Puedes estar segura de que yo hasta entonces…

Me puso un dedo sobre los labios interrumpiéndome:

—No me prometas nada, porque sé que no hace falta.

Entonces saqué una carterita, y de ella, la medalla de congregante con su cordón azul.

—¿Ves esto, Karin? —dije—. Es la que me pusieron al pecho cuando me hicieron congregante. Con ella al cuello murió Cheché. Con ella entre mis manos he salvado yo momentos muy difíciles… No tengo nada más íntimo mío… Llévatela. Me la devolverás cuando ya no nos tengamos que separar en adelante.

Ella la tomó con las dos manos y la besó, la medalla y el cordón.

—¡Gracias, Iñaki, sabes lo que he de rezar por ti…!

En aquel momento se abría la puerta y entraba mamá de nuevo. Tuvo la delicadeza de ponerse a revolver y no mirarnos ni pedirnos explicaciones, aunque permanecía todo abierto como ella lo había dejado.

A las cuatro estábamos en la estación, todos en el andén. Mientras instalaban las cosas, junto con lo del tío Ignacio, que iba con ella, hubo abrazos, que se le comían; ya para entonces sospechábamos que sería más de un invierno lo que tardaría en volver. Hay que ver cómo lloraba Patri allí. Yo quedé de último. Nos cogimos las manos y aún siento yo la suave y cálida presión de sus dedos sobre los míos. No dijimos nada, que fue un acierto.

Cuando se siente igual, ¿para qué hablar? Una frase cursi, de esas que yo temo, hubiera echado a perder aquel momento. No la besé. Pude haberlo hecho también, pero creí que no debía ya. En la presión de su mano sentí el esfuerzo que hacía para no llorar, pero fue entonces, precisamente, cuando la vi asomarse, como ámbar, una lágrima, sólo una, al borde de las largas pestañas temblorosas. Me sentí estremecer hasta muy dentro. Solté una de mis manos, y yo mismo le pasé el pañuelo por los ojos. Nos sonreímos entonces y ella a mí me parecía tener el arco iris en la cara.

Aún se asomó a la ventanilla hablando con todos. Sólo yo callaba mirándola allí, inclinada hacia fuera, con su traje de viaje y esa sonrisa suya limpia, que se le pone el alma en la cara. Claro, el tren arrancó suavemente. Yo avancé por el andén, como a su estribo, aprisionando entre las mías la mano que ella me abandonaba. Las abrí luego, como para dejar volar una paloma, y la paloma era el pañuelito blanco, como un ala, que ella agitaba en el aire para mí, hasta hacerse diminuto allá a lo lejos.

Cayeron mis brazos a lo largo del cuerpo, sin dejar de mirar a lontananza. No estaba triste yo. Comprendía que se cerraba en aquel momento un ciclo de mi vida; que un niño había muerto definitivamente en mí, y que un nuevo rumbo, solitario y heroico, pero digno de quien tuviera corazón para hacerse por él a la mar, se ofrecía allí mismo ante mi proa. Sonrió mi cara levemente. Hombres afanosos cruzaban junto a mí por el andén. Una voz conocida me llamaba allá atrás con los de casa. Desde un sitio muy hondo de mí mismo, vino a mis labios una frase: Et dixi: nunc cœpi.

FINIS CORONAT OPUS